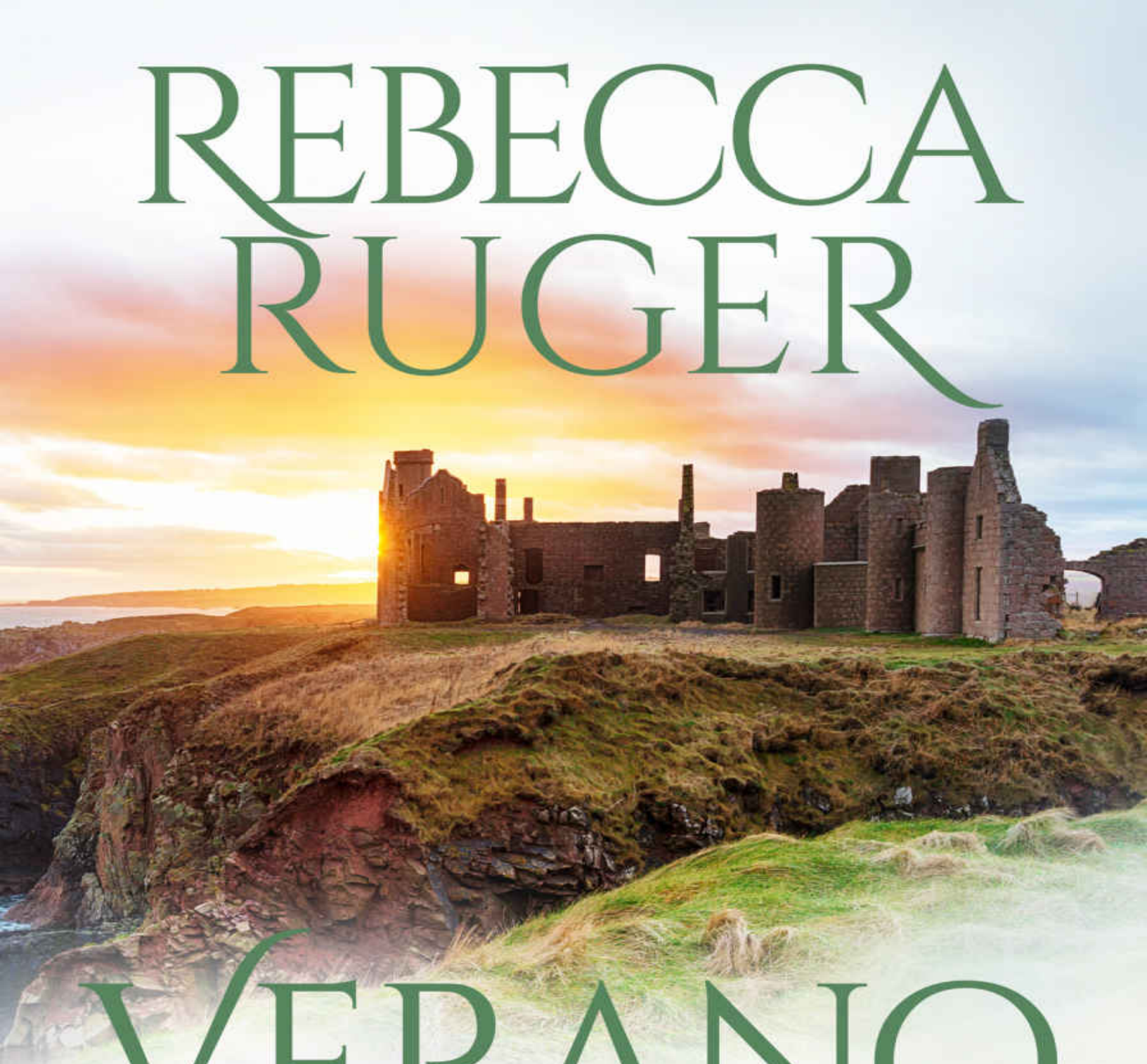
REBECCA RUGER



VERANO ETERNO

LEJOS DE CASA: UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJE EN EL TIEMPO, LIBRO 2

Verano eterno

Lejos de casa: Un romance escocés de viaje en el tiempo

Libro 2

Rebecca Ruger

Contenido

Página del título
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Epílogo

Prólogo

Todo En Su Lugar

Escocia, cerca de Fort William

—Desacelera —suplicó Samara—. ¿Qué quieres decir con que la viste hacerlo? ¿Hacer qué?

—Vi a Magaidh mover a un mortal a través del tiempo —dijo Circee, jadeando por el esfuerzo de haber llegado tan lejos y tan rápido.

Samara casi puso los ojos en blanco ante eso, ante Circee fingiendo una dolencia mortal. Por supuesto que las *nigheanan sgàil*, las hijas de la sombra no conocían cosas como la fatiga o el corazón acelerado, o los pulmones ardiendo de dolor por el esfuerzo. Podían sentirlo de forma psicológica, pero incluso eso era solo una imitación, aprendida tras observar a los humanos durante miles de años.

—Eso es imposible —objetó Samara.

—No lo es —dijo Circee frunciendo el ceño de repente, gesto que pareció aliviar de inmediato sus dificultades para respirar—. Y lo sabes. Mal visto y desaconsejado por Moireach, y consume la energía de un día entero, pero sabes que es posible.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué lo hizo? No tengo ni idea. No sé qué intentaba ver en ese momento, con siglos de personas moviéndose a la vez, pero lo hizo: tomó a una joven del futuro y la arrojó al pasado. Magaidh se desplomó de inmediato después y no se movió por más de una hora. Incluso entonces, estaba apática, no volvió a ser ella misma durante un buen rato.

Samara reflexionó sobre eso. Ciertamente podía ser agotador, el poder ver a cada persona en un lugar determinado, a todos los que alguna vez habían estado o se habían movido sobre un sitio específico en el mismo día del calendario mortal, en cualquier año.

Las *nigheanan sgàil* veían a todos, en todo momento. Aquellos que vivieron en cualquier época; todos estaban ahí juntos, solo que los mortales no lo sabían, no tenían la vista ni el sentido para reconocerlo. A veces, presentían una presencia. Se les erizaban los vellos de los brazos o de la nuca, eso era su mente reconociendo a otro. En un momento del siglo XVIII, un mortal dijo: *Alguien caminó sobre mi tumba*, lo cual capturaba bien la sensación, el escalofrío del reconocimiento, aunque los mortales no tuvieran explicación para ello, no supieran que habían pasado cerca o a través de otra alma, que vivía en el mismo lugar, pero en un tiempo distinto.

¿Pero por qué había hecho Magaidh algo tan fantasioso? Algo que no estaba específicamente prohibido, pero que ciertamente era mal visto por la gran Moireach. ¿Había percibido Magaidh una necesidad? ¿Un alma fuera de lugar? ¿Alguien de quien estuviera segura de que viviría con más sentido y vitalidad en otra época?

Samara se había topado con seres así, aquellos cuyo espíritu no encajaba bien en el tiempo en que vivían. Los mortales solían decir de esas personas: *es un alma vieja*, o que pertenecían a otra época. A veces esa "época" era, en realidad, otro siglo, una persona que habría vivido mejor en un tiempo muy lejano al suyo. Aquellos humanos que sufrían ese desajuste, pero vivían en tiempos pasados solían llevarlo mejor. Eran los grandes pensadores, los aventureros, los que nunca se conformaban con lo que su mundo les ofrecía. En cambio, los que vivían en épocas más recientes, pero estaban destinados a un tiempo anterior sufrían mucho más. Solo eran cuerpos atrapados en un gran laberinto llamado vida, devorados por él, anhelando tiempos más simples que creían que debían existir, aunque nunca los hubieran conocido.

Samara, Circee y muchas otras *nigheanan sgàil* hablaban de eso con frecuencia. Se las podía distinguir, a esas almas perdidas.

Circee, impaciente por la larga pausa que se tomaba Samara en su reflexión, se distrajo con un grupo de juerguistas cercanos. Cuatro hombres, de consecuencias difusas, normalmente producto de haber bebido demasiado de ese licor ardiente creado por el hombre, deambulaban por el año 1672 a lo largo del sendero que serpenteaba al pie del Beinn Nibheis, el antiguo volcán que estaba

allí mucho antes de la existencia humana. Al mismo tiempo, en el año 1771, sobre ese mismo camino, se encontraba James Robertson, con las manos en la cintura y la mirada alzada hacia la cima, esperando recoger especímenes botánicos, sin tener idea de que aquellos cuatro hombres ebrios tropezaban a solo unos metros de él en otro tiempo.

Samara ignoró a esos mortales y volvió a meditar sobre lo que había hecho Magaidh, algo que ella misma jamás había considerado.

Podría mover a un mortal a través del tiempo, pensó, arrojar a una de esas personas desubicadas a una época en la que pudiera vivir con plenitud.

Pero no sin una buena razón, decidió.

Primero debía conocerse una necesidad. De lo contrario, solo estaría jugando imprudentemente con una vida mortal, y ella no había sido creada para comportarse de ese modo.

Durante varias semanas, siguió sigilosamente a Magaidh, ser sigilosa no era tarea fácil cuando se espiaba a una de las suyas, y descubrió que Circee no había mentido, ni siquiera exagerado. En efecto, Magaidh pasaba una cantidad considerable de tiempo con los mortales que había movido entre dimensiones y años.

Intrigada por esto, Samara comenzó a elaborar sus propias ideas y planes para hacer lo mismo.

Como muchas de las *nigheanan sgàil*, a Samara no le agradaban especialmente las ciudades ni los pueblos. Prefería la tranquilidad y la soledad de las zonas rurales; el bosque era su hogar. Dentro de un pueblo, incluso uno pequeño, sus sentidos podían verse abrumados por demasiadas personas y estímulos. No le molestaban los pensamientos de una sola persona dando vueltas en su mente, pero cuando se veía invadida por numerosas percepciones de los mortales, todo se volvía caótico, casi insoportable. Pero tras varios días en los que solo halló candidatos inadecuados en el bosque y sus alrededores, Samara amplió su búsqueda.

Pasó apenas unos minutos en un pequeño pueblo de la costa este de Escocia antes de retirarse horrorizada, con su conciencia amenazada. Elevándose por encima del plano más bajo de la tierra,

recorrió con la mirada el gran y melancólico paisaje escocés y halló una playa, con solo unas pocas personas. Descendió allí para investigar. Dirigió su atención hacia una mujer del siglo XIX, pero la descartó enseguida al ver que los pocos niños en la playa ese año eran suyos. Samara no quería separar a una madre de sus hijos.

Samara se sentó durante horas, observando cómo iban y venían los mortales, nunca en grandes cantidades, pero los suficientes para mantener su interés y su esperanza. Al cabo de un tiempo, una mujer del siglo XXI aparcó su vehículo en el estacionamiento y caminó hacia la playa. Se detuvo antes de pisar la arena y regresó al auto a recoger una bolsa. Volvió a avanzar hacia la playa, pero se detuvo junto a un grupo de carteles cerca de la entrada, donde seguramente se enumeraban todas las normas que debían seguirse al visitar ese lugar. La curiosidad de Samara se encendió cuando la mujer apoyó la mano en una esquina del cartel. Samara percibió de inmediato una profunda tristeza en ella. Más intrigada aún, Samara ajustó su visión desde lo alto para ver qué había captado tanto la atención de la mujer, qué la había perturbado tan rápidamente.

Pegado en la esquina superior izquierda del cartel metálico había un afiche de papel que mostraba las imágenes sonrientes de dos mujeres desaparecidas. Los ojos de Samara se agrandaron al reconocer los rostros como los de aquellas que Magaidh había sacado de un mundo y arrojado a otro. Ellas habían sido felices, Samara había percibido eso observando desde lejos a Magaidh y a sus protegidas.

Pero esta joven no lo era. Samara absorbió su tristeza, y no estaba relacionada solo con las desaparecidas. Incluso después de alejarse del cartel, incluso tras estar en la playa casi una hora, esta mujer seguía atormentada, por la soledad, por el desarraigo.

Picada por las posibilidades, Samara permaneció con ella, dentro de su conciencia, y no tardó en saber con certeza que esa mujer sería perfecta.

***

Primavera, 1301
Cairncross Abbey, sobre el Mar del Norte

Estaba amargado y triste, y no era ajeno a que un poco de desolación se aferraba a una o ambas emociones. Luego se consideró melancólico, incluso débil, por permitir que todo eso saliera a la superficie. Permaneció perfectamente inmóvil y rechazó esa debilidad que lo hacía sentir como si lo hubieran dejado completamente solo, como si todos los que había amado lo hubieran abandonado.

El cuerpo amortajado de su hermano fue bajado a un agujero en la tierra. Aedan hizo una mueca cuando cayó la primera pala de tierra sobre Arthur, golpeando con un sonido hueco la tela de lino y el cuerpo vacío debajo. Más tarde, no recordaría las palabras del sacerdote de Cairncross, ni que la joven Ceit había entonado un himno tan desgarrador.

—Da —susurró Ailis.

Su hija le palmeó la mano que cubría la suya, su carita perfecta estaba fruncida por la fuerza con que él apretaba sus dedos sobre los de ella.

Apretando los dientes, aflojó su agarre y alzó la mirada hacia los rostros reunidos para el servicio. Un asesino se encontraba entre los dolientes, pero no destacaba entre ellos. Bajo un cielo gris y melancólico, y con el mar embravecido más allá, todos parecían, tal vez como él, aún confundidos, horrorizados ante la idea de que Cairncross albergara a un asesino.

Solo sabía quién no era: aquellos que habían estado en su compañía cuando regresaron a Cairncross y recibieron la noticia de que su hermano había sido hallado. Muerto. Apuñalado por la espalda. Solo eran tres los que estaban con él: Malcolm, Davidh y Cormag, las únicas personas en quienes podía confiar desde ese momento, hasta que atraparan al asesino.

Podía ser cualquiera de los otros, tenía que ser uno de ellos. Alguien en quien confiaba, alguien en quien Arthur había confiado. ¿Fergus, el colono que se había quejado hacía unas semanas de que Arthur era demasiado amable con su hija? ¿Peadair, el herrero, que

siempre parecía chocar con Arthur? ¿Mungan, el soldado que siempre recibía el desprecio de Arthur, llamado inepto e indigno de portar las armas de Cairncross?

Aedan no sabía más ahora que el día anterior, cuando le dijeron que su hermano había sido encontrado bien fuera del muro del castillo, bañado en sangre, con los ojos aún abiertos y el rostro congelado en sorpresa. Cuando lo llevaron ante él, dentro del salón donde habían dispuesto el cuerpo, alguien ya le había cerrado los ojos, y la rigidez había abandonado su cuerpo, tanto que parecía dormir sobre la mesa. Solo la sangre, seca en los labios y una mejilla donde se había escurrido, decía que algo no estaba bien. Eso y la palidez extrema, como si la sangre visible hubiera sido toda la que tenía, y al perderla, hubiera perdido también la vida.

—Da —dijo Ailis otra vez. Esta vez, le apretó y tironeó de la mano—. ¿Nos vamos, entonces?

Su hija no lo miraba, observaba a la gente retirarse del servicio, alejándose en silencio, cruzando la hierba alta de la cintura de regreso hacia la abadía.

Aedan captó la mirada de Borgach, su prima de ojos llorosos, e inclinó la cabeza para llamar a la niña hacia él.

—Llévatela contigo —dijo. Antes de ayer no habría sentido la necesidad de añadir nada más, pero ahora añadió, con firmeza—: No la pierdas de vista.

Borgach asintió, con el rostro al borde de nuevas lágrimas, y tomó la mano de Ailis.

—Ven, cariño.

Aedan las vio alejarse y apenas asintió, sin ver realmente, a las personas que pasaban junto a él. Alguien le dio una palmada en el hombro en señal de condolencia muda, otro le tocó brevemente el puño cerrado al costado del cuerpo.

Malcolm y Cormag permanecieron. Quizá esperaban que Aedan quisiera retomar su conversación anterior sobre quién podría haber asesinado a su hermano.

—No ahora —les dijo, y ellos también se marcharon, dejándolo solo entre las tumbas de los Cameron, en lo alto del acantilado que daba al mar.

Solo, un poco de la rigidez anterior se le escapó. Puso las manos en las caderas, suspiró profundamente y contempló las lápidas a su alrededor, cerca de la tierra recién removida de la tumba de Arthur. Allí estaban todos, todos los Cameron: sus padres, su esposa, hermanos que había perdido antes, y tantos de sus ancestros. Solo él y Ailis quedaban.

No se suponía que fuera así. Tristemente, había estado allí demasiadas veces; había enterrado a siete de los suyos en los últimos cinco años.

Ayer, su hermano vivía, le aconsejaba con inteligencia y cuidaba de Cairncross en sus frecuentes ausencias. No hacía tanto, su madre celebraba reuniones en su solar y lograba convencer a cualquiera de hacer lo que ella quisiera con una dulzura manipuladora que dejaba a todos felices de cumplir con su encargo. Su padre solía presidir las reuniones en el salón, con la mirada orgullosa sobre los Cameron y Cairncross, habiéndolos guiado intactos a través de muchas pruebas de lealtad y patriotismo. La que se había ido hacía más tiempo era Elizabeth, su esposa. En su momento, Aedan la había amado con un fervor juvenil que fue destruido sin cuidado, incluso antes de que ella abandonara este mundo. El amor, y luego el dolor, se habían atenuado con la claridad de la edad y la distancia entre ellos, hasta volverse recuerdos difíciles de evocar.

Todos se habían ido, salvo por su promesa de no amar a nadie más, solo a su hija.

Sabía que la pena y la melancolía no le servirían de nada. Aspiró hondo de nuevo y se volvió hacia el mar embravecido. Las olas, no rodando sino estrellándose contra la orilla, se correspondían bien con su estado de ánimo. Estaba enojado incluso con el aire salado, por ser algo tan familiar y bienvenido, algo que ansiaba cuando no estaba en Cairncross, por ser como siempre había sido, por no ser más denso o desagradable cuando todo lo demás lo era.

No hubo ruido detrás de él, ningún sonido que anunciara la presencia de alguien más, pero se volvió, rápidamente y con el ceño fruncido, sintiendo, al cabo de un rato, que no estaba solo.

No vio nada. Nadie había venido a buscarlo, a advertirle que se acercaba la lluvia, que los vientos agitarían el mar, que quizá convenía alejarse de los acantilados.

Pero no estaba solo, lo sabía.

—Muéstrate —ordenó, con los dientes apretados, odiando al mundo entero y a todos en él en ese momento.

—Estoy aquí —dijo una voz—. Solo tienes que mirar.

Él estaba mirando. No vio a nadie, mucho menos a un alma que pudiera corresponderse con esa voz femenina y etérea que le hablaba. Aye, era apropiado que ahora enloqueciera. No sorprendería a nadie; seguramente ya lo creían medio loco.

—¿Lizzie? —Pero no, la voz no era de su esposa, que no había respirado desde que su hija dio su primer aliento.

—Los muertos no pueden hablar, por supuesto —dijo la voz.

Definitivamente femenina, pero difusa, si una voz podía serlo, indistinta, vaga, sin el peso de una vida verdadera. Aye entonces, solo en su cabeza.

—No solo en tu mente, señor.

—No tengo tiempo ni paciencia para acertijos ni juegos.

—Ni yo —y por fin se mostró. O partes de ella. Aye, la voz aérea coincidía con esa figura, etérea, casi transparente, una mujer de mediana edad, o al menos la fachada de una. Se desplazó sin hacer ruido hacia él, y su cabello no fue agitado por la brisa. A través de ella, el tronco del tejo al que él había trepado tantas veces de niño seguía claramente visible, los marrones, grises y verdes del árbol mezclándose y luego perdiéndose en el azul tenue de su léine.

—Entonces estoy loco —dijo—. ¿A esto hemos llegado?

—Nae, jefe—respondió ella. Sonrió entonces y se iluminó, pero solo por un instante antes de desvanecerse de nuevo.

—Mi mam hablaba de las *nigheanan sgàil*. Pensé que eran solo cuentos. ¿Eres una de ellas?

Su siguiente sonrisa fue suave, maternal.

—Tu mam también creía que no eran más que historias. Aun así, le encantaba contarlas.

Sin sentir peligro por lo que aún creía que quizá solo existía en su cabeza, Aedan se sentó, de pronto agotado. Se apoyó contra

el tejo por el que ella había pasado y la observó trasladarse de un sitio a otro sin que realmente la viera moverse: su túnica no se mecía; sus faldas no se desplazaban con el movimiento de sus piernas. Pero entonces se plantó frente a él.

—No todo está perdido —le dijo.

—Estoy cansado, no inconsolable —respondió él, con la dureza aún presente en su tono.

—Jamás lo admitirías, Aedan de Cairncross, y eso te honra. Pero ¿quieres saber quién le clavó el puñal a tu hermano?

Eso despertó un leve interés en él.

—¿Y tú qué sabrías de eso?

Ella se encogió de hombros. O eso creyó él. Tal vez solo lo percibió en su respuesta.

—No mucho. Pero alguien vendrá que te lo dirá.

—¿Una bruja? ¿Como tú?

Otra sonrisa, esta con indulgencia.

—Ella no es bruja. Viene con luz para atravesar la oscuridad y canta sobre el amor en un idioma que no conoce. Oh, pero es feroz, y hará desaparecer todos tus miedos.

Aedan bufó y se pasó la mano por la frente, agotado. Estaba cansado, eso era todo. Llevaba dos noches sin dormir, primero en el viaje de regreso, y luego la pasada, revuelto de furia tras recibir la noticia de la muerte de su hermano. Estaba exhausto y soñando, nada más. No había una bruja ante él con los pies sin tocar el suelo y un cuerpo a través del cual se podía ver.

—No le temo a nada —le dijo, alzando una ceja con arrogancia. *¿Ves? Te equivocas conmigo.*

Su sonrisa no se desvaneció, indulgente como antes.

—A ella sí. Pero no tienes por qué temerle. En sus ojos azules encontrarás la respuesta a todas tus preguntas.

Asintió.

—Sí. —*De acuerdo*. —Ahora vete.

—He aquí, jefe —advirtió ella—, ella vendrá. No la rechaces. Liberará tu corazón.

—Entendido—respondió él con descuido. Lanzó una piedra suelta hacia la figura. Ella se disipó en el viento solo para reaparecer

tres metros a la izquierda. Aedan rodó los ojos. —Basta, bruja. Déjame en paz.

Ignorándolo, ella reprendió:

—Cuando te haya agotado, pero aún resistas, llévala al MacClellan en Brechmont y habla con aquella a la que llaman bruja, quien también viaja por el tiempo de manera diferente.

—Lo haré —mintió él con facilidad, lanzándole otra piedra—. Fuera de aquí.

Como vapor que se disuelve en la nada, ella desapareció. La sensación de otra presencia se esfumó también.

Y Aedan quedó solo de nuevo.

Capítulo Uno

Una Realidad Fantástica

Se despertó como lo había hecho todos los días durante las últimas tres semanas, decepcionada de seguir aquí, de que, por la razón que fuera, esta misteriosa circunstancia siguiera siendo su vida. Frotándose el sueño de los ojos, Gabby se giró lentamente sobre su espalda y suspiró en silencio, contemplando la techumbre de paja sobre su cama de paja en el duro suelo.

No había dormido bien últimamente, no como estaba acostumbrada, despertándose con tanta frecuencia durante la noche que se estaba volviendo experta en calcular la hora, y pensó que ya sería casi el amanecer. La oscuridad de medianoche de esta casucha gris y triste había dado paso a los primeros indicios de una luz gris matutina. Ya no tenía que luchar contra las lágrimas que querían salir; esas habían desaparecido, exhaustas, inútiles de todos modos cuando aparecían, sin cumplir otro propósito que hacer su miedo y confusión más palpables.

Tres semanas llevaba aquí en esta maldita casita con estas personas severas e inflexibles, que hablaban un idioma que no entendía y la trataban como si fuera solo un animal, útil para el trabajo, pero salvaje y no del todo confiable. Su confusión inicial la había dejado en silencio, incapaz de formar palabras, y ahora, muchas semanas después, estaban seguros de que era muda, estaba convencida. No había podido pronunciar una palabra desde que se despertó de lo que pensó que era solo una pesadilla perturbadora pero que desde entonces había demostrado ser aterradoramente real.

Como solía hacer con suficiente frecuencia para causarle consternación, repasaba en su mente lo último que sabía que era… bueno, normal. Había estado recolectando vidrio de mar en la playa de arena blanca en Stonehaven, no había encontrado ni un solo pedazo de su tesoro de playa en más de una hora, lo que había sido

la primera rareza de ese día, y luego había decidido que su búsqueda era inútil. Una tormenta se estaba formando en la costa, las nubes y el mar empezaban a gritar con furia, así que se había retirado, abandonando la búsqueda de vidrio de mar, y comenzó a subir el acantilado para regresar al estacionamiento.

Recordaba que la lluvia llegó de repente y con fuerza, picándole la piel mientras caía sobre ella. Estaba a medio camino del acantilado cubierto de hierba junto al mar cuando resbaló, deslizándose por la pendiente, que, de alguna manera, horriblemente, parecía abrirse y tragársela. Entró en pánico, arañando y escarbando la tierra que se cerraba a su alrededor, teniendo ideas salvajes sobre arenas movedizas y socavones mientras gritaba hasta sentirse sin aliento, y todo se volvió negro.

Y luego se despertó con estas personas, este hombre y mujer y sus dos hijos, que la miraban como si estuviera loca. Nada le resultaba familiar, y todavía no lo era. Había estado acostada sobre un lecho de paja entonces, igual que ahora, mirando la extraña y desconocida casa y las personas que rondaban a su alrededor. Abrió la boca para pedir respuestas a preguntas que ni siquiera sabía formular, sin saber por dónde empezar. No salió ningún sonido, por lo que pensó que debía haberse quedado muda y sin voz. La mujer, ahora estaba convencida de que su nombre podría ser Brigid, aunque no estaba segura, reprendía a los niños regularmente para que se mantuvieran alejados de ella. Lo comprendía por la forma en que la voz de la mujer se elevaba y sus brazos se agitaban cada vez que uno de los niños se acercaba.

Tres semanas y Gabby no había dicho ni una palabra.

Pasaba gran parte del día solo observando y preguntándose qué demonios estaba pasando. La idea de que podría estar soñando, muy atractiva al principio, había sido abandonada rápidamente, al igual que la esperanza que vivía solo dentro de esa premisa. Recordaba específicamente que al tercer día carraspeó suavemente, preparándose para hacer la pregunta más importante: ¿dónde estoy? Al oír el leve sonido, la mujer volvió su rostro horrendo y acusador hacia Gabby, sobresaltándola aún más y silenciándola.

Al principio, había pensado que esta familia podría ser solo reclusa, escondida en esta cabaña incrustada en el terreno, cuya pared trasera no era realmente una pared, sino roca y tierra del costado de una colina. Vestían de manera extraña, con vestidos burdamente confeccionados y lo que parecían ser zapatos hechos a mano de piel de algún animal. Vivían de la tierra, sin comodidades modernas y con pocos utensilios de cocina. La tetera de hierro negro que colgaba sobre un fuego en el centro de la casa de una sola habitación estaba a menudo llena de cualquier criatura que el esposo capturaba justo antes del mediodía cada día. La mayoría de las lágrimas de Gabby habían surgido cuando el hambre la obligaba finalmente a consumir la escasa comida que le ofrecían, cuando se veía forzada a comer la carne que sabía que solo unas horas antes había sido una adorable liebre de patas largas saltando por los bosques cercanos. Se estremecía y lloraba con cada bocado y pensó que quizá se volvería vegetariana cuando todo esto, fuera lo que fuera, terminara.

Cuando la habían echado del lecho en el piso el tercer día, la esposa la obligó a salir, empujándola con un palo de dos pies. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en algún vecindario de personas vestidas de manera similar, quizá una comuna, escondida en los parajes salvajes de Escocia. Había casitas deterioradas como esta por todos lados, un conjunto de varias docenas, habitadas por personas que hablaban lo que Gabby había decidido debía ser un gaélico escocés muy antiguo. Gallinas y pollos corrían por todos lados; se veían dos caballos viejos y hambrientos, que pertenecían a y eran empleados por toda la gente, según su criterio. No había caminos, solo senderos de tierra con surcos, lo suficientemente anchos para dos o tres personas en fila o, ocasionalmente, un carrito tirado por esos caballos.

No reconocía nada. No había mar cerca, ni estacionamiento, ni carretera, ni edificio, ni otra estructura que diera alguna pista de dónde podía estar. En cualquier dirección, solo había colinas y árboles y vistas de verde y marrón.

Extrañaba la falta de comodidades, su café matutino o su teléfono, o una conversación básica con personas que hablasen

inglés. Todo desaparecido. Estaba vestida con un maldito vestido, maldición, era áspero, y no llevaba ropa interior. No llevar nada nunca se había sentido tan… vergonzoso. Después de tres días con estas personas, había encontrado su bolso de playa, aunque tristemente no la ropa que había llevado ese día a buscar vidrio de mar en Stonehaven. Había escondido su pequeña reserva de cosas fuera de la casa, cerca del arroyo donde regularmente la enviaban a buscar agua o a ayudar con la limpieza. Sintió una alegría abrumadora al descubrir un par de calzones de repuesto allí, guardados dentro de un bolso más pequeño de maquillaje que usaba para eso y tampones, y se sintió instantáneamente más humana, aunque tuviera que lavarlos al final de cada día y dejarlos secar durante la noche, sobre el colchón de paja con ella.

Pasaba la mayor parte del día sudando, y eso tenía poco que ver con el trabajo esperado de ella. Aparte del pesado vestido de lana, llevaba debajo otro vestido largo, una especie de camisa larga suponía, de algodón áspero y debajo de eso, medias gruesas de lino más suave, una en cada pierna, ajustadas alrededor de los muslos. Pasaba muchos minutos del día subiéndoselas, siempre temiendo que se le acumularan alrededor de los tobillos sobre las feas botas cortas de cuero. Al menos, pensaba, eran de cuero; las suelas definitivamente lo eran. Así que estaba con corrientes de aire, pero sudada, una situación contradictoria y molesta.

Oh, pero trabajaba. Estas personas nunca descansaban, iban de sol a sol, y nunca había estado tan exhausta en su vida. Y nadie bebía agua, así que sentía que moría constantemente de sed. Le daban cerveza, o su versión de ella; era asquerosa, tibia y aguada, con un sabor espeso que no resultaba agradable. Los niños también la bebían.

El miedo la había hecho sumisa, así que cuando comenzaron a esperar trabajo de ella, simplemente se adaptó. Pero vivía en un estado constante de preocupación, sin tener idea precisa de lo que había ocurrido o estaba ocurriendo.

¿Pero quién podría ayudarla? ¿Cómo podría salir de aquí?

Se levantó y avivó el fuego, como se esperaba de ella cada mañana. Esto le había llevado muchos días, y la mujer gritándole,

empujándola con la cuchara de madera o a veces dándole una bofetada directa, hacía que Gabby estuviera ansiosa por entender lo que se esperaba de ella, difícil de hacer cuando el idioma era una barrera.

En pocos minutos, la familia también se levantó, casi al mismo tiempo. El esposo y la esposa compartían la amplia pero baja cama con sus hijos, lo que generaba toda una serie de preguntas más, y cuando uno se despertaba y se levantaba, los demás también.

La mujer de cabello rizado apenas se había frotado el sueño de los ojos cuando comenzó a gritarle algo incomprensible y le empujó un balde vacío. Sumisa, Gabby tomó el balde y salió de la casa. Asegurándose de cerrar la puerta bien detrás de ella, no siempre quedaba cerrada, y a veces podría regresar y ser reprendida por dejarla abierta, tomó una profunda bocanada de aire fresco de la mañana y se alejó de la casa. Como siempre, como lo había hecho muchas veces en las últimas tres semanas, pensó en alejarse y no volver jamás.

Pero ¿a dónde ir? Como parecía que solo había montañas, valles y bosques en todas las direcciones por millas a la redonda, hasta ahora había tenido demasiado miedo de abandonar la relativa seguridad de esta circunstancia para aventurarse sola.

Abrazando el gastado balde de madera con la correa de cuero contra su pecho, se dirigió al arroyo crecido a unas octavas de milla del pequeño grupo de casas primitivas. El agua que traería a la casa se usaría todo el día, para el escaso lavado que hacía la familia, para cocinar y para la poca limpieza dentro de la vivienda rústica. Gabby había adoptado la costumbre de lavarse la cara y cepillarse los dientes lo mejor que podía cada mañana junto al arroyo, demasiado asustada para usar la misma agua después de que llegara a la casa, habiendo sido testigo de lo antihigiénicas que eran la mayoría de las prácticas dentro de la casa y con el balde de agua una vez que la familia lo usaba. Las manos siempre estaban sucias, y los trapos rara vez se lavaban o desinfectaban, ¿cómo podrían?, y una vez vio cómo la mujer se limpiaba los mocos de la hija menor. Descuidada, Brigid limpió esos mocos de su mano pasando la mano por su propia falda.

Un momento después, usó esa misma mano cubierta de mocos para pelar y preparar la liebre diaria, enjuagándose la mano en la misma agua donde se cocería la liebre. Gabby solo pudo comer esa noche convenciéndose de que las largas horas de cocción seguramente habrían eliminado cualquier fluido corporal que pudiera haberse agregado inadvertidamente al estofado.

Estaba de rodillas junto al arroyo cuando un sonido la alertó con más intensidad. Estaba acostumbrada a ciertos ruidos regulares, ahora familiares: el sonido de un hacha golpeando la madera, el crujido del carro tambaleante que avanzaba por el sendero, el balido constante de las treinta o más ovejas del diminuto poblado cuando estaban encerradas en sus corrales, o incluso, de vez en cuando, la risa de los niños. Pero lo que escuchó ahora no era ninguno de esos sonidos, ni nada que recordara haber oído desde que se despertó en esta pesadilla extraña e interminable.

Un poco inquieta por el sonido, que se intensificaba a medida que se acercaba, Gabby abandonó el balde lleno y corrió desde la orilla del arroyo para esconderse en un pequeño bosque. La cacofonía creciente y cercana era tal que no solo se situó detrás de las ramas sanas de los pinos, que llegaban hasta el suelo, sino que se metió entre ellas, queriendo estar completamente invisible. Al siguiente segundo, y no estaba segura de cómo pudo saberlo, empezó a creer que el ruido atronador provenía de caballos galopando directamente hacia ella.

Tras un largo momento sin aliento dentro del árbol, un grupo de caballos montados irrumpió sobre la cima de la colina al otro lado del agua. Descendieron por la pendiente con seguridad y cruzaron el estrecho arroyo, sin que sus jinetes se detuvieran siquiera para medir la profundidad del agua que corría veloz. Aunque estaba bien escondida y a buena distancia, quince metros o más, de la línea de al menos treinta caballos, la misma autoconservación que la había mantenido en silencio durante casi un mes la encogió ahora en una forma baja y encorvada dentro del árbol.

Santo cielo. *¿Qué está pasando?*

La imagen era impresionante. Parecía un pequeño ejército, eso por sí solo ya era impactante: un grupo de jinetes atravesando

el bosque, pero uno antiguo, vestido con lo que parecía ser cota de malla y cascos metálicos opacos que cubrían sus cabezas y rostros. No vio armas de fuego ni radios ni ningún otro implemento que pudiera asociar a un soldado, pero notó sus botas de cuero, cuyo diseño era lo suficientemente simple como para sugerir que se habían hecho en una clase de manualidades. Gabby no sabía nada de caballos ni de montar a caballo, pero reconoció que sus sillas de montar eran extrañas, casi primitivas, y más pequeñas de lo que pensaba que era normal. Y cada uno estaba equipado con un cilindro de metal largo, estrecho, golpeando los flancos de los caballos. Fundas, supuso, incapaz en ese momento de negar lo absurdo de esa suposición. Y apenas había notado ese accesorio, varios de los jinetes con casco sacaron espadas de esas fundas.

Parpadeando rápidamente, como si intentara disipar lo irracional de lo que veía, observó cómo desaparecían subiendo y rodeando el sendero que la había llevado al arroyo, hacia el pequeño pueblo adormecido y fuera de su vista.

Tenía cierta sospecha, que había rechazado una y otra vez como imposible, de que estaba y había estado desde que se despertó hace tres semanas, en un tiempo y lugar diferente. La idea misma sugería que de algún modo había viajado a través del tiempo y el espacio, pero no tenía sentido. Ningún sentido racional. Viajar en el tiempo no era real. No había permitido que esa idea se instalara en su mente, considerándola demasiado absurda. Pero esto, ahora, trajo de vuelta esa noción con fuerza. Era difícil escapar de ella, con esos hombres atravesando el bosque, vestidos con atuendos que solo había visto en películas sobre la Edad Media.

Conmocionada y más confundida que nunca, Gabby salió del refugio del pino y miró solo de reojo el balde de agua, que permanecía intacto en la orilla, más cerca de ella que el lugar por donde habían pasado los jinetes. No se movió, no siguió hacia donde habían ido, en la misma dirección del sendero que llevaba al pequeño grupo de casas, sino que se mordió el labio y se volvió a mirar en dirección opuesta.

La indecisión, o más específicamente, el miedo, la había mantenido allí todas estas semanas. Tal vez ahora, con cualquier

distracción que esos hombres a caballo trajeran a la comuna, era un buen momento para escapar. Decidida a no ser más valiente mañana ni al día siguiente y, por lo tanto, quizás nunca salir de este lugar, giró sobre sus talones y regresó al arroyo. Ignorando el balde de agua, caminó unos seis metros hacia la izquierda hasta donde había escondido su bolso de playa semanas atrás. En aquel momento, le pareció prudente ocultar la bolsa, ya que a Brigid le gustaba mirar el objeto inanimado con desconfianza. Gabby temía que la mujer pudiera haberlo arrojado al fuego, quemando cualquier "peligro" que supusiera que la bolsa o su contenido representaba.

Por fortuna, seguía intacta, cuidadosamente guardada en el hueco de un árbol caído hacía mucho tiempo. Gabby tuvo que cerrar los ojos y fingir que no había bichos ni arañas dentro del hueco al meter el brazo, hasta el hombro, para recuperar su pertenencia. Una vez recogida, sacudió los trozos de musgo y tierra adheridos al fondo de la bolsa de lona azul con rayas blancas. Las asas de cuerda estaban húmedas y frescas, pero no sucias. Una mirada rápida al interior mostró que lo poco que poseía en esta vida surrealista seguía allí: su toalla de playa, linterna y una pequeña bolsa de vidrio de mar que había recogido en otra excursión. Bajo la toalla enrollada estaba su billetera. Había decidido semanas atrás que los pocos billetes, su identificación y su única tarjeta de crédito no le servirían de nada. Los otros tesoros, y lo eran, ahora más que nunca, eran dos libros. Como rara vez salía de excursión con el cargador del teléfono, este había estado apagado desde el primer día de su pesadilla. Había tenido un paquete de barras de granola, muy crujientes, pero se habían terminado rápidamente, consumidas poco después de que despertara, cuando Peter Rabbit era la única otra fuente de alimento ofrecida. El cepillo de dientes en su estuche había sido usado en secreto en ocasiones cuando bajaba sola al arroyo; hasta ahora era lo único que mantenía su cordura, estaba segura. Y en el fondo de la bolsa, como en muchos bolsos de mujer, permanecían varios objetos dispersos, ya que la bolsa ocasionalmente se había convertido en un "atrapa-todo": unos cuantos bolígrafos, monedas sueltas, un paquete de chicle medio vacío, algunos pañuelos, entre otras cosas. Revisó el bolsillo exterior

con cremallera, aliviada de encontrar que el pequeño cuchillo de cocina que había robado a Brigid seguía allí, envuelto en otro pañuelo.

Se puso de pie y abrazó la bolsa contra su pecho. Todas sus posesiones terrenales, al menos en este mundo, estaban a salvo por ahora.

Y comenzó a caminar, alejándose del balde de agua y de la comuna de extraños, sintiéndose ya valiente. Después de un rato, se colgó la bolsa al hombro y adoptó un paso rápido para alejarse lo más posible.

Mira hacia adelante, no hacia atrás. Las palabras de uno de sus terapeutas del instituto resonaban en su cabeza.

Y así lo hizo. Pero apenas había algo que ver más que árboles y más árboles. Estaba, a solo unos cientos de pies del arroyo, profundamente dentro de un bosque fresco y limpio. Sobre ella colgaba y se mecían un dosel de verde y marrón, y el suelo estaba cubierto por una alfombra mullida de agujas de pino, amortiguando cada paso. Podía ver que al este estaba detrás, donde había salido el sol, pero de poco servía saberlo, ya que no tenía idea de hacia dónde se dirigía.

Aun así, avanzó, imbuida de una sensación de libertad y propósito que juró no permitir que se apagara. Caminó casi una milla, pensó, tal vez treinta minutos o más, hasta que el bosque comenzó a espesarse lo suficiente para alarmarla. Girando en todas direcciones, cambió de rumbo, apuntando más al sur, donde parecía haber más luz entre los árboles. Tal vez se abriera y pudiera encontrar algo útil: un camino, una casa, una de verdad, un pueblo, cualquier cosa.

Aunque finalmente emergió del bosque y cruzó un prado tranquilo salpicado solo de algunas rocas y árboles, no encontró ninguna de esas cosas deseadas en la media hora siguiente. En cambio, para su horror, lo único vivo que encontró fue un lobo.

Gabby se detuvo y lo miró, inmóvil, sin respirar.

El lobo había aparecido desde el lado trasero de un gigantesco bloque de roca, inclinado hacia arriba y alejado de la

tierra, descansando sobre, o como parte de, otro enorme bloque de roca que sobresalía del suelo. Sin duda, su guarida estaba allí.

Durante un largo conteo de diez, Gabby y el lobo sostuvieron un duelo de miradas a través de los quince metros que los separaban, sin moverse. Un pequeño y adorable cachorro apareció, retorciéndose entre las patas de su madre.

La confusión le nublaba la mente. No había lobos en Escocia. Lo sabía. Lo había leído en el periódico The Press and Journal un día en el autobús. No había habido lobos allí durante cientos de años. Las autoridades discutían reintroducir lobos en el país.

Pero no habían comenzado el proceso. Ni siquiera estaba segura de que la ley se hubiera aprobado.

No había lobos en Escocia.

No en el siglo XXI.

Pero allí estaba, seguramente demasiado grande para ser un perro. Varios más aparecieron, deambulando por la hierba seca del prado detrás de la hembra y sus crías. Todos los ojos estaban puestos en Gabby.

Lentamente retrocedió, mientras la bestia más cercana la observaba con unos ojos dorados aterradoramente intensos. Los ojos de un depredador. Mientras su pecho palpitaba, sacó lentamente su bolso de playa para hurgar dentro de él, mientras continuaba retrocediendo con cuidado. Dentro del bolsillo con cremallera sacó el cuchillo pequeño, esperando ser lo suficientemente valiente para usarlo si era necesario.

Cuando, afortunadamente, ninguno de ellos hizo el más mínimo intento de seguirla y cuando hubo puesto más distancia entre ella y todos ellos, Gabby se dio la vuelta y corrió. Tropezó una vez, el suelo cedió inesperadamente, pero no perdió tiempo, se levantó y siguió adelante, el estruendo de su corazón dentro de su cabeza era ensordecedor ahora. Pero aun así no lo suficientemente fuerte como para cubrir un retumbo aún mayor y más ensordecedor. Creyendo que los lobos la estaban persiguiendo ahora, seguramente con zapatos de cemento para crear un ruido tan atronador, miró hacia atrás. Para su horror, los lobos habían desaparecido, no se veía ni rastro de ellos. En su lugar estaba aquella banda de jinetes de la

que se había escondido antes, casi una hora atrás ya. Estaban al otro lado del vasto campo, a cientos de metros de distancia, pero no por mucho tiempo considerando la velocidad a la que se movían ahora, viniendo directamente hacia ella.

Mierda.

Corrió tan rápido como pudo y siguió corriendo, mucho después de que el dolor agudo en su pecho le suplicara detenerse, mucho después de que sus piernas gritaran que no podían dar un paso más. Siguió adelante, rezando para poder correr directamente hacia su vida real, saliendo de esta pesadilla tal vez.

Otro tramo de bosque se extendía ante ella y, sin otra opción, corrió hacia un bosque tan similar al que había recorrido kilómetros para escapar antes, hasta que los únicos sonidos eran el graznido de un pájaro y el viento deslizándose suavemente entre los pinos, zumbando y susurrando.

Siguió corriendo, con lágrimas corriendo ahora por su confusión y su miedo.

¡¿Qué demonios era este lugar?!

Capítulo Dos

A Primera Vista

Solo quería montar y partir, y terminar su viaje de regreso a casa. Cormag era un buen hombre, un capitán capaz, pero no era conocido por su rapidez. Un viaje programado de cuatro horas, de aquí hasta allá, con él incluido, con frecuencia se convertía en un trayecto el doble de largo. Y no sería sin su cuota de quejas y drama.

—Pasemos por MacEwen's, compartamos un frasco con él —decía cuando pasaban por allí. Luego se peleaba con MacEwen, y Aedan tenía que separarlo antes de que se ganaran enemigos.

—Och, ¿y qué te pasa que tienes la mandíbula colgando así? —le había preguntado Cormag a Mungan semanas atrás, deteniendo a todo el grupo para escuchar la respuesta.

—Los chicos, Loys y Niel, llevan una semana discutiendo —había dicho horas antes ese mismo día—. Por esa desgraciada pelirroja, Grisel, y seguro que no hay manera amable de decirles que la fila frente a su puerta es mucho más larga que ellos dos.

Cormag luego había llamado a los chicos al frente del ejército que avanzaba lentamente para resolver su disputa menor en ese momento.

—No vale la pena perder buenos amigos por un malentendido —era su dudoso consejo sobre la mujer, quien efectivamente había entretenido su parte de soldados Cameron y, según Cormag, "… cualquier cosa que caminara con tres patas".

Aedan recordaba que, aunque su padre confiaba en Cormag sin reservas y había proclamado que el gigante era incomparable en batalla, podía cansar más a un cuerpo con lo que Jasper Cameron llamaba los 'modos agitados' de Cormag que con cualquier arma que le dieran.

—Manda a Cormag allí abajo —había dicho su padre años atrás sobre unos prisioneros de los que querían información—.

Déjalo en esas celdas, hablando sin parar: pronto tendrás sus historias. Suplicarán que se lleve lo que cuenten y los deje en paz.

Momentos antes, mucho después de que el asunto de Loys y Niel se resolviera a satisfacción, Cormag había exigido detenerse.

—Una vista hermosa justo en la cima del acantilado —dijo como tentación.

Después de que Aedan pusiera los ojos en blanco, pero antes de que pudiera decir que preferiría ver la vista desde los acantilados de Cairncross, Cormag le hizo un gesto, admitiendo el verdadero propósito de la demora solicitada. Se frotó el vientre, pellizcándose la cara para reforzar su súplica.

—Esa ardilla era de la variedad maligna y enferma. No debería haberla probado, ¿no estás de acuerdo? Dile a los ldas que se acomoden hasta que lo limpie todo.

—Maldita sea, Cormag —gruñó Aedan—. Llegaremos a Cairncross en unas pocas horas.

—Confía en mí, lad—replicó, pasando sus gruesos dedos por la crin áspera de su montura—, este viejo no quiere que espere.

Un maldito niño de cinco años, eso era, pensó Aedan entonces.

Pero la parada que Cormag había requerido resultó ser oportuna y extremadamente esclarecedora. Mientras esperaba sobre su destrier a que su capitán regresara al pequeño grupo de treinta hombres, Davidh llamó la atención de Aedan, sosteniendo la rienda de su caballo mientras miraba el suelo a su alrededor.

Se acercó, siguiendo su mirada hacia donde señalaba Davidh. El suelo estaba aplastado, con algunas partes del bosque removidas. Un área de tierra marrón expuesta destacaba, como si una bota hubiera raspado las hojas y agujas de pino.

—¡Niel! —llamó a su rastreador, inspeccionando otros puntos que mostraban que alguien había acampado allí recientemente. Descendiendo, descubrió ramas rotas y un charco casi completamente absorbido de lo que parecía ser cerveza, donde alguien podría haber vaciado su frasco.

Uno de sus hombres gritó desde un claro mayor a seis metros de distancia.

—Fuego aquí, jefe. No hace mucho.

Aedan se giró y consideró eso.

Niel llegó y examinó con los ojos todas las marcas y evidencias.

—Treinta o más, al menos —dijo. Se agachó y recogió una piedra de afilar, la roca pálida marcada con rayas donde alguien había afilado su espada. —No hay razón para afilar una hoja aquí. No hay sangre ni cadáver que indique que fuera para desollar y limpiar incluso una ardilla o una liebre.

Para entonces, varios hombres Cameron más habían desmontado y caminaban mirando el suelo, examinando toda el área, pateando hojas y escombros del bosque.

—Och, pero volverán —gritó Loys, que estaba agachado excavando lo que parecía tierra recién removida, compactada hasta que comenzó a desenterrarla.

Taog se unió a él y trabajaron rápido, sacando un pequeño cofre del hoyo.

—Tiene buen peso —dijo Loys.

Se había formado un grupo alrededor de ellos. Taog miró a Aedan en busca de instrucciones.

—Ábranlo.

Loys se puso de pie y usó su hacha para cortar el candado embarrado, golpeando dos veces porque su primer intento falló por varios centímetros, lo que provocó algunas burlas de los presentes.

—Usa los dos ojos, lad—gritó uno.

—Tal vez las dos manos la próxima vez —aconsejó otro.

Esto provocó algunas risas amistosas que se silenciaron al instante cuando el candado se rompió y la tapa se levantó. El silencio de asombro duró uno, dos, tres segundos hasta que alguien silbó largo y bajo al ver las monedas brillantes que llenaban más de la mitad del cofre del tamaño de una bota.

—*Oh* —susurró Niel, junto a Aedan.

Cuando Loys apartó la vista de la pequeña fortuna y miró por encima del hombro, Aedan ordenó con brusquedad:

—Asegúrenlo. Átenlo a la montura de Cormag.

—Así que son saqueadores —supuso Niel.

—Sí, demasiados para ser una unidad familiar —especuló Aedan—. ¿Y por qué otro enterraría esto y no se lo llevaría?

—¿Y ahora están en ello? ¿Han ido a saquear, con la intención de llenar el cofre?

—Probablemente sí —asintió, frunciendo los labios mientras escaneaba el área con otros ojos, dispuesto a enfrentarse a los saqueadores cuando regresaran.

—¿Merodeando como gallinas y para qué?

Cormag regresó.

Aedan ignoró su llegada, dejando que Taog explicara.

—Supongo que debemos agradecer al estómago débil de vuestra dama, Cormag. Encontramos un campamento de saqueadores y su botín.

—¿Qué? —y él también silbó, impresionado por la cantidad de monedas en el cofre.

Aedan se giró para ver a Cormag acercarse.

—Podemos escondernos fácilmente por aquí. Niel dice que posiblemente sean unos treinta.

Cormag se burló de eso.

—Sí, y él dijo que solo había una docena cerca de Haddington, ¿y cómo resultó esa estimación?

Aedan se encogió de hombros, reconociendo que su punto era válido. Niel era bastante competente para rastrear y leer un escenario, pero hubo aquel incidente cerca de Haddington, donde los doce de Niel resultaron ser tres veces más hombres. Sobrevivieron, con pocos daños a los Cameron, pero no le gustaría repetirlo.

Cormag no insistió en su condena, pero dijo:

—Sí, sería fácil esconderse aquí y salir sobre ellos de noche.

—Hagan que los lads lleven los caballos lejos, den un amplio margen.

Asintió y se encargó de eso mientras Aedan instruía a sus hombres:

—Devuelvan todo como estaba. Cúbranse cerca, pero no sobre su campamento, al norte de este, ya que sus huellas conducen

al sur. Esperen mi señal, que quizá no llegue hasta el anochecer, si podemos evitarlo.

—No creo que puedas —llamó Mungan—. Alguien viene, rápido.

—Ahí lo tienen, lads—llamó Aedan, bajando un poco la voz—. Desaparezcan. Espadas listas.

Como si lo hubieran practicado, aunque no lo habían hecho, el ejército Cameron desapareció de la vista en segundos, detrás de árboles y rocas y bajo el dosel bajo de los pinos, cada uno pegado al suelo, sabiendo que quien conoce un área rara vez mira más allá del nivel de los ojos.

Aedan se agachó detrás de un roble de tronco grueso, a doce metros del fuego cubierto de musgo, más cerca de lo que hubiera querido. En cuestión de segundos se dio cuenta de que solo venía una persona y que estaba a pie, corriendo rápido.

—Alto, lads—ordenó con calma antes de que la figura corriera lo suficiente para escuchar.

Venía directo hacia él, y en el siguiente momento se dio cuenta con un ceño fruncido renovado de que era una mujer, la falda de su léine se agitaba alrededor de sus piernas mientras mechones de su largo cabello negro flotaban sobre sus hombros y rostro. Maldita sea.

—La tengo —avisó a sus hombres mientras se lanzaba desde su posición agazapada cuando ella llegó al lado del árbol.

Ella chocó contra la pared de su pecho y apenas logró tomar aire antes de dejar escapar un grito.

Aedan maldijo entre dientes y extendió las manos para calmarla. Colocó una detrás de su cabeza y otra sobre su boca, con la intención de arrastrarla detrás del árbol. Antes de que pudiera hacerlo, y mientras se quedaba momentáneamente paralizado por el azul brillante de sus grandes ojos, ella levantó la mano y rasguñó la parte inferior de ambos brazos.

—¡Malditos santos y toda su parentela! —maldijo, al darse cuenta de que ella sostenía un cuchillo y había hecho cortes en sus antebrazos.

Ella no había terminado; sus brazos y piernas se agitaban, como un pez desesperado en la orilla. Pateó su espinilla y arrastró la hoja por su pecho, aunque solo encontró su coraza acolchada. Y mientras él hervía de furia y aplicaba más presión, ella mordió la mano que cubría su boca al mismo tiempo que empujaba con fuerza su pecho.

Soltó a la felina con un gruñido furioso, y ella no perdió tiempo antes de girar y salir corriendo, chocando directamente contra el pecho de Cormag a menos de dos metros de distancia. Posiblemente tan sorprendido como Aedan por lo salvaje y desesperada que era su lucha, los reflejos de Cormag fueron lentos, y ella rebotó contra él. Con un grito, se tambaleó sobre los talones antes de perder la batalla por mantenerse erguida. Cayó, aterrizando de espaldas entre Cormag y Aedan.

Rodeándola para mirar desde la perspectiva de Cormag, Aedan la examinó con una ceja fruncida y le siseó que no tenían intención de hacerle daño.

—Por favor, no me maten —gritó ella, levantando las manos temblorosas, una aun sujetando su rústico puñal.

—Maldita bruja parlante del demonio —gruñó Cormag.

—Solo… oh, me van a matar —dijo, realmente aulló.

Y luego, para asombro de Aedan, Cormag y cualquiera que pudiera estar mirando, ella dejó caer las manos. Poniéndolas sobre su abdomen, adoptó una postura tranquila.

—Esperen. No pueden, ¿verdad? Creo que no puedo morir en mi propio sueño.

Aparte del inglés entrecortado, había un tono extraño en su voz, mitad desafío, mitad esperanza. Aedan lo captó y frunció el ceño, siempre cauteloso con quienes no podían decidir qué emoción mostrar, especialmente desconfiando de una lass que no demostraba el temor esperado al estar indefensa a los pies de Cormag, un hombre grotesco incluso en un buen día.

Ella temblaba visiblemente, pero solo miraba los árboles y el cielo sobre ella, pareciendo haber llegado a alguna conclusión.

—No pueden matarme —repitió sin aliento.

Pero eso fue todo lo que comprendió de su carácter o estado de ánimo actual, siendo él mismo abrumado por lo primero que cualquier persona notaría de ella: lo increíblemente *vital* que era.

Bajó la mirada del cielo y la movió entre Aedan y Cormag otra vez, sus ojos azules abiertos y fijos en él. Sus labios estaban cerrados, quizá apretados, y sus fosas nasales se ensanchaban con las respiraciones cortas y agitadas que tomaba. Sus ojos captaron y retuvieron la atención de Aedan, de un azul líquido brillante, tan impactante como el resto de ella.

Impactante, porque no era terrenal, como todo lo que la rodeaba, incluido el ejército Cameron. Cierto, estaba vestida de manera descuidada, el marrón de su léine era inusualmente apagado, con el borde deshilachado, pero su piel era blanca, quizá sin sangre en ese momento, pero notable por lo impecable que era, y sus labios rojos y curvos destacaban en contraste. Su cabello era negro como la brea y en los dedos de las manos cruzadas sobre su abdomen, sus uñas estaban manchadas con un poco de color, un tono más oscuro que la breza de primavera.

Eso era todo, decidió Aedan en un instante de decisión: era vibrante, poseía un color asombroso en un mundo por lo demás gris. Ojos azules, labios rojos, piel blanca, uñas púrpuras. No era solo una figura borrosa de colores apagados, sino decorada con tanta vitalidad en todos esos tonos.

Extraño, pensó luego, que esta circunstancia, su identidad y el motivo de su presencia fueran menos interesantes que su apariencia. *Oh*, nunca habría imaginado que los ingleses criaran lasses como esta.

—¿Matarte? —preguntó Cormag, su tono impregnado de un poco de furia.

No era costumbre de los Cameron matar sin motivo, y mucho menos a una mujer. El tono de Cormag insinuaba la ofensa que sentía ante la sugerencia de que alguien sospechara tal cosa.

—¡Jinetes vienen, jefe! —gritó Gowan.

Aedan y Cormag volvieron su atención hacia la dirección de la que había llegado la lass. Sí, los saqueadores se acercaban,

levantando aves y escombros mientras cargaban hacia el bosque, a cientos de metros de distancia. La tierra vibraba bajo los pies.

Él consideró a la mujer en el suelo, dedicando un instante a preguntarse si debía dejarla expuesta como cebo.

Ella apartó la mirada del grupo que se aproximaba, apenas visible a esa distancia entre los árboles, y miró a Aedan, como esperando su decisión.

Esta segunda mirada lo llevó a decidir que era impactante de una manera imperfecta: sus ojos azules eran demasiado grandes, sus labios rojos demasiado anchos, su cabello suelto demasiado rebelde; sin embargo, tuvo que reconocer que algo en ella captaba su atención de manera intensa.

—Desaparezcan, lads—llamó Cormag, devolviendo a Aedan al presente y al asunto en cuestión. Cormag se ocultó, regresando al lugar donde se había escondido un momento antes.

Sin preocuparse por la delicadeza, Aedan bajó y levantó a la mujer por el frente de su léine. Lass, corrigió, determinando que era muy joven, pequeña y de rasgos delicados.

Por lo tanto, no. No debía dejarla allí como cebo. También recogió la inusual cesta a rayas que ella llevaba y había dejado caer.

Esta vez no gritó, quizá atrapada en un debate interno sobre si él sería menos peligroso que los saqueadores. Aedan no esperó su juicio y la giró bruscamente, envolviendo sus brazos alrededor de ella mientras la arrastraba detrás del árbol y fuera de la vista de los jinetes que se aproximaban. Capturó la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y apretó hasta que ella soltó el arma, roja con su propia sangre.

Ella gimió mientras él apretaba ambos brazos a su alrededor y la arrastraba hacia atrás hasta que su espalda tocó el árbol. Los saqueadores, si eran ellos, venían rápido, demasiado rápido como para solo querer alcanzar su campamento. La habían estado persiguiendo.

—No hagas ruido si quieres vivir —siseó Aedan al lado de su cabeza, usando su inglés rudimentario, cubriendo nuevamente su boca con la mano.

Ella se quedó completamente quieta en sus brazos, sus dedos aferrados a los antebrazos que la sujetaban.

Aedan giró a su derecha y asintió a Cormag, que estaba agazapado entre la maleza alta y densa, para indicarle que ella estaba controlada. Le susurró a su capitán:

—Pero no podemos esperar más.

No había manera de que la lass aterrorizada permaneciera quieta y silenciosa durante horas hasta el anochecer, estaba seguro. Y estaban demasiado cerca, más de lo deseado para esperar horas y horas.

Cormag mostró una sonrisa.

—No te necesitamos.

Aedan rodó los ojos y también se movió al otro lado del árbol, lo suficiente para presenciar a los primeros jinetes frenar bruscamente en su campamento. Saqueadores, efectivamente, una banda despareja de rebeldes, probablemente ninguno patriota entre ellos. Aparentemente, la persecución de la lass no era algo que se atrevieran a continuar lejos de su campamento. Tal vez solo querían asegurarse de que ella no lo hubiera encontrado. Algunos se dispersaron, observando a través del denso bosque, posiblemente para ver hacia dónde había ido, pero ninguno llegó tan lejos como para encontrar algún Cameron. Lentamente, Aedan se movió de nuevo, su mano todavía cubriendo su boca, hasta quedar frente al lado norte del campamento, donde todos sus hombres estaban ocultos. En su mayoría de manera efectiva, salvo que podía ver un mechón del cabello naranja de Hamish, y aquí y allá el tartán rojo y dorado de los Cameron era visible, pero solo para quien buscara.

Cormag lideraría el asalto, pero sabía esperar hasta que los saqueadores hubieran regresado y desmontado. No tenía sentido darles ventaja moviéndose ahora cuando tantos todavía podrían estar montados.

La lass en sus brazos trató de girar la cabeza, probablemente para ver más de lo que ocurría. La giró a la izquierda cuando un ruido sonó en esa dirección.

—Quietecita —susurró Aedan contra su cabello—. No te mataré, pero ellos sí, y no será lindo.

Se desplomó contra él, suave y dócil. Después de un momento, pensó que debía estar llorando. Un poco de humedad se encontró con la base de su pulgar donde lo apoyaba contra su mejilla, la lágrima rodando por el costado de su mano y muñeca.

Pero no se movió más, y Aedan giró la cabeza para escuchar a los saqueadores acomodándose.

Había poca conversación. Escuchó algunos gruñidos y discusión sobre la lesión de alguien, que se determinó probablemente no sobreviviría. Se dieron órdenes para atar los caballos y alguien pidió que se encendiera nuevamente el fuego.

—Reúnan el botín aquí —dijo uno.

—Trae el cofre, Bran —ordenó otro.

Aedan se volvió hacia Cormag, quien volvió a sonreír con suficiencia y dio un golpecito con la mano sobre el cofre que había llevado consigo entre los arbustos.

Así que solo era cuestión de tiempo antes de que descubrieran que el botín faltaba, antes de que comenzaran a acusarse unos a otros de haberlo robado. Hubo algunos empujones y forcejeos, que fueron acallados por el rugido de quien estaba a cargo.

—Encuentren a esa lass que estaba corriendo. Ahora —rugió.

Pero no lo hicieron. Cormag se movió primero, saliendo con calma de entre los arbustos con el cofre apoyado en la cadera.

—Och, sé que están buscando este cofre, lads —gritó con fuerza a través del espacio abierto de doce metros—. Ahora es mío. Pero cualquiera de ustedes es bienvenido a intentar arrebatármelo.

Sin necesidad ya de mantenerla callada, Aedan apartó sus brazos de la lass, aunque la sujetó de la muñeca al mostrarse también a los saqueadores. Los pocos que habían avanzado tras la invitación de Cormag se detuvieron al ver a Aedan.

—Han estado ocupados —dijo, chasqueando la lengua—. Sus madres y su patria lloran por el cobarde infierno que han descargado sobre tantas pobres almas. Pueden estar seguros de que su botín será bien aprovechado. Cuando partamos con él, lo enviaremos a William Wallace y a su valiente ejército, que lucha en una guerra justa y no en la cobardía en la que ustedes se regodean.

Un hombre desenvainó su espada y lanzó un rugido gutural, lo que pareció animar a sus camaradas, que también desenvainaron y avanzaron como uno solo hacia Aedan y Cormag.

Aedan devolvió a la lass a la parte trasera del árbol justo cuando su propio ejército surgió de entre los árboles, las rocas y los arbustos para lanzarse contra el enemigo. Puso su dedo sobre la parte superior del pecho de ella y ordenó con brusquedad:

—No te muevas hasta que termine.

Ella parpadeó con ojos enormes como de búho, pero no reconoció su orden. Él presionó el dedo contra ella hasta que su espalda chocó con el árbol. Ante esto, la pequeña gata salvaje asintió frenéticamente mientras sus labios temblaban sin control.

—Todo saldrá bien —prometió, y se unió a sus hombres en la refriega.

***

Al primer choque de metal contra metal, Gabby se deslizó por el árbol, cubriéndose la cabeza y el rostro con los brazos. Cuando escuchó un gruñido y se imaginó a algún hombre empalado en el extremo de una de esas largas espadas, se tapó los oídos, cerró los ojos con fuerza y comenzó a tararear, deseando que todo desapareciera, aun aferrándose a la débil esperanza de que en cualquier momento pudiera despertar.

Sin embargo, tantas cosas apuntaban a que probablemente no estaba viviendo en un sueño prolongado inexplicablemente, o peor aún, en una pesadilla. En un sueño no habría podido sentir cuán fuerte y sólido era ese hombre de ojos verdes. Tal vez habría imaginado alguna sensación acompañando el momento en que hundía los dientes en la carne de su mano, pero ¿se conocía el sabor en los sueños? ¿Se conocía el olor de la sangre?

Si esto era la vida real, estaba más confundida que nunca. Vivir en aquella pequeña y miserable casa con esa familia había sido confuso y aterrador, pero al menos había seguridad allí, una especie de consuelo en sus rutinarias vidas. Esto ahora, bueno, estaba más allá de toda comprensión. ¿Había una pelea detrás de ella en ese momento? ¿Había corrido por su vida directo hacia aquel hombre de ojos verdes, acompañado de una caballería armada? ¿Había un

gigante con él, entre otros? Uno que parecía salido de una película, tal vez la estrella, en un set sobre gigantes en una tierra ficticia. Nada tenía sentido. Ya no, menos que nunca.

Gabby se sentía como se había sentido muchas veces en las últimas semanas: solo estaba a la deriva. Sería expulsada en la tienda de regalos cuando todo terminara. No estaba segura de que estuviera más a salvo ahora que hace una hora, ni en ningún momento del último mes. Se consolaba con el hecho de no haber sido asesinada mientras yacía indefensa ante el gigante y el hombre de ojos verdes. El imponente hombre de ojos verdes la miró sin ocultar ni su desprecio ni su sospecha, pero no la había lastimado, a pesar de lo que ella le había hecho.

La pelea se acercó a ella; su tarareo y sus manos sobre los oídos no podían bloquear los ruidos ásperos de aquella lucha de vida o muerte. Abrió los ojos justo a tiempo para ver a su izquierda a un hombre con un tartán rojo sobre los hombros, similar al gigante y al hombre de ojos verdes, levantar su espada sobre la cabeza con ambas manos y golpear a la figura que intentaba escapar a sus pies.

Intentó gritar, pero no pudo, el miedo la ahogaba. El hombre del tartán rojo retrocedió hacia el lugar de donde había venido, donde estaba la pelea. Gabby miró horrorizada al hombre muerto, a menos de tres metros de ella, con los ojos abiertos, pareciendo mirarla directamente. Más cerca de ella estaba el cuchillo que había robado a Brigid, el que había usado para cortar los brazos del hombre de ojos verdes. Solo se veía la hoja; el mango estaba cubierto por hojas. Una mosca se posó en la punta, sumergiendo sus patas en la sangre que ella había derramado.

Gabby se giró, con el estómago revuelto.

Cada centímetro de su cuerpo temblaba violentamente, y sus oídos zumbaban con demasiados ruidos a la vez, que se mezclaban hasta convertirse en un solo estruendo ensordecedor en su cabeza. Ponerse de pie fue un acto instintivo, solo una reacción, ya que no tenía capacidad mental para pensar en otra cosa que no fuera el miedo. Pero se levantó y se apartó del árbol. Una vez más, corrió. Corrió hacia adelante, sin mirar atrás, dejando que el escape y el deseo de vivir dominaran todo lo demás.

No había avanzado mucho cuando un rugido resonó en todas direcciones, disipando la niebla de sonido en su cabeza. Gabby se detuvo en seco y giró, justo a tiempo para ver a un hombre a caballo acercándose rápidamente.

Congelada de nuevo, los ojos de Gabby se abrieron de par en par mientras el caballo acortaba la distancia. El hombre con casco blandía una espada manchada de sangre. Al verla inmóvil, levantó la espada con la intención evidente de derribarla y apartarla del camino. Dos hombres montados lo seguían. Varios destellos de tartán rojo indicaban que eran parte del grupo del hombre de ojos verdes.

Confundida y aterrada como siempre, su nueva normalidad supuso, Gabby volvió a mover sus piernas temblorosas.

Le gritaron palabras. Reconoció la voz del hombre de ojos verdes y pensó que quizá él estaba persiguiendo ahora a este hombre que la perseguía a ella. No se volteó para ver al hombre acercándose, pero sabía por la alarma creciente en la voz del hombre de ojos verdes que no estaba ganando terreno, sino que el hombre estaba casi sobre ella.

Cuando un estruendoso grito de palabras ininteligibles perforó el aire a su alrededor, una alarma furiosa de que estaba a punto de ser asesinada supuso, Gabby sintió el mayor pánico de su vida. Sus rodillas flaquearon y cayó al suelo. Cayó de golpe, su rostro estrellándose contra las rodillas. Inmediatamente cerró los ojos y cubrió su cabeza con brazos y manos.

En el siguiente segundo, algo chocó contra ella, golpeando el lado izquierdo de su espalda y haciéndola rodar hacia la derecha. No vio nada, los ojos seguían cerrados, pero sintió su cabeza chocar con algo increíblemente duro en el suelo.

Creyó abrir los ojos entonces, pero todo estaba negro.

Capítulo Tres

A Través de la Oscuridad, a Través de la Oscuridad

—¡*Oh*, Davidh! —maldijo Aedan—. ¡Esperaste demasiado!

El joven le gritó también, con la defensa igualmente acalorada:

—No pude hacer un disparo limpio hasta despejar los árboles. Y menos con la cabeza grande de Cormag en el camino.

—Och, pero está muerta —dictaminó Cormag, que se arrodilló al lado de la muchacha. La volteó de espaldas justo cuando Aedan llegó. Sus brazos cayeron al suelo a los lados de su cabeza, como si no tuvieran huesos, solo fueran líquidos.

Cristo, Aedan hervía de rabia. Ni siquiera conocía a la extraña lass, y encima inglesa, y casi había muerto un poco cuando ese infiel había cargado directo hacia ella. Probablemente, el hombre que huía solo la habría pasado de largo, pensando solo en escapar. Pero escapar ya no era una opción, al igual que cualquier daño que él pudiera haberle causado a la mujer de cabellos nocturnos, gracias al disparo preciso, aunque tardío, de Davidh. A apenas una docena de metros, la flecha no tuvo problema en atravesar la cota de malla que cubría su cuello. Había sido alcanzado casi en el centro exacto, un tiro perfecto, aunque inoportuno, ya que casi había caído sobre la lass y luego se había desplomado directamente sobre ella. Se había protegido, cayendo de rodillas con un quejido quebrado y chillón. La fuerza del impacto del hombre sobre ella la había empujado, y Aedan estaba bastante seguro de que todos habían tomado aire al escuchar el ominoso golpe de su cabeza rebotando contra una buena piedra.

Aedan miró por encima del hombro de Cormag mientras el gran hombre todavía estaba en cuclillas, con los dedos sobre el rostro de la chica, sacudiendo su cabeza de un lado a otro.

Golpeándole el hombro, Aedan le sugirió suavizar su enfoque:

—Ve si despierta. No hagas que los dientes se le sacudan en la cabeza.

—Está bien noqueada. Un dulce, *¿te levantarás ahora, lass?* no va a abrir sus ojos —objetó Cormag, aunque suavizó el toque, dando un leve golpecito en una mejilla.

El lado derecho de su rostro estaba manchado de sangre y tierra. Su cabello en la sien también estaba teñido de rojo. Sus ojos permanecían cerrados, sus largas pestañas negras descansando sobre sus mejillas sin color. Tal vez el miedo o la muerte habían borrado cualquier rubor que pudiera haber tenido por la carrera.

Cormag puso su mano sobre su pecho con decisión.

—No está muerta —determinó tras un momento—. Todavía no.

—Más o menos —sugirió otro.

Aedan giró la cabeza y lanzó una mirada furiosa al hablante, Mungan, que se había unido al grupo que rodeaba la figura inmóvil de la muchacha. Sintiendo que probablemente solo se contentarían con pararse ahí y suponer cosas mientras miraban a la mujer, Aedan ahuyentó a los que estaban cerca:

—La pelea ha terminado —dijo—. Limpien esto. —Sabía que tendrían que cubrir a algunos de los suyos ese día, regresando a Cairncross con cuerpos sobre los caballos, lo que lo enfureció tanto como lo entristeció.

Frente a él, aún sobre la lass, Cormag se volvió hacia Aedan, con el rostro fruncido por un poco de confusión:

—¿Y ella qué?

No era su problema. Pero no era un monstruo.

—Si no va a ser envuelta en lino con los demás, podemos dejarla en Ferros —dijo, sabiendo que estaban a pocas millas de allí.

No le importaba lo que una mujer de habla inglesa hacía en medio de la nada. Había hecho lo necesario y correcto, expulsado a los saqueadores que aterrorizaban a la gente por aquí, probablemente habiendo acumulado tanto dinero durante algún tiempo. Su responsabilidad había terminado.

Cuando Cormag continuó mirándolo por encima del hombro, Aedan cortó:

—No somos niñeras. —Como pensamiento adicional, pero sólido—. No tenemos un carro ni nada para transportarla.

Al ponerse de pie, lo que lo hacía quince centímetros más alto que Aedan, Cormag asintió, aceptando la decisión. Pero no lo hizo sin quejarse. Nunca lo hacía.

—Eres duro, lad. No quiera que tengas algún sentimiento, ¿eh?

Cormag tenía muchas opiniones, la mayoría de las cuales Aedan podía ignorar con facilidad. Esta era una de ellas. Este mundo, en estos días, no era lugar para la suavidad. Como se evidenció apenas minutos antes, el mundo era un lugar cruel. Mejor parecer insensible y sin simpatía que ser golpeado por cada desgracia que le tocara a cualquier persona. Mejor aún, mantener distancia de quienes pudieran hacer imposible mantenerse indiferente.

Salvo por su hija y hasta hace medio año, su hermano, Aedan durante años no se había permitido una conexión mayor con otra persona que lo absolutamente necesario para sobrevivir y vivir lo más pacíficamente posible.

Indiferente a las palabras sinceras de Cormag, Aedan dijo:

—Eso quedará en tus manos.

Y con eso, giró sobre su talón y vio que su caballo lo había alcanzado, montando justo a tiempo para ver a Cormag levantando a la débil lass en sus brazos.

Aedan regresó al campamento de los saqueadores y revisó a su ejército. La pelea fue breve, particularmente desigual, pero los Camerons no habían salido completamente ilesos. Eachainn y Allan yacían muertos en el suelo. Niel y Jasper ya habían empezado a quitarle el tartán a Allan. Sería usado para cubrir su cuerpo en el regreso a Cairncross. Que hubieran muerto a manos de un compatriota escocés y no de un inglés, en defensa de la libertad, le resultaba incómodo a Aedan. Un desperdicio. No debería ser así. Pero ese era el problema en Alba estos días: demasiadas personas luchando por sus propias ideologías egoístas, avaricia, poder, desesperación, dejando muy pocos unidos para enfrentar al enemigo común.

Solo quedaba recoger los cuerpos de los caídos y preservarlos sobre los caballos, recuperar las armas, mientras se saqueaban algunas piezas de armadura de los saqueadores. El cofre con moneda inimaginable fue vaciado en la alforja de Aedan. Aedan llevó su caballo hasta Rob, cuyo brazo izquierdo estaba ensangrentado, su manga cortada con un intento desesperado de salvarse, sin duda. Probablemente fue el último acto del hombre antes de que Rob lo derribara.

—No es nada más que un rasguño —dijo Rob cuando Aedan preguntó por la herida.

Asintiendo, se alejó. Uno por uno, el ejército se alineó, con los hombres muertos colocados en un lugar de honor directamente detrás de Aedan. Su mandíbula se tensó cuando Cormag tomó su lugar a su lado, con la mujer aún dormida en sus brazos, luciendo más pequeña que antes sobre el gran caballo y bajo el firme control de éste.

Al fijar Cormag la mirada directamente en Aedan, y sin duda sin poder confundir el ceño fruncido de su jefe, fue rápido en decir:

—Vendrá a Cairncross. Sí, y será mi problema, lo sé. Pero no me des problemas porque tu corazón es de hierro y ya no sabes cómo sentir.

Silencioso, salvo por el rechinar de sus dientes, Aedan chasqueó la lengua para mover su caballo y guiar a su ejército de regreso a casa.

No es asunto mío, decidió para sí mismo. Al mirar de reojo el bulto en los brazos de Cormag, vio que era solo un cuerpo flojo y sin peso que aún no había despertado. Suponiendo que estaría muerta antes de llegar a Cairncross, Aedan no dijo nada.

***

La nueva normalidad de Gabby persistía. Estaba asustada y confundida, y claramente ninguna de esas cosas desaparecería pronto.

Le tomó unos minutos a sus ojos adaptarse a la oscuridad, pero pronto se dio cuenta de que estaba en un dormitorio, sobre una cama, mucho mejor que la que había usado durante el último mes. No era exactamente lo que conocía en la vida real, no era un

colchón sólido y mullido con sábanas suaves y mantas cálidas, pero era mejor que el montón de paja sobre el suelo duro.

No se movió durante los primeros minutos, ni siquiera giró la cabeza, aunque sus ojos se desplazaban de un lado a otro tratando de captar todo lo posible para identificar dónde estaba.

La habitación era enorme para ser un dormitorio, con techos altos y una chimenea primitiva con brasas rojas. Con solo el tenue resplandor de ese pequeño fuego, no podía asegurar que dos de las paredes fueran de piedra y las otras dos y el techo de gruesas tablas de madera, pero parecía así. La puerta de la habitación era ancha y arqueada, con herrajes de metal negro. Había dos ventanas, altas y estrechas, en la misma pared, que solo indicaban que era de noche. Un armario alto y antiguo, un pequeño taburete cerca del fuego y una mesita junto a la cama eran los únicos muebles además de la cama estrecha. No había luz suficiente para determinar la calidad de los muebles, pero Gabby pensó que eran mejores que los que conocía del último mes en aquella otra casa. La cama no estaba en el suelo, como lo indicaba la ligera inclinación en el centro al apoyarse su cuerpo. No era particularmente incómoda, decidió después de moverse un poco para probarlo, aunque normalmente dormía de lado y pensó que la curvatura del centro solo permitiría dormir boca arriba.

Luchó con la confusión por este nuevo lugar y un terrible dolor de cabeza, permaneciendo despierta varios minutos antes de recordar lo último que había pensado. El vacío llenó su mente por un momento largo y aterrador hasta que recordó su último pensamiento consciente: había estado corriendo por su vida. Un hombre a caballo la había perseguido. El hombre de ojos verdes había rugido alguna instrucción. Ella había entrado en pánico y colapsado, típico de Gabby. Eso era todo lo que recordaba.

Y aquí estaba. Sin saber exactamente qué había pasado después, pero sabiendo que había sobrevivido.

Con cautela, levantó la mano desde debajo de una manta de lana y tocó con los dedos su frente. Encontró lo que parecía un trozo de lino. Al recorrer la tira de tela, descubrió que estaba envuelta alrededor de toda su cabeza. Un punto del lienzo cerca de la sien

estaba duro, con costras, pensó, quizá con su propia sangre, de ahí la venda.

Intentando contener el pánico, Gabby miró el techo y respiró profundo y calmadamente. Se concentró en lo positivo: estaba viva, y alguien había tratado lo que claramente era una herida, así que parecía que la muerte no había sido el objetivo de quien la había traído allí o del dueño de la casa.

Su intento de encontrar algo más positivo se interrumpió con un ruido. Hasta ahora, la habitación y la casa habían estado inquietantemente silenciosas. Solo el crepitar ocasional del fuego se había escuchado. Pero justo entonces, creyó escuchar un chirrido. Moviendo los ojos en todas direcciones, se horrorizó al ver la pared abrirse lentamente. O, más precisamente, una puerta en la pared de madera se movía hacia adentro lentamente. ¿Una puerta oculta? ¿O simplemente no notada antes por la oscuridad de la noche?

Se tensó y miró con ojos abiertos, levantando la manta hasta la barbilla, sin poder evitar que la pregunta *¿Y ahora qué?*" gritara en su cabeza mientras una figura entraba en la habitación. Que la figura fuera pequeña y delgada no le ofrecía alivio alguno. Había visto suficientes películas de terror para saber que los niños también podían ser peligrosos. Esta llevaba un vestido blanco hasta los tobillos. Dos pies de puntillas se veían en el suelo, cada paso era cuidadoso y silencioso, y no hacía ruido.

—No sé quién eres ni qué quieres, pero debes irte —dijo Gabby, con la voz áspera, no tan firme como había querido.

—Och, estás despierta —dijo la figura, claramente una niña pequeña. Y entonces me sorprendió al correr por la habitación y saltar al pie de la cama. Se sentó con las piernas cruzadas, sus pies descalzos escondidos bajo el vestido blanco. Sonrió, no con malicia por asustarla, sino con lo que parecía alegría genuina al verla despierta. —He venido tres veces ya, ¿y no has estado durmiendo todo este tiempo?

Ignorando la sensación de que el tono de la niña sugería que Gabby le debía una disculpa, preguntó en cambio:

—¿Quién eres?

—Ailis, hija de los Cameron. ¿Y cómo te llamas tú?

—Gabby… eh, Gabby Noble.

—¿Eres noble?

—Eh, sí. ¿Conoces a algún Noble? No era imposible que algunos vivieran en Escocia; el nombre no era raro. Seguro que no parientes, ni siquiera lejanos. Pero Gabby sabía poco de la familia Noble o sus relaciones.

La niña encogió los hombros delgados.

—Sí, he conocido a algunos, así que sé que no te vistes como una noble.

—¿Hay Nobles por aquí?… oh, espera. No soy noble, como aristócrata. Mi apellido es Noble.

Aunque la niña sonrió, Gabby vio que no la entendía.

—De todos modos, ¿dónde estoy?

—Aquí —dijo la niña, poco útil, señalando la cama—. La Abadía de Cairncross. Papá te trajo. O, mejor dicho, Cormag te llevó. Pero regresaste con el ejército de papá.

—¿Ejército? —parpadeó Gabby, pausando un momento. Una cosa a la vez—. ¿Hablas inglés?

—Sí, ¿acaso no lo hago en este momento? También francés y latín, y por supuesto nuestro propio idioma. Pero el tuyo es extraño. ¿De dónde vienes?

Bien, entonces no era algún poltergeist infantil dispuesto a hacer el mal.

Respirando profundo con un alivio tardío, Gabby respondió automáticamente:

—Kansas.

—¿Kansas? —La chica repitió sin entender la palabra.

—¿En Estados Unidos? —Supuso que, así como ella no conocía todas las áreas del consejo de Escocia, esta niña tal vez no supiera todos los nombres de los estados.

—No entiendo lo que dices. ¿Te duele la cabeza? Hay sangre por ese lado —dijo, señalando con un dedo el lado derecho de la cabeza de Gabby. Pero no esperó la respuesta de Gabby—. Cormag habló de una batalla, aunque no era tan grande como para necesitar ser recitada, hubo derramamiento de sangre y los hombres malos murieron —dijo, viéndose demasiado emocionada con la historia

para ser una niña, con los ojos grandes y la voz más aguda. Y luego su voz se calmó al declarar: —Pero también perdimos a Eachainn y a Allan, y ahora el corazón de papá está triste y no sé si Anabal se recuperará de haber perdido a Allan. —Tras dar esa triste noticia, volvió a su voz animada anterior—. Cormag también dijo que un corte de su espada entró directamente en el ojo de un hombre, sin tocar su piel, dijo —sonrió mientras lo contaba, y luego esperó con expectativa, como si Gabby debiera demostrar un entusiasmo igual.

—Oh. ¿Te contó todo eso?

—Sí. No quería, pero yo insistí. Cormag me rogó que dejara de *bombardearlo con preguntas* —dijo, usando una voz falsamente grave para sugerir que las palabras eran de Cormag y no suyas.

—Eres… muy precoz —decidió Gabby. Y entretenida de una manera que distraía, del tipo "mi vida no es solo un desastre".

—¿Qué es eso? Pre…co…shush.

—Lista. Inteligente.

Cambiando de tema tan abruptamente como lo había hecho antes, Ailis preguntó:

—Pero ¿dónde está tu gente? ¿Te quedarás? ¿O vendrán por ti?

¿Mi gente?

—No, yo… no tengo gente aquí. En Escocia. Todos están en Kansas —dijo. Pero eso explicaba muy poco sobre las ruinas de la familia o la vida de Gabby.

—Entonces te quedarás, y necesitarás una amiga —propuso Ailis, inclinándose hacia adelante para mostrar su entusiasmo por ser esa persona—, porque nadie habla como tú, o más bien solo unos pocos lo hacen.

—¿Cuántos *años* tienes? —preguntó Gabby, frunciendo el ceño.

Ailis era pequeña, delgada y baja, pero todavía con la redondez de las mejillas que sugería que no tenía más de siete u ocho años.

—He visto diez veranos, y no todos buenos —respondió.

Gabby se sorprendió por ambas partes de la respuesta de Ailis. Primero, que tuviera diez años: ciertamente no lo parecía,

aunque Gabby había preguntado porque hablaba como alguien mucho mayor, con mucha más experiencia de vida, como evidenciaba la segunda parte de su respuesta, que indicaba que vivía de manera diferente a los pocos niños que Gabby conocía, tal vez de forma más dura. Quizá era una de esas niñas cuyas circunstancias exigían que crecieran rápido.

Aun así, Gabby se sintió completamente en confianza para preguntarle a esta niña lo que la había inquietado durante semanas y semanas, algo que no se había atrevido a preguntar a ningún adulto por miedo a ser considerada loca.

—Eh, Ailis, ¿qué año es?

Esto no provocó más que una risa alegre de la niña.

—Eres tonta, ¿verdad? —dijo.

Gabby trató de sonreír para calmar su miedo de serlo.

Entonces se abrió la puerta. No la puerta secreta, casi imperceptible en la pared, sino la gran puerta arqueada. Entró el hombre de ojos verdes. Gabby no esperaba que nadie viniera a esta habitación, ciertamente no en lo que parecía ser la medianoche, y menos aún este hombre. Pero no se alarmó al verlo llenar el umbral con su magnífica presencia, no desde que su ceño actual estaba dirigido a Ailis, quien tampoco se alarmaba por la ferocidad de su fachada.

—Papá, está dañada y cómo. No sabe el año ni dónde estaba.

La mirada de Gabby giró del hombre a Ailis y de nuevo a él. ¿El silencioso y taciturno con el ceño brutal era el padre de esta parlanchina sonriente?

Asintió, aceptando la noticia que Ailis compartía tan felizmente, y entró lentamente en la habitación, cerrando la puerta tras él. Primero se concentró en su hija, levantando una ceja oscura.

—Sabes que Rob está justo afuera de la puerta. No me dijo que pasaste por allí. No tengo otra opción que asumir que te estás metiendo en lugares donde no deberías estar.

Ailis se encogió frente a su padre, no con gran miedo, sino con una expresión que decía que a menudo hacía lo que no debía y sabía que no vendría un gran castigo, una falsa muestra de

remordimiento, completa con una sonrisa que intentaba ocultar al morderse el labio.

Y luego, con audacia, posiblemente alentada por no estar realmente en problemas, Ailis se preguntó:

—¿Por qué tener una puerta secreta y escaleras detrás si no puedes usarlas? No tiene diversión.

Gabby todavía intentaba reconciliar que estos dos fueran parientes, mirando fijamente a Ailis para ver si algo lo delataba, cuando se dio cuenta de que los ojos de Ailis estaban fijos en ella, y luego sintió intensamente la mirada inquisitiva de su padre. Dirigió su atención a él y percibió la misma sensación que había sentido antes bajo su mirada implacable: había una emoción muy negativa asociada a lo que él veía al mirarla.

Cualquiera que fuera su vida ahora, este hombre ciertamente no era parte de ningún sueño. Era simplemente demasiado dinámico como para desperdiciarse solo en sueños. Estaba dibujado con gran detalle, demasiado detalle, como rara vez ocurre en los sueños. Incluso si no tuviera ojos tan verdes y brillantes como un campo de pasto mojado por la lluvia era una figura notable. Con rasgos ricos, cabello caoba grueso y algo de barba plateada en la mandíbula que brillaba con el resplandor naranja del fuego moribundo. No era tan grande como un gigante, pero tampoco pequeño, fácilmente más de un metro ochenta, con hombros que parecían cómodos y brazos musculosos que probablemente siempre estaban cálidos.

—Te caíste fuerte —le dijo—. Pero no pareces haber salido mal de eso.

Sin saber cómo responder, Gabby asintió. Y luego, sintiéndose en clara desventaja acostada, se incorporó lentamente. Su cabeza protestó y se dio cuenta, cuando la manta caliente se deslizó, que no llevaba ese horrible vestido marrón sino solo la fina camisa de algodón. Tiró de las cobijas sobre su pecho y levantó la mirada hacia él, fingiendo no haberse expuesto con esa casi transparente prenda de algodón.

Sintiendo menos miedo, en general y de este hombre, aún no la había matado; probablemente no lo haría frente a su hija, Gabby

preguntó lo primero que se le ocurrió, algo que esperaba que lo hiciera irse de la habitación y liberarla de su inquietante mirada:

—¿Hay alguna posibilidad de que me den algo de comer? —Al decir eso, se dio cuenta de que realmente tenía hambre—. Espera, ¿todavía es el mismo día? ¿El día que te conocí? Si es así, no he comido nada. Si es después de eso, llevo más de un día sin comer.

Asintió y no agregó nada para aclararle la hora. Gabby supuso que había pasado la noche, el comienzo del día siguiente.

Por supuesto, Ailis no permitió que el silencio se apoderara de la habitación.

—Cenamos pasteles de cerdo de la cocinera, los últimos de Sybil salvo el tocino, o eso dijo la cocinera.

—¿Sybil? —Gabby estaba seriamente perpleja.

—La vieja cerda grande —aclaró Ailis, para alivio de Gabby—. No servía para otra cosa, no tenía crías —giró el rostro hacia su padre—. ¿Cómo se dice, papá, cuando una cerda no tiene bebés?

—Gilt, dicen en inglés.

—Gilt, sí. Sybil era gilt y mejor en la bandeja que en el corral —informó Ailis a Gabby, con un breve asentimiento para subrayar su punto.

Los labios de Gabby se abrieron con asombro ante esta niña, su manera de hablar y el hecho de que el hombre enojado y taciturno fuera su padre. Entonces el padre de Ailis carraspeó, atrayendo nuevamente la atención de Gabby hacia él, aunque se dirigía a su hija al hablar.

—Ve, y no por donde viniste. Dale a la niña un respiro de tu parloteo.

Todo el cuerpo de Ailis adoptó la postura de una niña petulante antigua. Sus hombros y pecho cayeron mientras levantaba el mentón.

—Ah...

—Ve —insistió su padre, con firmeza suficiente para que no se resistiera más.

Antes de bajarse de la cama, Ailis preguntó:

—Pero ¿puedo verla mañana?

—Quieres decir más tarde hoy, ¿no? —Al encogerse de hombros, él asintió—. Sí, pero solo por una visita corta y solo si ella lo desea.

Aparentemente, esa era su señal para opinar sobre el asunto.

—Sí, por favor —fue la única respuesta que se le ocurrió dar. Era la correcta, al menos así lo sintió. Se sorprendió de que la sonrisa de Ailis la reconfortara. Y con eso, la niña abandonó su lugar en la estrecha cama y fue a la puerta, donde tuvo que usar ambas manos y bastante fuerza para abrirla y luego cerrarla tras salir.

Cuando se fue, Gabby y el hombre apartaron su atención de la puerta y se miraron nuevamente. Él la observaba, como antes, en silencio, obviamente sin preocuparse de que pudiera causar tanto malestar con la intensidad de su mirada. Justo cuando notó un tic en su mejilla, como si apretara mucho la mandíbula, Gabby tragó saliva y se preguntó si se esperaba que hablara con él o simplemente permaneciera inmóvil bajo su prolongado examen.

Él habló antes de que ella respondiera su propia pregunta.

—Solo pensé en avivar el fuego —dijo, explicando así su llegada, y luego se volvió a hacerlo—. La noche es fresca y esta cámara y las demás que dan al oeste tienden a sentir una brisa fuerte.

Ella no lo había notado. Y luego, no podría haber dicho que sentía frío, como lo había sentido casi todos los días del último mes.

—Lo siento, pero no sé tu nombre —dijo ella al silencio que siguió, mientras él aún estaba inclinado sobre el fuego, con el atizador en la mano, iluminando la habitación con sus esfuerzos y la adición de otra leña.

No respondió de inmediato, y no lo hizo hasta que terminó de avivar el fuego y regresó al lado de la cama. No se acercó demasiado, estaba aún a un metro y medio de distancia, pero su presencia hacía que pareciera muy cercano.

—Ni yo el tuyo.

—Ah. Gabby —dijo ella, y añadió nerviosa, innecesariamente —: Gabrielle, en realidad.

—Aedan, y esto —dijo él, inclinando un poco la cabeza para abarcar la habitación— es Cairncross. Pero no sé dónde necesitas

estar, cuando estés lo suficientemente bien para viajar.

—Eh… —Gabby empezó, pero no tuvo respuesta inmediata—. Supongo que Stonehaven. Allí es donde me estoy quedando.

—¿Con los Kincaid?

Asumiendo que se refería a los Kincaid, y que hablaba de un hotel o algo similar, Gabby negó con la cabeza.

—No, estaba, más recientemente de todos modos, quedándome en la Maryculter House… —Dejó la frase colgando, sin estar segura de hace cuánto tiempo había sido eso o si todavía tenía alojamiento allí. A estas alturas, probablemente ya habían sacado hasta el último centavo de su cuenta bancaria, ya que había usado esa tarjeta para registrarse, pero no había hecho el check-out oficialmente. Otro problema, para otro día.

—Y querrás regresar allí, tan pronto como puedas.

Esto abrió los ojos de Gabby. No había sido planteado como una pregunta.

Confundida, murmuró:

—Sí. Tan pronto como sea posible, si tú… o alguien pudiera ayudarme a volver allí.

—Sí, puedo hacer que eso ocurra.

Y eso fue todo, supuso, mientras él se dirigía a la puerta. Al parecer, no era muy dado a la conversación. Su hija debía haber heredado esa habilidad de su madre.

—Buenas noches —dijo ella, más por despecho ante su salida tan seca.

Él no dijo nada, solo salió de la misma manera en que había entrado.

Gabby frunció el ceño, muy segura de que había escuchado una llave girando en la cerradura cuando la puerta se cerró. Su boca quedó abierta. ¡Cómo se atrevía! Su enojo fue breve, su humor generoso a pesar de su inexplicablemente cortante comportamiento. Tenía protector y defensor escritos en todo él, así que Gabby imaginó que la consideraba una amenaza y quería proteger su casa y su familia.

Pero, aun así, qué tipo tan desagradable.

Un momento después, Gabby se dio cuenta de que todavía tenía hambre, sin ninguna promesa de comida.

Y no había preguntado, ni le habían dicho qué le había pasado hoy.

Capítulo Cuatro

Realidad y Memoria, Vienen en Pequeñas Dosis

La siguiente persona que abrió la puerta y entró en la habitación fue una joven, no mucho mayor que los veintitrés años que Gabby tenía, supuso, vestida con un vestido color vino.

Entró en la habitación con paso firme y le dio a Gabby una breve sonrisa superficial, luego se dirigió directamente a la chimenea mientras Gabby se esforzaba por incorporarse en la cama. Como había notado la noche anterior cuando Ailis y luego su padre la habían visitado, estaba vestida con un vestido largo, muy parecido al que Ailis había llevado cuando llegó, aunque este no tenía mangas. A Gabby no le desagradaban las ropas limpias, y se había sentido aliviada de seguir llevando su ropa interior, pero le inquietaba un poco pensar que alguien debía haberla cambiado mientras dormía. Qué asco.

La mujer comenzó a hablar poco después de entrar, pero como muchos otros que Gabby había conocido en el último mes, no entendía ni una palabra de lo que decía. Avivó el mismo fuego que el padre de Ailis, Aedan, recordó Gabby, había encendido en las primeras horas de la mañana. Cuando terminó, se enderezó y cruzó la habitación hasta la cama.

Hoy era un día gris, la única ventana dejaba pasar un solo rayo de luz y este era gris, aportando poca alegría al día. Por lo demás, Gabby pensó que la mujer que se acercaba debería haber venido con luz de sol, con rayos que guiaran su paso, tan hermosa era. Atractiva, fue la primera palabra que le vino a la mente, una Catherine Zeta-Jones medieval hecha realidad. O, supuso Gabby, una versión anterior, dependiendo de lo que realmente fuera esta realidad del Otro Mundo. Cabello oscuro y ojos negros, con un busto envidiable que el vestido color vino luchaba por contener con solo éxito parcial, avanzaba con pasos pausados, su mirada se

estrechaba al posarse sobre Gabby con casi la misma expresión que casi todos los que había conocido recientemente: sospecha.

—No hablo tu idioma —dijo Gabby, sintiéndose nuevamente en clara desventaja.

La mujer, afortunadamente, habló en inglés.

—Aye, tú eres inglesa.

No dijo "persona inglesa" ni "mujer inglesa", solo "inglesa".

Gabby asintió.

—Pero no realmente —precisó—. No soy de Inglaterra.

La mujer inclinó la cabeza hacia Gabby.

—Da igual, ¿no?

Gabby no lo creyó así.

—Soy Gabby. Supongo que te debo las gracias por… ¿cambiarme anoche?

La sonrisa que respondió fue condescendiente, como si la mujer no se hubiera rebajado a hacerlo.

—Nae. Tal vez Berta y Malvina. Yo soy Borgach —dijo, colocando su mano en la cadera, mientras dirigía su atención a la venda que cubría la cabeza de Gabby.

—BOR-gach —repitió Gabby, lo más parecido posible a cómo lo había pronunciado la mujer. Vaya, era un nombre horrible, lo que parecía injusto según Gabby dado lo impactante que era.

Luego la mujer recogió un montón de tiras de lino que habían quedado sobre la mesa de noche y las colocó sobre su antebrazo antes de abrir el armario alto y sacar un vestido nuevo, esta vez de azul oscuro. Era distinto a cualquier otra prenda que Gabby hubiera visto en alguien más en este extraño sueño, menos tosco, de mejor calidad según parecía, y bordado con hilos de plata. Colocó el vestido al pie de la cama y se acercó para ponerse justo al lado de Gabby.

—Quitamos el lino —dijo.

—Oh, está bien —permitió Gabby, levantando las manos para encontrar los extremos de la venda y comenzar a desenrollarla.

Sus manos fueron apartadas, no con brusquedad, pero lo suficientemente firme como para que Gabby las bajara al regazo y dejara que Borgach desenrollara la larga tira. Lo hizo con cuidado,

presionando los dedos sobre la frente de Gabby cuando llegaba a la parte donde la tela estaba pegada a la sangre. Trabajó lentamente y Gabby apenas sintió incomodidad, aunque se dio cuenta de que aún le dolía un poco la cabeza.

—Dijeron que fuiste perseguida por los saqueadores —dijo Borgach—, que perdiste la cabeza por completo.

—Um, sí. Fue un poco aterrador.

—Cormag dijo que nunca había visto un ciervo tan asustado.

Al principio Gabby pensó que quiso decir *"amado"*, pero al no tener sentido, asumió que Cormag, quien fuera, debía haberse referido a que ella parecía un ciervo atrapado en los faros, o algo por el estilo.

—Hm —fue todo lo que pudo responder.

—Aedan dijo que casi le costaste los saqueadores. Quiso dejarte donde caíste. Le dije que pensara mejor la próxima vez.

Bien. Tal vez debería haberlo hecho. Gabby sabía que no estaba más cerca de llegar a casa.

Cuando se retiró la venda, Gabby no podía saber cómo había quedado. La expresión de Borgach mientras retrocedía para evaluar el daño no le decía nada. Gabby levantó la mano para descubrir por sí misma cuán grave era. Una vez más, Borgach apartó su mano.

—No toques. Tendrás una cicatriz, pero solo será una historia que contar, ¿de acuerdo?

Gabby sonrió, como esperaba, ya que Borgach mostró una sonrisa fabulosa propia.

—Um, Borgach, ¿dónde estoy? Quiero decir, ¿dónde estamos? ¿Esta casa está cerca de Stonehaven? ¿O…? —No podía recordar el nombre de ninguna otra ciudad cercana, y no se atrevía a preguntarle a esta mujer qué año era.

—Qué curiosa eres. Esto es Cairncross, por supuesto, en manos del jefe Cameron.

—Está bien, pero ¿cerca de qué?

Mostrando cierta incredulidad de que Gabby no lo supiera, Borgach respondió solo:

—No hay nada más que campo y valle y el mar, a millas y millas de distancia.

Tras una última mirada inquisitiva a Gabby, Borgach recogió la venda desechada, que Gabby acababa de notar estaba cubierta con más sangre de la que esperaba, y se dirigió a la puerta. Allí se detuvo y volvió a mirar a Gabby.

—Me dirás si necesitas algo de mí.

Una frase curiosa.

—Ahora no necesito nada, pero lo haré si lo necesito. Gracias.

Borgach no cerró la puerta al salir y Gabby se sintió incómoda, incluso vulnerable, y se subió las mantas hasta el pecho mientras miraba la abertura y la pared de piedra del pasillo, suponiendo que cualquiera podría entrar en su habitación en cualquier momento.

Gabby entonces miró alrededor de la habitación, viéndola completamente a la luz del día. Todas sus estimaciones hechas a oscuras la noche anterior se confirmaban. Estaba sentada en una camilla estrecha dentro de una habitación que parecía una cámara medieval: paredes de piedra, piso y techo de madera, amueblada con piezas prácticas pero rústicas. Su corazón se hundió nuevamente, pues la sensación de que ya no estaba en Kansas en el siglo XXI persistía.

Afortunadamente, la siguiente persona que entró, solo unos momentos después, fue Ailis. Traía una bandeja y la dejó sobre la mesa de la que se habían retirado las tiras de lino.

Gabby sonrió instantáneamente al ver a la niña radiante. La sonrisa fue incómoda, sin embargo, tan extraña para ella después de tanto tiempo sin ella. Aunque estaba algo avergonzada sin razón aparente, logró controlar su expresión. Aun así, estaba muy contenta de ver un rostro amistoso. Y qué amistoso era. A la luz del día, a través de esas dos ventanas estrechas, pero sin cortinas, Gabby vio que Ailis era una niña muy bonita. Mitad niña, mitad adulta, corrigió, observando el cuerpo pequeño y delgado de la chica, notando que sus ojos no eran verdes como los de su padre, sino marrón dorado, lo que complementaba perfectamente su cabello casi rubio.

—*Madainn mhath* —dijo Ailis al entrar.

Gabby pensó que podría entender esas palabras, ya que había oído algo similar en Escocia.

—Buenos días —dijo, aunque su atención y mirada ya estaban completamente atrapadas por el mini banquete en la bandeja.

Ailis vio lo que captaba su atención y dijo, con su peculiar acento inglés:

—Da dijo que debías comer. Y la cocinera no estaba muy contenta de preparar una bandeja aparte, pero Cormag dijo que debía hacerlo, así que aquí la tienes. Queso y bannocks y nuestro *brochan*.

Brochan, supuso Gabby, debía ser ese plato de avena, un puré grisáceo y grumoso en un rústico tazón de madera.

—Se ve fabuloso —dijo, sin mentir, a pesar del poco apetitoso color de la avena. La cabeza de Sybil podría haber estado sobre la bandeja y Gabby habría buscado carne dentro del cadáver. Su estómago había estado protestando ruidosamente durante la última hora, gritando que lo estaban matando de hambre.

Pensó que la cama no era lo suficientemente firme para disfrutar la bandeja allí y apartó las mantas para incorporarse. Ailis se movió rápidamente y se colocó al lado de Gabby cuando ésta titubeó al sentir un mareo inesperado.

—No deberías ponerte de pie, lo sé —dijo Ailis.

—Tengo que hacerlo —fue todo lo que Gabby pudo argumentar—. ¿Podemos mover ese taburete hacia la mesa? —Señaló de un mueble a otro, enfatizando sus palabras. Oh, incluso levantar el brazo le resultaba un esfuerzo. Lo dejó caer a su lado y esperó mientras Ailis hacía lo solicitado.

Gabby casi se dejó caer sobre el taburete cuando lo acercaron, su debilidad no era tanto perturbadora como inesperada. Pero claro, se había golpeado la cabeza y aparentemente había quedado inconsciente, además de que no había comido en un buen rato. Estaría bien una vez que comiera algo, estaba segura. Nada de qué entrar en pánico.

Ganándose aún más el cariño de Gabby por mostrarse tan cómoda en su presencia, Ailis se dejó caer en el borde de la cama,

hacia el centro, y empezó a balancear los pies, ya que no le llegaban al suelo porque su trasero se hundía bastante en el colchón.

Como la noche anterior, Ailis demostró su fluida habilidad para hablar con facilidad y confianza con una extraña.

—Cormag me contó toda la historia en el pasillo —dijo Ailis, atrayendo la mirada de Gabby—. Así que fuiste corriendo hacia ellos, dijo Cormag, y arañaste un poco los brazos de Da. Pero después estabas muy asustada, ¿y quién no lo estaría, viendo a Cormag por primera vez? No entiende por qué peleaste con Da, él jamás ha cortado ni un solo pelito de la cabeza de una lass, dijo Cormag. Pero después trajiste a los saqueadores contigo, Cormag dijo que el lugar era Ferros, pero Da discutió que no, y entonces ellos mataron a los hombres malos. Pero och, no corriste tan rápido, dijo Cormag, y Davidh esperó demasiado en derribar al cobarde que huía y —hizo un chasquido juntando las palmas— el hombre malo se desplomó, cayó de su caballo y sobre ti, y te diste un golpe en la cabeza. Da pensó que estabas muerta, pero Cormag dijo que no. Y aquí estás.

De vez en cuando, Ailis salpicaba su inglés con gaélico, tal vez cuando se le escapaba una palabra. Gabby no tuvo problemas en entender, ya que el contexto le permitía captar lo que se estaba diciendo. Eso respondía a las pocas preguntas que tenía. No le costaba recordar nada de lo que había experimentado antes de ser derribada y desmayarse, pero suponía que solo necesitaba la confirmación de que había estado inconsciente en algún momento, para explicar el lapso de tiempo desde que corría asustada hasta que despertó aquí.

Sin embargo, había olvidado por completo que, cuando la había atrapado por primera vez el padre de Ailis, se había defendido presa del pánico y, estaba segura, le había hecho algo más que arañar los brazos. Recordaba haber visto una línea de sangre roja mientras forcejeaban. Horrorizada, se tapó la boca con la mano y miró fijamente a Ailis.

—Gabby, ¿estás convulsionando? ¿Debo llamar a alguien…?

Moviendo la mano de su cara para alargarla hacia Ailis, le hizo un gesto para que no corriera a pedir ayuda.

—No. No. Ailis, olvidé que… apuñalé a tu padre. ¿Está… me van a castigar?

—¿Castigar? —el ceño fruncido de Ailis era de pura perplejidad—. ¿Por atacar a un extraño que salió de detrás de un árbol? —la iluminó—. Cormag me contó *toda* la historia.

—¿Pero estás segura? Me siento fatal.

—Tienes tantas ideas raras. Pero Cormag dijo que pasará un tiempo hasta que tu cerebro se recupere del golpe que recibió.

Relajándose un poco, sin otra opción que creer en la afirmación de Ailis de que no habría represalias, Gabby volvió a su desayuno. Mientras comía y mientras Ailis seguía parloteando, Gabby observó la cama desde ese ángulo y vio que el armazón eran solo cuatro postes tallados unidos por tablas. Algo en lo que se notaba el ligero peso de Ailis: algo debajo llamó la atención de Gabby. Se inclinó despacio y miró bajo la cama, descubriendo que el soporte del colchón era solo una gruesa red de cuerdas. Muy curioso.

Pero poco le importaban las mecánicas de la cama en este lugar. Solo le interesaba la comida por ahora. Cuando terminó el queso, tomó uno de los panes planos y rompió un trozo, que sumergió con cautela en la avena. Harinosa, sin duda, decidió tras el primer bocado. Y arenosa, pero no del todo sin sabor, así que no era tan intragable como parecía.

—…y Da dice que no deberías salir de esta habitación hoy —decía Ailis, y ante la repentina expresión de desagrado de Gabby, se apresuró a explicar—, pero que no eres una prisionera. Puedes salir, caminar, pero dijo que no era prudente en tu estado.

—Me siento mucho mejor solo por tener comida en el estómago.

Ailis sonrió y empezó a balancear los pies un poco más rápido.

—A mí también la comida me hace sentir mejor.

Gabby se dio cuenta de pasos en el pasillo, cada vez más cerca. Tragó el bocado de avena y miró hacia la puerta, un poco ansiosa, esperando que esos pasos pesados fueran de Aedan, el padre de Ailis. No estaba segura de sentirse capaz de soportar su

hosca compañía, menos aún después de recordar lo que le había hecho el día anterior.

Pero no era Aedan, sino el hombre corpulento. Gabby abrió mucho los ojos cuando él tuvo que agacharse para pasar bajo el marco de la puerta.

—Aye, y sabía que te encontraría aquí —le dijo a Ailis, tras hacer una cortés inclinación de cabeza a Gabby.

Sin un ápice de miedo a despertar lo que debía ser un temperamento formidable en aquel hombre intimidante, Ailis imitó su voz grave al responder:

—Aye, y sabía que me seguirías.

Se volvió hacia Gabby y le dedicó una sonrisa pícara de niña de diez años, completa con un encogimiento de hombros y un lento parpadeo de sus bonitos ojos castaños.

—Cormag piensa que es mi niñera.

Y, como Gabby ya la había visto hacer antes, Ailis cambió de tema en un abrir y cerrar de ojos:

—Och, y no puedes recibir visitas sin ropa.

Y con eso, saltó de la cama con un buen impulso y fue al armario entre las dos ventanas. De allí sacó una manta de cuadros, del mismo color que llevaban la mayoría de los hombres en el ejército de su padre.

Demasiado avergonzada para mirar directamente a Cormag después de que Ailis la expusiera tan casualmente por no estar vestida de manera adecuada para recibir a alguien, Gabby mantuvo la vista en Ailis, sonriéndole cuando le echó la manta sobre los hombros.

Cerró la manta sobre el pecho y, en efecto, se sintió un poco menos… expuesta. Dejando a un lado el desayuno por ahora, levantó el rostro y le sonrió a él, era Cormag, ahora lo sabía. Le debía cierta amabilidad y quizá un gran agradecimiento por lo que hubiera hecho por ella el día anterior. Al menos, según Ailis, había sido él quien le había dicho a la Cocinera que le preparara una bandeja. Eso ya era algo.

—Soy Gabby, por cierto. No nos habían presentado ayer.

—Aye, y eso ya quedó claro —dijo el hombre. Ante la cara de desconcierto de Gabby, aclaró—: Ailis ya nos avisó a todos, a cualquiera que quisiera escuchar: que no eres la mala inglesa y que te llamas Gabby.

Se quedó justo en el umbral, sin entrar más, lo cual Gabby supuso que era un gesto de cortesía, y desde luego nada amenazante. Sin embargo, su presencia reducía notablemente la percepción del tamaño de la habitación.

—Quiero, o debería, agradecerte por lo que hiciste ayer. Estaba terriblemente asustada y, la verdad, todo esto es tan… simplemente no estoy acostumbrada… a nada.

Esa vaga confesión le entrecerró un poco los ojos, pero no pareció más peligroso por ese pequeño gesto.

—Tuviste un buen susto, ¿no es así?

—Sí, más de lo que estoy acostumbrada —admitió. Varios sustos. Un susto continuo, según lo veía ella.

—Pero estás a salvo aquí por ahora, y la pequeña duende es buena compañía —dijo, sonriendo a Ailis, que volvió a iluminarse con aquel pequeño elogio—. Pero no dejes que te canse. Siéntate cuando lo necesites y duerme cuando tengas sueño, y mándala lejos cuando te agote.

Oh, pero no era para nada aterrador. Era muy dulce. Aun así, no podía imaginar cansarse de Ailis.

—Ailis es buena compañía. Pero gracias, Cormag. Eres muy amable.

Él sonrió, emitiendo un sonido breve que le quedaba perfectamente, como un barítono profundo con peso propio.

—No creo que eso me lo digan muy seguido.

Gabby estaba segura de que debía serlo.

Él le preguntó por su desayuno, si era suficiente, si quería cerveza, si necesitaba alguna poción para la cabeza, y cuando Gabby le aseguró que tenía todo lo que necesitaba, le deseó un buen día y la dejó otra vez a solas con Ailis.

No estaba segura de por qué pensó en su bolso playero justo entonces, pero le preguntó a su nueva amiga sobre él.

—Ailis, cuando… choqué con tu padre, llevaba una bolsa conmigo —dijo, alzando una mano cerrada al hombro en un intento a medias de imitar que llevaba un bolso—. Era azul y blanca a rayas, y ahí está todas mis cosas. ¿La has visto? ¿Llegó aquí conmigo, sabes?

Ailis negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo, y luego mostró esa sonrisa confiada que Gabby habría querido tener a los diez años—. Pero sé que la encontraré.

Gabby no dudó en pedírselo.

—¿Lo harías?

—Aye, y no hagas nada hasta que vuelva.

—Está bien —aceptó Gabby enseguida, asintiendo, preguntándose qué creería la niña que podía perderse en su ausencia.

Una vez más, Ailis se deslizó fuera de la cama y salió corriendo por la puerta. Gabby suspiró. Ahora estaba cómodamente satisfecha y, en efecto, ya cansada. Le habría gustado recostarse en la silla, salvo porque no tenía respaldo. En cambio, encorvó los hombros y pensó en esperar allí a que Ailis regresara. No necesitaba particularmente su bolso, no había nada en él que pudiera servirle aquí y ahora, pero era suyo, y por el momento era todo lo que poseía en este mundo.

Eso ya era lo bastante deprimente como para no darle demasiadas vueltas. Pero entonces se quedó sola con sus pensamientos y sus recursos durante todo el día, pues Ailis no regresó. Ni a los pocos minutos, ni en la primera hora después de haberse ido, ni en toda la tarde.

Pasados treinta minutos desde que Ailis se marchó, Gabby se levantó del pequeño taburete y se envolvió el manto alrededor de los hombros. Definitivamente estaba más fuerte que antes, y eso la alegraba. Ya fuera por curiosidad o aburrimiento, cruzó la habitación hasta la puerta y se asomó con cuidado al pasillo. A su derecha estaba, al parecer, el final del corredor, con otra de esas ventanas largas y estrechas, sin vidrio ni barrotes ni cortinas, que dejaba entrar un poco de luz. A su izquierda, el pasillo medía apenas unos

seis metros, y se veía igual que la habitación salvo por la falta de muebles, construido en piedra y madera. En el extremo lejano creyó distinguir el comienzo de una escalera, aunque no podía decir si subía o bajaba. Se quedó quieta, escuchando, y captó algunos ruidos: un leve repiqueteo metálico; alguien hablando en gaélico, distante; un golpe sordo, como de alguien cargando algo pesado, bajando los escalones uno a uno. Tras un momento sin descubrir nada en concreto, regresó a la habitación. Fue hasta el armario y lo abrió. Allí había varios vestidos largos más, de distinta calidad. Al menos dos camisones colgaban de ganchos de madera clavados en el fondo del mueble. Además, había tres prendas más que supuso serían vestidos: uno amarillo horrible, tan áspero como el que había usado hasta ayer, y dos más bonitos, uno de terciopelo escarlata y otro de lana azul marino.

Sin descubrir nada útil, Gabby fue después a mirar por la ventana. El alféizar, tallado en la piedra, estaba a la altura de su cintura. La abertura era lo bastante ancha para apoyar la cabeza y mirar a los lados, pero no tanto como para sacar la cabeza entera. Pero no había mucho que ver. Ese lado de la casa daba al bosque, verde y marrón, sin ofrecer respuesta alguna sobre dónde estaba. Y como no le quedaba más que esperar a Ailis, se quedó allí un buen rato. Cuando le empezó a doler la cabeza y sin idea alguna de qué hora era, Gabby cerró lentamente la puerta de la habitación y volvió a meterse en la pequeña cama.

La desazón regresó, esa sensación densa y sombría de haber dejado atrás el mundo real y haber entrado en un lugar distante en tiempo y espacio. Sabía que estaba siendo demasiado pasiva respecto a su situación, que hasta el momento solo había logrado dejarse llevar por los golpes. No sabía qué más hacer. Nada tenía sentido. Y parte de ella no quería saber la verdad, no quería escuchar que lo que temía, lo imposible, era en realidad cierto.

Tras otra media hora angustiada por el miedo, lo desconocido y la absurda posibilidad de viajar en el tiempo o de vivir en sueños interminables, se envolvió bien con la manta roja de lana y se quedó dormida.

***

Lo golpeó de repente, surgió de la nada y lo sacudió.

Como hacía habitualmente, Aedan estaba de pie ante las lápidas talladas y cuidadosamente dispuestas de las tumbas de su familia. La más reciente, la de Arthur, estaba aún limpia, sin marcas del viento, la lluvia ni la sal del mar. Las demás, su madre, su padre, su esposa y varias más mostraban el paso del tiempo, piedras más oscuras y lisas, desgastadas por los elementos.

Él guardaba silencio, nunca les hablaba más que en su mente, y hacía lo de siempre: dejar que el viento ruidoso y el aire salobre aquietaran sus pensamientos. Y fue entonces cuando le vino, o más bien le volvió, el recuerdo de las palabras de aquella bruja que lo había visitado el día del entierro de Arthur.

En su momento, se había apresurado a sacarlo de la cabeza, lo había tomado como meras artimañas de una mente atormentada, convencido de que solo había imaginado hablar con un ser irreal cuya voz, en vez de calmarlo, lo había irritado.

Ahora recordaba sus palabras.

¿Quieres saber quién hundió la daga en la espalda de tu hermano?

Vendrá alguien que te lo dirá.

No tienes por qué temerle. En sus ojos azules encontrarás la respuesta a todas tus preguntas.

Si algún Cameron lo hubiera visto revivir ese recuerdo, habría pensado que su jefe había sido obligado a comer carne en mal estado, de semanas atrás, tal era su mueca de disgusto. Profundamente desconcertado, y para ser sincero, recién fastidiado por recordar a la maldita bruja y su profecía frívola, Aedan apartó la vista de las tumbas y lanzó una mirada agitada a través del angosto valle que separaba aquel peñasco del cementerio del risco donde se alzaba Cairncross. Por supuesto, no veía a la mujer, Gabrielle, no desde esa altura y no cuando seguramente seguía recogida en esa cámara poco usada del torreón.

¿Pero era posible?

Su respuesta inicial fue un enfático: *Nae, no lo era.*

Ojos azules. Sí, los tenía, como cientos de personas que había conocido en su vida. ¿Había hallado alguna respuesta en su mirada?

No, solo había percibido miedo, perplejidad y un cansancio que parecía haber llegado demasiado pronto a su vida joven. Ninguna respuesta allí.

Y, aun así, cuánto daría por saber quién había asesinado a su hermano.

Sus pensamientos volvieron a oscurecerse y se sacudió, borrando a Gabrielle de ojos azules de su mente. No era más que una lass asustada, fuera de lugar allí en Cairncross como lo estaría en casi cualquier sitio o circunstancia que pudiera concebir.

Con un rictus de disgusto, apartó de su mente aquellas especulaciones desbocadas y clavó la mirada en el imponente Cairncross y en los pocos movimientos que alcanzaba a ver desde allí. Desde esa distancia solo eran visibles la muralla y el lado oeste del torreón. Pero también tenía a la vista el camino de tierra lleno de surcos que conducía a las puertas, por donde justo ahora iba Borgach, arrastrando a Ailis detrás de sí, recién regresadas de no sabía dónde.

Un carro de dos ruedas se alejaba del torreón, tirado por una yegua vieja ya en sus últimos días. Seguramente Gideon había traído su cargamento de bridas a petición de Aedan. Uilleam, el administrador de los Cameron desde hacía casi treinta años las habría recibido tras inspección y habría entregado las monedas necesarias.

Soldados custodiaban la muralla. Una docena de hombres, en cualquier momento, vigilaban en busca de un peligro que tan rara vez llegaba a Cairncross, ya fuera por tierra o por mar. No había habido guerra en Cairncross en casi doscientos años, no desde que la abadía no era más que un conjunto de chozas reclamadas por un antiguo Cameron y otros pastores. La fortaleza que se alzaba ahora había sido construida como consecuencia directa de aquella batalla, cuando quinientos nórdicos habían sido arrojados a la playa desde seis galeras de casco estrecho. Los lideraba un lugarteniente de Somerled, *Sumarlidhi Höld,* otrora rey de las Islas, como parte de su breve e infructuosa invasión de Escocia desde esas islas que gobernaba.

Las gentes que habitaban las chozas no habían sido soldados, no estaban entrenados para el combate. Ni siquiera tenían armas, según cuenta la tradición; nada más que picos y hachas, tal vez apenas un puñado de arcos de caza. Pero Cairncross los había salvado. Nombrado por el antiguo mojón sobre el acantilado principal donde Aedan se encontraba ahora, Cairncross era una fortaleza impenetrable, erguida como un glorioso centinela que vigilaba el mar del Norte. Según quién contara la historia, o bien las primeras flechas disparadas contra los invasores los habían hecho temer que hubiera un ejército entero en lo alto del risco, listo para enviar a la muerte a cualquiera que se atreviera a escalar, o bien el primer Cameron y sus compañeros habían matado a casi quinientos hombres, uno por uno. En la primera versión, los nórdicos habían huido de vuelta a sus barcos tras recibir apenas seis flechas.

Respirando profundamente el aire salobre, que nunca dejaba de vigorizarlo, Aedan pensó que era curioso que un lugar conocido por su invulnerabilidad, la envidia de reyes y nobles, tan seguro y protegido y apartado de tanta sangre derramada más al sur hubiera conocido tanta tragedia a lo largo de los años.

Nadie estaba a salvo, lo sabía. En ningún lugar, en ningún momento.

Se alejó del acantilado y cruzó el puente que su abuelo había construido, aquel que conectaba ese risco con el suelo bajo la fortaleza. Aedan bufó cuando más palabras de la bruja regresaron a su memoria.

Ella vendrá. No la rechaces. Ella liberará tu corazón.

Capítulo Cinco

Mira cómo brilla

Cuando Gabby despertó la siguiente vez, era el anochecer. No podía creer que hubiera dormido tanto, pero tampoco tenía sentido del tiempo real, no sabía si había cerrado los ojos a las tres de la tarde o a las cinco. Se incorporó y vio que una bandeja de comida estaba nuevamente sobre la mesa de madera desnuda y que la puerta estaba abierta otra vez.

Ahora hacía más frío, y el fuego casi no existía. Tras pensarlo un momento, se levantó y consideró el largo vestido azul que había quedado al pie de la cama esa mañana. Sosteniéndolo frente a ella, supo dos cosas de inmediato: la tela era de mejor calidad que cualquier otra que conociera en este Otro Mundo y parecía mucho más cálida; y que sería demasiado corto o pequeño para ella. Pero lo intentó, poniéndoselo por la cabeza, y se alegró al descubrir que le quedaba bien en general, no demasiado ajustado, aunque sí quedaba varios centímetros más corto que la sencilla túnica de lino que llevaba puesta. Mirando sus tobillos y pies desnudos, decidió que se veía bonito, como si el vestido azul tuviera un volante de lino color marfil con un dobladillo con volantes debajo. Se alisó las manos por los lados, no completamente satisfecha con el escote, ya que era bajo y cuadrado, mientras que el vestido de debajo tenía un cuello redondo y más alto, pero enseguida sintió más calor, así que supo que no podía ponerse exigente. Encontró esos horribles zapatos de cuero debajo de la cama. No había medias de ningún tipo, ¡qué no daría por un par de calcetines peludos!, y decidió que los zapatos eran mejor que nada.

Hizo lo que pudo con el fuego; sus raros días de acampada en tiendas de campaña habían quedado atrás, pero logró avivar las brasas agregando más turba del pantano desde una cesta. Pronto, al menos, la habitación brilló con mejor luz. Esperaba que el calor siguiera el ejemplo.

Estaba picoteando la bandeja de queso, pan denso y lo que parecía y olía a estofado de carne, aunque Gabby pensaba que ciertamente no había carne en el estofado, cuando Ailis apareció de golpe en la puerta. Debía haber estado corriendo, porque parecía deslizarse hasta detenerse en el marco de la puerta.

Para deleite de Gabby, vio que la joven sostenía la bolsa de playa que le habían pedido encontrar hacía medio día.

Antes de entrar a la habitación, Ailis entrecerró los ojos mientras miraba por el pasillo. Luego entró y cerró suavemente la puerta detrás de ella. Cuando volvió a mirar a Gabby, respiró hondo y lo soltó.

—Olvidé que hoy era día de lavado —dijo Ailis, con un giro de ojos casi cómico—. Eso es más tiempo del que quiero pasar con Grisel, y puedes decirle que lo dije. Ella no escucha nada que no sea lo que ella misma dice.

Se quedó al lado de la cama con la correa de la bolsa de playa sobre su hombro y no hizo ningún gesto de devolver la bolsa a Gabby todavía. Aparentemente, primero debía contar toda su odisea del día.

—Y no solo puedes lavar y tender y que el trabajo esté hecho, ¿verdad? No. Pero mientras se secaban, busqué por todas partes tu bolsa y, ¿no es cierto que regresé a lavar una hora más tarde y sin saber nada? Busqué en cada rincón del castillo, incluso en la torre espantosa y en esa horrible cámara usada por Uilleam, que es una persona muy agradable salvo que no sabe nada de orden. Y huele a animales de granja allí.

Hizo una pausa, solo para tomar aire.

—Y luego supe que debía preguntarle a Cormag. Él lo sabe todo, todo el tiempo. Pero Borgach dijo que él había ido al pueblo y cuando la ropa estuvo doblada ella fue conmigo. Tenía que visitar a Binnie, pero no me dijo por qué. No encontré a Cormag y pasaron unas horas más y vine aquí antes para decirte que todavía buscaba, pero estabas dormida. Entonces Cormag me encontró cuando regresamos y le pregunté dónde estaba esto —dijo, golpeando la bolsa, casi sin aliento por el relato largo—, y él puso esa cara en la que hace sus ojos estrechos, como si lo estuviera pensando. Pero sé

que eso significa que él no sabe la respuesta, así que luego recordé que no había revisado la cámara de Da. La mantiene cerrada con llave, aunque no sé por qué. No hay nada allí que guardar. Su cámara se parece mucho a la mía. Pero sé que Uilleam tiene la llave de la cámara de Da, de todas las puertas del castillo, y esperé hasta que él estaba en el pasillo para la cena, y regresé a su oficina apestosa y la encontré. Pero tuve que sacarla del gran anillo de llaves para que él no supiera que faltaba. Y tuve que subir la escalera secreta a la cámara de Da. Y entonces la encontré. Tu bolsa. En la cámara de Da. En la esquina.

Gabby miraba y escuchaba, con la boca abierta. Y después de todo eso, solo le quedó una pregunta:

—Ailis, ¿cómo es que hablas inglés tan bien?

Ailis quizá esperaba un poco de reconocimiento por su larga odisea para encontrar la bolsa de Gabby, si su ceño repentino y hombros caídos eran algún indicio. Pero luego se encogió de hombros.

—La mamá de mi mamá era inglesa. Hablábamos todo el tiempo cuando ella estaba aquí.

—¿Solo venía de visita un tiempo?

Ailis negó con la cabeza y finalmente se liberó del bolso playero, sacándose la correa del hombro y dejándolo junto a Gabby sobre la cama.

—Ella vino cuando Mam murió, que fue cuando yo nací. Y después dijo que no podía dejarme. Pero luego se enfermó y murió. Así que murió.

Gabby se quedó impactada y con el corazón encogido.

—Ailis, lo siento muchísimo. Que hayas perdido a tu madre y a tu abuela. Qué terrible.

Otro encogimiento de hombros.

—No soy huérfana. Pero eso significa que solo me queda Borgach.

Aunque un poco brusca, Borgach había sido amable con Gabby. Ella arqueó una ceja curiosa hacia Ailis.

—¿Borgach es…?

—Es Cameron, una de los nuestros. Dice que ahora es mi madre —contestó Ailis, arrugando la cara como si acabara de tragar vinagre, lo cual expresaba claramente lo que pensaba de Borgach o de la idea de que esa mujer fuese su madre.

Gabby ató cabos y supuso que la mujer estaba casada con el padre de Ailis, ya que ella había dicho que Borgach era Cameron y que quería ser su madre.

Sin querer atosigar a la niña con demasiadas preguntas, Gabby cambió de tema y la reprendió un poco por usar el pasadizo secreto, el mismo que su padre le había dicho que no usara.

—Te agradezco que encontraras mi bolso. Pero te vas a meter en problemas con tu padre por andar colándote por esa escalera escondida. —Pero, como no le correspondía disciplinar a la niña y Ailis parecía no preocuparse por la posibilidad de incurrir en la ira de su padre, Gabby preguntó—: ¿Qué hay detrás, de todos modos?

—Solo las escaleras. Y algunas espadas, tal vez un hacha. No lo recuerdo. Da dice que fue construida como una salida de escape, y que si alguna vez tienes que huir, probablemente necesites un arma.

Buen punto.

Con una nueva oleada de entusiasmo y los ojos brillantes, Ailis preguntó:

—¿Quieres verla?

Gabby, en parte, sí quería. Ahora que su dolor de cabeza había mejorado y porque casi se sentía como una bestia enjaulada dentro de esa habitación, asintió.

—Es helado ahí dentro, ¿sabes? —dijo Ailis mientras Gabby se ponía de pie y dejaba el cobertor de cuadros sobre la cama—. Pero sí, no vas a necesitar eso. No estaremos mucho tiempo allá abajo. Solo sirve para ir de un lugar a otro. Y sé que está lleno de arañas, así que normalmente corro muy rápido, ya sea subiendo o bajando las escaleras.

A pesar de la mención de arañas, Gabby sonrió, tan encantada como siempre con la niña.

—Guíame.

Ailis se dirigió a la pared donde la puerta estaba oculta tras un tosco intento de moldura decorativa y presionó la madera hasta que la puerta se abrió hacia adentro.

Cuando la puerta se abrió, Gabby vaciló. Mierda.

—Está muy oscuro. —Había pensado que el pasadizo estaría iluminado de alguna forma, aunque fuese mínimamente, tal vez con antorchas en la pared o por algún otro método medieval. Frente a ella, incluso con el resplandor anaranjado de la habitación detrás, solo había un abismo de negrura absoluta. Apenas distinguía el descansillo o primer escalón, lo que fuera, una losa de piedra, pero poco más. Entonces recordó su bolso y lo que contenía—. Espera —dijo, girándose para sacar la linterna del bolso.

De cara a Ailis, junto a la puerta hacia el agujero negro, Gabby apretó el botón para encender la luz.

Ailis dio un salto hacia atrás, chocando con la puerta abierta, que no le llegaba más que al hombro. Puso una mano en su pecho y la otra sobre sus ojos, aunque Gabby no había sido tan descortés de dirigirle el haz de luz directamente.

Gabby esperó, dándole espacio para que explicara su reacción inusual, inesperada, ante la linterna, pero como no lo hizo, Gabby dijo:

—Es solo una linterna.

—Un destello de luz —repitió Ailis en sus propios términos—. ¿Pero es magia?

Gabby rio suavemente.

—Las pilas quizá lo sean. Pero no, es solo una… una herramienta, supongo. Toma, sujétala.

Ailis negó con la cabeza, frunciendo la boca.

Gabby casi se sintió ofendida.

—Ailis, sé que apenas nos conocemos, pero te prometo que jamás haría nada para hacerte daño. —Quizás si le explicaba cómo funcionaba, Ailis estaría menos asustada de la linterna—. Mira, este botón enciende o apaga la luz. —Lo demostró con acciones, presionando el extremo negro y gomoso de la linterna una vez y luego otra. Cada vez, Ailis volvió a saltar. Ignorando esto, y queriendo mostrar que no era peligrosa, Gabby iluminó la

habitación, señalando la cama, la mesa y el armario con el haz de luz—. Nada más es luz para iluminar la oscuridad.

Aunque seguía escéptica, Ailis se acercó un poco más y bajó las manos. Entonces Gabby giró la linterna en su mano y se la ofreció. La niña extendió una mano temblorosa y, al ver que no se convertía en piedra ni en lo que fuera que imaginaba, frunció el ceño, pero luego la sostuvo con ambas manos, encendiéndola y apagándola varias veces.

Finalmente, levantó la mirada sonriente hacia Gabby.

—Luz para iluminar la oscuridad, sí.

Aliviada de que ese momento extraño hubiese pasado, Gabby levantó la mano para señalar el agujero oscuro en la pared.

—Después de ti.

Con una risita y un brinco, Ailis se giró hacia el pasadizo y encendió de nuevo la linterna, apuntando al vacío.

Los escalones eran profundos y bajos, la piedra oscura. El espacio era estrecho, solo permitía descender en fila india. Y aunque había suficiente altura para que Gabby estuviera erguida, no sabía qué podía haber arriba ni alcanzaba a verlo, y se encontró agachándose para no golpearse la cabeza.

—Cierra la puerta —dijo Ailis, cuando apenas habían bajado unos escalones—. Esa es la regla con las puertas secretas. Siempre las cierras al pasar.

Naturalmente.

Gabby se giró, encontró el pequeño tirador metálico y lo jaló hacia ella, cerrando así la habitación tras de sí.

Y comenzaron a descender. Fue casi anticlimático, ya que las escaleras secretas no eran más que eso: un conjunto de peldaños de piedra fría, lo bastante anchos solo para una persona, que daban vueltas y vueltas. Bajaron tres pisos según contó Gabby, ya que había otras dos puertas en intervalos iguales, cada una con un pequeño rellano.

Ailis las nombraba a medida que pasaban.

—Esa es la puerta de la galería, no lleva a ningún sitio divertido, pero es la que uso para subir a tu cuarto —dijo en la primera.

—Esta puerta te deja directo en el lugar de Uilleam —comentó en la siguiente—. Y no quieres ir allí. Pero si lo necesitaras, entonces sí, y hay otra puerta, en el fondo de su cuarto, que te lleva directamente afuera.

En el viaje de regreso, Ailis apuntó la linterna hacia un nicho incrustado en la pared de piedra, de un metro veinte de alto y ancho, situado a la altura de la cintura. Ailis iluminó la cavidad.

—Da tenía razón —dijo, mientras la luz revelaba un grupo de espadas de pie, tal vez una decena o más, apoyadas en una esquina.

Continuaron subiendo.

—Me gusta tu luz —dijo Ailis cuando ya estaban cerca de la puerta del cuarto donde se hospedaba Gabby—, pero creo que era más feliz cuando no sabía todas las cosas horribles que había ahí dentro.

Se rieron.

Pero entonces, como Ailis alumbraba el camino con la linterna en dirección descendente para marcar los peldaños de piedra, Gabby no pudo ver lo que estaba a la altura de su cabeza y se topó de lleno con una telaraña, o algo parecido, algo suave y pegajoso que se le enredó en el pelo. Entró en pánico, imaginando horrendas arañas enredadas en su cabello, y soltó un grito de espanto.

En respuesta, Ailis gritó también, justo en el momento en que empujaba la puerta. Gabby se precipitó hacia adelante, casi chocando con Ailis para empujarla rápidamente hacia afuera y salir del abismo.

***

Por segunda vez en tan solo unos días, Aedan se dirigía a la habitación de Gabrielle. Esta noche lo movía un propósito más importante que el deseo inquietante de la noche anterior de ver cómo estaba, si aún vivía o no. Y maldito Cormag, que había insistido en llevarla a Cairncross pero luego convenientemente olvidaba su juramento de que sería su responsabilidad.

El caso era que esa noche Aedan había notado que su hija otra vez no estaba en su propia alcoba, arropada en la cama como debía a esas horas.

No necesitaba grandes dotes de imaginación para saber adónde había ido Ailis, aunque aún no decidía cómo sentirse al respecto, si estaba y seguiría estando absolutamente segura en compañía de esa mujer.

No había centinela en la puerta esa noche. El guardia de la noche anterior había sido más bien una precaución ante lo desconocido. Cormag había dicho que la había visitado brevemente por la mañana y que parecía, en sus palabras, *sana como una manzana*, y por eso Aedan había cancelado la guardia. Golpeó dos veces, firme pero suave, pero no obtuvo respuesta que lo invitara a entrar. Volvió a llamar y se quedó quieto, escuchando, preguntándose si solo había una pausa mientras Ailis salía corriendo de la habitación. Pero aun así, no hubo respuesta. Con cautela, levantó el pestillo y empujó la puerta, encontrando la habitación vacía, sin rastro ni de Gabrielle ni de su hija.

Vio el bolso a rayas sobre la cama y entró por completo en la estancia. Al instante dedujo que Ailis podía ser culpable de este delito también. No sería la primera vez que su intrépida hija se colaba en su habitación.

Levantó el bolso, notó su peso y determinó que la lass no había huido con ayuda de Ailis, ya que sus pertenencias seguían allí. No es que debiera importarle si decidía marcharse. Era su prerrogativa.

Una ráfaga de risitas ahogadas lo hizo girar de inmediato. La habitación seguía vacía mientras fijaba la vista en la puerta de los túneles y avanzaba con gran cautela, sintiendo un cosquilleo de inquietud. Una luz brillaba bajo la puerta, cada vez más intensa, no estable sino oscilante, y no dorada sino de un blanco puro. Aedan esperó, hipnotizado por la luz blanca y la risa fácil, que ahora podía decir con certeza que pertenecía a su hija y a Gabrielle.

Esperó, con el ceño aún fruncido, antes de decidir moverse hacia las ventanas, lejos del resplandor del fuego. ¿Qué tramaban esas dos? Un chillido agudo vino a continuación, y Aedan dio un paso adelante, la mano en la empuñadura de su espada. Se contuvo justo cuando la puerta se abrió de golpe y Ailis y Gabrielle irrumpieron en la habitación.

De inmediato, Ailis se volvió hacia Gabrielle, medio paso detrás de ella. Su hija llevaba la luz y dirigió el haz hacia Gabrielle mientras Aedan observaba desde las sombras.

Gabrielle estaba frenética por algo, pasándose los dedos por el cabello mientras se inclinaba hacia Ailis.

—¿Tengo arañas en el pelo?

Ailis levantó la fuente de luz en su mano y proyectó el rayo directamente sobre y alrededor del ahora revuelto cabello de Gabrielle. Ella también pasó los dedos por la larga melena negra.

—Solo la telaraña —la tranquilizó Ailis, limpiándose algo en la falda.

—Revisa bien, Ailis. No quiero que ninguna mamá araña ponga huevos en mi pelo.

—Puaj —dijo Ailis. Cerró los dedos contra su pecho mientras examinaba con atención todo el cabello de Gabrielle—. No hay arañas —dijo al cabo de un minuto.

Gabrielle se irguió, dándole la espalda a Aedan, y se estremeció visiblemente.

—Ya sacié mi curiosidad, Ailis. Seré feliz si no vuelvo nunca más a ese túnel.

—Aye, y no te preocupes. No te volveré a llevar ahí. No a ti, con tanto chillido y encogerte. ¿Le tienes miedo a todo?

—Posiblemente —respondió Gabrielle mientras quitaba algo que se había quedado pegado al vestido de Ailis—. O al menos por ahora.

Una respuesta curiosa, decidió Aedan.

—Pero ya es suficiente por esta noche, Ailis —dijo después Gabrielle—. Será mejor que te vayas a la cama antes de que alguien te encuentre aquí.

—Demasiado tarde —dijo Aedan, sobresaltando a ambas, lo que provocó otra ronda de chillidos cuando se giraron hacia donde él estaba en las sombras, aferrándose la una a la otra como si fueran a enfrentar a un enemigo común. Entonces fue recompensado con un rayo de luz directo a los ojos.

—Maldita sea, Ailis —gruñó, girando el rostro para apartarse.

—Och. —Ailis forcejeó con el cilindro e hizo algo que apagó la luz por completo—. Perdón —dijo con una mueca.

Antes de lanzar su reprimenda, Aedan dio unos pasos más, queriendo saber más sobre el objeto luminoso que ella sostenía.

—¿Qué tienes ahí?

Ailis se aferró al artefacto contra el pecho con ambas manos mientras sus ojos buscaban a Gabrielle. Algo en su postura y en la mirada que le dirigió sugería que pedía permiso para revelarlo.

Gabrielle le quitó el objeto.

—Está bien. —Y a Aedan, tras hacer que la luz apareciera de nuevo, aunque sin apuntarle directamente, le explicó—: Es solo una linterna, funciona con pilas. Tu hija reaccionó de manera parecida al principio, así que supongo que aquí no tienen de estas en esta… casa. —Le ofreció el objeto a Aedan.

Sin querer mostrar más escepticismo y mucho menos algún signo de recelo, Aedan avanzó y tomó la *linterna* de sus manos. La examinó, pero no podía darle sentido. No era de madera, ni de acero, ni de cuero, ni de piedra. Golpeó con el dedo el curioso cilindro rosado.

—Es de metal, creo —dijo Gabrielle, acercándose un paso más para también golpearlo con su uña teñida de morado—. No creo que sea de plástico. Pesa demasiado.

Él no comprendía sus palabras, *linterna* y *plástico*.

Ella estaba a apenas treinta centímetros de distancia. Su cabello estaba realmente despeinado, grueso y rebelde al caer sobre sus hombros. Su rostro inclinado hacia abajo, la nariz fina, las mejillas de un blanco lechoso. Levantó la cara después de decir su última frase. Aedan la miró fijamente, posando primero la vista en el vestigio de su herida, la gran grieta roja aún marcada con una línea torcida de sangre seca. Sus ojos brillaban, sus facciones eran suaves y francas. *Oh*, ¿qué era lo que tenía ella que lo intrigaba tanto? Tenía ojos, cejas, mejillas y labios, igual que cualquier otra mujer. Ah, pero sus ojos. Como todo en ella, su manera, su voz, su fachada: sus ojos eran inusuales, llamativos. Aun así, no le gustaba lo que su cercanía le provocaba, cómo lo obligaba a contener el aliento.

Gabrielle también lo percibió, ya fuera su proximidad o su reacción, y dio un paso atrás. Sus labios se entreabrieron y giró la mirada hacia Ailis, como si buscara algo en su hija.

Ah, sí, su hija. Tras ver lo que había hecho con el instrumento de luz, Aedan examinó el extremo negro y blando y presionó el centro. La luz desapareció de inmediato.

Bajó la mano con el artefacto a su costado y se dirigió a Ailis con su tono de padre, el que reservaba para travesuras como esta.

—Pasé a revisarte antes de ir a mi propia habitación —dijo—. No estabas allí.

Culpable, pero no sin un toque de fastidio por haber sido descubierta, Ailis admitió:

—Pensé que ya estabas dormido.

—Aye, seguro que sí, a esta hora. —Levantó una ceja hacia Ailis—. ¿Y ahora, tienes algún lugar adónde ir?

—Sí —dijo. Y con eso, le lanzó a Gabrielle una mirada que estaba entre una mueca y una sonrisa, y soltándole la mano salió corriendo de la habitación, dejando la puerta entornada tras de sí.

Cuando su hija se hubo ido, Aedan dijo a Gabrielle:

—Te pido que no traigas magia a esta fortaleza.

Ella frunció el ceño.

—No es magia. Es una linterna.

—Sí, ya lo has dicho.

Dándose vuelta, pero no antes de que él alcanzara a ver cómo ponía los ojos en blanco, tomó asiento en el taburete que habían acercado a la mesa, donde reposaban los restos a medio comer de su comida.

Viene con luz para atravesar la oscuridad.

Esa profecía resonó en su cabeza justo en ese momento, más palabras de la bruja regresando a él. Sobrecogido, Aedan fulminó a la mujer con la mirada.

—Eres una bruja —la acusó—, que puede atravesar la oscuridad con luz.

Ella lo miró boquiabierta y se cruzó de brazos.

—Aprieta el botón otra vez —le indicó, fijando la vista en el artefacto que aún tenía en la mano.

Para demostrar que no temía a ninguna bruja, lo hizo. Ya entendiendo lo suficiente de cómo funcionaba, mantuvo el destello de luz apuntado hacia el suelo. Volvió a mirarla, desafiándola a mostrar más de su arte.

En vez de eso, ella dijo:

—Ahí tienes. Ahora tú mismo has atravesado la oscuridad con luz. Quizá el brujo seas tú. O… ¿hechicero? Lo que sea. —Inclinó la cabeza y arqueó una ceja, con un aire audaz y sin el menor arrepentimiento.

Molesto de que ella hubiera dado la vuelta a la acusación, Aedan presionó el extremo negro, curiosamente blando pero firme, y la luz se desvaneció de nuevo. Por un instante, al volver a encararla, se distrajo con su postura. Los brazos cruzados con tanta fuerza le empujaban los pechos hacia arriba, y justo entonces un canal de escote se veía por encima del cuello de su léine y su camisón. La piel allí era tan pálida como su rostro, porcelana casi perfecta, y las formas creadas por su postura resultaban nada desdeñables.

Aedan carraspeó y sostuvo su mirada dura.

—¿Niegas ser una de las *nigheanan sgàil*? ¿O que te enviaron ellas?

—¿Quiénes?

O era tan ignorante como aparentaba, o su talento para fingir era excepcional. En todo caso, parecía bastante irritada de que la acusaran de bruja.

Aedan acortó casi toda la breve distancia entre ellos, dejando apenas un pie entre la punta de su bota y el dobladillo de su léine, que se extendía en el suelo.

—Si no eres una de ellas, dime de dónde vienes.

Ella volvió a fruncir el ceño.

—¿Quieres decir: de dónde soy? Soy de Kansas, pero sospecho desde hace tiempo que nadie en este lugar ha oído hablar de eso.

—¿En Inglaterra? —la escrutó desde arriba, manteniendo un ceño formidable, consciente de lo efectivo que podía ser.

O no. Ella solo se impacientó más.

—No. No está en Inglaterra. No soy de Inglaterra. Por favor, no me preguntes más.

—Traigo a una extraña a mi hogar, donde vive toda mi familia, la visto, la alimento, enciendo un fuego para ella. A cambio, espero respuestas.

—No tengo respuestas —dijo ella en un tono suplicante—. No sé nada, ni dónde estoy ni cómo llegué aquí. Ni dónde estaba ni cómo llegué allí. Un día estaba en la playa y la tierra me tragó, y desperté en esa casa con Brigid y su familia. Y ellos… no fueron crueles, pero tenían miedo de mí, y no sé qué hice para asustarlos. No tengo ni idea. Y estoy asustada. Y quiero volver a casa.

Los labios le temblaban, pero se mantenía tan rígida en su arrebato que Aedan pensó que no mostraría mayor emoción que esa, la que decía con palabras.

Ella negó con la cabeza y la bajó casi hasta el pecho.

—Y ahora sospechas de mí, pero no deberías. Yo solo soy Gabrielle Noble, de Kansas. Estoy perdida. Y la verdad, salvo por los pocos momentos divertidos con tu hija, he estado aterrada sin pausa durante semanas.

Él percibió muchas emociones: frustración, un poco de intimidación y quizá un rastro de desesperación. Pero no detectó en absoluto señales de engaño. Ella era, pues, muchas cosas, la mayoría desconocidas, pero no era una mentirosa.

Aedan suspiró y presionó de nuevo el extremo del artefacto. Cuando la luz surgió, la apuntó por la ventana hacia la noche. Con voz despojada de su anterior severidad, dijo:

—El mismo día que enterré a mi hermano, que fue asesinado, fui visitado por una de las *nigheanan sgàil*, una hija de las sombras. Me preguntó si quería saber el nombre de quien había tomado la vida de mi hermano. —Por el rabillo del ojo, vio que ella había alzado su rostro cautivador y lo observaba—. Me dijo que una mujer se revelaría ante mí. —Girando, la encaró y apagó el portador de luz, tendiéndoselo por el extremo—. Entonces dijo que sabría quién era porque traería la luz para atravesar la oscuridad.

Los labios de Gabrielle se entreabrieron otra vez. Se inclinó hacia delante para tomar el artefacto.

Pero como sus ojos azules estaban fijos en él, calculó mal la distancia hasta donde él tenía la mano y sus dedos se tocaron. Un estremecimiento de calor pasó entre ellos. Ella también lo sintió, retirando bruscamente la mano y el objeto, al tiempo que le lanzaba una mirada de reproche. Sin embargo, no mostró miedo del artefacto en su mano; lo abrazó contra el pecho y ahora miraba sus piernas, quizá sus rodillas, pero no su rostro.

—¿Eres una bruja, Gabrielle Noble? —preguntó él.

Capítulo Seis

No Soy Agatha Christie

En este momento, Gabby tenía la sensación de que él *intentaba* no parecer tan condenadamente intimidante. No estaba funcionando.

Solo estaba de pie frente a ella, incluso había dado un paso atrás, pero aun así lograba verse grande y amenazante, aunque su postura fuera más bien despreocupada. Solo un hombre de pie, con las manos en las caderas, esperando respuestas a sus preguntas. Era en muchos sentidos una figura notable: delgado, fuerte, seguro de sí mismo. Gabby tenía la impresión de que podía patearle el trasero a alguien solo con una mirada.

Parpadeó.

Entonces captó el sentido de sus palabras. Su hermano había sido asesinado. Y el asesino no había sido atrapado.

Y él pensaba que ella era una bruja.

—No soy una bruja. Yo… lo siento, no sé nada sobre la muerte de tu hermano —tragó saliva y añadió—: Lamento mucho tu pérdida, de verdad.

—¿Pero puedes descubrir el nombre del asesino?

Entendió que lo que quería era que ella hiciera de detective. Apartó una mano de la linterna y se señaló el pecho.

—¿Yo? No soy investigadora. O sea, veo un poco *Law & Order* y me he dado algún atracón de *Dateline*, pero no soy ninguna detective. Ni siquiera puedo…

—La *nigheanan sgàil* dijo que vendrías. Ella anticipó que dirías quién mató a Arthur.

Tras soltar una risa bastante poco atractiva, respondió:

—No me importa lo que te haya dicho. Yo soy… bueno, supongo que ahora estoy desempleada. No soy policía ni… bueno, no soy Sherlock Holmes. —Un pensamiento la golpeó—. ¿Dijo que era yo? O sea, ¿te dio mi nombre?

Él negó con la cabeza.

—Necesito saber quién mató a mi hermano.

¿Por qué, ¡cómo!, su voz podía ser tan hipnótica? En su mundo, él narraría documentales o esas aplicaciones para dormir que resultaban tan fascinantes. Gabby parpadeó, dispersando la imagen repentina de Aedan Cameron arrullándola hasta dormir con su voz rica y suave.

Sacudiendo la cabeza, se negó a fingir ser algo que no era. Con un encogimiento compasivo de hombros, le dijo con pesar:

—Esa no soy yo. No puedo ayudarte.

Ay, ya tenía suficientes problemas propios. Pero qué bueno por este tipo, luchando por justicia para su hermano.

De nuevo se dio cuenta de lo patética que era su existencia. No sabía de nadie en su mundo que pudiera haber luchado por ella. Nadie la echaría de menos. No era como Eloise o Kayla, aquellas otras chicas americanas que había conocido brevemente en Escocia, que habían desaparecido del campus en Fort William, cuyas familias habían venido desde Estados Unidos y por quienes se habían organizado tantas búsquedas a las que asistieron tantas personas solidarias. Y no era como el hermano de este hombre, Arthur, cuya muerte él no dejaría impune, al parecer. Nadie echaría de menos a Gabby. Ya había estado segura hacía más de un mes de que ni siquiera su trabajo la extrañaría, no una vez que llenaran sus turnos. Apostaba su último centavo a que su hermano ni siquiera la había llamado, ni una sola vez en el último mes. Tenía tan pocos amigos, incluso en Kansas, y menos aun cuando vino a Escocia hacía casi seis meses.

No tenía a nadie. Qué patético.

—No llores, lass.

Gabby se sobresaltó. No se había dado cuenta de que lo estaba haciendo. En realidad no lo hacía, solo que sus ojos se habían humedecido. Con valentía, alzó la vista hacia él y forzó una sonrisa temblorosa.

—No hay nada por lo que llorar.

Él fue lo bastante amable como para apartar de ella su mirada penetrante un momento. Se acercó a la puerta, tomó el picaporte y

volvió hacia ella.

—No te avergüences de tus lágrimas. Lo que fluye está vivo.

Lo que fluye está vivo.

Conmovida por la bondad de ese pequeño pensamiento compartido, de este hombre imponente, casi siempre con el ceño fruncido, Gabby volvió a sonreír, aunque sin profundidad, solo lo que quería que él viera.

Recordó entonces que le debía una disculpa. Miró sus brazos, pero estaban a los costados, la parte interior fuera de su alcance visual.

—Debí haber dicho algo anoche, pero lamento mucho haberte clavado ese cuchillo ayer. —Tragó saliva mientras su ceño se profundizaba, deseando no haberlo mencionado siquiera—. Es que… me sorprendiste. Solo reaccioné, estaba asustada. —Su expresión no se suavizó—. Pero de verdad lo siento.

—No te disculpes por mantenerte a salvo, lass. Así como yo no me disculparé por haberte asustado. Hicimos lo que había que hacer.

Ella no creía que todo fuera tan blanco o negro, pero quizá en ese caso lo había sido. En fin, se sintió aliviada de que Ailis hubiera tenido razón. Él no lo tenía en su contra.

—Pero si sigues sintiéndote mal por eso —dijo con suavidad —, puedes decir que sí, que trabajarás para descubrir al asesino de Arthur.

Sintiendo que era desagradecida, después de todo lo que él había hecho por ella, alimentarla, vestirla, darle techo, salvarla, pensó un momento en la idea. Ni siquiera sabría por dónde empezar. Era una locura, la mera idea.

Pero entonces él la miró con tanta esperanza contenida, algo que ella suponía rara vez había mostrado en su vida, que Gabby empezó a preguntarse si quizá *podría* ayudarlo. Se mordió el labio e intentó imaginar cuán difícil, o no, sería la tarea. Rápidamente se le ocurrió que ella misma necesitaba algo de ayuda, y tal vez este hombre era la persona indicada para dársela.

Como hacía tan a menudo en su vida, demasiado a menudo, algunos dirían, tomó una decisión y la expresó en palabras antes de

examinarla del todo, lo cual tenía el efecto de volverla real.

Le ofreció una idea recién concebida:

—No sé si pueda hacerlo, descubrir quién es el culpable. Ni siquiera sé si soy capaz. Pero te propongo un trato. —Se detuvo, reuniendo valor para la disparatada propuesta que estaba a punto de hacer—. Lo intentaré. Dedicaré un mes a descubrir quién es el asesino. Lo haré, te lo juro, haré todo lo posible. Pero tanto si lo logro como si fracaso, después de un mes, necesito algo de ti.

Aunque su labio comenzó a curvarse, él se volvió plenamente hacia ella y alzó una ceja inquisitiva.

Tragando el nudo del miedo, ella ofreció:

—Después de un mes, te contaré toda mi historia, de dónde vengo y… lo que pasó. No puedes juzgarme ni condenarme ni… ni hacerme daño. Pero debes, esto es lo que necesito, ayudarme a volver a casa.

Él lo meditó, con la mirada fija y penetrante mientras consideraba tanto a ella como su plan. No solo la miró a los ojos, sino que recorrió con la vista toda su cara. Estaba bastante segura de que observó su boca por unos diez segundos completos. Un escalofrío eléctrico la recorrió en respuesta, pero se mantuvo inmóvil, sosteniendo la poderosa intensidad de sus ojos. Oh, era realmente guapo, lo que hacía que su situación actual fuera mucho mejor que el tiempo pasado con la gruñona de Brigid y su familia.

—Sí, te ayudaré.

Su reacción fue inmediata y casi abrumadora. Abrió la boca y respiró con una amplia sonrisa antes de controlarse y tratar de contener su alivio, enrollando los labios hacia dentro para ocultar la sonrisa. Si alguien podía averiguar qué le estaba pasando, dónde estaba, por qué y cómo arreglarlo, tenía la corazonada de que ese hombre podía hacerlo. Gabby sospechaba que había pocas cosas que él no pudiera lograr.

—¿Te quedarás entonces? —quiso confirmar—. ¿Me dirás quién mató a Arthur?

Ella asintió, pero le recordó:

—Lo intentaré. De verdad lo haré. ¿Y confiarás en mí con tu hija? ¿Con Ailis? —Ante su ceño fruncido y confundido, Gabby le

aclaró—: Es la única persona en la que confío ahora mismo.

—Sí. —Lo dijo cargado de escepticismo.

Gabby insistió:

—Quiero que Ailis me ayude.

—Entonces tendrás a Cormag también —replicó él sin dudar.

Sí, su desconfianza hacia ella ya estaba establecida.

Pero a ella eso le parecía bien.

—Perfecto. Cuantos más, mejor.

Él bufó:

—Nada de alegre tiene un asesinato, lass.

***

Durmió pésimamente y por eso se levantó tarde.

Ailis no lo aceptó, entrando a su habitación dando saltos y exclamando:

—¡Vas a perderte todo el día si sigues así!

Teniendo un trabajo que hacer ahora, Gabby sabía que no era una opción. Apartando las mantas, se sentó y puso los pies en el suelo.

Se puso el vestido azul y pasó los dedos por su cabello, rebuscando en el fondo de su bolsa de playa, donde sabía que probablemente se habrían colado algunos elásticos para el pelo sueltos. Encontró uno y se lo puso en el cabello mientras Ailis observaba. Durante tanto tiempo, Gabby se había sentido como un perro callejero, sucio y despeinado, y estaba harta de ello. Pero nada en su vida diaria durante el último mes le había ofrecido medios ni oportunidad para cambiar eso de manera drástica, o de la forma que ella quisiera. Se había lavado y fregado donde y como podía, generalmente lejos de Brigid y su familia, pero aún soñaba con algún día poder darse un buen baño largo con agua caliente. Tal vez con algo de jabón. Varias veces, viviendo en aquella cabaña de techo de paja, cuando ya no podía soportarlo más, Gabby se había escapado de noche y, bajo la cobertura de la oscuridad, había ido al pequeño lago que estaba en el extremo opuesto del pueblo respecto al arroyo. Se sumergía completamente, totalmente desnuda,

deseando tener jabón. Fue la única vez que se sintió limpia desde que llegó a este Otro Mundo.

Cuando sus extraños zapatos volvieron a sus pies, le dijo a Ailis que estaba lista. Ailis la había observado con cierta admiración cuando Gabby se hizo la coleta, pero no se detuvo ni hizo preguntas. Ahora tomó la mano de Gabby y la condujo fuera de la habitación.

El pasillo era como lo había notado antes, estrecho y sin ventanas, y por eso sombrío. Giraron en la esquina y descendieron una escalera cerrada que bajaba en espiral, iluminada solo por esas ventanitas largas y estrechas, pero no suficientes para alejar las sombras. Cuando sintieron que habían bajado más de un piso, llegaron al final, que las llevó a otro corredor. Este tenía ventanas más anchas pero cortas en un lado, colocadas altas en la pared de modo que daban luz, pero no se podía ver hacia afuera. Gabby pensaba en ellas como ventanas, todas las aberturas hacia el exterior, pero aún no había visto vidrio y se preguntaba qué tan fría sería esta vieja casa en invierno.

Había visitado suficientes ruinas desde que llegó a Escocia para entender que gran parte de lo que veía se sentía como otro recorrido turístico. Excepto que estas ruinas no estaban vacías, frías ni sin vida. No tenía la sensación, como cuando sabe exactamente dónde y cuándo está, de que caminaba por algo antiguo, abandonado, entregado a los elementos, con todos sus secretos y verdades perdidos en el tiempo. Este lugar era diferente. Se sentía vivo. Presente.

Ailis giró a la derecha donde el pasillo de techo bajo terminaba en un corredor perpendicular, y ahora Gabby comenzó a percibir ruido, y mucho de él. Aun así, no estaba preparada para lo que se abrió ante ella cuando el corredor las condujo a una enorme sala de techos altos que parecía una cafetería medieval en una antigua pensión. Habría parado a mirar boquiabierta si Ailis no la estuviera arrastrando de nuevo.

Por grande que fuera la sala, la puerta por la que salieron de la casa parecía relativamente pequeña, una abertura promedio, aunque la madera debía tener unos cinco centímetros de grosor. La cabeza de Gabby seguía girando, absorbiendo todo a su alrededor.

Salieron de la casa y entraron a un patio cerrado. En el pequeño espacio verde del patio había pocas personas, pero a lo largo del perímetro de la alta muralla de piedra había varios edificios de diferentes formas y tamaños. Más de unos pocos pares de ojos las observaban a Ailis y a Gabby desde esos lugares con frentes abiertos.

Parecía un patio de prisión, con su alta muralla y guardias en lo alto, armados, hombres empuñando espadas en la cadera en lugar de armas de fuego.

Uno simplemente no visitaba Escocia para una estadía indefinida como la de Gabby y no participaba en algunos de los recorridos por ruinas medievales. Por eso reconoció los cobertizos del herrero, carpintero y herrador, cada uno identificable por sus herramientas y disposición. Giró sobre sí misma, observando los establos, uno de los pocos edificios de dos pisos dentro del muro aparte de la casa, el segundo piso probablemente usado como dormitorios para los mozos. Al fondo del patio parecía haber un jardín, y no uno pequeño. El área, cercada por una valla baja de ramas entrelazadas, era al menos el doble del tamaño de la habitación donde Gabby había dormido las últimas dos noches. Había un edificio de techo cónico allí atrás, que Gabby supuso sería donde horneaban pan.

—Och, y no podemos escaparnos de ella —murmuró Ailis, llamando la atención de Gabby.

Mirando en la misma dirección que Ailis, hacia la entrada del patio donde dos puertas del portón, de unos nueve metros de altura, estaban abiertas, Gabby vio que Ailis se refería a Borgach, que venía desde afuera del portón con una cesta cubierta de lino en un brazo y rebotando con cada paso de cadera.

—Es Borgach —advirtió Ailis, hablando ahora por un lado de la boca, ya que la mujer las había visto y cambió de dirección para encontrarlas.

—La he conocido —dijo Gabby.

Cuando aún estaba a varios metros, Borgach dijo algo en gaélico, sin apartar la atención de Gabby.

Ailis respondió a la defensiva, o eso pensó Gabby. Las palabras no le decían nada, pero el tono era entendible.

Lo que haya dicho levantó la ceja de Borgach y finalmente apartó la mirada de Gabby.

La atención de Gabby fue atraída hacia la funda de cuero en la cintura de Borgach. Era una vaina, sin duda, que contenía un cuchillo pequeño, pero más elegante que cualquiera que Gabby hubiera notado hasta ahora, con cuero grabado en un diseño de viñas en espiral, de unos veinte centímetros de largo. Gabby supuso que Borgach, siendo tan hermosa, podría necesitar protegerse de hombres insistentes. O tal vez su funda elaborada era solo un regalo de su marido.

Borgach giró la cabeza, echando su cabello suelto sobre el hombro. Mientras lo hacía, movió la mirada con la acción para poder ver a personas a su izquierda, hombres presentes, acechando en sus cobertizos, con los ojos pegados a ella. Cuando volvió a mirar a Ailis y Gabby, fingió no saber que la estaban observando.

Gabby también se quedó boquiabierta, aunque luchó contra la tentación de dejar caer la mandíbula.

Siempre había sabido que existían muchas variedades de mujeres hermosas. Algunas mujeres eran bellas de manera indiferente, simplemente nacidas así: exquisitas. Otras eran bellas intencionalmente, dedicando tiempo, esfuerzo y dinero para ser hermosas, o para parecerlo según su idea. Gabby siempre se había considerado bonita, pero no de manera evidente, y jamás creyó que pudiera alcanzar un reconocimiento mayor que "bonita". Borgach, juzgó Gabby de inmediato, pertenecía a ese grupo de mujeres bellas de manera natural pero llamativa, que querían que lo supieras, que lo reconocieras. Necesitaban afirmación y atención constantes, y no solo de hombres.

En fin, esa fue la segunda impresión de Gabby sobre la esposa de Aedan. Respecto a eso, su matrimonio, consideró apropiado que un hombre tan impactante como Aedan Cameron estuviera casado con una criatura tan bellamente atrevida como Borgach.

Borgach y Ailis intercambiaron varias frases de conversación, ninguna tenía sentido para Gabby, lo cual le parecía perfecto hasta que se dio cuenta de que, a pesar de la barrera del idioma, necesitaría conocer y hablar con personas si quería tener alguna esperanza de averiguar más sobre el asesinato de Arthur Cameron.

Cuando las respuestas de Ailis a Borgach se hicieron un poco más acaloradas, Gabby le apretó la mano y le sonrió cuando Ailis volvió sus ojos marrones hacia ella.

Luego se dirigió a Borgach.

—Ailis dice que eres como una madre para ella.

—Soy todo lo que tiene —respondió Borgach—. Su mamá tenía mi corazón.

Esto lo dijo con bastante drama, Borgach aferrando la tela que hoy cubría la mayor parte de su impresionante pecho. Aun así, parecía sincera, mostrando su amor por la madre de Ailis.

—Vamos afuera —dijo Ailis a continuación.

Ya estaban afuera, así que Gabby no estaba segura de a qué se refería específicamente.

Borgach continuó hablando en gaélico, y Ailis solo se encogió de hombros y se dio la vuelta para alejarse, arrastrando a Gabby con ella.

Gabby no miró hacia atrás y siguió a Ailis hacia el portón. Afuera del portón debía ser a lo que se refería. Y así lo hicieron, atravesando como si los guardias de arriba tuvieran otros asuntos que atender además de mantener a las personas dentro.

—Parece muy amable —dijo Gabby, iniciando una conversación sobre por qué Ailis era tan hostil con Borgach.

—Solo finge que le gusto.

Muy perspicaz para una niña de diez años.

—Pero ya que está casada con tu padre, ¿no deberías tú también fingir que te agrada?

—¿Casada?

—Casada.

Ailis soltó una risita burlona.

—Sí, y eso la haría tan alegre como un perro con dos colas. Pero no. Le rogué a papá que no lo hiciera. Él dijo que no necesitaba

esposa, aunque Cormag dijo que sí.

—Oh. Dijiste que era una Cameron. Solo supuse…

—Es *co-ogha*.

—¿Qué es eso?

—En inglés es "prima".

Gabby se quedó un poco desconcertada por su reacción a esa noticia. Aedan no estaba casado… con nadie, al parecer. ¿Era alivio lo que sentía? Santo cielo, ¿por qué habría de sentir alivio?

¿Qué me importa si está casado o no? Le importaba, lo decía ese alivio que sentía, pero solo, se aseguró a sí misma, por ese estremecimiento que había sentido anoche, ya desaparecido pero no olvidado, bajo la mirada abrasadora de Aedan Cameron, cuando él había pasado tanto tiempo mirándole la boca que ella había tenido el absurdo pensamiento de que estaba pensando en besarla.

Pero aparte de eso, y en serio, se reprendió, ¿qué me importa? Se quedaría un mes, jugaría el papel que le habían asignado como detective aficionada y después se iría, le fuera bien o no en su trabajo.

Tengo asuntos más importantes que considerar, antes que siquiera pensar en sentir atracción por un hombre que pudo haber nacido cientos de años antes que yo.

La noche anterior, después de que Aedan salió de su habitación, y vaya si eso no sonaba extrañamente íntimo, Gabby había pensado con frenesí en cómo iba a resolver un asesinato. No tenía ni idea, descartando una idea tras otra. Al final, cuando ya no pudo mantener los ojos abiertos, solo pudo descansar al trazar un plan inicial: conocer mejor a la víctima, Arthur. Naturalmente, había supuesto que Ailis sería una buena fuente de información, y ahora pensaba que este era un momento tan bueno como cualquier otro para preguntarle a Ailis por su tío.

Pero esa idea, que había abierto la boca para plantear, se desvaneció de inmediato cuando doblaron la esquina trasera de la muralla, y la vista le robó a Gabby tanto el aliento como cualquier noción de productividad.

Frente a ella estaba el mar del Norte, o al menos eso pensó que debía ser. Llevaba meses en Escocia, en ese otro tiempo y ahora

en este Otro Mundo, y había estado junto al mar más de una vez. Pero nunca había visto una vista como aquella. Estaban en lo alto de un acantilado imponente, y frente a ellas, más allá de un risco más bajo, solo se extendía el mar gris y salado.

Ailis soltó su mano y corrió hasta el borde. Gabby la siguió, llamándola por su nombre, el sonido se perdió en el rugido del mar. De todos modos, Ailis se detuvo justo al filo y esperó a Gabby, que también se detuvo y giró para ver lo que habían dejado atrás, la casa desde ese punto de vista. El viento le arrancó mechones de la coleta y se los barrió por la cara. Los apartó distraídamente, aunque el viento insistía en lanzarle más. Ignorándolo, ya que nada le impedía ver, Gabby se quedó boquiabierta al contemplar las torres, los contrafuertes y las torres con matacanes de la casa que se elevaba sobre la sólida muralla que la rodeaba. No era una casa en absoluto, sino una fortaleza, concluyó, horrorizada de no haberse dado cuenta, aunque llevaba dos días allí.

Ailis la llamó, y Gabby parpadeó y volvió a girarse para unirse a ella en el borde.

—Vives en un castillo —dijo cuando estuvo lo bastante cerca para que Ailis la oyera.

Ailis rio, un sonido encantador salvo por un dejo de desprecio infantil.

—No es un castillo, solo una torre fortificada.

Bueno, pues parecía un castillo.

Y el mar frente a ella era peligrosamente espléndido. El cielo gris proyectaba una sombra oscura sobre el mar salvaje, cubierto de espuma blanca, y el agua que golpeaba la playa y los acantilados era un tumulto de blanco y gris, girando y retorciéndose con cada ola.

El borde del acantilado vio Gabby al asomarse, no era una caída recta, pero tampoco podía describirse como un descenso gradual. Aun así, bajaba unos doce o quince metros en roca, hierba y arbustos, hasta elevarse de nuevo en un risco más bajo, que parecía una isla al no estar unido por tierra a esa altura. Era apenas un círculo de césped plano y unos pocos árboles, inclinado hacia el oeste, como si el mar lo hubiera ido desgastando poco a poco. Parecía que alguna fuerza divina lo hubiera empujado desde abajo

hasta dejarlo elevado varios pisos sobre el mar, aunque no debía medir más de treinta metros de diámetro. De un borde a otro, desde donde ellas estaban hasta la colina menor, habría más de cuarenta metros.

Más allá de ese risco, y Gabby imaginó que también a ambos lados cuando el mar no estuviera embravecido, podía haber una playa, gloriosa si alguien pudiera llegar a ella. Mirando alrededor para ver si eso era posible, se sorprendió al descubrir que un puente de madera unía la tierra firme con esa especie de isla.

Queriendo expresar su sorpresa a Ailis, aunque fuera lo obvio, Gabby señaló la estructura a su derecha.

—Hay un puente.

Por supuesto, Ailis soltó una risita.

—Sí, claro que lo sé. Pero no me dejan cruzarlo cuando el mar está enojado —dijo, repitiendo claramente una orden ajena y mostrando en su tono lo poco que le gustaba aquella regla.

No, Gabby no querría poner un pie en ese paso dudoso, que parecía tan antiguo como la casa y el resto del lugar.

Se volvió de nuevo, queriendo otra vista de la fortaleza, torre se corrigió. Su asombro no había disminuido al verla otra vez. Por la altura en que estaban, y porque a ambos lados de la muralla y la torre se veía con claridad que, aunque estaban en la punta del país, al borde del mar, en realidad estaban en medio de la nada. No había nada, absolutamente nada alrededor, hasta donde la neblina gris dejaba ver. Nada más que montañas, colinas, campos y bosques, con solo aquella torre vigilándolo todo.

Nada indicaba que estuviera en el siglo XXI.

Era, en este Otro Mundo, su primera vista completa. Hasta entonces solo había conocido fragmentos del panorama mayor: aquel pueblito, aquel arroyo, los bosques estrechos y luego el interior de la sala en la casa de los Cameron.

Un mundo completamente nuevo.

Gabby sintió temblar su boca al enfrentarse con esa nueva realidad. Era verdad, entonces; no tenía más remedio que creerlo, ya no podía negarlo: ya no estaba en el siglo XXI.

Solo deseaba tener el valor de preguntarle a alguien por ello, sin miedo a que la tacharan de loca.

Ailis la sacó de su renovado temor, gritando y levantando la mano, siguiendo con el dedo el vuelo de una gaviota que el viento arrastraba. Gabby la siguió con los ojos, pero no sintió simpatía por el ave, que parecía feliz de no mover las alas y dejar que el viento dirigiera su rumbo.

Un movimiento en el risco de enfrente llamó su atención.

No había notado la presencia de nadie más hacía un momento, aunque había poca vegetación donde ocultarse. Pero allí estaba el padre de Ailis, quizás visible ahora porque Gabby se había movido de sitio. Estaba de espaldas a lo que Gabby consideraba tierra firme, donde estaban ella, Ailis y la fortaleza. No estaba muy segura de cómo sabía que era Aedan Cameron, ya que no era más que una figura en silueta, a unos cincuenta metros de distancia. No miraba hacia el espléndido mar, ni disfrutaba del poder que mostraba, sino que permanecía con las manos en las caderas, mirando al suelo.

—¿Qué hace ahí afuera? —preguntó Gabby a Ailis.

—Visita, seguramente.

—¿A quién? —No había nadie más.

—A su familia. Todos están allí, bajo tierra.

—Ah, ¿es un cementerio?

—Sí, y mi mamá está allí también. Y Arthur fue enterrado hace poco.

Lo cual le recordó a Gabby su misión.

—¿Cuándo murió Arthur?

Ailis se encogió de hombros, y Gabby recordó que a los diez años no siempre se tenía clara la noción del tiempo transcurrido tras ciertos acontecimientos, incluso los trágicos.

—¿Fue este año? ¿En invierno o primavera, quizá?

Eso le disparó la memoria.

—Sí, fue en primavera. Rezamos y luego fuimos directo a los campos a sembrar. No me gusta sembrar. Me gusta mucho más la cosecha.

Fingiendo ignorancia, pues no sabía cuánto le había contado Aedan a su hija sobre su extraño acuerdo, Gabby preguntó:

—No debía ser muy mayor, siendo hermano de tu padre. ¿Cómo murió?

—Alguien lo apuñaló.

Ay. Qué horrible.

—¿Y nadie sabe quién… hizo eso?

Ailis negó con la cabeza.

—¿Aquí mismo? ¿En Cairncross?

—Sí. Más allá, donde se planta la cebada, cerca del tejo que parece un anciano.

Gabby se mordió el labio, y luego preguntó:

—Si tuvieras que elegir a una persona que crees que podría haberlo hecho, ¿a quién dirías?

Ailis le devolvió una mueca rara, como si, aunque tan joven, entendiera que era una pregunta bastante extraña.

—Lo siento —se apresuró a decir Gabby—. Supongo que pensé que tal vez, si peleaba seguido con alguien, si alguien lo odiaba… o algo así. —Oh, iba a ser un completo desastre jugando a ser detective.

—El tío no era odiado, por nadie. Cormag lo llamaba el *hermano alegre*. Papá nunca sonríe, pero el tío siempre estaba sonriendo. No era odiado —repitió—, y Cormag dijo que eso no fue lo que lo mató.

—¿Entonces qué lo mató? O sea, aparte de un cuchillo.

Ailis se encogió de hombros otra vez, cansada del tema.

Le tomó la mano a Gabby y la arrastró lejos del acantilado.

—Ven conmigo. ¡Quiero mostrarte todo!

Una vez más, Gabby la siguió, pero no sin antes lanzar una última mirada hacia el acantilado de la isla, donde Aedan Cameron visitaba las tumbas de su hermano y de su esposa, entre otras.

Papá nunca sonríe.

Capítulo Siete

Y la Verdad se Filtra a Cuentagotas

Corrieron alrededor de la esquina del muro, de regreso hacia el frente de la fortaleza, sí, corrieron; a Gabby no le sorprendía en lo más mínimo que Ailis no fuera de paseos tranquilos; tenía demasiada energía, y se toparon de lleno con otro tipo de muro.

Cormag. Que no parecía muy contento de verlas después de poner su mano en el brazo de Gabby para que no rebotara hacia atrás al chocar con aquella montaña de hombre.

Había un tinte de reproche en su tono cuando les habló.

—Solo hay unas pocas buenas razones para correr. Un infiel que necesita ser abatido te pisa los talones… ¿y no lo sabes acaso? —Esto se lo dijo directamente a Gabby. Volviéndose hacia Ailis, añadió—: O estás en algo que no deberías. En este caso, evitar las tareas del día.

La respuesta de Ailis fue algo parecido a un gruñido antes de fruncir los labios y patear la enorme bota de Cormag. Su actitud era la de una niña que patalea, solo que Ailis no se parecía a ninguna niña de diez años que Gabby hubiera conocido, así que patear realmente el pie de Cormag tenía cierto sentido.

El gigantón permaneció imperturbable, dando a Gabby la impresión de que no era la primera vez que lidiaba con un berrinche así de Ailis.

—Quiero mostrarle todo a Gabby —se quejó Ailis.

—Y podías haberlo hecho —replicó Cormag—, pero no avisaste a nadie a dónde ibas y te fuiste antes de terminar tu trabajo. Así que ahora, no puedes.

Otro gruñido precedió la retirada de Ailis, que se marchó con los puños cerrados y los brazos balanceándose.

Cormag se volvió hacia Gabby.

—Lo siento. No tenía idea de que ella tenía tareas que hacer.

También se sintió mal al recordar que el padre de Ailis había insistido en que ella no estuviera nunca sola con la niña, sino siempre acompañada por Cormag. Mirando de reojo al hombre enorme, de melena desordenada y espada colosal, pensó: *Oh, le va a encantar eso, pasar el tiempo conmigo y con Ailis todo el día.*

—Todos dentro de la torre tienen un trabajo —dijo Cormag—. Aye, y tú tienes el tuyo, oí decir.

—¿Ah, él te lo dijo? Bien, porque esperaba que me ayudaras a llevarlo a cabo.

Él asintió y comenzó a caminar en la misma dirección que había tomado Ailis, rodeando hacia el frente del torreón. Gabby lo siguió.

—No me gusta saber que alguien entre nosotros pudo traicionar así a uno de los nuestros. Una puñalada por la espalda es cosa de cobardes.

—Vaya… —Gabby asimiló ese nuevo detalle del asesinato—. Sin duda lo es. ¿Podrías llevarme a la escena del crimen?

Él giró la cabeza hacia ella.

—¿Al lugar donde ocurrió?

—Sí, quiero ver la escena del crimen. —Decir esas palabras en voz alta le sonó tan irreal como todo ese Otro Mundo. Pero, ¿en qué me metí?

—¿Y qué necesitas ver ahí?

—Pistas —respondió, con suficiente seguridad para apaciguarlo, como si realmente pudiera encontrar algo tantos meses después. Lo suficientemente vago también, porque no tenía ni idea de lo que hacía ni de qué debía buscar. No era que fuera a encontrar ADN, huellas dactilares o casquillos de bala. Y aunque por alguna razón fantástica encontrara algo así, no podría hacer nada con ello.

Aun así, ver el lugar del crimen y conocer a las personas, posibles sospechosos, era hasta donde Gabby había llegado en sus planes.

Cormag no respondió, aunque parecía meditar algo, mordiéndose el interior de la mejilla mientras avanzaba con pasos pesados, cada pisada era un golpe seco contra el suelo.

—¿Estás seguro de que no fue obra de algún extraño de paso? Como esos hombres a caballo que atacaron aquel pueblito, de la nada.

Cormag negó con la cabeza.

—No. No fue una espada lo que mató a Arthur. Los agujeros eran demasiado pequeños. Fue un puñal.

—¿Agujeros? ¿Plural? ¿Lo apuñalaron más de una vez?

—Conté siete heridas.

Oh, eso sí que era personal.

—Después de ver el… lugar donde mataron a Arthur, me gustaría conocer a las personas más cercanas a él, hombres y mujeres.

—No fue una mujer la que le hundió el cuchillo a Arthur en la espalda. —Se rio, un sonido cargado tanto de impaciencia como de reflexión sobre una nueva idea, que compartió—: Aunque a más de una le habrán sobrado ganas.

—Permíteme disentir. He visto suficiente televisión de crímenes como para saber que apuñalar es un método muy personal de… matar a alguien. —En ese instante se le ocurrió que los cuchillos probablemente eran de las pocas armas disponibles en ese tiempo y lugar. Para asegurarse, le preguntó—: ¿Alguien aquí posee un arma de fuego?

Él siguió caminando

—No entiendo muchas de las palabras que me dices.

Gabby agitó las manos.

—Está bien. Pero dijiste que algunas mujeres podrían haber tenido motivo para matar a Arthur. ¿Por qué?

—¿Puedes nombrar más de una razón por la cual una mujer querría clavarle un puñal a un hombre? Yo no, salvo una: demasiado revoloteo con demasiadas mujeres. La única razón. Pero eso sí: Arthur era del tamaño del jefe. Ninguna mujer podría haberlo atacado. No podría vencerlo ni sorprenderlo. Imposible.

—Pero un cuchillo en la espalda sugiere que Arthur conocía a su asesino, que se sentía cómodo dándole la espalda, fuera hombre o mujer.

Cormag asintió, considerando sus palabras.

—Tu punto tiene mérito, pero no creo que haya ninguna mujer tan herida por sus conquistas que llegara a apuñalarlo.

Gabby había aprendido, sobre todo en los últimos días, que la gente allí hablaba con una franqueza brutal. No endulzaban nada.

En la puerta abierta, Cormag giró hacia el patio interior en vez de salir, hacia la escena del crimen. Gabby se desinfló un poco. Si él no la llevaba, tendría que fastidiar a Ailis para que lo hiciera, y realmente no quería.

Agachando la cabeza, él entró en las caballerizas. Gabby se quedó un momento afuera, inquieta, sin saber si esperaba que lo siguiera o si ahí terminaba todo y quedaba por su cuenta.

—No sabes montar —aventuró él. De pie cerca del lomo de un caballo, poniéndole la silla, la miraba desde la penumbra del establo.

La voz de Cormag era tan fuerte que llegaba sin problema; la de Gabby, en cambio, no, así que casi gritó su respuesta:

—No. Nunca lo he hecho. —Sintiendo lo ridículo de gritar así, esquivó un excremento en el suelo y se acercó al establo donde Cormag preparaba un imponente caballo negro.

Como nunca había estado cerca de caballos, no sabía nada de su temperamento, aunque le parecían magníficos. Con cautela, extendió la mano para acariciar al animal del box contiguo, pero la retiraba una y otra vez cuando este movía apenas la cabeza.

—Llamaré a Malcolm para que nos acompañe —decía Cormag desde dentro.

Gabby preguntó:

—¿Cuántas personas saben lo que estoy haciendo? —O lo que se suponía que debía hacer. Lo que esperaba hacer.

—Pocas. El jefe y yo, y Malcolm y Davidh.

—¿Es como… su círculo íntimo? —preguntó ella, bajando un poco la voz—. ¿Confía en ustedes tres?

—Sí, confía. Pero en este caso, solo porque estábamos con él, lejos de Cairncross cuando sucedió.

Eso le planteaba la duda: ¿era la confianza algo tan escaso en ese lugar? ¿Nadie estaba por encima de sospechas?

Como si le leyera la mente, Cormag advirtió:

—Mantén los ojos abiertos todo el día. Sí, y en tu lugar, solo confiaría en ellos.

Gabby fingió no alarmarse ante ese consejo críptico y volvió a intentar acariciar al caballo. Esta vez lo logró, posando sus dedos y palma entre los ojos del animal, pero retiró la mano enseguida cuando el caballo movió bruscamente la cabeza, como quitándosela de encima.

—Perdón —dijo, llevándose la mano al pecho.

Cormag resopló mientras ajustaba las cinchas bajo el vientre del animal.

—No muestres miedo.

Gabby dio un respingo, alarmada por una voz detrás de ella. Supo que era Aedan Cameron antes de girar, pero aun así lo hizo, sorprendida de encontrarlo tan cerca.

—Él lo percibe —dijo Aedan sobre el caballo—. Por eso se aparta de ti.

Gabby tragó saliva y asintió, pero no volvió a intentar tocar al animal.

Los ojos verdes de Aedan brillaban como oscuros esmeraldas en las sombras del establo. Como siempre, su expresión era sombría, y su mirada se clavaba en ella con esa familiar firmeza acerada. O todavía trataba de descifrarla, o ya lo había hecho y no le gustaba lo que había visto y sabido. Eso era lo que Gabby leyó en sus ojos.

No le dijo nada a Cormag, pero inclinó la cabeza de tal modo que Cormag respondió a la pregunta no formulada.

—La llevo afuera, más allá de la cebada y los pinos.

Gabby, que ahora se encontraba algo entre los dos hombres, alcanzó a ver a Aedan apretar la mandíbula, apenas un instante, antes de decir:

—Yo la acompañaré.

Las manos de Cormag se detuvieron y alzó las cejas.

Aedan hizo un breve gesto de asentimiento. Luego dijo algo en gaélico y Cormag soltó una risa corta antes de asentir él también y empezar a quitar la montura del caballo.

Aedan se movió y tomó una silla de montar de donde otras colgaban de gruesos ganchos de hierro en la pared del fondo. Varias más, decenas, estaban apiladas en hileras ordenadas en el suelo bajo las que colgaban.

Ella pensó en advertirle lo mismo que ya le había dicho a Cormag:

—No sé montar a caballo.

—Sí, y yo tampoco sabía que pudieras.

Incapaz de decidir si debía ofenderse o no, Gabby suspiró y esperó. Cormag inclinó la cabeza hacia ella tras colgar su montura en un gancho de la pared, antes de salir de las caballerizas.

Cuando Aedan hubo ensillado a su caballo, un gran animal de pelaje castaño rojizo, lo sacó de las caballerizas y Gabby lo siguió.

Quizás era solo su propia sensibilidad agudizada lo que le hacía imaginar, una vez más, tantas miradas sobre ella. Como siempre, se sentía fuera de lugar. Como un conejo arrojado a un lago con peces, como si estuviera allí por error. *Ella* estaba allí, pero se sentía desprendida de todo, una inadaptada lanzada a un estado alterado de conciencia.

Gabby se detuvo cuando Aedan y el caballo lo hicieron, manteniéndose lejos de la parte trasera del animal. Con un gesto de la mano y un movimiento de los dedos, él la llamó hacia el costado izquierdo del caballo.

Ya allí, Aedan dijo:

—Sé que tengo que levantarte... a menos que puedas montar sola.

Gabby miró al caballo, cuya espalda estaba más o menos a la altura de su cabeza. Se imaginó a sí misma intentando aquello, piernas agitadas, faldas torcidas, cabello volando, y sonrió.

—Eh... no, no puedo hacer eso.

Con otro breve asentimiento y sin más aviso, Aedan la sujetó por la cintura y la levantó.

—Oh —chilló ella, aferrándose instintivamente a sus hombros para no perder el equilibrio.

La colocó sobre la silla, cerca del frente, de lado. Su miedo inmediato de caerse se disipó en cuanto Aedan montó detrás de ella

al instante siguiente. Con una familiaridad casi impropia, pasó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo contra él. Fue un alivio, ya que su trasero estaba casi sobre el pomo de la montura, pero al mismo tiempo no tanto, porque ahora estaba demasiado pegada a él.

Gabby contuvo la respiración mientras él guiaba al caballo a través del patio y hacia la salida de la puerta.

Y como su autoestima solía arrastrarse por el suelo, se preocupaba por cosas como: ¿estará molesto por tener que hacer esto? ¿Se arrepentirá de no haber dejado que Cormag me llevara? ¿Huelo mal? ¿Lo nota?

Al poco tiempo, trató de liberarse de esas preocupaciones, o al menos de intentarlo, recordando las palabras que alguna vez le había dado su terapeuta:

Concéntrate en lo que importa.

Deja de pensar demasiado.

La gente probablemente ni siquiera está pensando en ti.

***

Oh, pero era blanda.

En todos los lugares correctos. Aflojó el brazo con que la mantenía sujeta y se irguió más en la silla, intentando poner un poco de distancia entre ellos. Ella estaba tan rígida como él, aunque no podía saber si era por miedo a tener demasiado contacto con él o porque la cabalgata en sí la incomodaba. Algunos mechones de su cabello, sueltos de la cinta que lo sujetaba en una cola por el trote, le rozaban el mentón y el cuello. El vaivén del caballo hacía que su hombro rozara su pecho cada pocos segundos. Su cadera y su trasero estaban encajados de forma casi indecente contra su ingle.

Debería haberla hecho montar a horcajadas.

Apretando los dientes, preguntándose por qué no había dejado que Cormag la llevara hasta el lugar, Aedan guio al caballo por el camino seco de tierra que atravesaba un amplio prado de pedicularis, altos ranúnculos y delicadas flores azules de campanillas. Aunque el sendero estaba seco, el prado solía estar demasiado húmedo para avena o raíces. A veces llevaban allí ovejas o vacas a pastar y, en ocasiones, se araban para heno.

Después de varios minutos cruzaron ese espacio, con Cairncross quedando atrás. Luego entraron en los pinos espesos y en la alfombra blanda de agujas que separaba la fortaleza de la aldea, los pastos y los campos abundantes. Al salir de los árboles, la tierra descendía ligeramente y la aldea, docenas de chozas con techos de paja y los graneros, diezmos y corrales necesarios, se extendía frente a ellos. Aedan dejó que el caballo avanzara por los senderos retorcidos de la aldea y luego más allá, subiendo la pendiente hacia los vastos campos de siembra y arado. Ahora, en pleno verano, uno podía pararse en el punto más alto del campo exterior y mirar en cualquier dirección y ver solo verde y dorado, con la cebada, el centeno, los guisantes y las habas creciendo lozanos.

Distinguió a Borgach y al lad Jasper caminando por el otro extremo de la aldea. Aedan entrecerró los ojos al ver a la pareja en la distancia. No era la primera vez que notaba a Borgach en compañía de Jasper. Tal vez un romance estaba floreciendo, y bien por ella, avanzando tras la tragedia de la muerte de Arthur.

William y Yopin estaban en uno de los senderos entre los campos interior y exterior, con un arado de cuatro bueyes. Ambos estaban inclinados sobre el arado de punta metálica, seguramente ocupados en alguna reparación, así que Aedan y Gabby pasaron inadvertidos.

Fuera de la aldea, Aedan cabalgó junto al muro bajo de piedra por casi medio kilómetro hasta que este fue desapareciendo en el suelo, pasando el último de los cultivos de cebada.

El bosque comenzaba allí. Al principio los árboles eran escasos, lo que facilitaba el paso, pero más adelante, hacia el sur, se ponía tan denso que sería imposible imaginar encontrar salida si uno era dejado en medio de ellos.

A los treinta metros de internarse, Aedan tiró de las riendas y respiró hondo mientras miraba el lugar donde su hermano había exhalado por última vez.

—¿Este es el lugar? —preguntó Gabrielle.

Quizá percibió la repentina tensión de él y por eso usó esa voz pequeña, casi reverente.

—Sí —respondió con frialdad, desmontando y mirando alrededor con cautela, como si el asesino aún pudiera estar allí o haber vuelto. Al no percibir ninguna otra presencia, puso las manos en la cintura de Gabrielle y la bajó hasta el suelo junto a él.

Sabía que era una lass nerviosa, y no se apartó de ese carácter ahora: no lo miró a los ojos, llevó los dedos al escote de su vestido, jugueteando con un pedacito de tela antes de volverse.

No se alejó mucho, solo se quedó de pie frente al tranquilo caballo y, tras un breve momento, dijo:

—¿Qué hacía tu hermano aquí?

Volviendo a encararlo, pues él había permanecido junto al caballo, añadió rápidamente:

—No es que estemos muy lejos de la casa, digo, de la fortaleza, pero aquí no hay nada. ¿Pasaba de camino? ¿Es un sendero habitual?

Dejó al caballo cerca del antiguo y nudoso tejo, al que solían llamar *el viejo del bosque*, y se encaminó al centro del pequeño claro, donde la hierba corta ya no estaba aplastada y la sangre que una vez había empapado la tierra se había desvanecido con las lluvias.

Sacudiendo la cabeza, Aedan le dio solo la información de la que estaba seguro:

—No había ninguna razón para que estuviera aquí. A menos que se hubiera citado con alguien.

Ella ladeó la cabeza y consideró aquello, primero con algo de desconcierto y luego con una comprensión naciente, con los ojos abriéndose.

—Oh, un... eh, un encuentro.

Aedan alzó las cejas ante eso, en especial por el rubor que tiñó sus mejillas junto con su conclusión.

Ella giró de nuevo, dándole la espalda, y puso las manos en la cintura, lo que apretó la léine contra su figura, destacando que era delgada pero con curvas. Aedan bajó la mirada y se movió para ponerse a su lado. La espalda de una mujer, ni siquiera la ligera curva de su trasero, debería haber captado su atención por tan poco tiempo como lo hizo.

—No sé por qué necesitas ver esto —dijo él.

—Yo tampoco lo sabía, y no veo nada que me diga algo.

Avanzando, se agachó y extendió la mano para tocar o arrancar las bayas negras y brillantes que crecían en un arbusto disperso alrededor del tronco de un roble alto y estrecho.

—No deberías tocar eso —le advirtió Aedan.

Ella retiró bruscamente la mano, lo miró y preguntó:

—¿No son arándanos?

—No, es belladona —le dijo él—. Solo con tocar las hojas te provocará irritación. Comer las bayas puede causar la muerte.

—Oh. —Se enderezó y retrocedió, alejándose de la planta de aspecto inocente—. ¿Cómo se supone que alguien puede saberlo? Parecen frutos comestibles.

Aedan no dijo nada, y después de que ella examinara el pequeño claro con otra mirada lenta, lo observó de reojo.

—En realidad, lo que dijiste, combinado con lo que Cormag reveló antes, me dice más que este lugar. —Hizo una mueca—. Así que lamento haberte arrastrado hasta aquí.

Él desestimó su preocupación con un murmullo:

—No me molesta.

Y era verdad. No había estado allí cuando su hermano fue asesinado, no había descubierto el cuerpo sin vida de Arthur, así que no tenía recuerdos ligados a ese lugar. Pero sí había estado antes, le habían mostrado dónde había muerto su hermano. Entonces, como ahora, nada útil se había sacado en claro.

—¿Quién… encontró el cuerpo?

—Uthrid, cuando el caballo de Arthur salió de entre los árboles, justo donde entramos al bosque.

—Hmm. Así que el caballo salió caminando y ese Uthrid decidió ver qué pasaba, dónde estaba su jinete.

—Imagino que eso pensó.

—Porque de lo contrario —dejando de lado un posible encuentro—, no hay razón alguna para que alguien esté aquí, ¿correcto?

—Me imagino que no.

—Muy bien. Eso es todo lo que necesito saber.

Él arqueó las cejas. ¿Eso era todo?

—¿Y ahora puedes nombrar al asesino de Arthur?

—¿Qué? No. Mira, no sé qué te dijo esa mujer, dijiste que era una bruja, sobre mí, pero ya te he dicho que no soy detective. Y no soy una bruja adivina ni médium ni nada parecido. Las respuestas no aparecen de la nada en mi cabeza. Tengo que trabajar en esto. Tengo que hablar con gente, incluyendo con quienquiera que Arthur pudiera estar por encontrarse. ¿Sabes quién podría haber sido?

Él se encogió de hombros. La lista era larga y variada.

—Hay varias posibilidades.

—Era un mujeriego. Sí, lo entendí. Pero no puede haber *tantas* mujeres con las que fue… íntimo, ¿verdad? Quiero decir, ¿cuántas mujeres viven en… digamos, a un kilómetro de Cairncross, incluyendo dentro de la casa?

—Varias docenas, me imagino.

—Muy bien. Voy a empezar por ahí.

—No fue una mujer quien…

Ella empezó a asentir con fuerza.

—Sí, pudo haber sido una mujer. Créeme, una mujer despechada no debe subestimarse. Y si no fue una mujer, tal vez fue un marido o un novio celoso.

—¿Quieres que crea que mi hermano fue asesinado, no por motivos políticos ni por venganza de un viejo enemigo Cameron, ni por las monedas que pudiera llevar encima, sino porque… tal vez por… una mujer con la que se acostaba?

—Qué término tan encantador —murmuró ella—. Sí, eso es lo que digo. Vamos, este lugar es demasiado remoto, demasiado común. No es que alguien simplemente se lo encontrara y, sin motivo, decidiera apuñalarlo por la espalda. No me lo creo. Te apuesto diez dólares a que esto fue por una mujer, si lo que empiezo a entender de tu hermano es cierto, que él… se metió —palabra de Cormag, no mía— una vez de más, con una mujer que no debía.

Maldición, qué pérdida de tiempo. La bruja estaba equivocada. Gabrielle no era la indicada para resolver el asesinato de Arthur.

—¿No aceptas esa teoría? ¿Ni siquiera estás dispuesto a considerarla una posibilidad?

Sin querer renunciar del todo a la esperanza sobre lo que ella pudiera hacer, Aedan concedió:

—No soy yo quien investiga, eres tú.

—Genial. Entonces déjame hacerlo. Vámonos. Ya terminé aquí. Tengo una mejor idea ahora, sobre Arthur y tal vez incluso sobre el porqué.

—¿Y cómo llegaste a eso?

—Aparte de lo que tú y Cormag me han dicho sobre tu hermano, hablé con la única que me daría una visión imparcial, Ailis. Y yo…

—¿Le preguntaste a Ailis por su tío?

—Sí… ¿no debía hacerlo? Solo le hice preguntas generales.

—¿Quieres conocer a un hombre muerto a través de los ojos y la percepción de una niña?

—No, no, no. Primero, Ailis es sabia para su edad. Y segundo, como solía decir alguien que conozco, "las paredes oyen".

—No entiendo…

—Significa que Ailis escucha y aprende, y sabe cosas, cosas que quizá tú ni siquiera sabes.

Él bufó ante eso.

—No digo que sea más inteligente que tú. Solo que es curiosa por naturaleza y quiere saber y aprender, así que escucha. Todo, me imagino. Y por cierto, deberías saber, si no lo sabes ya, que eso significa que se enterará de lo que estoy haciendo. Ya sea sacándomelo a mí con mañas, o solo por su naturaleza habladora, que hace que uno quiera contar secretos, al final se enterará.

—Tiene más años en su cabeza que en su vida real.

—Y eso es quedarse corto. Pero no tener madre te hace eso, te obliga a madurar muy rápido.

—¿Tú no tuviste madre?

—No desde los siete años.

—¿Y creciste rápido, por necesidad, y dices que la pérdida de tu madre fue la razón?

—Sí. Y lo sostengo. Aunque, para ser justa, crecí rápido pero después me quedé estancada un tiempo. La secundaria fue dura, y me perdí varios años después. Seguía perdida, y eso fue lo que me trajo a Escocia. Un impulso, o buscando inconscientemente algo que probablemente nunca encuentre.

Lo miró y se sonrojó, seguramente con algo de arrepentimiento por haber revelado tanto, aunque en realidad era todo muy ambiguo y poco informativo, salvo que sugería que había luchado, tal vez todavía luchaba.

—¿Y ahora estás en terreno firme? —preguntó él.

Gabrielle soltó una risa irónica.

—Más lejos que nunca, según yo. Pero esa triste historia quedará callada hasta que termine el mes, y te cuente todo… nada de lo cual vas a creer. Pero me prometiste ayudarme sin juzgar si yo te ayudaba a ti.

—Sí, para llevarte a casa.

—A casa, sí.

Y en ese momento supo que ella mentía, que no existía tal cosa como un hogar para ella. Se lo decía la forma en que apartó la mirada cuando pronunció esas palabras con tanta debilidad, y el modo en que sus mejillas volvieron a encenderse.

Pero ya lo había sabido casi desde el primer instante en que puso los ojos en ella.

Gabrielle Noble era un alma perdida.

Capítulo Ocho

Bravucones, Cabras y Solteronas, Ay

Cabalgaron en silencio durante la primera parte del regreso a Cairncross. Gabby estaba más cómoda esta vez, tanto con el caballo como con estar sentada de manera tan íntima entre las piernas de Aedan Cameron. Pero esa comodidad se esfumó cuando Aedan apremió al animal a saltar sobre un pequeño surco en el suelo y el agarre de Gabby en el pomo no pareció suficiente para mantenerla en la silla; instintivamente buscó aferrarse a algo más firme. Su mano aterrizó en su muslo, sus dedos apretaron la tela áspera de su pantalón. Sus ojos se abrieron de par en par, y esperaba que él no lo notara ya que solo podía ver su perfil. Retiró la mano con tanta rapidez como lo había hecho cuando él le advirtió antes que no tocara aquellas bayas tentadoras.

Volvió la mano al pomo, en una posición incómoda ya que estaba sentada de lado, y comenzó a acomodarse otra vez.

—No permitiría que cayeras del corcel —dijo él, su aliento rozándole el cabello.

En su tono profundo se detectaba cierto descontento, como si se sintiera ofendido de que ella no confiara en que él podía mantenerla segura sobre la montura.

—Solo me sobresalté, nada más.

Entonces, Cairncross apareció a lo lejos, más allá del prado lleno de flores. Gabby cambió de tema con entusiasmo.

—Ailis dijo que no es un castillo, pero yo nunca he visto nada tan magnífico que no lo fuera.

—Hablas en círculos extraños —respondió él—. Cairncross no es un castillo. Esos los tienen el rey y su familia y la nobleza. Quizá también algunos hombres menores que quieren aparentar más de lo que son. La piedra es sólida, pero no mantiene fuera el frío ni el mar duro en invierno, ni guarda el calor en un verano tan bueno como este. Pero sí, es magnífico.

—Cormag te llamó jefe —recordó ella—. ¿Así que Cairncross es tu responsabilidad? ¿Eras el mayor y heredero, o asumiste el rol cuando Arthur murió?

—Arthur no fue el primogénito —dijo—. Sí, pero de haberlo sido, habría sido formado de otra manera.

Gabby reflexionó sobre esto y luego quiso aclararlo.

—¿Entonces tú eras el primogénito y se esperaba que siempre fueras serio y con metas claras? ¿Aprendiste a liderar y a gestionar a la gente y también a Cairncross?

—Nos criaron de la misma forma, fuimos acogidos en las mismas casas de grandes hombres, estudiamos con los mismos maestros y siempre luchamos lado a lado. Pero sí, Arthur sabía que su papel no era ser guardián de Cairncross. Era, lo sé, menos entusiasta que yo.

Sorprendida de que compartiera siquiera eso, Gabby se animó a saber más de él.

—Apuesto a que siempre fuiste el tipo que sacaba dieces, nunca te salías de la línea, siempre hacías lo que se esperaba y todo eso.

Él no respondió directamente, sino que dijo:

—Sé que respeto el orden, el deber y la lealtad.

Ella podría haberlo adivinado.

—¿Qué se espera de Ailis?

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, ¿acaso no la preparan para heredar Cairncross? ¿Es tu única hija?

De algún modo, su respuesta de:

—Es una lass. No puede mandar sobre Cairncross ni sobre el ejército —no la sorprendió.

—¿Entonces su único papel es crecer, casarse y tener hijos?

Quizá notando que ella se ofendía ante la idea de que esa fuera la única opción para una mujer, sus siguientes palabras salieron con menos seguridad.

—¿Crees que debería hacer o ser otra cosa?

—*Creo* que debería hacer o ser lo que ella quiera.

Tal vez podría haber dicho que algo debía de faltarle a la vida de Ailis para haberse aferrado con tanto entusiasmo a una desconocida que hablaba otro idioma, y que posiblemente venía de otro tiempo, pero ciertamente no era su lugar dar su opinión en un mundo del que en verdad no sabía nada.

Para entonces, ya estaban casi frente al enorme portón de la fortaleza. Gabby notó de inmediato que había menos gente deambulando y visible en el patio. Como antes, Aedan bajó del caballo y la ayudó a descender.

—Está todo tan silencioso ahora —comentó.

—Es hora de cenar —dijo él mientras llevaba el caballo a los establos.

Hmm. Posiblemente eso significaba que debía volver a la habitación que le habían dado. Quizá allí la esperaba una bandeja.

—Bueno, gracias por llevarme allá afuera. Siento que no fue del todo una pérdida. —Y, de manera algo torpe, le hizo un gesto con la mano y se volvió para irse, esperando poder encontrar sola el camino de regreso a esa habitación.

—Espera —dijo él desde los establos, levantando la mirada por encima del lomo del caballo.

Gabby se giró para enfrentarlo de nuevo.

Como siempre, la miraba de un modo que le hacía contener el aliento. Siempre parecía estar a solo segundos, o a una palabra más de ella, de estallar, de arremeter contra ella. Hasta ahora, no había descubierto qué había hecho al principio para que él la tratara tan a menudo con hostilidad. Podría haber creído que era su naturaleza, pero tampoco lo había confirmado. Había presenciado un leve ablandamiento, pero un ablandamiento al fin, cuando hablaba de o con su hija.

Pero esa sola palabra de él la detuvo de inmediato, aunque no dijo nada más durante un minuto entero, no hasta que terminó de desensillar al caballo y salió de los establos de techo bajo. Era realmente apuesto, decidió ella mientras lo veía acercarse. Su cabello era de un castaño tan oscuro que a veces parecía negro, más corto que el de cualquier otro hombre en Cairncross o que hubiera visto en el último mes. Sus ojos verde mar la habían

fascinado, intimidado y cautivado, pero era su boca la que atraía más su atención. Era una boca digna de portada, con labios llenos, perfectamente teñidos contra una piel que ella podría adivinar que siempre parecía ligeramente bronceada. Seguro que, al hablar, él debía de notar que ella intentaba leerle los labios, porque era ahí donde su mirada se fijaba tan seguido.

—Cenarás en el salón con nosotros —dijo. No esperó respuesta, sino que pasó a su lado, tomándola del brazo para guiarla dentro de la torre.

Esto la puso nerviosa; sin tener idea de lo que significaba compartir una comida dentro de Cairncross, Gabby se apartó el pelo suelto de la cara y lo siguió. Aedan y ella entraron en la casa por esa puerta discreta, y Gabby se sorprendió al ver la cantidad de gente dentro y el bullicio que hacían. Solo había tenido una visión rápida de la sala cavernosa esa mañana, cuando Ailis la había arrastrado por allí hacia afuera. Pero ahora tuvo una mejor impresión de que era un enorme salón comedor, de dos pisos de altura, hecho de más piedra y más vigas y con ventanas altas en las paredes, además de una docena de mesas largas, toscamente labradas, más de la mitad llenas de hombres, mujeres y niños, casi cincuenta personas según el rápido cálculo de Gabby. La luz de esas ventanas altas recibía refuerzo del gran hogar en el centro de la pared izquierda, que proyectaba un resplandor anaranjado sobre la sala y las decenas de personas. Olía, como el resto de la casa, a grasa, cosas quemadas y cuerpos sin lavar, categoría a la que ahora también podía sumarse.

Con la mano aún sobre su brazo, los dedos firmes, pero no de un modo que la hiciera sentir forzada, Aedan la guió entre la multitud. Los ojos de Gabby se movían de un lado a otro, captando retazos de las personas presentes: un hombre de rostro alargado con un extraño gorro de fieltro; una mujer con un bebé en brazos mientras varios niños más se aferraban a sus faldas, y que parecía demasiado mayor para tener hijos tan pequeños; dos muchachos reunidos en torno a Cormag y a otro de los suyos, escuchando con asombro lo que hablaban. No creía estar imaginando que todas las cabezas se volvían y todas las miradas se posaban en ella, lo cual la hizo bajar los ojos al suelo al frente suyo.

Aedan la condujo hasta lo que parecía la mesa principal de un banquete de bodas, colocada en una plataforma elevada y cubierta con un mantel de lino no del todo blanco. Nadie la ocupaba, aunque no estaba vacía. Hacia el frente había fuentes con varios tipos de pan y quesos. En cada extremo descansaban jarras de peltre, y esparcidas había jarritas de porcelana mate.

Soltándole el brazo, Aedan señaló una de las sillas del centro de la mesa y Gabby se sentó, más consciente de sí misma que nunca. Se sentía particularmente en exhibición ahora que estaba en lo que era claramente la mesa principal, más ornamentada que todas las demás, que solo eran de madera desnuda con bancos largos a los lados.

Cuando Aedan se sentó a su izquierda, la multitud pareció tomarlo como una señal para calmarse y, uno a uno, comenzaron a ocupar los bancos. El bullicio disminuyó, aunque no demasiado, y Gabby, aún consciente de tantas miradas, disimuladas y no, dirigidas hacia ella, deseó que esa mesa se llenara más para aliviar la ansiedad de estar tan fuera de lugar. Ella prefería mucho más pasar desapercibida, mezclarse con la multitud, con el paisaje, con el fondo.

Afortunadamente, al minuto se sentaron más personas en la mesa principal, entre ellos Cormag y dos hombres que también parecían soldados de la Edad Media. Luego, un hombre mayor, vestido con una túnica larga de lino color tostado, de rostro muy redondo y mejillas que parecían siempre rojas, inclinó la cabeza con cierto respeto hacia Aedan y ocupó una de las sillas a la derecha de él.

La silla a la derecha de Gabby permaneció vacía hasta que un grupo de chicas y jóvenes entró en la sala, llevando y repartiendo más bandejas y platos de comida. Ailis estaba entre ellas. Y mientras las otras chicas dejaban la comida en distintas mesas y regresaban al corredor de donde habían venido, presumiblemente a buscar más comida, Ailis solo colocó su bandeja directamente frente a su padre y chilló de alegría al ver a Gabby. Corrió alrededor de la mesa y ocupó la silla a su lado, para gran deleite y alivio de Gabby.

—Och, no sabía adónde habías ido —dijo Ailis, mientras casi se estrellaba contra la enorme silla, en la que parecía aún más pequeña. Extendió la mano y tomó un trozo de pan plano de la bandeja frente a ella, dando inmediatamente un mordisco antes de tomar otro y dárselo a Gabby—. Ella le puso clavos de olor —dijo Ailis, haciendo una mueca ante el pan en su mano—, aunque le rogué que no lo hiciera.

Gabby no sabía dónde había aprendido el término, ni cómo sabía lo que eran, pero enseguida trajeron los *trenchers*, panes planos de un día de antigüedad que usarían como platos. Tres chicas, con gruesas bolsas de yute colgadas sobre sus hombros, hacían las rondas, sacando de esas bolsas un pan para cada persona. La chica que servía en la mesa principal, realmente era una niña, no debía de tener más edad que Ailis, aunque Gabby no estaba segura, pues al principio había pensado que Ailis tenía siete u ocho años.

—¿A dónde fuiste? —preguntó Ailis, inclinándose hacia la izquierda hasta casi estar sobre Gabby.

—Estuve un rato con tu padre… montando su gran caballo.

—¿Qué hicieron?

—Um, solo cabalgamos un rato. —Queriendo cambiar de tema, pues no estaba segura de lo que Aedan quería que Ailis supiera, dijo—. Este es un buen lugar para ver todo. Puedes contarme sobre algunas de estas personas aquí.

Ailis no necesitó más estímulo. Se inclinó aún más hacia Gabby y levantó la mano que sostenía el pan, pensando en ocultar sus palabras.

—¿Ves a ese lad allá con todo ese cabello rizado y rojo y sin cejas? Sí, ese es Andrew, ¿no es demasiado pequeño para pelear? No encuentra trabajo, ni siquiera con los soldados de Da, así que juega a eso, él y otro que está con él, Archie, Cormag dice que se turnan con el único cerebro entre ellos. Luego imitan peleas en el valle, con espadas de madera y estacas de seto, pero luego gimotean cuando Cormag llega y dice: *'¿Qué es este alboroto?'* —Se arrancó un pedazo de pan con los dientes y dijo, con la boca llena—:

Sí, y un día seré más fuerte que esa rata enclenque y le daré una buena pelea, ¿y no se arrepentirá entonces?

Ah, así que Andrew era un matón, o estaba muy marcado por el complejo del niño pequeño.

Gabby casi esperaba que él se pusiera atrevido con Ailis mientras ella estaba allí. Había tenido suficiente práctica con matones; estaba bastante segura de que podía enfrentarse a uno preadolescente.

Mientras comían —muy poco de lo cual Gabby reconocía, aunque su estómago vacío no encontraba fallo alguno—, Ailis recorría la sala señalando personas, dando su opinión sobre ellas, a veces positiva y otras no.

—Ese es Willy allá, esa cabra con un ojo —dijo—. Perdió el otro en un lugar llamado Dunbar. Antes era dulce y se le podía entender, pero ya no. Y con él está Elspie, aunque sé que desearía no estar. Antes también sonreía, pero ya no. Cormag dice que detrás de esos ojos negros de Elspie, está tramando la ruina de Willy.

Pasando de esa triste pareja, Ailis señaló otra mesa.

—¿Ves a esa mujer allí, parece que tomó leche mala no hace mucho? Esa es Anna Botsford. Vino con mi mamá y luego se quedó con la mamá de Mamá, pero ahora no tiene a dónde ir. Espera que algún hombre la lleve, pero eso no ha pasado todavía y se le nota en la cara. Eso es…

—¿Lo dice Cormag? —adivinó Gabby.

—Sí, muchas veces.

Gabby sonrió y decidió que, si no hacía otra cosa durante su mes allí, al menos advertiría al padre de Ailis que quizá la niña no debería pasar tanto tiempo en compañía del gigante. Él estaba, o había estado hasta ahora, muy bien con Gabby, pero ¡qué efecto estaba teniendo sobre Ailis! Todos sus pensamientos no eran realmente suyos, sino de Cormag, digeridos y devueltos.

Tras un breve tiempo, Gabby empezó a sentir que ya no era el centro de atención y no podía decir que tantas miradas furtivas la observaban. Se relajó y pudo disfrutar de la comida y del animado ambiente del salón.

Cuando Ailis se tomó un descanso para comer un poco de su cena, Gabby siguió observando la sala. Vio que Borgach estaba en una mesa de la segunda fila, rodeada de hombres admiradores y otra mujer, quien Gabby asumió debía ser su contraparte, la chica sencilla con la que toda mujer hermosa se relaciona. No pudo evitar notar que Borgach estaba muy feliz en su papel de señora de esa mesa, hablando mucho y siendo divertida, a juzgar por las risas que se escuchaban. Su risa se oía por encima de las demás, y Gabby tuvo que admitir que, como todo en Borgach, era muy atractiva. A pesar de los evidentes sentimientos de Ailis hacia Borgach, desagrado, pensó Gabby, no era una palabra demasiado fuerte, todo lo que Gabby veía indicaba que era una persona amable y carismática. No descuidaba a ninguna persona en su mesa, parecía, y cuando una de las chicas que servía se inclinó entre Borgach y su amiga sencilla para rellenar la jarra en la mesa, Borgach dijo algo que hizo sonreír a la chica. Una vez, la mirada de Borgach se elevó hacia la mesa principal y se cruzó brevemente con la de Gabby, sorprendida mirándola. No importó: Borgach le sonrió y levantó las cejas, como diciendo: *'Mírate allá arriba, tan elegante'*. Gabby no detectó envidia ni desdén y le devolvió la sonrisa. Más de una vez durante la comida, cuando la mirada de Gabby volvía a Borgach, seguro que a muchos les pasaba; la mujer era tan hermosa, vio que Borgach tenía su atención en Aedan. En una de esas ocasiones, su expresión era muy diferente a todas las que Gabby había notado hasta entonces. Todo en Borgach se suavizó mientras fijaba la mirada en Aedan. Su sonrisa era ligera, casi juguetona, su mirada melancólica, diría Gabby.

Aunque estaba asombrada por esta revelación, Borgach acababa de mirar a Aedan como una mujer enamorada o con esperanza, Gabby parpadeó y bajó la mirada, sin querer ser sorprendida mirando otra vez.

Parecía que todos llevaban un cuchillo encima. Incluso Ailis sacó un puñal con funda de cuero, que amablemente ofreció a Gabby al darse cuenta de que no tenía utensilio. La gente usaba sus cuchillos para comer, tratándolos como tenedores, pinchando carne,

vegetales y queso, y usando pedazos de pan como plato para absorber el caldo.

Y ya, los ojos y la mente detectives de Gabby concluyeron que cualquiera podría haber tenido medios para apuñalar a Arthur Cameron, y que el asesinato quizá no hubiera sido planeado, ya que el arma elegida la llevaba cualquiera.

Durante todo el tiempo que estuvo sentada en la mesa, entretenida por Ailis y aprendiendo algunos detalles sobre la gente de Cairncross, fue consciente de Aedan sentado a su lado, de lo que comía y con quién hablaba. Frunció el ceño, preguntándose por qué debía estar tan atenta a él o interesada en lo que hacía o decía. Pasó gran parte del tiempo hablando en voz baja con Cormag, sentado a su lado. Hablaban gaélico y Gabby no entendía nada de lo que decían.

***

Cuando terminó la comida y Cormag se levantó de la silla a su lado, la atención de Aedan se dirigió al frente de la mesa, donde estaba Borgach.

—Pasado mañana partimos hacia Strathbogie —dijo, con una sonrisa agradable, usando gaélico—. ¿Vendrás con nosotros, como antes? Quizá encontremos más de ese hidromiel que tanto te gustó.

El mercado de Strathbogie, a una hora al sur, no era extraordinario, pero era el más cercano para abastecer a Cairncross. Había muy pocos puestos, nada excepcional, pero sí, el hidromiel estaba bien elaborado.

—No puedo asistir a este —informó él—. Cormag ya tiene escolta programada para ti.

—Sí, la tiene. Pero pensé que quizá te gustaría un cambio de tu rutina habitual —dijo Borgach, mostrando sus brillantes ojos marrones—. Tu día no puede ser solo entrenamiento y administración, y cosas por el estilo, y nada más.

—Quizá la próxima vez —ofreció él. Y aunque no había mostrado interés en Gabrielle ni mirado una sola vez a la extraña a la derecha de Aedan, cambió al inglés, sabiendo que, como muchos otros, Borgach tenía un conocimiento rudimentario del idioma,

ciertamente de las palabras más comunes—. ¿Has conocido a nuestra invitada?

La sonrisa permaneció mientras Borgach dirigía la mirada hacia Gabrielle, que durante toda la comida no había dirigido su cuerpo ni su atención hacia él, ocupada con el parloteo constante de Ailis.

—Sí —dijo Borgach.

—Qué gusto verte de nuevo —dijo Gabrielle con cortesía, esbozando una sonrisa a juego con la de la otra mujer.

—¿Qué te parece nuestro Cairncross? —preguntó Borgach, con su inglés entrecortado.

—Me parece magnífico —respondió Gabrielle con rapidez—. Nunca he visto nada igual.

Borgach ladeó la cabeza, mostrando un pequeño desconcierto.

—Pero claro que sí. Solo eres amable al decir eso.

Aedan pensó lo mismo. Aunque se sentía indudablemente orgulloso de Cairncross, sabía que el sur de Escocia y, desde luego, Inglaterra tenían mansiones, fortalezas y castillos más elegantes.

—No —dijo Gabrielle con una risita sin alegría—. Puedo decir honestamente que nunca he visto nada parecido.

Aedan frunció el ceño, contemplando qué habría escuchado en su tono. Intentaba ser o seguir siendo cortés, pero había, bajo las palabras, un atisbo de… ¿incredulidad? ¿desesperación?

Borgach asintió, quizá sin haberlo oído como él, y le hizo una señal a Aedan.

—Muy bien —dijo, y con eso se marchó. Aedan la vio alejarse, sintiendo cierta vergüenza por no haber preguntado antes cómo había sobrellevado Borgach las primeras semanas tras la muerte de Arthur. Su dolor entonces había sido enorme, lo que lo sorprendió; Aedan había sabido de la antigua y casi obsesiva pasión de Arthur por Borgach, pero siempre había imaginado, como él mismo le había hecho creer a Arthur, que nada saldría de aquello. Cuando ella lloró con tanta intensidad, Aedan pensó entonces que se trataba de un remordimiento acentuado, añadido al duelo familiar, porque ella no

había correspondido su cariño y la oportunidad de hacerlo se había perdido para siempre.

En su periferia advertía que Gabrielle no miraba la figura que se iba, sino a él.

Al inclinar la cabeza hacia ella halló que le sonreía.

—¿Algo te divierte? —Ay, incluso esa sonrisa presumida le resultaba exquisita.

—Siempre me han parecido divertidos los hombres despistados —dijo ella con ligereza.

No pudo negar el atractivo del brillo en sus ojos; le costó mantenerse en el tema.

—¿Ignoro algo? —Un jefe de un gran clan y fortaleza no debía mostrarse así de desorientado.

—Tiene algo contigo.

Aunque no conocía la expresión, pudo aventurar su significado. Aun así, prolongó la charla, lo que le proporcionó motivo para mirarla de frente sin disimulo.

—¿De quién y de qué hablas?

Su sonrisa se ensanchó.

—Muy bien, hazte el indiferente. O el tímido. Lo que quieras. Borgach siente algo por ti, o al menos eso creo.

—¿Algo?

—Eh, un flechazo. Un cariño especial —puso la mano sobre el corazón y batió sus largas pestañas negras de forma casi cómica—. Afecto singular, más allá de lo que cabría esperar entre primos, eso supongo.

No queriendo ser el causante de que su sonrisa se desvaneciera, pero tampoco deseando que imaginara cosas que no eran, respondió:

—Mi hermano Arthur alimentó una pasión por ella.

El color se desvaneció de su rostro.

—Lo siento. No quise… Oh. Ha sido una falta de tacto. —Tan atractiva como había sido su sonrisa momentos antes, ahora el rubor que ascendía por su cuello y mejillas le resultó desconcertante—. Debe de tener el corazón roto.

—Lo tuvo, durante un tiempo. Aunque, a decir verdad, no sé que Borgach llegara a corresponder la *singular devoción* de mi hermano, como dices.

Su boca volvió a moverse, dibujando a la vez sonrisa y mueca.

—Pero seguro que le tuvo algún cariño, y a veces —no sé—, quizá eso hace que el duelo sea más duro.

Cogido desprevenido, pues él mismo había pensado algo parecido hacía un rato, Aedan miró a Gabrielle y asintió despacio. —¿Tienes experiencia con eso?

—Oh, Pero… no.

Poniéndose seria, dejó sin decir otras verdades. Se quedó mirando hacia el salón, permitiéndole estudiar su perfil, tan atractivo como cualquier otro rasgo suyo, mientras fingía no advertirlo.

—Guardas bien lo que dices —comentó él.

Ella inclinó la cabeza y observó sus manos.

—Sí. Y con buena razón —dijo, alzando el mentón y devolviendo la atención a Aedan—. Pero no por ninguna razón… nefasta —añadió deprisa—. Más bien por mi propia protección.

Eso le resultó tranquilizador; no conocía otra razón, además de ocultar maldad, por la cual alguien guardaría secretos tan celosamente. Y sabía, aunque no supiera cuándo ni cómo, que ella no traía peligro a los Cameron. Aun así, era enigmática, y se conocía lo bastante como para saber que no era solo su belleza lo que le impulsaba a querer saber más.

—No sufrirás daño en Cairncross. Estás segura aquí.

Ella soltó otra de esas risitas sin humor.

—*Aquí* es algo subjetivo. O quizá, sesgado.

Más enigmas. Aedan se inclinó sobre los antebrazos, que apoyó en la mesa. A propósito, suavizó el ceño y le lanzó una mirada ladeada que esperaba sonara afable.

—Me desconciertas, pero me intrigas, lass. No puedo decir que no fuera tu intención.

—Créeme, no lo fue.

—Deseo saber todo lo que pueda de ti —añadió, levantando una ceja en lo que pensó sería una invitación encantadora.

—Pero no por la razón habitual por la cual un hombre podría interesarse en una mujer. No pretendamos lo contrario, como intentas hacer con este tono urbano y tu proceder tan pulido.

Aedan no rebatió su llamada de atención; se centró en la primera parte de su comentario.

—¿Cuál es la razón habitual por la que un hombre quiere conocer a una mujer?

Gabrielle arqueó una ceja, lanzándole un reto.

—Normalmente tiene que ver con un afecto singular, pero me parece que ahora solo intentas determinar qué amenaza, si la hay, represento para ti y los tuyos.

Capítulo Nueve

Adiós Al Día Soleado

Gabby despertó sintiéndose tan tranquila como podía estar, más que en muchas semanas. Había dormido bien y se levantó a recibir el día, por primera vez sin esa incesante oleada de ansiedad. Solo permitió un fugaz recuerdo de su conversación con Aedan la noche anterior en la cena, y solo para reconocer que su intento de mostrarse más humano, menos malhumorado, podía haber contribuido a su mejor ánimo aquella mañana. No tenía más respuestas que ayer, pero presentía que, cuando llegara el momento de pedir su ayuda, él, más que nadie que hubiera conocido hasta ahora, tenía más posibilidades de poder auxiliarla.

Como era de esperar, Ailis la encontró aún en su habitación, justo después de que se pusiera el largo vestido azul, que pronto iba a necesitar un buen lavado. Sin preámbulos, y poco más que un rostro emocionado a modo de *buenos días* matutino, se lanzó a hablar.

—Hace más de una semana que no vamos a la arena —se quejó Ailis—. Quiero ver la playa.

Nunca, ni una sola vez en su vida, Gabby había rechazado un día de playa.

—Me parece una idea perfecta. ¿Pero no te meterás en problemas? ¿No tienes tareas que hacer antes?

—Ya las terminé todas, y el cocinero me echó de la cocina rogándome que lo dejara en paz. —La comisura izquierda de su boca se curvó, como si lo hubiera planeado así, parloteando hasta que el hombre le rogó un poco de silencio.

Agarrando su bolso de playa del poste al pie de la cama, Gabby siguió a Ailis por las escaleras y hacia afuera del torreón. El patio estaba sorprendentemente tranquilo aquel día soleado y cálido. Salieron por la puerta y giraron a la derecha, y Gabby notó por primera vez lo transitado que estaba ese camino hacia el acantilado.

Sin embargo, en la esquina trasera del muro, Ailis no giró a la derecha hacia el acantilado, sino a la izquierda, siguiendo un sendero poco usado de hierba aplastada que se internaba en un bosquecillo.

Como si Gabby hubiera preguntado por esa ruta, Ailis explicó:

—Por aquí no es tan empinado.

No caminaron más de un minuto por la arboleda cubierta de hojas cuando Ailis las sacó hacia lo que parecía un sendero rocoso que descendía con buena inclinación, la piedra dando paso a un suelo más blando, flanqueado por altas hierbas de playa. Ese camino también estaba gastado, usado con frecuencia, según supuso Gabby.

Y como sospechaba, cuando el mar estaba tan en calma como en ese día soleado y sin viento, se desplegaba una buena extensión de playa de arena blanca. Ailis corrió el último tramo de la pendiente con los brazos abiertos y el rostro levantado hacia el sol.

Sonriendo, Gabby también bajó la colina a saltitos y suspiró de alegría al sentir sus pies hundirse en la arena firme. De inmediato dejó caer su bolso en el suelo y se sentó para quitarse esos zapatos horribles pero prácticos. Los abandonó al pie de la pendiente, sin importar si los volvía a ver, y corrió hacia Ailis y el agua.

Oh, pero era magnífico. El sol y la arena alejaban tantas cosas malas, y Gabby estaba feliz de darle la oportunidad de hacerlo. El sol brillaba sobre la superficie casi lisa del agua, resaltando el azul con un destello dorado. Nada podía crecer allí, supuso Gabby, no en la playa misma, con la manera en que el mar debía chocar a veces hasta el pie del acantilado, como había visto unos días antes. Así, la arena estaba intacta, lisa y lo bastante firme como para correr fácilmente, más seca y ligera cerca del acantilado.

Pero esa arena impecable también significaba que no había mucho que explorar. Gabby caminó directo al agua, dejando que las olas suaves cubrieran sus pies descalzos. Se olvidó de su vestido largo y levantó las faldas demasiado tarde, cuando ya estaban mojadas. No le importó. El agua estaba fresca, pero agradable. Hundió los dedos de los pies en la arena blanda y dejó que el sol le calentara el rostro.

Su paz, allí mismo con el agua y el sol tocándola, duró poco.

—¡Gabby!

—¿Qué encontraste? —preguntó Gabby, girando y viendo que Ailis había rodeado el frente del acantilado de la isla y estaba agachada sobre algo que había descubierto, dándole la espalda.

Se acercó y miró por encima del pequeño hombro de Ailis.

—Puaj —dijo, frunciendo el ceño al ver el pez muerto—. Oh, Ailis, no lo toques.

—No está roto —comentó Ailis, retirando la mano que había estado extendiendo hacia la criatura de treinta centímetros de largo —. Debe haberse ahogado.

Gabby estalló en carcajadas.

—Imposible, a menos que no fuera muy buen pez.

Ailis se levantó, sin mostrar vergüenza por su comentario, y enseguida se alejó intentando trepar el acantilado para alcanzar una solitaria flor blanca que, de algún modo imposible, crecía de la roca gris, sobreviviendo al embate del mar.

Dejándola con esa tarea, Gabby volvió al centro de la angosta playa, donde la arena estaba seca, y se recostó de espaldas. Cruzó los pies por los tobillos y las manos sobre el abdomen, complacida de simplemente estar allí y respirar el aire salado. Cerró los ojos, pensando en lo reconfortante y catártico que resultaba sentir el sol en el rostro.

Ailis se mantuvo ocupada casi diez minutos antes de dejarse caer en la arena junto a Gabby.

—¿Esto es todo lo que haces cuando vienes al agua?

Sonriendo, Gabby admitió:

—Si todo sale bien, sí.

—Yo no puedo estar quieta tanto tiempo —confesó Ailis, sin sorprender en lo más mínimo a Gabby—. Cormag dice que debo tener abejas en los calzones.

Gabby no dudó de eso.

—¿Te gusta leer? —preguntó Gabby—. Esa es una gran manera de quedarse quieta felizmente.

—No sé leer —replicó Ailis con un tono que sugería que Gabby debería haberlo sabido.

Gabby se incorporó de golpe, pensando en algo.

—¿Y qué te lean?

Ailis se encogió de hombros, quizá sin entender del todo lo que Gabby le proponía.

—Vamos —dijo Gabby, poniéndose de pie de un salto. Volvió a donde había dejado su bolso de playa y sacó los dos libros que llevaba dentro, considerando cuál sería mejor. La novela contemporánea de ficción femenina probablemente mencionaría demasiadas cosas modernas que Ailis no comprendería, además de posibles temas adultos no apropiados para una niña de diez años.

Pero *Cumbres Borrascosas* serviría perfectamente.

Miró alrededor, buscando el lugar ideal. La playa en sí estaba bien, pero no sería cómoda para leer mucho tiempo. Observó el camino por donde habían bajado, que se ensanchaba hacia la derecha, menos rocoso y salpicado de suaves dunas bajas.

En realidad, no las habría llamado dunas, pues no se extendían a lo largo de la costa en ondulaciones amplias como en Massachusetts o en la península de Dingle, en Irlanda. Pero eran suficientes, con hierba alta donde una niña podía perderse durante horas con un buen libro en la mano.

—Por aquí —dijo, guiando el camino y subiendo un poco hasta encontrar un buen lugar.

La duna era perfecta, inclinada de tal forma que Gabby y Ailis podían reclinarse de espaldas, con las rodillas dobladas, quedando a medio camino entre estar tumbadas y sentadas. Gabby apoyó el libro sobre su vientre y lo abrió al inicio.

—Leeré para nosotras. Un poco cada vez, supongo. No lo terminaremos en un día, pero te prometo que te cautivará. ¿Quieres que te cuente primero de qué trata? ¿O prefieres descubrirlo sobre la marcha?

—¿Qué es mejor?

—Con este, creo que lo mejor es escucharlo directamente.

—Aye, entonces eso quiero.

—Muy bien. Y te diré primero que este es mi libro favorito de todos los tiempos.

—¿Por qué es tu favorito? —preguntó Ailis, espantando una mosca con la mano.

—Es duro, claro, todos en la historia están un poco locos, pero la historia de amor es espectacular —dijo, dejando que el libro se apoyara sobre su pecho—. Una chica solo puede soñar con que un hombre la ame como Heathcliff ama a Cathy. Quiero decir, se pasa un poco, pero es todo por amor y es solo una novela, así que está bien.

La sonrisa de Ailis fue brillante y soleada, aunque quizás no entendiera del todo lo que Gabby decía. Pero sonrió, y eso bastaba.

Sosteniendo el libro erguido sobre su vientre otra vez, Gabby comenzó a leer el primer capítulo, la narración del señor Lockwood.

***

No era la primera vez, y sabía que ciertamente no sería la última, que Aedan se encontraba persiguiendo a Ailis tras la comida. Y luego, como Gabrielle tampoco había estado en el salón, imaginó que encontrar a una significaba hallar a la otra.

La vida diaria de Ailis carecía casi por completo de estructura. Sí, tenía las tareas habituales que se esperaba que atendiera, y sí, él le había pedido que fuera de ayuda donde y cuando pudiera, Cairncross funcionaba mejor cuando todos trabajaban juntos, pero era conocida por volar a través de cualquier tarea que le asignaran solo para poder escaparse. Él había sido igual de lad, incapaz de soportar que lo mandonearan todo el día, moviéndose solo de un trabajo al siguiente. Su madre era indulgente en ese aspecto, insistiendo en que los potrillos primero necesitaban ser potrillos antes de convertirse en caballos de trabajo. Aedan temía que refrenar a Ailis, darle la estructura que tan obviamente necesitaba, pudiera apagar su espíritu. Y de ninguna manera quería ser responsable de eso.

Miró por todo el patio y dentro de los establos, pero esas búsquedas fueron solo superficiales, pues Ailis prefería estar fuera de la muralla, donde nadie pudiera encontrarla y atarla al trabajo. Era bien conocida por perderse a sí misma, olvidando el tiempo y el lugar, y la mayoría de las veces eso ocurría fuera de la fortaleza y la muralla.

La tarde estaba templada, el sol cálido y acogedor, así que fue directamente a lo alto del acantilado para escanear la playa abajo,

sorprendido de no encontrar señal alguna ni de Ailis ni de Gabrielle. Caminando por el acantilado hacia el oeste para abarcar más de la playa, un destello de movimiento llamó su atención. Entrecerró los ojos hacia el punto lejano, que había parpadeado en algún lugar cerca de la base del sendero costero, pero no estaba del todo seguro de que fuera algo desde esa distancia.

Aun así, se movió en esa dirección, atravesando el grupo de abedules y acercándose a la cima del sendero. Había descendido apenas hasta la mitad cuando se dio cuenta de que el movimiento era efectivamente Ailis y Gabrielle, y que estaban acurrucadas contra el lado inclinado de una duna, Ailis con las rodillas dobladas, una cruzada sobre la otra, un pie balanceándose de un lado a otro.

Unos pasos más lo acercaron lo suficiente para ver que Gabrielle sostenía algo sobre su vientre, y escuchar el suave ritmo de su voz mientras leía lo que evidentemente era un libro.

Eso solo despertó muchas preguntas. ¿Un libro? Eran raros y costosos. El propio Cairncross, aunque era una posesión rentable, tenía menos de un puñado de libros. ¿Y leer? Ailis bien podía ser la persona más instruida dentro de la fortaleza, hablaba varios idiomas y había estudiado durante varios años con su abuela, una mujer erudita que sostenía que la educación era fundamental para formar a una buena persona, capaz de pensar por sí misma. Pero ni siquiera Ailis había aprendido a leer. La instrucción había sido oral, con poca necesidad de descifrar más que números básicos y cálculos simples.

Descendió un poco más del sendero hasta tener una vista clara de Ailis y Gabrielle, antes de que ellas lo notaran. Se detuvo, esforzándose por prestar atención a su hija y así apartar la mirada de Gabrielle.

De su hija notó solamente que tenía la cabeza inclinada cerca de la de Gabrielle, quizá con la mejilla apoyada en su hombro mientras escuchaba, completamente, y de manera extraña, en silencio.

¿Pero qué era lo que de Gabrielle lo cautivaba tanto?

Tenía una figura esbelta, lo que hacía que sus curvas fueran tan seductoras como escasas, y no se le escapaba ninguna a pesar de su postura relajada y de su ángulo de visión inclinado. Era

hermosa, extraordinaria incluso, tanto que sería difícil discutirlo con seriedad. Y era diferente de lo que él conocía como gente común, hasta el punto de preguntarse por qué nadie más parecía inquietarse tanto como él por su mera presencia.

Quizá su intensa atención venía con cierta conciencia, del mismo modo que el fuego viene con el calor, así que, antes de que él se moviera otra vez, ella levantó la cabeza hacia arriba en la pendiente arenosa y lo vio.

No se sobresaltó ni se enderezó de golpe, sino que le sonrió desde lo que, desde su punto de vista, era una posición invertida.

Al instante, se le vino a la mente la imagen de caminar hacia el acantilado en invierno, entre árboles grises, silenciosos y despojados de hojas; sobre la nieve dura y crujiente, con pasos pesados, saliendo de cada huella profunda solo para hundirse en la siguiente; el sol habría pintado un resplandor dorado y brillante sobre la nieve; sin otro ruido que el de sus pasos, llegando a la cima del acantilado; y allí, frente a él, el mar invernal, una explosión de azul vivo y centelleante sobre el blanco desolado; y él respiraría profundamente, absorbiendo la vibrante vida que el mar ofrecía cuando todo lo demás estaba muerto.

Todo eso por una sonrisa tan simple y pequeña.

Cuando esa ensoñación lo abandonó, con un firme sacudón mental de su parte, su ceño fruncido regresó.

Y la sonrisa de ella se desvaneció.

Aedan avanzó y se detuvo cuando estuvo casi a su nivel en la colina, entrando en la luz del sol poniente y proyectando sombras sobre ellas.

Para entonces, ambas se habían incorporado. Apartó la mirada de Gabrielle y la dirigió a Ailis con el habitual alzamiento de ceja, esperando esta vez su explicación.

Gabrielle habló por ella.

—Lo siento mucho. ¿Estabas buscando a Ailis? —levantó el libro unos centímetros de su regazo—. Me dejé llevar… con Heathcliff y Cathy.

Como ocurría tan a menudo, él podía dar poco sentido a lo que ella decía.

Aclarando la garganta y reanimando su ceño, le dijo a Ailis:

—Te perdiste la cena. Otra vez. Le dije a la cocinera *que nae, que no te guardara un plato.*

Gabrielle hizo una mueca mientras Ailis arrugaba su dulce rostro con no poca molestia.

—Anda, entonces —dijo él, señalando el sendero con la mano —. No pueden quedarse abajo pasada la oscuridad, que ya está por llegar.

Al unísono, ambas saltaron de pie. Aedan alcanzó a ver unos dedos de los pies desnudos, dorados por el sol, antes de que cada una corriera hacia abajo, no hacia arriba, solo para recoger sus zapatos y esa bolsa a rayas que pertenecía a Gabrielle.

Un minuto después, ya subían de nuevo, y Aedan no esperó más, sino que giró y deshizo sus pasos, apretando los dientes al sentirse como un antiguo pastor Cameron, reuniendo a sus ovejas descarriadas, que lo seguían cabizbajas detrás de él.

No se intercambiaron más palabras, y cuando cruzaron la puerta y entraron al patio, sumido en sombras más profundas que la playa ya que las murallas rechazaban la luz del sol poniente, el par imprudente desapareció tras la puerta de la fortaleza.

Aedan pasó la siguiente hora con Cormag y Uilleam, discutiendo una misiva recién llegada del jefe MacDowell. Habría que hacer planes para investigar la veracidad del rumor contenido en ella, que los ingleses estaban reuniendo un ejército considerable al sur de Hawick.

Cuando terminó, volvió él mismo a la playa, caminando ágilmente en la oscuridad, con solo el brillo plateado de la luna sobre el mar para iluminar el camino. Se quitó la espada y el cinturón, las botas y la ropa, y nadó hasta que no pudo más, hasta que el frío del agua dejó de ser vigorizante.

Y cuando regresó a la fortaleza, con la ropa puesta de nuevo y la espada y el cinturón en la mano, el patio estaba tan silencioso como sus pisadas y la puerta cerrada detrás de él, los Cameron en casa y recogidos para la noche. Apenas había puesto un pie en la escalera en espiral del corredor cuando oyó a Ailis gritar por él.

Reaccionó de inmediato, aferrando con fuerza el cinturón y la espada y subiendo de dos en dos los escalones.

—¡Ailis!

—¡Da! ¡Ven rápido!

Ella estaba en el tercer piso, donde a Gabrielle le habían asignado una habitación. Aedan pasó de largo el segundo y encontró a Ailis en el umbral abierto de esa alcoba, con las manos en el marco de la puerta mientras se inclinaba hacia afuera, diciéndole en cuanto lo vio:

—No puede ponerse de pie. Se acaba de caer. Oh, Da, ven a ayudar. —Su voz era frenética, temblorosa.

—Ailis, no —se oyó débilmente desde la alcoba, la voz de Gabrielle.

Ailis retrocedió segundos antes de que Aedan llegara a la puerta, sin tener idea de lo que podría encontrar, salvo que Gabrielle de algún modo había caído, imaginando que tal vez se había torcido un tobillo y por eso no podía ponerse de pie.

No era ese el caso en absoluto.

No perdió tiempo en el umbral, aunque al principio se quedó inmóvil, pasmado al ver a Gabrielle tendida en el suelo con solo su camisón, cerca de la mesita y el taburete, como si se hubiera levantado de allí y se hubiera desplomado al instante.

Corriendo hacia ella, se arrodilló a su lado, notando de inmediato que no estaba bien, que no se trataba simplemente de una pierna lastimada. Sus hermosos ojos apenas se veían, cubiertos por párpados pesados que parecía esforzarse en levantar. La calma que había sentido esa tarde se hizo añicos, su pulso acelerándose con la tensión.

—*Oh*, Gabrielle, ¿qué has hecho?

Ella abrió la boca y movió los labios, pero no salió sonido alguno. Aedan le levantó la mano y sostuvo su peso, ya que ella no podía hacerlo sola. Volvió su mirada tormentosa hacia Ailis, que explicó de inmediato lo poco que sabía.

—Simplemente se cayó, Da. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, su voz todavía temblorosa—. Estaba comiendo, no quiso tomar el té. Dijo que me pagaría bien para que mañana le preparara

un baño. No estaba enferma en absoluto. Estábamos riendo, hace apenas un momento. Y entonces se levantó, dijo que nos acurrucaríamos en la cama, que seguiría leyéndome…

No hubo más, o eso era todo lo que Ailis sabía, sus ojos brillantes buscando en los de él alguna respuesta.

—Sí, y volverá a reír —dijo él, acomodándose para poder alzar a Gabrielle en sus brazos. Se levantó y giró, depositándola en la cama. Su cabeza cayó a un lado. Había abandonado la lucha contra sus párpados y ya estaban cerrados.

—Estoy bien —mintió débilmente.

Enfrentándose ahora a Ailis con un poco de su propio pánico, Aedan ordenó con severidad:

—Corre a buscar a Cormag ahora.

Sabía que su capitán estaba en la muralla para la primera guardia.

—Grita en el patio para hallarlo. Dile primero que mande a alguien a la aldea a buscar a Binnie Tweddall. Ve. Ahora —insistió cuando Ailis apartó su mirada alarmada de Gabrielle hacia Aedan al oír el nombre de Binnie. La empujó hacia la puerta—. Binnie se encargará de esto por ahora, antes de que se pueda encontrar a Lilles.

Binnie era lo más cercano que tenían a una sanadora, lo cual no decía mucho de la profesión, pero Lilles, si lograban hallarla, quizá estaría mejor equipada para llegar al fondo de lo que había reducido a Gabrielle a ese estado desvanecido y sin sentido.

Con el ceño nublado, Aedan barrió la habitación con la mirada, repasando todo en busca de alguna pista de lo que pudiera haberle ocurrido a Gabrielle. No halló nada fuera de lugar; la léine que ella había usado antes y desde que llegara a Cairncross colgaba de la puerta del armario, impidiéndole cerrarse del todo; los zapatos negros de cuero descansaban en el suelo de madera cerca del pie de la cama; alguien había llevado una bandeja con comida, pequeños bocados, nada más que queso y pan y una taza de té, dedujo por el color mielado, sin duda Ailis había sido la portadora. Nada más parecía alterado, nada distinto de las últimas veces que él había entrado en esa estancia.

Volvió a estudiar a Gabrielle y recién entonces pensó en comprobar si tenía fiebre. Antes de posar la palma y los dedos sobre su frente, ya sabía que no ardía. La había sostenido en brazos apenas unos minutos antes; habría notado en ese momento un calor extremo. Bajo su mano, su frente estaba fresca y casi húmeda, sin responderle nada.

Con las manos cerradas en los puños sobre las caderas, se quedó mirándola, tan hipnotizante dormida como despierta, con su cabello suelto formando un halo alrededor de su pálido rostro. Su falta de ropa adecuada no había pasado inadvertida, pero solo ahora advirtió lo revelador que era el fino algodón de la túnica y pensó en preservar su modestia en lo posible. Del armario sacó una vieja colcha mullida, verde bosque, bordada con cardos y piñas, extrañamente una que recordaba de su juventud y que no veía hacía años. La extendió sobre el cuerpo inmóvil de Gabrielle, cuidando de meterla bajo sus pies descalzos, pero enseguida se incorporó a su lado cuando ella empezó a gemir y levantó un brazo desde debajo de la manta, arañando el aire como si estuviera siendo atacada. Apretó los ojos y giró el rostro, agitando la mano hasta que Aedan la tomó, envolviéndola con sus dedos fuertes para sujetarla.

—Gabrielle —la llamó, en un medio susurro que era a la vez una orden para que lo reconociera.

Ella no respondió.

Entonces abrió los ojos de par en par y se incorporó de golpe en la cama. No miró a Aedan, sino que clavó la vista al frente, y enseguida escapó de sus labios un terrible gemido antes de vomitar sobre la colcha recién puesta. Solo por instinto Aedan se movió al instante, situándose a su hombro y recogiendo todo su cabello suelto, pasándolo hacia la espalda. Ella inclinó la cabeza hacia adelante, el mentón contra el pecho, y volvió a gemir antes de vomitar otra vez.

Cuando terminó, levantó la mano y la miró, tambaleándose en su posición sentada, y anunció:

—No funciona.

Y dejó caer la mano a un lado, cerrando los ojos.

Maldita sea, pensó Aedan, conmocionado y sintiéndose terriblemente incapaz en este papel. Ella se desplomó, comenzó a caer hacia atrás, y él se apresuró a interponerse entre ella y el cabecero, temiendo que quedara de espaldas y se ahogara si arrojaba más.

Aunque había hecho apenas un esfuerzo, sentía el corazón desbocado. Rodeó su cintura con el brazo y la dejó reclinarse contra su pecho, él mismo apoyando la espalda en el cabecero. Con suavidad, apartó algunos mechones de su cabello oscuro, echándolo todo hacia adelante, sobre su hombro.

Un destello blanco en la puerta llamó su atención. Al alzar la vista, vio a Ailis en el umbral con su túnica, los ojos desorbitados, el rostro pálido; se cubrió la boca con la mano y rompió a llorar, desplomándose en el suelo hecha un charco de sollozos. Por fortuna, Cormag estaba justo detrás de ella y, con un ojo en Aedan y Gabrielle ante lo que debía de ser una visión inesperada, levantó a Ailis del suelo y la sostuvo en brazos como si fuera una niña pequeña.

—No está… muerta —aclaró Aedan. Bajo su antebrazo podía sentir el rápido latido de Gabrielle.

Tal vez Ailis no lo oyó sobre su propio llanto, con la cabeza hundida en el hombro de Cormag. Este repitió para tranquilizarla:

—Vive, pequeña —dijo mientras arqueaba las cejas al ver el desastre que Gabrielle había hecho en la cama.

Ailis aflojó los brazos que había aferrado al cuello de Cormag y dirigió una mirada cautelosa a Aedan y Gabrielle.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con la voz cargada de miedo.

—No lo sé —respondió Aedan—. Aún no.

En los minutos siguientes, la habitación se llenó de gente. Cormag, aun cargando a Ailis, se apartó hacia la ventana para dejar espacio. Primero entró Binnie, luego Borgach y su amiga Marta, de porte frágil como un pajarillo, seguramente despertadas por el trajín de los últimos minutos, si no por los gritos iniciales de Ailis.

Las tres llevaban expresiones similares, de asombro y desconcierto, aunque Aedan no podía decir si era por el estado de

Gabrielle o por la postura en que él mismo estaba, acunando su cuerpo inerte en la cama. Borgach, en particular, tras una rápida mirada a Gabrielle y a la colcha manchada, lo fulminó con una expresión de puro espanto, lo que le dio a entender que la situación se veía aún peor de lo que él había imaginado.

Creyendo que Gabrielle no volvería a vomitar, se deslizó con cuidado y la recostó sobre la almohada mullida.

Se volvió hacia Binnie y, cambiando al gaélico, dijo:

—Ailis dice que se desmayó de repente. Y habló en acertijos, puras incoherencias, y luego… arrojó todo eso —añadió, mirando la sucia colcha—. Pero no tiene fiebre.

Binnie asintió y se acercó con cautela, casi de puntillas, hasta la cabecera de la cama. Mientras hacía un examen superficial, levantó un párpado, tocó el dorso de su mano y luego la frente, Aedan cruzó una mirada significativa con Cormag, que soltó un resoplido y negó con la cabeza.

—Sin fiebre —repitió Binnie con cierta sorpresa, inclinada sobre Gabrielle.

Ailis sorbió por la nariz y apretó los labios, intentando contener un llanto mayor, pensó Aedan.

Él sostuvo la horrorizada mirada de Borgach.

—¿Puedo pedirte a ti y a Marta que la limpien?

Ella asintió al instante, su espanto disipado.

—Por supuesto. Anda, ve. Nosotras nos ocuparemos. —Y, con un intento de apaciguarlo, añadió—: Seguramente no es más que un caso de humores alterados.

Aedan asintió, sin creerlo, y tomó a Ailis de los brazos de Cormag, quien se la entregó sin resistencia mientras la niña rompía en un nuevo llanto. Al volver a mirar a Gabrielle una vez más, encontró a Binnie muy cerca de él.

—Sí, puede que viva, pero tan débil es su agarre a la vida que no debería hacerse promesa alguna.

Gruñendo con disgusto ante su lúgubre predicción, Aedan pasó junto a ella y sacó a Ailis de la habitación.

Capítulo Diez

Solía Soñar

Aedan permitió que las mujeres atendieran a Gabrielle durante casi una hora, pasando la mayor parte de ese tiempo con Ailis en su alcoba.

Ella estaba preocupada, y con razón, y Aedan solo pudo consolarla con débiles palabras de aliento, esperando que al menos su inquietud se agotara por puro cansancio. Se sentó en la cama con ella, mientras la niña se acurrucaba bajo las mantas, pequeña y ansiosa.

—Sí, te despertaré si surge alguna necesidad —dijo en respuesta a una súplica que ella le había hecho.

Guardaron silencio durante varios minutos, Aedan acariciándole el cabello, hasta que Ailis mencionó:

—Hace tiempo que no te sientas así conmigo.

—No, es cierto. —Lo lamentaba y buscaba en su mente alguna razón.

¿Por qué había dejado de llevarla él mismo a la cama cada noche, dedicándole un rato? Contándole historias de la antigua gloria de Cairncross o, más a menudo, de asuntos cotidianos. A veces se comportaban como verduleras, chismorreando sobre la gente que conocían, siendo Ailis especialmente hábil para captar el verdadero carácter de una persona. Tenía una gran apreciación por aquellas cosas que le parecían extrañas y que otros no notaban.

—Y arrastraba el balde desde el pozo, haciéndolo rebotar por el suelo, derramando agua por todas partes —había contado Ailis no hacía mucho sobre Nell, que trabajaba en la panadería—. Seguro llegó a donde iba con apenas la mitad de lo que había llenado. No entiendo por qué no lo levantó y llegó con toda el agua. Fuerte es, de sobra, para hacerlo.

—Podría nombrar tantas otras cosas —dijo ahora Aedan—, que me han mantenido ocupado y lejos, pero no debería ser así. —

¿Era por eso que se había aferrado a Gabrielle tan rápido? ¿Porque echaba en falta a su padre?

Hizo un voto de enmendarse.

Al cabo de un rato, Ailis se quedó dormida. Cuando estuvo seguro de que permanecería así, se levantó con cuidado y salió de su alcoba y volvió a la que ocupaba Gabrielle.

Lilles aún no había sido localizada, le informó Cormag, que hacía guardia en el pasillo.

—Binnie dijo que tenía las pupilas tan dilatadas que asustarían a los búhos —comentó Cormag, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su semblante era el de siempre. Cormag tenía pocas expresiones en total, y las más obvias eran feroces y reservadas para la batalla, así que en ese momento solo parecía levemente perplejo. Y aun así, su presencia sugería algo más.

Y aunque Aedan le dio vueltas al asunto, no supo qué significaba.

—Pero no tiene fiebre. Nunca conocí una enfermedad como esta que no comenzara primero con fiebre.

Cormag sorprendió a Aedan con su siguiente observación:

—Pero sí sabes que ella no es… como los demás.

¿No como los demás? Sí, y no había exageración en esa valoración.

Aedan sostuvo la oscura mirada de Cormag, queriendo saber si él veía lo mismo que él.

—¿Pero qué hay en ella que lo demuestre? Que no pertenece, que sin duda no es escocesa y al parecer tampoco inglesa de verdad, que ella… —Se detuvo, comprendiendo tan poco de por qué sentía que ella era casi incomprensible.

—¿Quieres que te enumere las razones? —preguntó Cormag, levantando la mano y haciéndolo de inmediato—. Cómo habla, eso no es buen inglés, lo sabemos. Cómo estaba cuando la hallamos, perdida y tan abatida. Que no sabe montar, aunque Ailis dice que lee y posee, y lleva consigo, sus propios libros. Cómo miraba la comida en el salón como si nunca hubiera visto nada igual. —Bufó—. Sí, y solo el aspecto que tiene. No se parece a nada de lo que hayamos conocido, y hemos visto bastantes lugares y personas a lo largo de

los años. —Para entonces ya había contado cada dedo de su mano —. ¿Puedes decir, incluso en la corte o en casa de esos malditos nobles, que hayas visto algo igual?

Aedan negó con la cabeza y se preguntó en voz alta:

—¿Pero qué significa?

Otro bufido brotó del gigante.

—Tu teoría no es mejor que la mía. No lo sé. Pero digo, si despierta, deberíamos querer esas respuestas de su boca. Sí, no parece una amenaza y no me gusta acusar sin motivo, pero, jefe, hay algo que no encaja en ella, y lo sabes.

—Sí.

Con un asentimiento sombrío hacia Cormag, entró en la alcoba. Las tres mujeres, Binnie, Borgach y Marta, seguían allí. Al unísono se giraron al verlo entrar, pero su mirada fue primero a Gabrielle. En efecto, había sido lavada y cambiada, y yacía en la pequeña cama, con una manta nueva, de lana, que cubría todo salvo el rostro. Sus ojos seguían cerrados, sus mejillas pálidas, sus labios sin color.

Con renovado temor, Aedan alzó la mirada hacia Binnie y luego hacia Borgach, quien lo tranquilizó:

—Duerme. Ahora en paz.

La bandeja a medio comer y la taza de té que había visto antes habían sido reemplazadas en la mesilla, ahora cubierta de pequeños frascos de barro y bolsitas cerradas que debía suponer contenían hierbas medicinales. Al lado reposaba un mortero con su mano, que solo visitaba las alcobas de los enfermos.

—Aye, y no decíamos justo ahora —empezó Binnie—, que dormir es lo único que puede hacerse por ella. *Dormir y dejar que se vaya*, como decía mi dulce madre.

Asintiendo y agradeciéndoles en un murmullo bajo, Aedan las despidió de la estancia.

Borgach se detuvo en el umbral, apretándole el antebrazo.

—No temas. Todo saldrá bien.

Dejó la puerta abierta tras la partida de su prima, intercambiando una breve mirada con Cormag, que permanecía afuera y sin duda se quedaría toda la noche. No para ser de ayuda a

Gabrielle, aunque podría serlo si se le llamaba, sino para proteger al jefe y a Cairncross, aun cuando ni él ni Aedan creyeran realmente que Gabrielle presentara peligro alguno.

Aedan no tenía intención de quedarse mucho tiempo, pero lo atormentaba cierta culpa solo con pensar en buscar su propia cama. Miró al fuego, juzgando que el calor era suficiente, imaginando que alguna de las mujeres lo había avivado antes. Al cabo de un rato, tras permanecer de pie junto a la cama observándola, descubriendo muy poco salvo que parecía inmóvil como la muerte y que su sueño era peligrosamente profundo, Aedan se dejó caer en el suelo, contra la pared y bajo la ventana. Flexionó una rodilla y apoyó la muñeca sobre ella, atormentado como llevaba días, sin una verdadera respuesta a la pregunta de por qué lo fascinaba tanto. Y por qué lo acosaba la sospecha de que su estado presente tuviera algo que ver con lo extraordinaria que era y con lo imprevista que había sido su llegada a Cairncross. Esto último, a pesar del vaticinio de la bruja.

Quizá se adormeció un rato, pero no podría decir cuánto. Y de algún modo, no se sorprendió cuando la puerta oculta chirrió al abrirse, sacándolo de aquel ligero sueño. Ailis entró a hurtadillas, girando el rostro de un lado a otro, notando la puerta abierta al pasillo, pero creyendo que, aparte de Gabrielle, nadie más ocupaba la alcoba. No vio a su padre en el rincón más alejado, envuelto en sombras. Y Aedan no dijo nada, curioso de lo que Ailis haría, y tampoco se sorprendió cuando la niña fue directamente al lecho y se inclinó sobre Gabrielle. Tras un momento de observar la figura tendida, Ailis se metió en la cama a su lado. Su hija siempre había sido expresiva y cariñosa con aquellos a quienes quería, así que no albergó reparos ante su acción.

Aedan lo permitió, creyendo que de algún modo tranquilizaba a Ailis. Y puesto que Gabrielle no tenía fiebre, el signo que, según su madre y la madre de Lizzie, denotaba enfermedad contagiosa, no temía que Ailis pudiera contagiarse de lo mismo que aquejaba a Gabrielle.

Y así descansaron, ambas ajenas a que él estaba tan cerca.

Más tarde, algo lo despertó de un incómodo sueño contra la pared fría.

La voz de Gabrielle lo había sacado de su sopor.

Sus palabras eran perezosas y divagantes, como Duncan Cameron tambaleándose a casa desde los campos, donde él y Martin, un arrendatario, bebían demasiado a menudo y con demasiada libertad la cerveza de cebada, para disgusto de sus esposas.

—Siempre, en mis sueños, encuentro el camino de regreso a ti. Pero solo en mis sueños —dijo en un momento, captando la atención de Aedan. Más balbuceos incoherentes, y luego, con claridad—: Solía soñar… tenía tantos sueños.

Silencio después, hasta que comenzó a cantar. La canción carecía de melodía, en su voz débil y adormecida, y la entonaba en lo que Aedan tardó varios segundos en reconocer como francés. Su propio francés estaba oxidado, sin usar desde que su madre y la madre de Lizzie se habían ido, pero tradujo lo que pudo.

¿Qué haré cuando estés lejos y yo me sienta triste? ¿Qué haré? Cantaba en francés, lo bastante bajo como para que Aedan tuviera que esforzarse en oír y comprender, tan quedo que Ailis no se despertó. Tras una larga pausa, continuó, aún más despacio. *Cuando esté sola, con solo sueños de ti… que no se harán realidad. ¿Qué haré?*

Palabras sin sentido, concluyó. Romanticismo vano, en el mejor de los casos. Y quizá Gabrielle también lo pensaba, pues soltó una risita, sonando increíblemente joven en ese momento, aunque no menos confusa. La observó alzar un brazo desnudo hacia arriba y girar la mano, el movimiento elegante a la luz dorada y tenue del fuego casi apagado. Volvió a cantar, esta vez en inglés, con la voz frágil:

—¿Qué haré?

La mano bajó fuera de la vista, con menos gracia de la que había subido. Debió de caer pesadamente sobre Ailis, pues la suya fue la siguiente voz que Aedan escuchó.

—Me alegra que no murieras —dijo primero en gaélico, hasta que recordó que Gabrielle no lo hablaba y lo repitió en inglés.

—He muerto —respondió Gabrielle con voz diminuta—. Debo de haber muerto, para estar viviendo esta vida ahora.

—Eso no tiene sentido. ¿Sigues enferma?

Aedan permaneció completamente inmóvil y en silencio, oculto en las sombras, casi conteniendo la respiración mientras ella continuaba.

—Estoy perdida, Ailis. Perdida sin remedio. No sé cómo ocurrió ni por qué… ¿por qué a mí?

—No llores, Gabby —suplicó Ailis, incorporándose para quedar boca abajo, pero sostenida sobre los codos, cerca del rostro de Gabrielle—. No estás perdida. Estás aquí conmigo. En Cairncross.

—Pero no pertenezco aquí.

Aunque su voz había ganado fuerza, seguía confusa, como si hablara con la boca llena de gachas, tratando de no derramar nada.

—Ni siquiera he nacido aún… faltan cientos de años. Donde viví antes estaba...está...tan lejos. Y yo… no sé cómo regresar.

—Aye, todavía no estás bien —concluyó Ailis, con una comprensión de las palabras de Gabrielle tan escasa como la de Aedan.

—Soy Gabrielle Lynn Noble, de Kansas, en los Estados Unidos —dijo en un tono monótono, como quien recita datos conocidos—. Nací el primero de marzo del año mil novecientos noventa y nueve y estoy perdida.

Y con tanta solemnidad como lo había recitado, lo siguiente lo dijo con una delicada risita.

—Y te puedo asegurar, Ailis, que de donde yo vengo no tenemos hombres que se parezcan a tu padre. De *cuando* vengo, quiero decir.

—¿Cómo son, entonces? —quiso saber Ailis, ignorando todo lo que resultaba tan marcadamente inverosímil en las otras revelaciones de Gabrielle.

—No como él. Nada en absoluto como él. Ailis, ¿hay margaritas amarillas flotando por la habitación?

Ailis soltó una risita.

—Och, ¿y cómo habría de ser eso? No, no las hay. Pero sé dónde crecen las margaritas. Podemos recogerlas.

—Sí, podemos.

Silencio otra vez, hasta que Ailis preguntó:

—¿Estás durmiendo, Gabby?

—Me gustan las margaritas —fue la respuesta susurrada.

Tras otro minuto, Ailis bajó los codos y se giró de costado para quedar frente a Gabrielle, dándole la espalda a Aedan, y todo volvió a quedar en calma.

En la oscuridad, al otro lado de la estancia, la mente de Aedan era un torbellino de relámpagos, disparando en muchas direcciones.

Por supuesto, lo que ella había balbuceado no era más que eso, disparates propios de una persona enferma.

Y aun así era difícil ignorarlo, no cuando se sumaba a aquella inquietante idea de que no era lo que parecía.

En ese momento, le volvieron a la mente las palabras de la mujer que sin duda era una bruja, y que lo había admitido. *Llévala con el MacClellan en Brechmont y habla con la que llaman bruja, que también viaja en el tiempo de forma distinta.*

No podía quitarse de encima esas palabras: *que también viaja en el tiempo de forma distinta;* no podía ignorarlas ahora como lo había hecho entonces, tomándolas por parloteo. No después de lo que Gabrielle acababa de revelar en su estado de confusión.

¡*Oh*, qué estaba ocurriendo aquí? ¿Quién era esa lass?

¿Y qué quería decir cuando afirmó que en su lugar de origen no había nadie que se pareciera a él?

***

Los párpados de Gabby aletearon y se abrieron al rayo de sol, el único que atravesaba la angosta ventana e iluminaba su rostro. Cerró los ojos y tomó conciencia de sí misma, con una vaga noción de que algo había pasado, de que no era ella misma. De inmediato percibió un dolor de cabeza, algo raro en ella. A veces, aunque no con frecuencia, tenía dolor de cabeza al despertar, ¿acaso no le pasaba a cualquiera en algún momento?, pero rara vez era tan intenso que la idea de levantar la cabeza para incorporarse parecía una mala decisión. Así que no lo hizo.

Pero ¿qué había ocurrido para que sintiera como si hubiese bebido en exceso la noche anterior y ahora estuviera sufriendo una monumental resaca como castigo? Movió la lengua por la boca,

asqueada de lo seca y pastosa que la sentía. Alzó los brazos, que parecían torpes y pesados, y se apretó las palmas contra los ojos, con la esperanza de que todo desapareciera.

Un movimiento a su lado la sobresaltó y apartó bruscamente las manos de los ojos, relajándose en cuanto se dio cuenta de que era Ailis, que debía de haber dormido a su lado. Aunque cómo o por qué, Gabby no lo recordaba.

—Och, no estás muerta —exclamó Ailis, su alegría eclipsada por la gravedad de la frase.

—¿Había algún temor de que pudiera estarlo? —preguntó Gabby, con la voz exactamente como esperaba que saliera de la cloaca en que se había convertido su boca: áspera y grave.

—Aye, y mucho, ¿y no lloré yo media noche acaso?

Ailis se incorporó de un salto y cruzó las piernas debajo suyo, golpeando sin querer a Gabby en el costado. Aquella cama no era realmente lo bastante grande para las dos.

—Cristo, ¿qué pasó? —Por alguna razón, se llevó la mano a la mejilla, comprobando que no estaba ni demasiado caliente ni demasiado fría, como si eso pudiera darle una respuesta.

—No lo sabemos. Cormag dijo que algo discutió contigo y Borgach dijo algo de tu humor. Binnie pensó que ibas a morir, pero Da se enojó, dijo que no, que no lo harías.

Gabby estaba atónita, incrédula. Luego intentó sonreír, con un esfuerzo mucho mayor que el resultado.

—Estás bromeando, ¿verdad? Ailis, me asustaste de…

—No lo hago. Pregunta a Da, o a cualquiera de los que estaban aquí. Te desplomaste en el suelo, y yo grité por Da. Luego vomitaste sobre él y la cama. Y hablaste como esos a quienes los druidas les invaden el cerebro.

Gabby se incorporó de golpe en la cama, considerando su situación presente, lo que podía ver que era real. La manta que la cubría no era la que recordaba. De hecho, la camisola que llevaba puesta era distinta a la de la noche anterior. Retazos de la velada volvieron a su memoria lentamente, comenzando por Aedan encontrándolas en la playa, reprendiéndolas y llevándolas de regreso a la casa. A Ailis se le había ordenado ir directamente a su alcoba.

Claro que no pasó mucho antes de que se escabullera hasta la habitación de Gabby. Ailis había puesto una cara graciosa, de disgusto, preguntando por qué a Gabby le habían dado una bandeja de cena y a ella no. Gabby no tuvo respuesta; la suya la esperaba allí. Había supuesto que a Ailis le habían dado el mismo trato. La invitó a compartir aquella generosa ración de comida. Habían planeado seguir leyendo Cumbres borrascosas.

Eso era todo lo que recordaba. Qué aterrador, haber estado al borde de la muerte y no recordar nada.

Algo hizo clic en su mente.

—¿De verdad vomité sobre tu padre?

—Aye, pero ya no tienes que preocuparte —respondió Ailis con la practicidad de una niña, ignorando la profunda humillación de Gabby—. No estás muerta, así que todo está bien.

Aunque eso era cierto, borraba muy poco de la alarma de Gabby. Se sentía con la mente nublada y temblorosa, el estómago revuelto, como si efectivamente tuviera una resaca brutal.

Gabby se cubrió el rostro con las manos y luchó por conectar puntos y recordar más, sin lograrlo.

—Da, mira a Gabby —exclamó Ailis, saltando de la cama—. No está muerta.

Levantando el rostro de entre las manos, Gabby posó la mirada en Aedan Cameron, de pie en el umbral, hasta que Ailis le tomó la mano y lo arrastró dentro de la habitación.

Cualquiera fuera la emoción que acompañaba la noticia para él, estaba oculta a Gabby; su expresión era inescrutable, salvo por la habitual dureza de sus rasgos apuestos. Eso a Gabby le importaba poco, pues estaba demasiado preocupada consigo misma y no con él ni con sus reacciones.

—¿Qué demonios pasó? Me siento como si me hubiera atropellado un camión.

De pie al pie de la cama, mientras Ailis no perdía tiempo en volver a encaramarse junto a Gabby, su leve encogida de hombros fue la primera respuesta, antes de decir:

—Nadie podría decirlo. Había esperanza de que fueras tú quien nos iluminara. —Sus cejas se fruncieron sobre sus ojos verdes,

lo que no sorprendía—. No pareces estar mucho mejor que anoche.

Encantador. Aun así, no pudo evitar reír, lo que de inmediato le recordó su dolor de cabeza. Bajando otra vez el rostro entre las manos para protegerse del fuerte resplandor, murmuró:

—Gracias por eso.

Ailis rebotó en la cama, provocando un gemido en Gabby.

—Da, ¿no se va a morir todavía, verdad?

Antes de que volviera a abrir los ojos, sintió el peso de Ailis abandonar la cama cuando su padre la recogió, al mismo tiempo que Aedan decía:

—Parece que no. Pero no está en condiciones de soportar tu incesante parloteo. Anda y…

—¡Ay, papá!

—Nae, hazme caso en esto. No la molestarás hoy. En absoluto. Cormag te espera abajo. Irás con él y los demás a Strathbogie. Cormag tiene dinero. Puedes llevarte un abalorio, pero ni uno más.

Gabby abrió los ojos y vio a Ailis dudando. Al parecer, Strathbogie y un abalorio eran grandes incentivos. Ailis parecía dividida, con la boca torcida, mirando entre su padre y Gabby.

—Probablemente solo dormiré todo el día —dijo Gabby—. Deberías ir.

Con ese permiso, Ailis les sonrió a ambos y salió corriendo de la habitación.

Aedan la siguió con la mirada y luego volvió su atención pétrea hacia Gabby, que se sintió pequeña y débil bajo aquel escrutinio intenso. Y, por lo visto, tampoco debía de estar muy atractiva en ese momento. Ah, y se había vomitado encima de él, según Ailis. Estupendo. *Yo también estaría frunciendo el ceño si fuera él.*

—Sí, y hoy el castillo y el patio estarán tranquilos, con tantos ausentes —dijo—. Y tú y yo tendremos una conversación.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién eres y por qué estás aquí.

No se alarmó por esto, ni siquiera por el tono implacable que usó. Hacía tiempo que pensaba que la única manera de escapar de

lo que le estaba ocurriendo era con ayuda. Había planeado, a fin de mes, revelar su secreto absurdo, pero nada le impedía hacerlo ahora. Era extraño, reflexionó, cómo deseaba tanto tener respuestas y al mismo tiempo temía lo que esas respuestas pudieran ser. En cualquier caso, podía soltar toda la ridícula historia y él quizá no le creería, incluso podía echarla de allí de una patada, cerrando esa gran y fea puerta tras ella. Pero lo de su supuesta experiencia cercana a la muerte *sí* la alarmaba. Al parecer, había muchas cosas en ese Otro Mundo que podían matarla.

Asintiendo a Aedan, convencida de que no intentaba hacerle daño, no sin motivo, fuera cual fuera, y de que solo había adivinado que ella no estaba donde debía estar, dijo:

—De acuerdo. Pero ¿puedo tener unos minutos para vestirme? ¿Y podemos hablar afuera, por favor? Me siento… sucia y asfixiada, y necesito aire fresco.

—Sí.

—¿Y habría alguna forma de que me dieran simplemente un vaso de agua común?

Él frunció el ceño, seguramente sin haber oído jamás una petición semejante. Pero su desconcierto no duró mucho.

—Sí. Volveré en un cuarto de hora.

Cuando se fue, cerrando la puerta con consideración, Gabby probó la fuerza de sus piernas, levantándose de la cama. Respondían, aunque se sentían como gelatina. No le costó demasiado alcanzar el vestido azul que había colgado en la puerta del armario y ponérselo por la cabeza. Tenían una ventaja estas ropas: eran fáciles de poner y quitar. Usó el orinal de cerámica bajo la cama y confió en que, quienquiera que fuera el hada mágica que lo vaciaba todos los días, se encargara de eso otra vez. Inclinarse para calzarse las botas de cuero negro, descoloridas y gastadas, resultó un poco más exigente, pero lo logró, aunque se sintió algo mareada cuando volvió a incorporarse en el taburete.

Y aunque se movió despacio, con cautela y considerando el dolor de cabeza, no podía creer que ya hubieran pasado quince minutos cuando llamaron a la puerta. De todos modos, dijo que entrara, ya que estaba prácticamente lista.

Aedan entró, llevando el agua pedida, servida en una copa de madera. Ella le sonrió agradecida y bebió con avidez. No quería hacer gárgaras y escupir delante de él, así que se tapó la nariz y el labio superior con la mano, enjuagó el agua por la boca y se obligó a tragar.

Con un largo suspiro, dejó la copa en la mesa y se puso de pie. Estaba más firme de lo que esperaba, pero notó que Aedan se movía rápido para estar cerca, como si también hubiera pensado que ella estaría más tambaleante.

—Estoy bien, gracias.

Y lo siguió fuera de la habitación.

La ventaja de la estrecha escalera circular era que podía apoyarse en las paredes a ambos lados para mantener el equilibrio mientras bajaba. En poco tiempo salieron del pasillo angosto al salón y luego al exterior, bajo la luz dura del sol.

Gabby cerró los ojos y entrecerró la mirada de inmediato, aunque notó que el patio estaba lleno de actividad, con gente y caballos, y carros tirados por caballos más pequeños. Vio a Ailis, encaramada en uno de los caballos grandes con Cormag, que estaba gritándole a un muchacho para que diera la vuelta al carro antes de pasar por la puerta. Ailis no la había visto.

Otros los seguían: jinetes solitarios y aquel carro, con la caja cubierta por gruesas lonas. Al girar hacia la puerta y avanzar en esa dirección, Gabby vio que en la parte trasera iban sentados Borgach y un joven, uno de los hombres armados del ejército de los Cameron. Solo iban montados en la parte de atrás del carro, dirigiéndose con esa pequeña caravana a algún lugar llamado Strathbogie. Gabby pensó que su lenguaje corporal lo decía todo: Borgach sonreía con picardía; el rostro del muchacho estaba rojo de excitación, quizá por tener la atención de la belleza. Él le dijo algo y Borgach soltó una carcajada cristalina, alcanzando a darle un golpecito en el antebrazo.

Gabby no recordaba haber visto nunca a ese joven, pero ahora no se le pasaría por alto, ya que el rubio de su cabello era increíblemente claro, un auténtico "towhead", un término que conocía, aunque no supiera su origen ni su significado exacto. Solo lo encontraba extraño, ya que estaba bastante segura de que

Borgach había babeado por Aedan Cameron, su primo, cuando cenaron en el salón aquella noche. Claro que, pensó Gabby, quizá su primera impresión de Borgach había sido correcta: lo que quería era que todo el mundo se sintiera fascinado por ella.

Bien por ti, chica.

Aedan se detuvo para dejar pasar a todos los de la partida de viaje y Gabby se detuvo también. Cuando los últimos caballos salieron, ellos atravesaron la puerta, siguiendo el camino de tierra bien apisonada.

Pensó que Aedan empezaría enseguida con su interrogatorio y quiso adelantarse con una pregunta antes de que lo hiciera, deteniéndose en medio del sendero, sin notar las plantas en flor a su alrededor, y encarándolo.

—Antes de que empieces a bombardearme con preguntas, tengo una yo. No te lo tomes a mal, por raro que te suene.

Cuando él asintió secamente a su lado, esperando quién sabe qué, ella preguntó lo que llevaba un mes y medio deseando saber:

—¿En qué año estamos?

Capítulo Once

Y Ahora Lo Sabes

Había enmarcado la pregunta con esa advertencia de que no debería reaccionar con dureza, así que no lo hizo. Por extraña que fuera la cuestión, no le sorprendió demasiado. En verdad, aclaraba al menos un asunto sobre Gabrielle Noble, o partes de ella, dando crédito a la brillante e increíble idea que se le había ocurrido y que ya no podía negar.

—¿Por qué no respondes? —preguntó ella, parpadeando nerviosa, sujetando el tartán en torno a sí como un escudo, apretándolo hasta la barbilla.

Aedan se llevó la mano a la barbilla y rasguñó con el dedo el lado derecho del rostro, su mirada clavada en la de ella.

—Es el año del Señor mil trescientos uno.

La expresión que puso, retrotrayendo la boca en un gesto de dolor mientras los ojos se le humedecían, fue la de quien recibe una mala noticia que no era del todo inesperada.

—Pero ya lo sabías —supuso él cuando ella no dijo nada y solo buscó su mirada con esos ojos azul brillante, buscando señales de engaño.

—Lo sospechaba —dijo ella, cuando se convenció de que él no mentía. Fue una respuesta débil, con tanta desolación en la voz.

—¿No es una época con la que estás familiarizada? ¿Vienes de otra?

Gabrielle jadeó y, tras un momento, asintió con pesar.

—¿Pero cómo lo supiste? —se golpeó la frente con la mano y exclamó—. ¡Ay! ¿Por qué...cómo...estamos hablando de esto con tanta naturalidad? ¡Como si algo así fuera siquiera remotamente posible!

—Estás aquí, donde no deberías estar. No podemos negar lo que es posible entonces, ¿verdad? —Cuando ella se calmó, aunque el pecho aún le latía convulso por el pánico, respondió a su primera

pregunta—. No lo supe con convicción hasta que vi tu rostro ahora mismo.

—Lo juro —se apresuró a convencerlo—. No soy una bruja. No tengo idea de cómo pasó. Ni por qué.

—Sí, aunque me han mostrado bastante como para decir que es verdad, no consigo asimilarlo del todo. Salvo que vi a esa bruja en la tumba de Arthur, una especie de druida o algo parecido, eso dice que cosas así son factibles.

—Aedan, no sé por qué estoy aquí. No quiero estar aquí. Quiero volver a casa.

Su nombre, en sus labios, sonó distinto a cualquier pronunciación que él hubiese oído, y le costó saber por qué le agradaba tanto, la forma en que sonaba en su lengua extraña, salido de sus labios dulcemente curvados.

—No tienes hogar —se atrevió a decir, sin acritud. No iba con intención de acusarla.

Ella levantó las manos y el tartán al mismo tiempo que bajaba la cara, de modo que la barbilla quedó envuelta en la lana.

—Quizá seas tú la bruja —murmuró—, por saber tanto. Pero es cierto, técnicamente. —Alzando la mirada empañada hacia él, añadió con insistencia—. Y aun así eso no importa. Yo no pertenezco aquí.

—No, no perteneces. Pero ¿cuál es tu propósito? ¿No te dijo alguna bruja por qué te movió como lo hizo?

—No hubo ninguna bruja. Simplemente… no me caí: la tierra me tragó. Te lo dije. —Se le iluminó la cara con una idea, y se precipitó hacia él, cerrando la pequeña distancia—. Quizá si vuelvo allí, a la playa cerca de Stonehaven, quizá pueda regresar. ¿Puedes llevarme allí?

Podía. Podía hacerlo hoy mismo, con horas de luz de sobra antes de llegar. Pero no lo haría.

—Dijiste que te quedarías un mes, y que ayudarías a descubrir al asesino de Arthur.

—Lo sé, lo sé. Pero después de eso, ¿me llevarás? —Se inclinó más hacia él, con gesto suplicante.

—Sí.

Seguía pálida como la nieve, con los párpados pesados y los labios inusualmente apagados. Tenía sombras bajo los ojos, prueba de la dura noche que había pasado. Y aun así, era impresionante.

Pero además, acababa de confirmarle que no era de esa época, sino que vivía en un mundo siglos en el futuro. Inconcebible. Imposible. A menos, claro, de que mintiera y fuera una de las druidas o de las hadas o algo por el estilo.

—¡Oh! ¿Tienes miedo de mí ahora?

Él rio con aspereza.

—Nae.

—¡Pero diste un paso atrás! —Ella lo siguió, sacando una mano pálida de entre la manta. La posó en su antebrazo y apretó su carne; la fragilidad de su mano no anunciaba el calor de su tacto.

—Soy de carne y hueso —afirmó ella, con fervor—. Humana.

—Cálmate, lass. —Esperó hasta que retiró la mano—. Debes contarme todo, desde el principio. —Quizá su propia incapacidad para aceptar lo que debía ser verdad, o el darse cuenta de que no era inmune a su tacto, lo puso en guardia—. No quiero esto cerca de Ailis. Ni por un momento permitiré...

—¡Nunca haría daño ni a un cabello suyo! —gritó, horrorizada —. No soy… no soy mala. No soy cruel. No quiero hacer daño. Estoy perdida.

Calmándose, él insistió de nuevo:

—Cuéntame ahora, todo.

—Tengo miedo —confesó en voz baja—. Tengo miedo de que me encierren o… no sé, que me quemen en la hoguera o lo que sea que hagan ahora.

Él frunció el ceño ante eso. No era un bárbaro, estaba tan desconcertado como ella.

—Ven —la invitó, inclinando la cabeza hacia el prado en flor—. Siéntate.

—¿Ahí?

—Son flores y hierba, no una cama de rocas llena de serpientes.

Su voz, menos ansiosa, explicó:

—Solo quería decir que parecía muy alta, la hierba.

Sí que lo era. Cuando Ailis empezó a caminar, la había traido aquí y se escondía en la hierba alta y chillaba, revoloteando alrededor, tratando de encontrarlo. Parecía tan lejano.

Cuando se alejaron quizá veinte pasos del camino y, por tanto, de posibles oídos que pasaran, él se dejó caer al suelo. La hierba verde y dorada le llegaba al hombro y se mecía suavemente con la brisa de la mañana. Gabby se sentó a su lado, bajando de un solo movimiento hasta quedar con las piernas cruzadas bajo ella. Esto tensó la falda de la léine sobre su regazo, que el tartán volvió a cubrir al cerrarlo otra vez sobre su pecho.

Arrancando una larga brizna de hierba seca, la deshizo en tiras más finas y no la atravesó con la mirada, sino que comenzó a relatar su historia con las palabras que él mismo había oído primero de ella.

—Naciste en el año mil novecientos noventa y nueve. —A su exclamación de sorpresa respondió otra vez—. Lo dijiste en tus desvaríos de anoche.

—Oh. Bueno, esa es la cuestión central, ¿no? ¿Que nací setecientos años en el futuro?

—Pero eso no es todo. Dijiste que no procedes ni de Escocia ni de Inglaterra.

—Sí, y el lugar de donde vengo aún no ha sido descubierto, no por los europeos, así que no te dirá nada.

—Pero estabas en Escocia cuando… viajaste a través de los años?

—Sí. Estaba… buscándome a mí misma, o perdiéndome, como quieras verlo.

—Necesito saberlo todo. O no podré decir que confío en ti.

Ella alzó la cabeza de un golpe, apartándola de los dibujos que trazaba con el dedo en el tartán.

—¿Y eso va en ambos sentidos? ¿Vas a contarme todos y cada uno de los detalles sobre ti?

—Yo no soy quien viaja en el tiempo ni quien hace que la gente desconfíe —le recordó con ligereza.

—¿Desconfiar? No creo que puedas tenerlo de las dos formas. O tienes miedo de mí y quieres que me vaya, o crees lo que dijo ese

loco de la bruja y me necesitas. Decide. Me desempeño mejor cuando sé cuál es mi papel.

Oh, cuánto le gustaría hurgar en esa última frase.

—Se decidirá cuando termine el relato.

—Está bien. Mi mamá… se fue. Luego estaba yo con mi padre y mi hermano; buenos tiempos. En fin, vamos más adelante. No estaba disfrutando tanto la vida en Kansas: no tenía familia y solo unos pocos amigos, más bien conocidos. Salía, pero poco, y pocas de esas relaciones *no* fueron un desastre, así que no vale la pena mencionarlas. Así que empaqué y me fui: primero a Irlanda, porque mi abuela nació allí, y luego a España por unas semanas, y después vine a Escocia y… me encantó, así que me quedé. Trabajaba en un café y alquilaba una habitación realmente mala, por semanas, pero eso no te dirá nada. Me gustaba buscar vidrio marino en las playas en mi tiempo libre, sola y sin que me molestaran. Y fue allí, en la playa, y eso fue lo que hacía, buscaba vidrio marino, cuando pareció que venía una tormenta y decidí dejarlo por ese día. Pero al intentar subir la colina, similar al sendero que tienen aquí, que baja a la playa pero no tan empinado, el suelo como que… no sé… empezó a tragarme. Entré en pánico, claro, y grité como una loca. El aparcamiento estaba cerca, a unos seis metros, pero nadie me oyó. Y lo último que recuerdo es que no podía ver, y sentí que no podía respirar. Me desmayé, supongo.

—¿Y lo siguiente que recuerdas? —la animó.

—Despertar en esa pequeña cabaña con techo de paja, con esa gente. La mujer se llamaba Brigid, creo. Sinceramente, durante mucho tiempo pensé que estaba soñando. Intenté preguntar qué pasaba, qué había ocurrido, pero cada vez que hablaba, incluso si emitía un sonido, esa mujer empezaba a chillar y agitar los brazos. Al final, simplemente dejé de hablar. Me dejé llevar, bastante convencida de que estaba perdiendo o ya había perdido la cordura. Viví con ellos varias semanas, intentando encajar lo mejor que podía, y luego… luego te encontré. O mejor dicho, tú me encontraste.

—¿Tu madre y tu padre tenían ese don, de moverse a través de los años?

—No, no. No creo que funcione así. Eso sugiere que lo hice a propósito, que sabía lo que estaba haciendo. Ya te he dicho que no sé qué pasó.

—Has dicho que tu madre ya no está, pero ¿y tu padre?

—Está vivo… o lo estaba, la última vez que supe de él. No hablo con él desde hace años.

—¿Tuviste conflictos con él?

—¿Conflictos? Ja. Era un imbécil, un bebedor empedernido y con la mano pesada, y me fui de allí en cuanto pude.

—¿De dónde te fuiste?

—De mi casa… aunque nunca fue un hogar. Esa casa. En ese momento, cuando me fui, solo estábamos él y yo. Mi madre escapó. Mi hermano se había ido años antes, nunca volvió, ni siquiera por mí.

Él percibió algo más en la triste historia de su familia y preguntó:

—¿Tu madre escapó?

Gabrielle se encogió de hombros.

—Ella… simplemente se fue. Se cansó, supongo. Eso no tiene nada que ver con… nada.

Sí, pensó él, tenía que ver. Una madre que abandona a un hijo era antinatural. Lo dejó pasar por ahora, interesado en otra cosa.

—Dices "salir con alguien"… ¿qué significa eso?

—¿Salir? Oh, como cortejar, supongo que lo llamarías aquí.

Y ninguna de ellas no había sido no desastrosa, había dicho ella.

—¿Cómo puede volverse desastroso el cortejo?

Gabrielle giró la cabeza sobre el hombro y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué necesitas saber eso?

—Quiero saberlo todo de ti. No puede haber confianza si ocultas cosas. —Solo en parte era una mentira, reconoció. La curiosidad era un monstruo rabioso.

Ella puso los ojos en blanco, igual que hacía su hija, y apoyó la barbilla en los brazos cruzados sobre las rodillas dobladas.

—Tengo la costumbre de elegir tipos muy inadecuados. En realidad solo uno, y era un imbécil al que no le importaba nada de mí. Me dejó, cortó conmigo, no sé cómo lo llaman aquí. George quería a alguien… no sé, que no fuera yo, obviamente.

Aedan no pudo pasar por alto la riqueza de dolor en esas palabras. Sí, ella había amado a ese hombre. Tal vez aún lo amara.

Apostaría todas las monedas enterradas en el despacho de Uilleam a que esa era la razón por la que había dejado ese lugar, los Estados Unidos.

***

Suponía que, para mantener a salvo a su familia, él necesitaba saber todas esas cosas, pero no tenía idea de qué aprendía con esos detalles. Culpaba a su estado mental debilitado por revelar algo que seguramente le resultaba completamente inútil, sobre George, el único hombre que creyó que podría amarla. La última persona en la tierra en la que pensaría que, en ese momento, estaría pensando en ella o preocupándose por ella.

Gabby suspiró y dejó caer los hombros, intentando obligar a que se fuera la rigidez implacable. No había pensado en George en mucho tiempo, reconoció con cierto orgullo. Aquello había sido un desastre y poco favorecedor, lo mirara como lo mirara: sus engaños, sus súplicas, todo. Pero a George debía agradecerle, o culparlo, según se viera, por haberla hecho huir, muy lejos, hasta Europa.

Su madre… bueno, de eso nunca hablaba, salvo con terapeutas que durante años habían intentado convencerla de que no era culpa suya. Le decían que no debía verlo como un rechazo hacia ella, puesto que su madre había dejado a su padre. Pero ¿qué niño no lo vería así? Tenía siete años. Su madre… simplemente se había marchado. La había dejado con su padre, sabiendo cómo era. Al parecer nunca había vuelto la vista atrás.

Un saltamontes pasó zumbando por su cara, seguido de una abeja que voló entre ella y Aedan. Alzó la mano y manoteó contra la abeja y la manta. Odiaba los insectos.

—Si solo voy a sentarme, preferiría hacerlo en la playa.

—Eso se puede arreglar.

Ella negó con la cabeza.

—Ojalá tuviera tanta energía para bajar hasta allí. Apostaría a que el aire salado despejaría mi mente.

—Hay otras maneras de llevarte a la playa.

Lo cual sonaba mucho a que estaba sugiriendo… ¿cargarla él mismo? No es que un caballo pudiera recorrer ese sendero hasta la playa.

—¿Por qué de repente eres tan… complaciente? Antes de anoche me creías solo una persona perdida, pero de esta época. Ahora sabes que no es así, lo creas o no, es asunto tuyo, y estás siendo más… solícito que antes. Casi amable, lo cual apostaría que no es tu modo habitual.

—¿Me insultas?

—No. Digo la verdad y pregunto la razón. No fuiste precisamente acogedor conmigo y ahora básicamente me dices: ¿qué quieres? Puedo hacerlo realidad.

—Sé que eres la elegida, como fue predicho.

—Ah, eso. Me voy a sentir fatal si no puedo ayudarte con eso.

—Lo harás. Ella dijo que lo harías.

—¿La bruja? —Giró el rostro y entrecerró los ojos, mirándolo.

—Sí.

—¿Y nada de lo que dijo te parece irrazonable? ¿Como un invento ridículo?

—Muy a menudo no entiendo muchas de tus palabras —respondió él, arrancando otro tallo de hierba y desmenuzándolo como los anteriores—. Aun así, no creo en fantasmas ni duendes, criaturas feéricas ni brujas. Pero ella vino a mí, se plantó delante de mí, tan cerca como lo estás tú ahora. Pude ver a través de ella, ver el árbol detrás. Habló de una que vendría, de ojos azules, que atravesaría la oscuridad con luz, que cantaría al amor en otra lengua y…

—Está bien, te voy a detener aquí mismo. A, como la mitad de la gente que conozco tiene ojos azules. B, casi todos los que conozco tienen una linterna. En algún lugar. Y ahí lo tienes. C, ¿cantar al amor en otra lengua? Claramente no soy yo. Sé inglés y nada más. El francés que estudié en la secundaria nunca se me dio, o más bien yo no me di a eso. No lo hablo en absoluto…

—Pero lo cantas. —No era una pregunta. Lo dijo como si lo supiera, y ella no.

—No… no lo hago. No lo *he* hecho.

Él asintió con esa manera lenta y paciente que tenía. No lo hacía menos imponente, solo insinuaba que sabía todas las respuestas y solo esperaba que ella lo alcanzara.

—Lo has hecho. Anoche, cuando la fiebre te dominó. Fue entonces cuando soltaste todas esas verdades. Tarareaste un poco, entonaste una canción frágil y tenue en francés. El mío tampoco es muy bueno, así que no puedo decir que…

—¿Qué canté?

—No lo recuerdo todo, no creo haberlo entendido bien de ninguna manera, pero dijiste… cantaste… algo que preguntaba qué harías… sí, um, qué haré cuando estés lejos y yo esté triste. —Se encogió de hombros.

Gabby jadeó. Él había dicho las palabras, no las había cantado, pero la canción era fácil de identificar. Lo miró por un segundo, sin ser inmune a lo increíblemente verdes que eran sus ojos bajo el sol de la mañana, ni a cómo esa misma luz sacaba tonos rojizos en su espeso cabello.

Pero la canción. La tutora de francés que a veces había necesitado la hacía memorizar canciones. *What'll I Do?,* escrita por Irving Berlin y grabada por primera vez en las primeras décadas del siglo XX, había sido su favorita. Le gustaba porque era lenta y fácil de recordar y repetir.

Y este hombre, sentado aquí en el siglo XIV, acababa de citársela.

Ahora, con cautela, el ceño fruncido y la suspicacia agudizada, preguntó con dureza:

—¿Qué más dijo esa bruja?

Él sonrió.

—No mates al mensajero, lass.

Aunque no soltó otro jadeo, sí abrió mucho los ojos.

Aedan Cameron sonrió. Fue… hipnotizante, juvenil, fácil y… guau. Lo transformó. Alteró por completo su apariencia, que ya de por sí era condenadamente atractiva. Pero con la sonrisa, ambas

comisuras de la boca levantadas, ensanchadas, no mucho, lo justo para cambiarle el rostro, creando dos líneas largas a cada lado de la boca… oh, cielos.

—¿Esos músculos funcionan? —dijo antes de pensarlo mejor, recurriendo al sarcasmo que solía usar para ocultar tantas cosas en su vida, el sarcasmo que había abandonado en el último mes, pero que volvió al frente, con suerte ocultando su conmoción ante la magnificencia presente de él. —No lo sabía.

Él sabía de qué hablaba ella, pues la había visto mirando con tanto asombro su sonrisa perezosa, que ya había borrado, pero eligió ignorarlo.

—Dijo que me dirías quién mató a mi hermano. Como ya te lo mencioné en otro momento.

—Sí. Varias veces, de hecho. Lo recuerdo. ¿Qué más?

Él frunció los labios, evaluándola, y quizá considerando qué más revelar.

—Dime.

—Dijo que había otra que se mueve a través del tiempo, como tú lo has hecho.

—Oh. ¿Quién? ¿Dónde?

Sacudió la cabeza, sin añadir nada más, aunque Gabby tuvo la sensación de que había más detrás de aquello. Bien, podía esperar.

—Pero aún hay más.

Él asintió.

—Pero tonterías, el resto.

—Tienes que decírmelo —insistió ella—. Yo he respondido todas *tus* preguntas.

Él consideró negarle más información, pero solo un momento. Con un encogimiento de hombros para restarle importancia, le informó:

—Dijo que eras feroz y que calmarías cualquier miedo que yo tuviera.

Y Gabby soltó una carcajada. Bien, ahora sí estaba convencida de que la bruja no era más que una charlatana.

Aedan no se rio con ella de lo absurdo de esa afirmación, que habría tenido más sentido si la chiflada a la que había consultado hubiese dicho que Aedan era feroz y que él aliviaría los miedos de Gabby.

Sacando la mano de la manta, Gabby la giró, con la palma hacia arriba, a modo de súplica.

—¿No ves lo gracioso que es eso, lo equivocado que está?

—¿Qué cuestionas?

Otra breve risa, y luego:

—Pues, ambas cosas, el principio y el final. Yo no soy para nada feroz y tú eres, apuesto que con toda seguridad, alguien que no le teme absolutamente a nada.

Él no rio, ni siquiera mostró de nuevo esa sonrisa perezosa y maravillosa. Escudriñó su rostro, casi inexpresivo, durante más de diez segundos, provocando que el calor subiera a sus mejillas.

Su propia mueca incrédula se desvaneció.

—¿Qué?

—Sabes muy poco, ¿no es así?

¿Cómo debía responder a eso? En cierto sentido, era verdad: estaba completamente y de forma frustrante perdida, aquí y ahora, y tan a menudo en su vida real, apenas manteniéndose a flote cada día, tratando de sobrevivir.

Pero ¿a qué se refería exactamente? ¿Muy poco sobre *qué*?

—Todo hombre tiene miedo, y no creas al que diga lo contrario —le dijo—. No es de fiar, ni en batalla ni en asuntos personales. Y tú eres feroz. No con armas ni con gestos pensados solo para impresionar, sino porque estás aquí, porque sobreviviste a lo que la bruja, o alguna otra entidad, te hizo. Porque estás aterrada, sí, lo veo en tus ojos, en cada ocasión en que nos encontramos, pero sigues adelante, perdida en todos los sentidos posibles, pero aun sosteniendo la esperanza. Que regresarás a tu tiempo. O que tal vez solo estés soñando, lo cual también es esperanza.

Hizo una pausa, pensativo, apartando la mirada hacia los campos ondulantes de flores. Su perfil era tan espectacular como cualquier otra vista de él. Sus pestañas oscuras eran cortas, pero

espesas y con un rizo envidiable; su nariz no era perfectamente recta, con un bulto cerca del puente; su barba, entrecana y marrón, le daba un aspecto curtido y sabio, mientras que los ángulos marcados de su rostro y la línea dura de su mandíbula anunciaban su fuerza. No había nada blando en ese hombre.

—No tienes conocimiento de esta época ni de lo que te ocurrió, pero esperas y lo intentas —continuó—. Eso no es fingido, no es inventado para tu circunstancia, sino que viene de dentro: una fiereza.

Y eso, junto con las palabras anteriores, quizá era lo más bonito que alguien le había dicho jamás.

Pero entonces, surgieron sus propias preguntas.

—¿De qué tienes miedo tú?

¿Qué podía temer este hombre, al que tantas veces había pensado hecho de piedra, tan fuerte, apuesto y seguro?

Entonces la sonrisa regresó, aunque más pequeña y perezosa que la primera.

—¿Qué teme cualquier hombre? Guerra. Batalla. Muerte. La imposibilidad de proveer. Un invierno duro. Un verano tormentoso. Un asesino bajo mi techo. La seguridad de mi hija, una lucha constante por no apagar su espíritu.

—Oh. —Ella meditaría sobre esas revelaciones. En la superficie, claro que tenía sentido. Pero tal vez habría llamado a la mayoría de eso preocupaciones, no miedos. Respecto a Ailis, comentó con una sonrisa torcida—: No puedo imaginar nada que logre domar su espíritu, ni siquiera reglas destinadas a mantenerla a salvo. Ella es… es una flor silvestre, lo cual es mucho mejor que una rosa, ¿no?

Cuando él asintió, considerando eso, Gabby volvió a una declaración anterior.

—¿La bruja dijo que había otra persona que viajaba en el tiempo?

—Lo insinuó. O esa fue mi percepción de su declaración críptica.

—Necesito encontrar a esa persona —dijo Gabby—. ¿Dijo quién era o dónde estaba?

—Sí, y me dijo dónde encontrarla.

—¿Y me llevarás allí? —Pero recordó el trato que había hecho con Aedan Cameron y puntualizó—: ¿Después de un mes?

De inmediato, la invadió una desazón mayor. Si había otra persona viajando en el tiempo y seguía aquí, ¿cómo podría ayudarla? ¿No se habría ido ya si hubiera podido?

—Te llevaré allí, a Brechmont —dijo él, poniéndose de pie. Estiró una mano y ayudó a Gabby a levantarse también—. Después de que me des el nombre del que asesinó a mi hermano.

—No —se apresuró a refutar ella—. Acordamos un mes, tanto si lograba resolver el asesinato como si no. No te eches atrás ahora.

—No lo haré. Y tú tampoco. Podrás decírmelo, lo sé.

Ojalá tuviera al menos una pizca del optimismo de este hombre.

Gabby no sabía qué pensar del hecho de que cada vez que él la sometía a una mirada intensa, como ahora, su corazón daba un vuelco. Mentiría si dijera que no era muy consciente de su atractivo viril, o que no había imaginado cómo se sentiría ser sostenida por esos brazos fuertes o besada por él. Un cosquilleo le revoloteó en el vientre, preguntándose si se atrevería. O si sería ella quien lo haría.

Avergonzada por esos pensamientos inoportunos, mejor guardarlos para un momento en que no estuviera a menos de un paso de él, ni siendo observada como si él pensara lo mismo, ni cuando aún sostenía su mano.

Gabby volvió a la realidad al darse cuenta de que seguía sosteniendo su mano, que él no la había soltado cuando ella se puso de pie. Despacio, la apartó y la escondió entre los pliegues de la manta a cuadros.

—Perdón —murmuró.

Ella vio cómo se le tensaba la mandíbula cuando él giró la cabeza.

—Deberíamos volver —dijo, y encabezó el camino por el pintoresco prado de flores silvestres. Su mano, la que había sostenido la de ella, se cerró en un puño a su costado, mientras que la otra permaneció relajada.

Capítulo Doce

Abraza lo Inevitable

—Si piensas escaparte de tus tareas por hoy —dijo Gabby a Ailis a la mañana siguiente—, te tengo que decir que no puedo formar parte de eso. Tengo mi propio trabajo que hacer.

A Gabby le alegraba sentirse mucho mejor aquella mañana, que hubiera dormido bien. Y hoy estaba ansiosa por ponerse a ello, por hacer todo lo posible para averiguar quién podría haber matado al tío de Ailis. Aunque había hecho el trato con Aedan de dedicar un mes, sabía también que si lograba resolver el asesinato antes podría pedir que la llevasen a ese lugar, Brechmont, antes de lo previsto. Podría encontrar a otra viajera del tiempo y, por fin, salir de aquí.

—¿Te han metido en la cocina, dicen? —se rio Ailis—. ¿En la despensa? No me sorprende. La cocinera siempre está quejándose de que no hay manos suficientes.

—¿Qué? Oh, no. Nada de eso. —Gabby ya había decidido contarle a Ailis su papel. Aedan no había dicho expresamente que no debía saberlo. Y, sinceramente, sería mucho más fácil, con los métodos y los intentos que fuera a hacer, si Ailis estaba con ella.

Ailis ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Entonces qué haces?

—Te lo diré sólo si prometes no contarlo —prosiguió Gabby—. A nadie. Bueno, salvo a tu padre y a Cormag. Ellos son los únicos que lo saben.

Como esperaba, aquello despertó el interés de Ailis. Gabby no creía que sus ojos pudieran abrirse más. En tono conspirativo cerró la puerta y se subió a la cama, quedando de rodillas y arqueándose hacia Gabby.

—Di qué es, ¿qué haces? —pidió.

—¿Lo prometes? No puedo contártelo —dijo Gabby y añadió en tono de broma—, *y* permitirte ayudarme si vas a andar pregonándolo por ahí.

—Claro, y como el pescado en el anzuelo o el jabalí asándose en el espetón, mis labios no dirán nada.

Gabby sonrió ante la ingeniosa metáfora. Se sentó en la cama junto a Ailis.

—Bien, ahí va. Por alguna razón —comenzó, segura de que Ailis no necesitaba todos los detalles de cómo había sucedido—, tu padre cree que yo puedo descubrir quién mató a tu tío. —Cuando los ojos de Ailis se hicieron otra vez inmensos por la excitación palpable, Gabby aclaró: —No es un juego, sino... algo para ayudar a tu padre. Y, por supuesto, para hacer justicia al tío.

—¿Pero cómo lo vas a hacer?

—Pues no estoy exactamente segura, pero Ailis, tengo que salir y conocer gente, dentro de la casa y en el pueblo. Necesito encontrar la manera de entablar conversación con ellos, hacer que hablen del asesinato, ver qué saben, si es que saben algo, y valorar si son sinceros o no. Como tú conoces a todos, tu ayuda será invalorable.

—Ayudaré —prometió Ailis con entusiasmo—. Y no le diré nada a nadie.

—Ailis, tenemos que ser muy casuales. La gente no suele hablarnos si piensa que los sospechamos de un asesinato.

Ailis lo consideró.

—¿Así que no empezamos por eso cuando hablamos? ¿Vamos llegando al tema, entonces?

—Exactamente —aceptó Gabby—. Sabía que serías buena en esto. Deberíamos empezar en la casa, hablar con las mujeres primero. Lo digo porque, y no hablo mal de tu tío, se dice que a él... eh, le gustaban las damas. Me preguntaba si algún corazón roto habrá pensado tomar venganza.

—Sí, eso dijo Cormag. Entonces necesitamos estar en la cocina. Ahí es donde se charla sin parar.

¿Cormag daba su opinión sobre *todo*? ¿Y tanto a Ailis?

—Perfecto.

Con eso, Ailis fue guiando a Gabby hacia la cocina, lo que implicó varios giros por más de un pasillo en la planta baja.

Admitiendo que pasaron al menos diez minutos desde que entraron, Gabby no hacía más que quedarse boquiabierta ante el tamaño de la sala y la actividad que había allí. No había madera en la sala, de techo bajo pero larga, salvo una encimera de unos tres metros y varias cucharas para remover gastadas y oscurecidas. Todo lo demás era piedra u otro material: la chimenea se alzaba en la pared posterior, adornada con espetones y ganchos, y lo que parecía una grúa de la que colgaba una olla negra sobre las brasas; ollas y sartenes de distintas formas y tamaños, de cobre, cerámica, hierro y bronce colgaban por toda la sala, en la pared y de una rejilla sobre esa encimera; había varias puertas que daban a otras estancias, y rápidas miradas mostraron que todas estaban conectadas: la despensa, la lechería, la bodega y el lavadero, cosas que había aprendido en una visita que hizo a un castillo medieval en Irlanda.

Dentro de la habitación había al menos una docena de personas, desde un hombre corpulento de mediana edad, que debía mandar allí, pues había ignorado su llegada y no decía nada sin gritar, hasta dos niñas pequeñas, no mucho mayores que Ailis, que se sentaban en taburetes en una esquina usando sus faldas a modo de coladores mientras recortaban judías largas. Una mujer de la edad de Gabby estaba junto a una de las encimeras, desplumando lo que parecían codornices, unas veinte, y se frotaba la frente con el dorso del brazo.

La sala estaba atestada y olía a grasa, humo y carne cruda, los olores estaban suspendidos en el aire como una bruma grisácea. Y hacía calor, demasiado calor. Ni la persona más pequeña estaba sin una película de sudor en la frente; la del hombre grande goteaba de verdad. Gabby apartó la vista de aquella imagen antes de que viera caer gotas de sudor sobre algo que estuvieran preparando. No podría comer en una semana.

La mayor parte de su boquiabierta atención se centró en el centro de la encimera, donde Ailis se había colocado junto a otras dos chicas adolescentes que miraban a Gabby con una mezcla de desconfianza y curiosidad, inmunes a la sonrisa amistosa de Gabby.

Como si fuera a contribuir encantada con la faena, Ailis encontró un cuchillo para ella y otro para Gabby y se pusieron a

ayudar a picar la enorme cesta de col.

—Gabby siente que no está siendo lo bastante útil —dijo Ailis con habilidad—. Dije que sí, que debía ganarse su lugar, como cualquier otro.

Ninguna respuesta. Ninguna que mostrara comprensión.

—Quizá no entienden el inglés —sugirió Gabby, picando con ritmo y mirando de reojo para calibrar reacciones.

—Lo entienden —aseveró Ailis, con un tono propio de hija de jefe—, cuando les place. —Y entonces demostró lo habilidosa y taimada que era diciéndole a Gabby: —Como te dije antes, no sé por qué Micah estaba cogido de la mano con Fenna. Sé que Fenna ya tenía prometido.

—Muy extraño —comentó Gabby, pillando la indirecta, sin saber qué más añadir.

Ailis no necesitó más empujón.

—Cormag tenía razón en eso, ¿no? Serpiente en la hierba.

La pelirroja detuvo el movimiento del cuchillo.

—¿Cuándo y dónde viste eso? ¿A Micah con Fenna?

Ailis se encogió de hombros y miró a Gabby.

—¿Fue ayer?

—Podría haber sido el día anterior —inventó Gabby, y ella y Ailis siguieron picando, fingiendo que era mera conversación casual.

La pelirroja susurró algo en gaélico a la de cabello castaño y esta la escuchó.

Ailis rio, con ruido a propósito, estaba segura Gabby, siendo mucho más adulta que sus años. ¡Qué cría!

—Sé que eres más lista que eso, Fi, por poner tu corazón en Micah. Hubo quien pasó demasiado tiempo en compañía del tío.

Gabby miró de reojo a Ailis. Aquella niña era una natural.

La mención de Arthur alzó las miradas hacia Ailis, que dijo a continuación, aún con la cabeza inclinada sobre su trabajo:

—Sí, y el tío era querido y llorado, pero era lo que era, enamorado del amor, ¿eh?

Gabby casi oyó esas palabras en la voz de Cormag, tanto que no dudó que, si estuvieran solas, Ailis habría terminado la frase con el frecuente "…eso es lo que dice Cormag".

—Tu tío no engañó a ninguna lass—dijo la morena—. Esperanzas y sueños que alguna chica pudo tener con él, pero sólo fueron eso. Él se aseguró de ello.

No sonó resentida tanto como resignada, lo que llevó a Gabby a descartarla mentalmente. Miró a la pelirroja para calibrar su reacción. Permaneció seria un momento, lo que levantó las cejas de Gabby, hasta que dijo:

—Pues yo no jugaba a su juego. No era sincero. Cualquiera lo veía. —Miró a su amiga—. Y te lo advertí, ¿no?

Otra comprobación. Fuera de la lista.

Y así transcurrió la mañana. Otra mujer en la cocina, tras la insistencia de Ailis sobre su tío, expresó un encogimiento de hombros decepcionado porque Arthur nunca se había atrevido con ella. La lavandera, una mujer risueña, soltó una carcajada y dijo algo que Ailis luego tradujo como: que su marido la mataría si siquiera hubiera parpadeado en dirección a Arthur.

Por la tarde, afuera de las bulliciosas y malolientes cocinas, encontraron gente mucho menos comunicativa.

***

Aedan se restregó las manos en la pila colocada justo afuera de los establos para tal propósito y se las secó lo mejor que pudo, sacudiéndolas y frotándolas. El día había empezado bien, pero oh, qué rápido había cambiado. Los ejercicios de entrenamiento de la mañana habían salido bien y se había sentido satisfecho con toda la maniobra. Algunos días sentía que solo observaba a Cormag instruir a cabras o ardillas torpes y armadas, viendo demasiados errores torpes y muy poca previsión en cualquier acción. Hoy la unidad había practicado con eficiencia, con la concentración esperada y por lo tanto pocos errores. Estaba de buen humor, un ejército bien entrenado tantas veces parecía solo un deseo.

Y el resto del día bien podría haberlo mantenido en ese buen ánimo, pero al volver a la fortaleza se había topado con Lilles en la aldea. Había llevado su caballo hasta donde ella le había hecho señas, saliendo de la choza de Patrick Nesch. Lilles comúnmente podía ser considerada una vieja bruja, y ciertamente lo parecía: dura y tosca, con ojos estrechos, cabello tan ralo que un buen viento

podía poner en peligro lo poco que quedaba, y un tanto encorvada en su postura; pero era una persona de valor dentro de la familia Cameron, respetada y buscada por su conocimiento de enfermedades, cuidado de heridas y remedios. Estos últimos, en su mayoría hierbas, solían hacerla oler como si se hubiera revolcado o bañado en el mirto de pantano o en la aulaga de las colinas.

Ella se había disculpado por no estar disponible cuando él la había mandado a llamar, cuando Gabrielle estuvo enferma.

—Ya conoces a Donald de Airlie —dijo, entornando los ojos hacia él mientras él estaba sentado en su corcel.

Él asintió, conociendo bien a cada arrendatario en tierras de Cameron.

—Pues su esposa estuvo de parto, más de un día y nada bien —dijo Lilles—, hasta el final, y todo salió bien. Pero sí, Binnie me tiró de la oreja esta mañana, dijo que tenías una visita, una enfermiza.

Asintiendo, Aedan informó:

—Tenemos una visitante, y ya se ha recuperado.

—¿Lo ha hecho? —lo alarmó Lilles al preguntarse, apoyando la mano en el costado del corcel de Aedan, tal vez para mantener el equilibrio o porque se inclinó hacia él y bajó la voz—. No recuerdo haber visto vómitos sin fiebre. Y los desmayos, sin fiebre, y los desvaríos que Binnie contó y las visiones que la pobre criatura juraba ver. Binnie dice, y esto lo dice ella y no yo, que el baño tomó el doble de tiempo, forcejeando con la mujer, que tenía miedo de los caballos salvajes que galopaban por la estancia.

Como él mismo había presenciado algo similar, Gabrielle preguntándole a Ailis si había margaritas en el aire a su alrededor, no había puesto en duda la autenticidad de aquel relato. Aun así, el tono sigiloso de Lilles le erizó los vellos de la nuca.

—¿Qué estás diciendo, Lilles?

Bajo la pesada capa de lana y el grueso vestido, ella encogió los hombros.

—Podría preguntar: ¿qué tan bien recibida es ella? —Ambas cejas grises, ralas, se le alzaron en la frente.

Cuando Aedan expresó su frustración, esperando que dijera de una vez lo que insinuaba, ella levantó la mano libre y tocó con el

pulgar su meñique doblado.

—Vómitos —dijo, moviendo el pulgar al anular—, incoherencias, visiones, y todo sin fiebre. —Con el pulgar entonces presionando contra el índice, le apuntó con toda la mano—. Juntos, huelen a veneno, jefe, y tienes entre manos a una lass atacada y un pequeño misterio: ¿quién querría hacerle daño a la pobre criatura?

Cuando Aedan no dijo nada, solo la miró con una furia creciente de que alguien pudiera atreverse, Lilles añadió:

—Y sabes, a veces es una necesidad y no solo un deseo, la causa de una muerte.

Entre dientes, con las aletas de la nariz dilatadas:

—¿Estás diciendo que alguien envenenó a Gabrielle?

—Och, y no es más que una suposición, ya que yo no estuve allí. Pero sí, no se me ocurre otra causa que reúna todos esos síntomas en una sola persona al mismo tiempo.

Maldita sea.

Él lo meditó solo un momento antes de decirle a Lilles:

—No hables de esto con nadie, Lilles. Yo llegaré al fondo del asunto.

Y lo haría. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía haber sido envenenada? Apenas había formulado la pregunta cuando recordó aquel día en que Gabrielle y Ailis se habían perdido la cena. Les había dicho que era su mala suerte y su culpa. Pero cuando Ailis lo llamó en pánico a la habitación de Gabrielle, recordó haber visto la bandeja de viandas, no del todo consumidas, sobre la mesilla, con la jarra de té al lado. Ohcristo, si ella lo hubiera comido y bebido todo, ¿habría muerto? La sola idea le retorció el estómago y le apretó con fuerza el pecho.

Treinta minutos después, su sangre aún hervía. Estaba a punto de volver hacia la fortaleza, con la intención de localizar a Gabrielle y ponerle guardia, todavía no había decidido cuánto de las conjeturas de Lilles compartir, cuando oyó a Ewan soltar un gruñido en su áspero tono, su voz llegando desde la parte trasera de los establos. Aedan asomó la cabeza por la pared para ver quién recibía el malhumor perpetuo del maestro de caballerizas, sorprendiéndose al descubrir que eran su hija y Gabrielle. Su ceño se frunció de

inmediato, *¿qué hacían molestando a Ewan?*, y se adentró en las sombras de los establos.

Gabby y Ailis estaban de espaldas a Aedan, el cabello rubio claro de su hija en marcado contraste con la melena oscura de Gabrielle, brillando en la penumbra. Gabrielle estaba un poco apartada de donde Ailis fastidiaba al hombre, intentando otra vez tocarle el hocico a uno de los caballos. Como antes, se acercaba con cautela, avanzando la mano y retirándola de golpe cada vez que el animal se movía. Cuando al fin logró posar la mano entre los ojos del caballo y acariciarlo hacia abajo sin que se apartara, toda su postura cambió. Hasta entonces se había mantenido a una distancia prudente, pero después de una segunda caricia de sus largos dedos pálidos sin ser rechazada, se inclinó sobre el costado del establo y le susurró algo al caballo.

—¿Y por qué haces todas esas preguntas ahora? —preguntaba Ewan a Ailis en gaélico.

—Bien sabes, Ewan Fleming —replicó Ailis con firmeza—, que mi mente no descansará hasta tener todas las respuestas.

Ewan, limpiando herraduras que había quitado de los caballos, estaba sentado de perfil sobre un barril cortado por la mitad, trabajando con un cepillo de alambre sobre las piezas, que volverían a la herrería para fundirse.

—Tu tío —dijo Ewan— fue un buen hombre. Claro que tenía sus mañas, algunas no siempre bien recibidas por todos. Pero tú, Ailis Cameron, aún eres demasiado joven para preocuparte por tales cosas. Recuérdalo como tú lo conociste.

—¿Pero no te preguntas quién lo mató? —dijo Ailis a continuación—. ¿No temes que alguien capaz de algo así camine entre nosotros?

Aedan hirvió entonces, dándose cuenta de lo que Ailis y Gabrielle estaban haciendo. O más bien, en lo que Gabrielle había metido a su hija. No escuchó la respuesta de Ewan, nada después del resoplido del hombre, y sintió cierta satisfacción al ver que Ailis y Gabrielle, al no lograr nada por ese camino, se volvieron y lo encontraron allí y, como ya había ocurrido más de una vez, se sobresaltaron al verlo.

—Se asustan tan seguido cuando me encuentran —dijo, con voz baja y no del todo agradable, mirando a Gabrielle y luego a su hija— que me queda la impresión de que están en asuntos que no deberían.

En esta ocasión, Ailis no se inmutó con su leve reprimenda. Pasó justo por su lado, saliendo al sol del patio. Aedan volvió su ceño a Gabrielle, quien hizo un gesto de disculpa, levantando y bajando los hombros.

—Me sorprendiste, nada más —lo despachó con facilidad, y también lo rodeó, siguiendo a Ailis afuera.

Cuando él las alcanzó y se pararon en un semicírculo frente a los establos, les recordó:

—Tienen trabajo que atender, ¿no?

—Hemos estado ocupadas —le informó Gabrielle—. Pasamos más de una hora en la cocina, ayudando con la preparación. —Sus ojos se movieron de un lado a otro, y añadió en voz más baja—: Y hablando con la gente, sacando algunas conclusiones.

Aedan arqueó una ceja ante eso.

—Sí, y ¿acaso no lo estuvimos haciendo toda la mañana? —dijo Ailis con orgullo—. Y papá, Gabby y yo estamos seguras de que sabemos de muchos que no mataron al tío.

Él miró a Gabrielle en busca de confirmación.

Asintiendo, ella dijo:

—Es cierto. Podemos descartar con confianza a casi todos con quienes hablamos esta mañana. —Hizo una leve mueca—. Al menos dentro de la casa. En la última hora, desde que salimos afuera, nos hemos topado con un obstáculo.

Preguntándose cómo ese éxito había terminado de golpe, Aedan levantó la ceja, esperando más información.

Ailis lo iluminó.

—No le hablan a ella, ninguno de los lads ni los viejos. Dentro de la fortaleza, fue más fácil conseguir que las lasses hablaran.

—Supongo que me tienen miedo —dijo Gabrielle cuando él volvió a prestarle atención, encogiéndose de hombros como para dar a entender que no la alteraba la recepción poco amistosa—. Imagino que la gente diferente suele representar un peligro.

Sí, era diferente. Era una persona nacida en otro tiempo, que había llegado con emociones sueltas que a veces no podía controlar; había venido con restos de pintura en las uñas, algo que él nunca había visto y cuyo nombre ni siquiera podía pronunciar; y dejando de lado todo lo demás que la hacía cautivadora, sus ojos azules por sí solos bien podían ser lo bastante magníficos como para iniciar o detener guerras. Era, sin duda, poco común, pero no peligrosa.

No le sorprendía que no quisieran abrirse con ella. Porque, aunque los Cameron no conocieran el alcance, en muchos sentidos era una forastera.

—Ailis ha sido de muchísima ayuda —dijo Gabrielle a continuación—, tanto con la barrera del idioma como porque la conocen y al menos hablan con ella.

Aedan reflexionó sobre esto. En lugar de pasar meses intentando enseñarle la lengua y permitiendo que la gente de Cairncross llegara a conocerla mejor, tiempo que ella no le había prometido, se preguntó si habría una manera mejor y más rápida de continuar. Lo poco que habían logrado esa mañana estaría en boca de todos en la fortaleza, el patio y el poblado antes del anochecer. Bastaría con que uno hablara con otro, compararan lo dicho con la extranjera, la mujer inglesa, y no pasaría mucho hasta que todos se dieran cuenta de que el nombre de Arthur había salido en cada conversación. No eran ignorantes, no todos, y acabarían comprendiendo lo que ocurría.

Así que la verdad saldría a la luz y no había modo de evitarlo. Pero quizá entonces pudiera enfrentarse de frente y sin rodeos. Posiblemente lo habría hecho meses atrás, de no ser porque él y el ejército habían sido llamados al servicio solo unos días después de la muerte de Arthur, habiendo estado lejos casi cuatro meses. Se dio cuenta de que ese tiempo fuera, y la distancia de entonces respecto al asesinato, habían relegado la resolución del misterio a un segundo plano en su mente.

Pero quizá eso debía cambiar. Le había jurado justicia a su hermano en su funeral. Y el juramento aún no estaba cumplido.

Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza. Miró fijamente a Gabrielle, escudriñando sus ojos, tan azules como el

cielo de media mañana, mientras su mente bullía, construyendo y ensamblando esa idea.

—Y con eso será suficiente por hoy —dijo al cabo de un momento—. Mañana nos reuniremos en el salón e intentaremos otra táctica.

—¿Nos reuniremos? —preguntó Gabrielle, con las mejillas sonrojadas ahora bajo su intensa mirada—. *¿Nosotros?*

—¿Qué quieres decir, papá? —quiso saber Ailis.

—Que enfrentaremos el asunto directamente, y todos a la vez —fue todo lo que reveló por ahora. Necesitaba hablar primero con Cormag y Uilleam para poner en marcha su idea.

Miró directamente a Gabrielle en ese momento, atrapado por el terror de que ella pudiera convertirse en el blanco de alguien, lo que planteaba la posibilidad realmente espantosa de que quien había matado a Arthur ahora hubiera intentado atentar contra Gabrielle. De lo contrario, tendría que imaginar que dos personas con intenciones malvadas vivían en su mundo. Pero ¿por qué atacar a Gabrielle? No había ninguna conexión entre su hermano y ella. Su mente siguió avanzando, en una dirección aterradora, hasta que logró contenerla: no debía considerar la posibilidad de que Gabrielle hubiera compartido algo del té con Ailis. No lo había hecho, se recordó a sí mismo. Estaba a salvo. Entregarse a la preocupación no le serviría de nada.

En ese instante, Gabrielle le devolvía la mirada con firmeza, aunque con un rubor bastante encantador en sus mejillas, un síntoma habitual provocado por su incapacidad de mirarla sin parecer un oso hambriento. Y ella, la presa tentadora.

A pesar de su inquietud inicial cuando él había aparecido en los establos, y pese a la revelación de que algunos no se mostraban muy dispuestos a hablar directamente con ella, ahora parecía tranquila. No percibía tensión en ella, no distinguía nada en su clara mirada azul que no estuviera también en la suya propia cada vez que ella estaba cerca: una conciencia.

Decidió que no perturbaría su calma en ese momento, que no sería él quien devolviera la preocupación a su frente. Asintió y se marchó.

Tenía otro proyecto para esa tarde: encontrar a Cormag y trazar planes para mantener a Ailis y a Gabrielle a salvo en todo momento.

Capítulo Trece

El Orgullo De Un Protector

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —se preguntó Gabby, ya que Aedan básicamente acababa de decirles que dieran por terminado el día, que dejaran de lado sus simples planes para encontrar al asesino.

Ailis le parecía sin duda del tipo de persona que no le busca defectos a un regalo. Lo demostró encogiéndose de hombros y sonriendo, tal vez sin darle más vueltas a la críptica frase de su padre sobre lo que podría traer el mañana.

—Entonces el día es nuestro —dedujo Ailis.

Gabby ya reconocía lo que la creciente emoción de Ailis podía significar.

—¿Así que a la playa? —preguntó.

—Aye, voy a buscar la bolsa —dijo Ailis antes de salir corriendo a hacerlo.

De pie sola en el patio, Gabby se apretó las manos contra el vientre, mirando alrededor. Aedan no había ido lejos, hablaba con dos soldados cerca de la puerta de la caseta del portón, de espaldas a ella. Mordiéndose el labio con cierta incomodidad por quedarse quieta en medio del patio, vio a Borgach y a aquel soldado rubio entrando por la puerta. Gabby se olvidó de su propia inquietud cuando Borgach descubrió a Aedan y la sonrisa que había dirigido al rubio desapareció por completo, mientras lo espantaba con un gesto impaciente de la mano.

Oh.

Gabby observó, con los ojos bien abiertos ante las maquinaciones de Borgach, cómo esta se echaba la trenza hacia delante, colocándola cerca de su envidiable escote, mientras enroscaba los dedos en las puntas, seguramente para atraer la mirada a su pecho. Caminó hasta Aedan y, cuando él se volvió,

Borgach ladeó la cabeza de manera coqueta y le habló, indiferente a su ceño fruncido, al menos por lo que Gabby alcanzó a ver.

Ailis regresó entonces, un poco sin aliento. Sin duda había subido y bajado las escaleras corriendo.

—Vamos —dijo, tirando de la mano de Gabby.

Salieron del patio, pasando junto a Aedan y Borgach, que en ese momento puso la mano sobre el pecho de Aedan, primero abierta con los dedos extendidos, hasta que empezó a sacudir lo que fuera que hubiese visto, pelusa o vaya a saber qué. O tal vez lo fingía, simplemente para tocarlo.

Pero Aedan no estaba prestando atención. Incluso cuando Gabby apartó la vista de ellos, incapaz de seguir presenciando las poco sutiles tácticas de Borgach, sintió la mirada de Aedan sobre ellas al pasar rápidamente detrás de la prima.

Ailis, tal vez anticipando alguna pregunta sobre sus movimientos, gritó por encima del hombro mientras salían del patio:

—Vamos a la playa, Da. ¡Y aye, estaremos en la mesa a tiempo para la cena!

La verdad, Gabby se alegraba de escapar, incómoda por lo que había presenciado. Y por lo que la había hecho sentir. Como una intrusa, por esos pocos, aunque tentadores, pensamientos que había tenido sobre Aedan Cameron. Ciertamente en aquella ocasión en la que estaba convencida de que él había pensado en besarla y ella… ella había admitido después… que se había emocionado un poco con la idea.

Pero no debería haberlo hecho, ya que acababa de quedar claro otra vez que Borgach estaba encaprichada de Aedan. Dejando de lado el tema de que fueran primos, estaban en el siglo XIV, no era asunto suyo opinar sobre el factor asco de eso, Gabby no tenía derecho a pisar los pies de una enamorada, claramente cuando ella no pertenecía allí y se marcharía pronto si todo salía bien.

Quizás ella también estaba un poco encaprichada, pensó mientras bajaban la pendiente hacia la playa. Aedan Cameron era sin duda digno de atención. Era rudo y atractivo, con unos ojos que recorrían a una persona y la atravesaban de la manera más

deliciosa. Y ¿qué chica no querría ser la que lo hiciera sonreír, aunque fuera una sola vez?

Pero aun así, no debía desear nada de lo que creía haber leído en su mirada. Borgach no se merecía que viniera alguien del futuro, que no duraría mucho en este mundo, a quitarle a su hombre. No es que pudiera, concedió Gabby, compararse en nada con la magnífica Borgach.

—Hay muy poca playa, nada de basura que revisar —comentó Ailis cuando se acercaban a la orilla.

Muy poca playa, en efecto, notó Gabby, arrancada de esos pensamientos contradictorios sobre Aedan. Ningún rastro de marea en el que encontrar tesoros.

—Pero tenemos nuestro libro —le recordó a Ailis, y se acomodaron felices en la misma duna que habían usado antes como reclinatorio y se sumergieron en *Cumbres borrascosas.*

Gabby leyó un capítulo entero, con Ailis absorta cuando no estaba lanzando preguntas sobre palabras que no conocía o no entendía, cuando un soldado Cameron, a quien reconoció como Davidh, pasó junto a ellas, saludando apenas con un gesto. Gabby no le dio importancia hasta que él bajó a la playa y se quedó allí un rato, mirando el mar. Después de unos minutos, empezó a caminar de este a oeste y de vuelta por la orilla, como sin propósito alguno, aunque parecía atento a todo lo que lo rodeaba. Tal vez hubiera pensado que era extraño, pero toda su vida había sentido atracción por la costa, a menudo sin más ambición que estar cerca del agua y del aire salado. Quizás Davidh compartía ese mismo anhelo.

Cuando terminó el siguiente capítulo, le dijo a Ailis que tal vez debían pensar en volver para la última comida. Ailis la tranquilizó diciendo que tenían tiempo.

—Pero no quiero empezar otro capítulo y tener que dejarlo a la mitad —dijo Gabby.

Ailis no se molestó.

—Aye, y entonces tengo tiempo de mostrarte el árbol de la bruja.

—¿El árbol de la bruja?

—Arriba, en el bosque —explicó Ailis—. Alguien, y no diré quién, pero podría haber sido yo, talló la cara de una bruja en uno de los robles.

Riéndose ante eso, Gabby guardó el libro en la bolsa de playa y empezaron a subir la pendiente, dejando atrás la arena y las dunas, hasta llegar al terreno rocoso donde el sendero subía. Fue entonces cuando notó a otros dos soldados: uno sentado sin hacer nada a unos seis metros del camino y otro de pie en lo alto del acantilado, ambos saludándolas educadamente, pero que parecían… no hacer nada.

¿Vigilándolas?

Cuando puso los pies en el suelo plano de la cima del acantilado, Gabby se dio vuelta y vio que Davidh había dejado la playa y subía por el sendero marítimo.

No podía ignorar lo obvio: que tal vez los habían asignado para vigilarlas a ella y a Ailis. Una idea más descabellada la golpeó: que, más probable, los habían asignado para proteger a Ailis. ¿De ella? Claro que cualquier guardia habría sido ordenado por el jefe. ¿De verdad Aedan creía que era peligrosa? ¿Qué le haría daño a Ailis?

Si no, ¿por qué más la seguirían y lo harían tan poco disimuladamente? Cuando Ailis corrió hacia los árboles más espesos a la derecha, en lugar de tomar el sendero hacia la parte delantera del torreón, el soldado de lo alto del acantilado la siguió, manteniendo una distancia respetuosa pero notoria.

—Aquí está —proclamó Ailis, parada orgullosa junto a un roble alto y delgado, señalando la cara tallada en él, en una imitación bastante buena de Vanna White mostrando el panel de letras.

Momentáneamente distraída por lo mucho que la talla sí se parecía a una anciana, a Gabby le resultó fácil elogiarla.

—Ailis, es fabuloso. ¿De verdad lo hiciste tú sola? —La talla medía unos treinta centímetros, justo a la altura de los ojos de Ailis, con nariz verrugosa lograda dejando un poco de corteza y ojos saltones sobresaliendo del tronco.

—¿Dije eso acaso? —replicó Ailis con una sonrisa pícara—. Nae, no lo dije. Pero alguien lo hizo.

Gabby entendió el juego.

—Bueno, quien lo haya hecho es un gran artista, y su trabajo merece ser reconocido. —Ante la mirada fugazmente alarmada de Ailis, corrigió—: Reconocido, como en elogiado, celebrado.

La sonrisa de Ailis volvió.

—Aye, debería.

—Eres una tonta —comentó Gabby—. Vamos, vamos a comer. Me muero de hambre.

Cuando giraron de nuevo para regresar, los tres soldados que habían estado merodeando por la playa y el acantilado estaban ahora a menos de quince metros, posicionados alrededor del bosque y de ellas dos. La sutileza no era su fuerte, aparentemente. Pero mientras Gabby empezaba a hervir al quedar clara su misión, no se desquitaría con ninguno de ellos, sabiendo que solo obedecían órdenes.

Cuando regresaron al torreón y Gabby dejó la bolsa en su habitación y se lavó las manos, el salón ya empezaba a llenarse de sirvientes, soldados y campesinos.

—¿Tienes que ayudar a servir? —le preguntó a Ailis.

—Nae, dimos nuestro tiempo en las cocinas esta mañana —respondió Ailis con indiferencia.

Tomaron asiento en la mesa principal como ya habían hecho antes y esperaron a que llegara Aedan. La comida no se servía hasta que el jefe estaba presente y sentado. La ira de Gabby solo se intensificaba. Lo entendía, sin embargo: la ira no era más que una máscara sobre el dolor que sentía, porque, al parecer, Aedan no confiaba en ella.

¿Cómo puedo ser una amenaza para alguien?

Y entonces se enojó por otra razón completamente distinta cuando él sí apareció, porque por mucho que quisiera estar furiosa con él, y lo estaba, gran parte de ese enojo se desvaneció, con solo verlo.

Jamás había visto sus brazos desnudos hasta ese momento. Como cualquier otro hombre en Cairncross, solía llevar una túnica de

manga larga y encima un chaleco acolchado de cuero y lana o su falda escocesa plegada y drapeada, a veces todo eso junto. El plaid, cuando lo usaba, siempre estaba dispuesto del mismo modo: sobre su hombro derecho y cruzado en diagonal sobre su ancho pecho hasta la cadera, donde se lo metía en el cinturón. Más temprano, cuando Aedan se había topado con Gabby y Ailis, llevaba mangas largas y la armadura acolchada, pero sin el plaid. Entonces había parecido sudoroso y tal vez un poco mugriento, como si hubiera trabajado duro toda la mañana, pero aun así era tan increíblemente apuesto, había pensado ella. Debió haberse bañado en las horas siguientes, mientras ella y Ailis habían ido a la playa. Su cabello estaba seco y peinado con esmero, los mechones color caoba insinuaban bastantes rizos. Se había afeitado. Gabby no tenía idea de cómo se hacía eso en el siglo XIV ni le interesaba demasiado el método, solo el resultado. Creyó que era la primera vez que lo veía afeitado desde que lo conocía, hacía casi una semana ya. Al quitarse la barba, su piel bronceada quedaba resaltada, y sus mejillas inferiores y mandíbula eran un par de tonos más claros, lo que no hacía más que subrayar lo atractivo que era. Sus facciones parecían más marcadas, revelando ángulos y líneas afiladas, perfectas para un hombre que fruncía tanto el ceño.

Pero esos brazos desnudos… Gabby tragó saliva y fue incapaz de apartar la mirada de los músculos que se marcaban en sus bíceps o del fino vello oscuro en sus antebrazos gruesos. Francamente, era lo más sexy que había visto en muchísimo, muchísimo tiempo. Solo logró apartar la vista de sus músculos cuando él se acercó a la mesa principal y sintió el peso de su mirada sobre ella, lo que la obligó a alzar los ojos hacia los suyos, verdes e intensos contra su rostro afeitado.

De algún modo, eso solo volvió a encender su enojo.

Maldito sea por ser tan sensual y atractivo justo cuando ella quería con todas sus fuerzas mantener su furia.

Gabby deseó tener una servilleta o algo en su regazo con lo que entretenerse cuando él rodeó la mesa y tomó asiento a su lado. Como no lo tenía, mantuvo la mirada baja, alisando arrugas imaginarias en la falda de su vestido.

—Tardaste demasiado en la playa, lass—comentó él—. Tienes las mejillas sonrosadas.

—Mis mejillas están bien —replicó con frialdad, sin un ápice de ingenio. Podría haberlo desafiado, *¿y cómo sabía él que había estado en la playa, salvo por sus espías?*, pero recordó que Ailis había anunciado su destino al salir del patio más temprano.

Su respuesta pareció divertirlo, pues escuchó en su voz, más que verlo, una especie de sonrisa, o cierta burla hacia ella.

—¿Leíste más para Ailis?

¿En serio? ¿Ahora íbamos a tener una conversación agradable? Hmmm.

—Sí. Vamos por la mitad del libro. —Y como no sabía si se presentaría otra oportunidad para sacar el tema de lo que él había considerado necesario hacer, le espetó—: Y sorprendentemente, todavía no le he hecho daño ni a un solo cabello de su cabeza. Ni siquiera creo que se haya hecho un mísero corte de papel conmigo. —Con esto lo enfrentó, fulminándolo con la mirada, y se encolerizó aún más al ver que él era incapaz de mostrar un mínimo de culpa por lo que había hecho, por lo que sospechaba de ella. Gabby apretó los labios y arqueó una ceja.

La ligera amabilidad que él había mostrado, ya de por sí rara — se evaporó. Él le gruñó:

—Estás hirviendo con algún veneno dirigido hacia mí y no lo aprecio…

—¿Ah, no lo aprecias? Pues no más de lo que yo aprecio que me hayan seguido tus matones toda la tarde. —Se interrumpió cuando una de las sirvientas de la cocina se detuvo frente a ellos para llenarles las copas de un jarro. Una vez se alejó, Gabby se inclinó hacia Aedan y le siseó en voz baja—: Como si no confiaras en mí para estar con Ailis. Como si yo pudiera hacerle algún daño. Tengo que decirte que, de todas las indignidades, horrores y demás basura molesta que he soportado desde que llegué a este estúpido siglo, esa se lleva el premio. ¿Qué he hecho yo para que sospeches de mí…?

—Basta —ordenó bruscamente—. No se trata de ti.

Con los ojos muy abiertos, ella replicó:

—Por supuesto que se trata de mí. ¿Qué otra razón tendrías para hacer que me siguieran todo el día? —Su enojo fue más fuerte que su deseo de no ser escuchada por nadie más—. ¿Y por qué ahora? He estado con…

Él se puso de pie de golpe, la silla chirrió contra el suelo por la rapidez del movimiento, sobresaltándola hasta dejarla en silencio. No emitió más que un leve quejido cuando él le agarró el brazo y la obligó a levantarse. Sin decir nada, la sacó de la mesa y la arrastró por el abarrotado salón, lleno de miradas curiosas, hasta la puerta del patio. No la arrastró del todo, pero su agarre era firme, y Gabby tuvo que apresurar el paso para seguirlo.

Detestaba ser el centro de atención, así que no armó más escándalo exigiendo saber adónde la llevaba o de qué se trataba todo aquello.

Oh. Seguro que me va a echar de Cairncross.

***

La furia era algo que Aedan dominaba. Vivía con ella a menudo y le resultaba cómoda. Lo que había sentido al entrar al salón, cuando Gabrielle lo miró como si él fuera el banquete servido ante ella, había sido algo casi desconocido u olvidado, pero no le había disgustado, fuera lo que fuera eso que lo sacudió por dentro al ver sus ojos azules fijos en él con tanta hambre.

Su pequeño arrebato, entonces, tuvo el mismo efecto que un balde de agua fría. La leve calma y, sí, aquella pequeña chispa de alegría, murieron rápido con sus duras palabras. Ella lo acusaba de no confiar en ella, mientras que ella misma le daba la misma falta de consideración.

No había dicho nada después de ese pequeño grito de miedo cuando él la levantó de su asiento, pero una vez cruzaron la puerta, salieron del patio y caminaron más allá de la puerta vigilada, fuera del alcance de oídos indiscretos, ella volvió a arremeter.

—Para que lo sepas, yo no soy el peligro aquí. Te aseguro que tienes problemas mucho más grandes que yo. Para empezar…

Él la giró bruscamente para enfrentarla, deteniéndose a unos veinte metros de la puerta, y la violencia de esa acción bastó para silenciarla.

—Para empezar —le gruñó—, no necesito tu evaluación de mi fortaleza, de mi gente ni de mis malditos problemas. En segundo lugar, la guardia estaba para mantenerte a salvo, no para mantener a nadie a salvo de ti. Así que no, no aprecio tus acusaciones mal aconsejadas y mal informadas contra mí y me iré al infierno antes de…

—Espera —suplicó ella, sacudiendo la cabeza para despejarse, levantando las manos para detenerlo—. ¿Para *mantenerme* a salvo? ¿De qué?

Ah, maldita fuera, por forzarlo a confesar.

Él la miró fijamente, respirando fuerte por la nariz.

—No estás a salvo aquí, lass —admitió al fin, con un tono despojado de dureza—. No tanto como quisiera que lo estuvieras.

Eso era todo lo que le diría. En un buen día, Gabrielle ya era una joven recelosa y nerviosa; no pensaba aumentar su ansiedad sin una razón de peso. A pesar de lo que Lilles sospechara que pudiera habérsele hecho a Gabrielle, ella no necesitaba conocer todos los detalles, ni lo cerca que pudo estar un asesino. Él la mantendría a salvo.

Mientras ella asimilaba aquello, con la boca entreabierta y el ceño fruncido, Aedan mencionó otra falla que debía corregir.

—Y, lass, tienes que aprender a andar con la cabeza erguida. Davidh dice que caminas sin fijarte en quién te sigue ni en lo que pueda haber delante o detrás. ¿Cómo…? —Se interrumpió cuando la expresión de ella volvió a cambiar, del miedo evidente a algo que se parecía, irritantemente, a la desconfianza otra vez.

—¿Me estás protegiendo… o estás asegurando la posibilidad de descubrir al asesino? —preguntó ella.

Lo más probable es que hubiera preferido que su voz no temblara tanto al decir esas palabras. Su boca atrapó la atención de Aedan quizá un segundo más de lo debido, esos labios tan condenadamente tentadores, tan suaves y rosados. Aun así, su enojo regresó con fuerza ante aquel golpe tan injusto, como si él no tuviera compasión, como si nada le importara su bienestar.

Así que quizá se sorprendió tanto como ella cuando dio un paso adelante, reduciendo el espacio entre ambos, y le tomó el

rostro entre las manos antes de que ella pudiera retroceder. La besó, con solo la molesta noción de que era algo que tenía que hacer, que de algún modo un beso probaría su fiabilidad. Y también porque ya no podía negárselo más. Ella se quedó rígida, inmóvil, con la boca cerrada.

Nae, no rechaces esto, gritaba en su cabeza. *Concédeme al menos esto.*

Suavizando la ferocidad inicial, lo que fuera que se agitaba en él cada vez que ella estaba cerca, Aedan hizo más delicados sus labios sobre los de ella. Las manos de ella se levantaron entre ambos. Sabía que lo apartaría.

—Solo un beso, Gabrielle —susurró contra su boca. No solía ser mentiroso, pero en ese momento sabía que lo era. *¿Un solo beso?* No, quería más.

Inclinando la cabeza, dio un paso más, sin dejar espacio entre ellos. Las manos sobre su pecho no lo empujaron, ni siquiera cuando él lamió la línea de sus labios y mordisqueó su labio inferior perfecto. Cuando ella se abrió a él, Aedan introdujo la lengua en su boca. Ella gimió, no sin un poco de resentimiento. Tal vez lo odiaba por hacerlo, incluso mientras su lengua se unía a la de él. En respuesta, Aedan gruñó complacido, porque ella no había podido resistirse más que él. Un caballo relinchó a lo lejos, quizá los soldados observaban desde la muralla, y a él no le importó. El beso estaba cargado de ira y hambre, y cuando las manos de ella se aferraron al plaid de su pecho para acercarlo más, la erección de Aedan despertó y se frotó contra ella, arrancándole un pequeño y tentador gemido.

Duró una eternidad, o al menos así lo pareció, y ambos jadeaban cuando al fin él rompió el beso.

Gabrielle sacudió la cabeza, rechazando lo que él había hecho, antes incluso de que la soltara del todo. Y ahora sus manos lo empujaban en el pecho, aunque sin lograr moverlo demasiado. Ella había recuperado el control, había vuelto en sí, mientras que Aedan seguía aturdido, por la sensación y el sabor de ella, por el poder que se insinuaba en un solo beso.

Finalmente, lo empujó con más fuerza en el pecho y le lanzó una mirada brutal.

—¿Por qué hiciste… qué estabas pensando? ¿Cómo puedes…? —Se quedó pálida, su expresión de pronto vacía y luego suplicante, buscándole respuestas.

Él dijo lo primero que le vino a la mente, que resultó ser la verdad:

—Ya no podía dejarlo solo en un pensamiento.

Esto solo la confundió más. Sus ojos azules se veían impactantes, muy abiertos a pesar de los rápidos parpadeos.

Bajando la mirada al suelo, murmuró un "No", casi como una instrucción para sí misma, antes de girar bruscamente y caminar hacia la fortaleza.

—Gabrielle —dijo él, siguiéndola con un trote corto—. Lass— la llamó de nuevo, y cuando ella no se detuvo, soltó en un resoplido —: La guardia es para ti, y para Ailis. Y no debes escapar de ellos.

Aún no entendía el porqué de todo eso, qué le hacía ella, por qué lo afectaba tanto, por qué de repente sentía como si la necesitara.

Ella se detuvo y lo enfrentó:

—¿Por qué estoy en peligro?

—No puedo decirlo, no con exactitud —admitió él.

—Entonces, ¿cómo sabes que lo estoy?

Eso no lo revelaría, no todavía. Ella no necesitaba cargar con más preocupaciones de las que ya tenía. Como ella misma había señalado con tanta lucidez, tenía suficiente con lo suyo.

—Tendrás que confiar en mí en esto, lass. No deseo que te ocurra ningún daño. Haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo. No es que sospeche que estés planeando hacerle daño a alguien.

—Bien. Gracias —dijo brevemente y siguió caminando hacia la fortaleza.

Seguía enojada, dedujo él, si debía interpretar la rigidez de su postura como una pista.

Sí, por el beso, supuso. Él no se arrepentía de nada, salvo de que le hubiera llevado tanto tiempo actuar sobre algo que quizá lo rondaba desde casi el momento en que se conocieron. Qué haría con eso, en qué podría convertirse, aún no lo sabía.

De regreso en la fortaleza y en el salón, Aedan no ignoró las tantas miradas inquisitivas fijas en ellos. No le importaban las conjeturas, que se preguntaran lo que quisieran, salvo porque Gabrielle lo detestaría.

Cuando regresó a su asiento junto a ella, ella ya estaba cabeza con cabeza con Ailis, aunque sobre qué hablaban, solo podía imaginarlo.

Cormag, a su izquierda, le soltó con sorna en su propio idioma:

—Luchaste con alguna bestia salvaje ahí fuera, apostaría, para tener el plaid tan desacomodado.

Él lo ignoró, aunque sí enderezó con calma los pliegues desordenados cuando Cormag volvió a concentrarse en su cena, suspiró y se dedicó a su propio plato, arrancando un pedazo del pan para mojar en la espesa salsa marrón.

Gabrielle apenas picoteaba su comida, notó él, más consciente de ella que nunca.

Después de que él devorara la mitad del estofado de venado y la mitad del pan, Gabrielle se volvió hacia él y le susurró con dramatismo:

—No vuelvas a hacer eso nunca más. Con todo lo demás que tengo encima no necesito encima sentirme culpable por la mirada que me lanza Borgach. Ella lo sabe. Y lo odia.

Desconcertado por esa revelación, que sospechaba podría no ser más que la percepción de Gabrielle, preguntó:

—¿Qué es lo que sabe?

—Que acabas de besarme. Lo veo en sus ojos.

—¿Qué tiene que ver Borgach con…?

—Te dije que está enamorada de ti.

—No lo está —insistió él—. Es una loba, territorial, no recibe bien a los forasteros.

—Ok, sigue repitiéndote esa mentira. Pero déjame fuera de eso, o déjame en paz, lo que sea.

—No te quejaste cuando te estaba besando —le recordó, con la voz baja y dura.

—Eso fue… entonces, y fui estúpida. No quise decir… es decir, no sé por qué…

—Sí, sigue repitiéndote esa mentira —cortó él, tomando su vino.

Lass imposible.

Capítulo Catorce

El juicio

En toda su vida, Gabby nunca había recibido tantas visitas en su dormitorio. Al parecer, en esta época, en esta casa, era algo normal. Con la mañana llegó Ailis, lo cual no fue inesperado, y luego Cormag, lo que sí resultó una sorpresa. Afortunadamente, Gabby ya estaba vestida y acababa de arreglarse el cabello como podía, lo cual significaba su típica coleta, ya que no tenía manera de hacer nada más con su melena larga. No era la primera vez que anhelaba un baño de verdad.

—Habrá una reunión —exclamó Ailis, apresurándose hacia Gabby y tirando de su mano—. Y tú y yo estamos invitadas.

Más sorpresas.

—¿Ahora? ¿Justo ahora? —Buscó iluminación en Cormag.

Él permanecía en el umbral, sin molestarse en agacharse para entrar, con las manos apoyadas en el marco a ambos lados. Literalmente llenaba todo el espacio de la puerta abierta.

—Sí, tu presencia no es tanto solicitada como ordenada —dijo con tono neutro, sin revelar nada—. El jefe está convocando a la casa y a los campesinos…

—A todos —explicó Ailis—, desde la fortaleza hasta la aldea, y todas las granjas periféricas.

—Será algo informal —continuó Cormag—, pero espera que sea revelador…

Ailis lo interrumpió otra vez.

—Pero no habrá comida ni banquete. No es un festival.

Acostumbrado, al parecer, a las interrupciones frecuentes de Ailis, Cormag siguió como si nada.

—…y tal vez podamos saber algo de la infame empresa que estaba en juego…

—Vamos a descubrir quién mató al tío —gritó Ailis, agitando la mano de Gabby arriba y abajo con entusiasmo.

—Och, pero no deberíamos hacernos tantas ilusiones de lograr tanto en un solo día —sugirió Cormag—. Pero sí, démosle alas y veamos si vuela.

Aun sujetando la mano de Gabby, Ailis se volvió hacia Cormag con la determinación infantil de rechazar la decepción.

—Funcionará, ya lo verás.

Y después de todo eso, que incluyó muchos giros de cabeza de Gabby entre el gigante y Ailis, ella sabía muy poco. Sonrió y aconsejó:

—A pesar de la avalancha de palabras, no estoy segura de qué están hablando ninguno de los dos.

Cormag dio un paso atrás, invitándolas a salir del dormitorio.

—Entonces será mejor que vayamos y despejemos tu mente.

De acuerdo. Estaba perdida, pero dispuesta. Y solo ayer Aedan había dicho que iba a intentar un método diferente para obtener información sobre quién podría haber querido la muerte de su hermano, así que Gabby tenía que imaginar que formaba parte de lo que estaba por suceder. Quizás su papel, y el de Ailis también, fuera solo el de espectadoras.

Bajaron en fila india hacia el salón, que ya estaba lleno con quizá la mitad de las personas que solían venir a la cena. Cormag indicó que debían sentarse en la mesa principal y luego se plantó delante de ella en una posición firme, con las piernas separadas. Había más soldados presentes, algunos mezclados con la multitud, aunque la mayoría estaba apostada a lo largo del perímetro del salón.

Gabby se sentó junto a Ailis en la mesa principal y observó cómo la gente seguía entrando, de a uno o dos a la vez. Ailis podía estar tan perdida como ella, pero al menos estaba llena de expectación, y con mucho menos de la ansiedad que a Gabby la carcomía en ese momento.

La habían invitado, se recordó, como si fuera una de ellos, de esta gente Cameron, *en el año del Señor mil trescientos uno*. Pero no saber qué se esperaba de ella o de qué se trataba en realidad esa ocasión tenía su estómago hecho un nudo de preocupación. Oh. Qué angustiante.

La gente que entraba por la puerta lo hacía cada vez más espaciada, uno o dos cada tanto, y el gran grupo se fue reuniendo como antes de la comida vespertina. Pero Gabby percibía una diferencia. El aire no estaba cargado de cordialidad y alegría, sino de murmullos y miradas de soslayo, muchas de las cuales se dirigían a ella.

Y entonces Aedan Cameron entró en el salón, seguido de más soldados con semblante severo y de aquel anciano con túnicas grises, que llevaba bajo el brazo varios pergaminos y lo que parecía ser un diario de cuero.

Todas las miradas se posaron en Aedan, su jefe. Gabby también lo observó.

Ella no era inmune a ese hombre, como lo demostraba su reacción al beso de la noche anterior; y por cierto, ¿de dónde demonios había salido eso?, ni ignoraba el hecho de que pasaba una cantidad desmesurada de tiempo pensando en él cuando no estaba a su lado y luego se veía devorada por esa mirada incandescente suya cuando sí lo estaba. Había en él algo innegablemente atractivo, y vital, potenciado aún más por el recuerdo de aquel beso que le había aflojado las rodillas. Avanzó desde la puerta por un pasillo abierto entre la multitud, y por un instante fijó sus intensos ojos verdes en ella. Gabby contuvo la respiración, pero no apartó la vista. No podía. Él se movía… con una gracia soberbia. Caminaba como un atleta, ágil y orgulloso, rebosante de confianza, lo cual no era en absoluto infundado.

Oh, pero ¿por qué la había besado? Claro que ella había respondido, ¿quién no lo habría hecho en su lugar? ¿Qué clase de mujer habría sido lo bastante fuerte como para resistir tanto atractivo ardiente? Pero maldita sea, realmente deseaba que él no lo hubiera hecho. Solo complicaba las cosas: su deseo de volver a casa; sus sentimientos de culpa, por haber traicionado en esencia a Borgach besándose con el hombre al que ella amaba. Posiblemente ahí estaba la raíz del problema. Estaba segura de que no se habría sentido tan terrible si no hubiera visto cómo Borgach lo miraba con tanto anhelo. Aunque no había sido idea suya, aunque no había

tomado la iniciativa, Gabby sentía que la culpa era suya. Ese era un código de la feminidad que simplemente no se rompía.

Aedan se detuvo cerca del hombre con el que ella y Ailis habían hablado en los establos el día anterior, y le dijo algo en voz baja, inclinando la cabeza hacia el hombre más pequeño.

En realidad, le sorprendía un poco que tan pocas mujeres aquí, en esta época y en este lugar, no se estuvieran derritiendo por Aedan. No había estado tanto tiempo allí, pero no había visto ninguna señal de que alguna de esas *lasses* deseara a su jefe. Bueno, Borgach sí, por supuesto, pero desde lejos. Aun así, Gabby no lo entendía. Al parecer, Arthur había recibido la mayor parte de la atención. Si se parecía en algo a su hermano, y además sonreía más; y seguramente debía de ser encantador, entonces suponía que tenía sentido que él hubiera sido más a menudo el objeto de afecto.

Aedan era, hasta donde ella había podido determinar, casi inaccesible a veces, con esas miradas feroces suficientes para disuadir a cualquier mujer que pensara en acercarse demasiado para captar su interés. Y cuando una se daba cuenta de que él era, o podía ser, más ladrido que mordida, resultaba elusivo y distante, y Gabby no tenía reparos en juzgar que eso era intencional.

Quería a la gente a distancia, lo prefería así. Eso al menos lo sabía de él, o lo había intuido. Lo que solo aumentaba su sorpresa por el beso.

Tras esa breve interacción con el hombre de los caballos, continuó andando alrededor de la mesa hasta sentarse junto a Gabby. Mordiéndose el labio, ella solo pudo saludarlo con un leve gesto, sin aliento.

Sin dirigirse primero a la multitud, él giró un poco en su asiento y apoyó el antebrazo izquierdo en la mesa, inclinándose hacia ella. Con una voz baja, parecida a la que acababa de usar con el hombre de los caballos, y mientras Ailis saltaba de su silla para ponerse detrás y entre ambos, para no perderse nada, Aedan dijo:

—Ya tienes tu público. Y hablarán —prometió.

Ay. ¿Qué? Totalmente trastornada, con los ojos muy abiertos, y aquello tenía poco que ver con su perturbadora proximidad, Gabby abrió y cerró la boca dos veces antes de lograr decir algo. De algún

modo consiguió mantener la voz baja y no chillona, como sonaba en su cabeza.

—Espera. ¿Quieres que *yo* haga esto? ¿Ahora?

Aparentemente imperturbable ante su alarma, él asintió despacio, con la mirada directa y, como a menudo, un poco inquietante.

—Ya tienes su atención. Y puedes hablar, preguntar y hacer tu acusación cuando estés lista.

Más aterrada que nunca y convencida de que sus ojos no podían abrirse más, ella le espetó:

—No puedes simplemente soltarme en medio de una reunión del pueblo y decirme que lo haga. No he preparado preguntas. Ni siquiera sé por dónde empezar. Pensé que cuando dijiste…

Él levantó la mano de la mesa, con ese gesto pidiéndole que se detuviera.

—Sé que si te hubiera dado aviso, te habrías preocupado.

—De acuerdo, nueva regla: no se te permite pensar por mí nunca más. En absoluto. Tienes que estar bromeando.

—No bromeo, lass.

Y ella era una idiota, aparentemente, ya que el estómago le dio un vuelco nada desagradable al escuchar cómo la llamaba *lass*.

Pero ¿qué demonios?

—Esto apesta —murmuró, apretando la boca con una mezcla de miedo y enojo. No era una verdadera policía, de verdad quería gritarle eso. No tenía ninguna experiencia, ni siquiera sabía qué preguntas *hacer*, así que no era como si pudiera improvisar. Lo acusó:

—Eres realmente bueno con las malas ideas, ¿verdad?

—Primero —dijo él—, cálmate. No muestres miedo. Respira.

Y lo hizo, pero solo porque sentía que estaba al borde de un enorme ataque de pánico, si es que ese dolor palpitante en el pecho y la frente súbitamente húmeda significaban algo. Tomó varias respiraciones profundas y pensó en lo que él le pedía y lo que estaba en juego. Y consideró el número de personas reunidas, y únicamente para este propósito. Sería una tontería desperdiciar esa oportunidad; si lograba, de algún modo milagroso, descubrir la

identidad del asesino, podría acercarse a regresar a casa, a donde pertenecía. *Puedes hacerlo, Gabby*, se dijo a sí misma, sin creerse ni una palabra.

¿Pero qué otra opción tenía?

—Bien. Pero necesito papel y pluma. Tengo que tomar notas. ¡Y! —exclamó, tirando de su manga antes de que pudiera apartarse, creyendo que el asunto estaba resuelto—. Tienes que entretenerlos unos minutos mientras me preparo.

Él asintió, pero ella no había terminado, aún enojada por haber sido lanzada a esa situación sin la menor advertencia. Se inclinó más hacia él y señaló con el dedo entre ambos.

—Vas a pagar por esto —le siseó, muy molesta—. Estoy muy enojada y te lo hago saber. Ya oirás de mí después.

Su respuesta, para sorpresa de todos, fue mostrarle esa rara y maravillosa sonrisa suya.

Era una sonrisa preciosa, de esas que hacen que se te caigan los pantalones, pero ella no se dejó impresionar, demasiado alterada por la ansiedad como para pensar en otra cosa.

—Ríe ahora, Jefe —lo advirtió—. Te van a zumbar los oídos una semana entera cuando termine, te lo prometo.

Para reforzar su amenaza, entrecerró los ojos, pero eso solo ensanchó su sonrisa, y Gabby bufó y se giró, adoptando una postura rígida, con la barbilla en alto y apartada de él. Hasta que pensó en algo que la hizo volverse de nuevo hacia él.

—Una cosa más —dijo—. Lo haré, pero con una condición.

—Ya dijiste que sí, que lo harías —le recordó.

—Y puedo cambiar de opinión fácilmente y marcharme, dejándote sentado aquí con cara de tonto. —Se apresuró a continuar antes de perder el momento y la oportunidad—. Quiero un baño caliente en mi cuarto. Esta noche. Con jabón y… toallas suaves.

Cuando él la miró sin parpadear y no dijo nada, ella se recostó en la silla de respaldo alto y cruzó los brazos sobre el pecho, fingiendo una despreocupación que ciertamente no sentía. Con fingida ligereza, añadió:

—O puedo quedarme sentada aquí viendo cómo intentas dirigir tu propia reunión del pueblo.

Al cabo de un momento, él aceptó.

—Está bien, veré que tengas tu baño, lass.

Ella percibió una risa contenida en su tono y tuvo ganas de abofetearlo.

—¿Pero lo harás, aquí y ahora?

—Sí —chilló entre labios apretados, usando una voz más grave para imitarlo.

Fue entonces cuando notó a la multitud frente a ellos, en completo silencio, muchos con la boca abierta, intrigados por lo que veían, aunque no podían oír. Gabby reconoció muchas caras de haber estado por allí estos últimos días, o de gente con la que ya había hablado. Sabía pocos nombres. Vio a Borgach y a su amiga desaliñada, de pie cerca de ese soldado de cabello rubio casi blanco, y se preguntó qué pensaba Borgach de la reunión, aunque poco se reflejaba en su rostro impasible. Incluso Cormag, justo delante de la mesa, estaba vuelto hacia Aedan y Gabby, boquiabierto.

Gabby sintió que un rubor le subía por el cuello y le teñía las mejillas.

Aedan le dijo algo al anciano del manto gris, que se había sentado dos lugares a la izquierda de él.

Gabby se había olvidado de la pobre Ailis, que acababa de presenciar su mini colapso, y que ahora había vuelto a la silla a su derecha. Como hacía en casi todas partes, Ailis se acomodó muy cerca de Gabby.

—Todo saldrá bien. Mi padre es un loco, por lanzarte así. Pero puedo ayudarte con las preguntas, conozco a toda la gente, así que sabré qué preguntar.

Gabby se volvió hacia ella, y un poco de su frustración repentina se disipó. Sonrió con sinceridad.

—Menos mal por ti, Ailis.

Ailis le devolvió una sonrisa radiante, balanceando los pies.

Gabby se relajó, o lo intentó, descruzando los brazos para apoyarlos en los de la silla.

Habiendo terminado de hablar con el anciano, Uilleam, el mayordomo, le susurró Ailis, el hombre del manto se levantó, bajó del estrado y salió del salón.

Y ahora, Aedan se incorporó y se dirigió a la multitud paciente.

Era tan alto que se limitó a apoyar las yemas de los dedos contra la mesa al empezar, levantando su profunda voz para que resonara en todo el amplio salón. Habló en gaélico, lo cual tenía sentido, claro, pero dejó a Gabby en desventaja al sentirse de pronto excluida de lo que ocurría. Miró de reojo a Ailis, suplicante.

—Och —susurró Ailis, agitó los dedos para que Gabby se inclinara hacia ella mientras recogía las piernas bajo sí en la silla para levantarse más—. Y empezó a traducir en voz baja las palabras de su padre directamente en el oído de Gabby.

—Saben que no fue hace más de unas semanas que se cumplió medio año desde que mi hermano fue abatido —susurró Ailis—. Quien le clavó un puñal muchas veces en la espalda aún no ha sido identificado y sigue caminando entre nosotros. Tal vez habríamos sabido su identidad y actuado con rapidez y sin piedad contra el responsable… de no ser porque el ejército y yo fuimos llamados lejos durante tantos meses.

Aedan hizo una breve pausa, tamborileando con sus fuertes dedos sobre la mesa. Cuando volvió a hablar, Ailis también lo hizo.

—Y ese es el fin de mi negligencia. Ahora me dedicaré a desenmascarar al asesino y juro que no tendremos piedad de su alma. —Otra pausa y luego—: Para tal fin, presento a Gabrielle Noble, él siempre te llama Gabrielle —apuntó Ailis, un detalle que claramente no formaba parte de la traducción original—. Ella ha venido con un propósito: descubrir la verdad sobre las circunstancias en torno al asesinato de mi hermano. Queda así encargada de la investigación, registrada en los libros como la alguacil de estos procedimientos, y la escucharán en todo con respeto, dándole únicamente la verdad en respuesta a cualquier pregunta que os haga.

Alguien gritó algo desde el fondo de la multitud; Gabby no pudo ver quién había hablado. No entendió las palabras, pero el tono era inconfundible: disenso.

—Och, y Alden Painter no sabe cuándo escuchar y cuándo hablar —dijo Ailis con cierta exasperación—. Dice que no existe ley

que lo obligue a responderte. Papá no va a apreciar eso.

Muchos debieron de pensar igual que ese hombre, Alden Painter, porque un murmullo de aprobación recorrió el salón, creciendo en volumen.

La primera reacción de Aedan al estallido fue tranquila. Levantó su mano izquierda, mostrando la palma a la congregación, y alzó la voz por encima del murmullo, diciendo:

—Por la paz del descanso de mi hermano, por la seguridad de los nuestros, les pido que cedan y con poca perturbación —según tradujo Ailis.

No callaron. No todos alzaban la voz, pero los que lo hacían no eran menos de la mitad de los presentes en el salón. Gabby tragó saliva, sin haber esperado tanto resentimiento por parte de quienes expresaban su desagrado.

Tampoco había esperado la reacción de Aedan. Golpeó con el puño sobre la madera desnuda de la mesa con tanta fuerza que hizo vibrar las pocas migas que quedaban de la última comida. Gabby dio un salto, pero Ailis no, continuando a murmurarle al oído las palabras que su padre rugía a la multitud alterada.

—¡Me obedecerán en esto! ¡Acatarán la declaración que he hecho como su jefe y se someterán a sus preguntas! O harán su hogar en un lugar que no sea Cairncross. ¿Qué les cuesta, en sangre o en hueso, cumplir? ¿Acaso no desean ver justicia? ¿No desean vivir seguros?

Un hombre, más que imprudente en opinión de Gabby, o quizás ignorante del alcance de la furia de Aedan Cameron, gritó una réplica breve, alzando un puño al aire.

El respiro colectivo que siguió no fue demasiado fuerte, pero sí notorio. Todas las miradas se movieron del hombre a Aedan, esperando su respuesta.

Aedan hervía de rabia, con las aletas de la nariz ensanchándose, lo que hizo que los ojos de Gabby se agrandaran otra vez. No rugió, pero se inclinó sobre la mesa, apoyando los puños en el borde de la vieja madera. Con un gruñido bajo y espantoso, le respondió al hombre.

Como Ailis no tradujo ese último intercambio, y porque unas cuantas miradas se habían posado con brusquedad en ella, Gabby se giró y susurró lo más bajo que pudo:

—¿Esto es por mí?

Ailis vaciló, dejando ver suficiente indecisión en su rostro como para responder la pregunta sin palabras. Su contestación, sin embargo, fue un poco más diplomática, aunque menos informativa:

—Sí, lo es, pero al mismo tiempo no.

Consciente de que su corazón latía con fuerza en su pecho y de que esa reacción del público no auguraba nada bueno para la tarea que él le había encomendado, Gabby exhaló lentamente mientras Aedan se sentaba a su lado.

Con la mandíbula aún tensa, se volvió hacia ella y dijo, en un tono aún impregnado de dureza:

—Puedes empezar ahora.

Quizás estaba más frenética que unos momentos antes, cuando él había explicado el propósito de esa reunión, ahora que sabía que la gente no estaba conforme. Asintiendo hacia Aedan, le recordó con dureza:

—Muy bien, pero no olvides que sigo bastante molesta contigo. Y tu pequeño arrebato de recién no ayudó en nada.

No estaba segura de por qué se atrevía tanto. Era una imprudencia extrema, cuando él todavía no se había serenado del todo. Pero antes, cuando le había dicho algo parecido, él había sonreído. No sabía por qué pensaba que le tocaba a ella devolverle la sonrisa o apaciguar su furia.

Y nada de eso sucedió. Su rostro seguía rígido, sus labios apenas se movieron cuando respondió:

—Mi pequeño arrebato, lass, te traerá obediencia. Y no —espetó con desdén—, no creo que me dejes olvidarlo.

¡Grosero! Poniendo los ojos en blanco, Gabby arrastró su silla hacia adelante y entrelazó las manos sobre la mesa justo cuando Uilleam regresaba. Lo observó un momento, notando la manera en que se movía, como si nada le preocupara, avanzando con lentitud, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Mientras la multitud volvía a removerse inquieta, Uilleam se detuvo frente a ella, al otro

lado de la mesa, y dejó lo que parecía ser un cuaderno forrado en cuero, de unos treinta por treinta y cinco centímetros, según ella calculaba. Lo palmoteó con una mano arrugada e inclinó la cabeza cortésmente hacia Gabby.

—Gracias —dijo ella, y tiró del cuaderno hacia sí, abriéndolo para descubrir que todas las páginas estaban en blanco. Perfecto.

Aedan se inclinó hacia los rollos y demás objetos de Uilleam, y colocó frente a Gabby un pequeño frasco de cerámica y una pluma.

Al entender qué era, Gabby rio con amargura.

—Sí, no voy a poder usar eso. Las páginas quedarían empapadas de tinta. —Se volvió hacia Ailis y le pidió que corriera a traer su bolso playero.

Cuando Ailis saltó de su asiento para hacerlo, Gabby volvió a mirar a Aedan, que aún parecía increíblemente falto de paciencia.

—Estoy lista —dijo, cuadrando los hombros.

—Y así comienzas —le indicó él.

¿Ah, tenía que empezar ya? ¿Desde el mismísimo principio? Vaya.

No, estaba bien. Recordando algunas palabras de una sesión de terapia de años atrás, pensó en lo que costaba y lo que estaba en juego, observando el panorama general. En unas pocas semanas, nunca más tendría que volver a ver a esa gente. No perdía nada si quedaba como una idiota, o incluso si no aprendía nada útil. Solo estoy cumpliendo con mi tiempo, se dijo.

—Está bien —dijo, tragando saliva—. Empecemos con ese hombre que estaba agitando el puño en el aire hace un minuto.

Aedan asintió y llamó:

—¡Torcall Stewart!

Con una mirada hostil y los dientes apretados, el hombre avanzó hasta quedar frente a todos, a un metro y medio de la mesa principal. Apenas se detuvo, comenzó a hablar, obviamente continuando sus objeciones de momentos atrás. Cormag se movió con rapidez, cerró la distancia entre ambos y le dio un manotazo en la cabeza antes de que supiera qué lo había golpeado. Cormag le gruñó algo entre dientes al oído, lo bastante efectivo como para que

el hombre adoptara una postura encorvada y mirara a Gabby, aunque con la barbilla adelantada de forma desafiante, lo que le marcaba un serio prognatismo.

Ailis regresó justo cuando Aedan también le daba instrucciones al hombre. Gabby hurgó en el fondo del bolso y encontró una de sus lapiceras favoritas, elegida así porque la parte superior estaba decorada con trozos de vidrio marino perforados y apilados. La había encontrado en una tiendita del pueblo costero de Blackrock, al sur de Dundalk, en Irlanda. Una vida atrás, parecía ahora.

Escribió el nombre del hombre, *Torcall*, tal como lo había oído, y luego levantó la vista hacia él.

Aunque Aedan no le había dado mucho tiempo para prepararse, logró lo que consideró un buen comienzo.

—¿Cuál es tu ocupación?

Aedan tradujo sus palabras y luego la seca respuesta.

Arrendatario cottar, escribió ella.

—¿Cómo conocías a la víctima?

Ante la mirada perpleja del hombre, después de que Aedan le formulara la pregunta en su lengua, y la respuesta cortante que dio, Aedan tradujo en términos más educados:

—Lo conocía porque era mi hermano.

Gabby puso los ojos en blanco y reformuló:

—¿Cuál era tu relación personal con Arthur? ¿Tenías alguna razón para tratar con él de manera regular?

La respuesta fue que no. Apenas lo veía de paso, en siembra o cosecha, y en las raras ocasiones en que venía al castillo para la cena.

—¿Y lo apreciabas? ¿O lo detestabas?

El hombre se encogió de hombros, molesto.

—No lo conocía lo suficiente como para opinar.

—¿Dónde estabas cuando Uthrid descubrió que Arthur había sido asesinado?

El hombre respondió con una sola palabra. La versión de Aedan vino con algo de explicación:

—Había ido a Powrie, que está a medio día de distancia.

—Sí —dijo el mayordomo, Uilleam—, recuerdo que había salido a un encargo en mi lugar.

—Gracias —dijo Gabby, tomando unas notas—. Eso es todo.

Cuando terminó de escribir, se le ocurrió una idea. Se volvió hacia Aedan.

—¿Cuántas personas son nuevas en Cairncross? O sea, ¿hay quienes viven aquí ahora pero no cuando tu hermano… cuando ocurrió el crimen?

Él miró al grupo que se movía inquieto, asintió y llamó tres nombres. Esas personas dieron un paso adelante, dos hombres, uno de ellos llevando a una mujer y un niño.

—Ellos quedan excusados —dijo Gabby, mirando los rostros frente a ella mientras los cuatro seguían a Torcall fuera del salón—. Ah, y el hombre de las caballerizas también puede retirarse. Ya hablamos con él.

Ewan salió del salón cuando Cormag lo llamó.

Gabby volvió a examinar la multitud y pidió a Ailis que excusara a las mujeres y muchachas con quienes habían hablado en las cocinas el día anterior. Luego solicitó a Aedan que preguntara si alguien más no había estado en Cairncross aquel día; tras verificarlo, cuatro hombres y una mujer más pudieron abandonar el salón.

Fijándose en tres hombres al fondo, tan intolerantes con la situación como Torcall, Gabby los señaló a Aedan.

—Llama a esos tres, los que parecen amargados, ahí atrás.

Cuando los tres estuvieron de pie ante ella, Gabby pidió sus nombres y comenzó interrogando al que se llamaba Joseph.

—¿Dónde estabas cuando Arthur fue asesinado?

Él arrugó la cara y refunfuñó, según le tradujo Aedan, que no recordaba lo que había hecho la semana pasada, mucho menos hacía seis meses.

—Está bien —dijo Gabby—. Pero cuando te enteraste de lo de Arthur… supongo que la noticia corrió rápido, o que se dio la alarma. ¿Dónde estabas entonces?

—Estaba en el granero del diezmo con Isaac —le informó Aedan después de escuchar al hombre.

—¿Dónde está Isaac? —preguntó Gabby a Aedan, pero el hombre, al oír su nombre, ya avanzaba desde el reducido grupo que quedaba.

—¿Eres Isaac? —preguntó. Ante su asentimiento, y entendiendo al menos eso, añadió—: ¿Y estabas en el granero del diezmo con Joseph cuando supiste del asesinato?

Otro asentimiento, después de que Aedan repitiera la pregunta.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron en el granero ese día? ¿Y juntos?

Toda la mañana, ambos, después de volver de un breve viaje al clan vecino para comerciar semillas.

—Gracias. —Ellos también fueron excusados.

Un hombre llamado Duncan fue interrogado después. Estaba obviamente borracho, aunque Gabby no podía imaginar a nadie bebiendo voluntariamente grandes cantidades de lo que allí llamaban cerveza. Apenas comprendía las preguntas y el habla arrastrada era reconocible en cualquier idioma. Gabby marcó una x junto a su nombre. El hombre apenas podía mantenerse en pie; sin duda no era capaz de acercarse a Arthur a escondidas.

El siguiente fue Godfrey. Tenía un ojo bueno, que se fijaba con seriedad en Gabby. El otro parecía vigilar a Cormag al mismo tiempo.

—¿Y acaso no estaba yo con Godfrey cuando oímos a Uthrid gritar? —dijo Ailis, lo que hizo que las miradas de Aedan, Gabby y Cormag se volvieran hacia ella. A la defensiva, Ailis añadió—: Estábamos buscando a Ester, llevábamos toda la mañana.

—¿Ester?

—Su gallina. Se escapa un poquito cuando le da la gana. —Se encogió de hombros y miró a Godfrey—. Nunca la encontramos. Pero después hallamos huevos, puestos alrededor de la granja de Godfrey.

Y así siguió la cosa, uno por uno, con Gabby reduciendo la multitud de a dos o tres, algunos más fácil que otros. En su mayoría, entraban y salían, respondiendo lo que ella preguntaba y

pareciendo, al menos, decir la verdad. Le gustaba mucho cuando dos o más podían corroborar historias y paraderos.

—Tienes un plan aquí —comentó Aedan en un momento, después de que ella hubiera interrogado a unos quince hombres.

Seguramente había notado que aún no había dirigido la palabra a ninguna mujer.

—Lo tengo. Pero veamos si da fruto.

Como no se le había mostrado ninguna prueba de que alguien tuviera un problema con Arthur, ni siquiera antes de ese día, y como parecía ser querido por todos, Gabby seguía sosteniendo que lo más probable era que una mujer despechada lo hubiera matado.

Mientras tanto, ya había decidido que los posibles sospechosos, tanto los descartados como los que quedaban, eran una mezcla variopinta de chiflados, excéntricos y hasta algunos curiosos de cuello estirado que simplemente disfrutaban del espectáculo.

Capítulo Quince

El Fiscal Descansa

A media tarde, Gabrielle había logrado reducir el número de personas en el salón a veintiséis. Solo quedaban tres hombres. Jasper fue convocado a continuación del grupo, el último de los soldados dentro del salón que no estaba sirviendo de guardia. Normalmente el lad se pavoneaba, lo cual a veces molestaba a Aedan, ya que no creía que Jasper tuviera tantas razones para semejante andar arrogante. Era un soldado de a pie aceptable, pero nada más, y se sabía que provocaba problemas entre los lads durante los entrenamientos. Pero ahora no se pavoneó, solo se acercó a la mesa con una inclinación de cabeza hacia Aedan antes de fijar su mirada en Gabrielle, esperando las preguntas que pudiera hacerle.

Borgach, probablemente cansada de estar de pie todo el día, quizá molesta de haber sido incluida en este proceso, y aún no liberada; ningún favor mostraría, había decidido Aedan, se apartó del grupo restante y se sentó en uno de los bancos junto a la pared, más cerca de la mesa.

—Hola, Jasper —dijo Gabrielle al muchacho—. ¿Recuerdas dónde estabas o qué estabas haciendo el día del asesinato?

Jasper miró hacia Borgach, probablemente recién notando su presencia a su izquierda, y levantó las cejas con inocencia cuando volvió a mirar a Gabrielle.

—No recuerdo exactamente, pero imagino que estaba con el ejército, entrenando, como solemos hacer.

Gabrielle negó con la cabeza.

—No, no podías estar entrenando. —Pasó las páginas del cuaderno y deslizó el dedo por todos sus garabatos—. Eh… no. Ese día no hubo entrenamiento. Establecimos eso cuando interrogamos a Simon: que con el jefe y Cormag ausentes esos tres días, no hubo ejercicios.

Después de que Aedan le repitiera esto, el rostro pálido de Jasper se enrojeció un poco. Alzando los hombros, dijo:

—Entonces no recuerdo. Lo siento. Quizá ese día estaba ayudando a Samuel con sus labores.

Aedan consideró que era posible. Jasper y Samuel eran amigos; él mismo había visto a Jasper ayudar al hombre a sacar su pequeño carro atascado en el camino embarrado del pueblo no hacía mucho.

Tras anunciar esta posibilidad, Jasper volvió a girarse hacia donde estaba sentada Borgach. Su prima no lo miraba como para llamar su atención, pero Borgach era bonita y no necesitaba hacer mucho para atraer miradas.

Habiendo consultado de nuevo el registro, Gabrielle descartó esa posibilidad.

—Eh… no. Samuel dijo que estuvo dentro todo el día, con su esposa, porque estaban muy preocupados por su hijo menor, que tenía fiebre alta. —Levantó la vista hacia Jasper—. ¿Conocías bien a Arthur?

—Sí. Peleaba con él a menudo —respondió Jasper—. A veces iba con él a Altcref, a la posada de allí, a jugar a los dados… y por otras razones.

Otras razones, sabía Aedan, se referían a las prostitutas que trabajaban en la posada Iron Kettle. Arthur era un visitante habitual.

—¿Y se llevaban bien? —planteó Gabrielle como su siguiente pregunta—. ¿Nunca tuvieron peleas o malentendidos, nada de eso?

Jasper negó con la cabeza.

—No tuve ninguna disputa con Arthur.

Mientras Aedan repetía esto en inglés para Gabrielle, ella mantuvo la mirada fija en Jasper.

Las sospechas de Aedan no aumentaron con la aparente incomodidad de Jasper. El lad estaba lleno de demasiada fanfarronería y nada más. En realidad, se achicaba fácilmente ante una confrontación o al ser objeto de atención, buena o mala. Probablemente eso explicaba el nervioso arrastre de pies que mostraba en ese momento.

Con eso Gabrielle lo despidió también, haciendo más anotaciones en el cuaderno. Notó que puso una marca diferente junto al nombre de Jasper. Había estado dibujando una especie de dos palos cruzados junto a todos los que eran descartados, pero junto al nombre de Jasper el símbolo era distinto, algo curvado arriba con un punto debajo.

Como su intención era sacar a todos los hombres del salón, permitió que ella interrogara a los dos últimos que quedaban, que fueron fácilmente absueltos de cualquier responsabilidad por su edad y sus achaques.

Luego anunció a Gabrielle y a las más de veinte mujeres que quedaban que volverían a reunirse al día siguiente. El día había sido largo y ya casi era hora de la cena. Esto provocó algunas quejas entre las lasses, todas las cuales habían estado de pie todo el día observando el proceso, pero aún no habían sido eliminadas y tendrían que repetirlo mañana. Escuchó con claridad a una mujer refunfuñar:

—¿Y acaso va a venir a mi cabaña esta noche a ayudarme con todo el trabajo que quedó sin hacer hoy?

Gabrielle cerró el cuaderno y soltó un suspiro nada pequeño, encorvándose un poco hasta que su espalda encontró el respaldo de la silla.

En ese momento el salón ya se había vaciado de todos salvo Aedan y Cormag, Uilleam, Gabrielle y Ailis, después de que Cormag diera licencia a los soldados de guardia, que se marcharon enseguida.

Ailis, probablemente aburrida de muerte durante casi todo el día, saltó de la silla.

—Seguro que no me llamen mañana. Me encargaré de encontrar otra cosa que hacer.

Gabrielle sonrió y dijo a Cormag, que se había acercado al frente de la mesa:

—No la culpo. —Incluyendo a los tres hombres con su mirada, arqueó las cejas y dijo—: Creo que salió bien, ¿no creen?

Cormag respondió primero.

—No entiendo por qué hiciste la mitad de las preguntas que hiciste… ¿qué importa cuál es su ocupación o cuándo fue la última vez que alguien vio a Arthur? Pero sí, lo hiciste muy bien.

—Buen punto —concedió Gabrielle—. Pero dime, Cormag, ¿hubo alguien llamado hoy a responder preguntas que te pareciera que mentía? —Cuando él negó con la cabeza, Gabrielle dijo—: Entonces, ¿no es raro que ninguno de ellos dijera haber visto a Arthur ese día?

Cormag frunció el ceño, sin comprender.

—¿Y qué sacas de eso? Solo más preguntas.

—Pero solo si mañana, todos los demás también dicen que no vieron a Arthur. Alguien tuvo que ser la última persona en verlo, y lo más probable es que sea el asesino, pero si todos lo niegan, entonces tenemos a un mentiroso y, me imagino, al asesino.

—¿Y cómo vas a descubrir eso?

—No lo sé, todavía no. Pero me preocuparé de eso después de mañana. —Con eso, Gabrielle se inclinó hacia adelante para mirar a Uilleam, que era conocido por escuchar mucho más de lo que hablaba—. ¿Tú también tomaste notas? Te vi escribiendo en ese libro. —Señaló el registro que tenía el mayordomo delante.

Uilleam se acercaba a los sesenta años, si no los tenía ya. En su juventud había sido soldado en el ejército de Alejandro. Aunque Aedan nunca lo había oído decirlo directamente, su padre le había contado que la Batalla de Largs lo había arruinado como guerrero. Nadie sabrá lo que vio, hizo o imaginó, pero no volvió a empuñar una espada desde entonces; en cambio, estudió en Edimburgo y fue contratado por el abuelo de Aedan como mayordomo de Cairncross.

En respuesta a la pregunta de Gabrielle, y con apenas un asomo de sonrisa, Uilleam colocó el registro de canto, mostrando a los otros tres lo que lo había mantenido ocupado: una página llena de dibujos a tinta de diversas aves: águilas, bisbitas y currucas, entre otras.

Gabrielle aplaudió y rio.

—Y yo que pensaba que estabas registrando mis interrogatorios, preservando el acta para la posteridad. Pero son preciosos.

Sonriendo con su calma habitual, Uilleam rara vez mostraba los dientes, bajó el registro y lo cubrió con sus manos.

—Lass, es poco probable que la posteridad esté tan encariñada con nosotros como lo estamos nosotros mismos. Pero atrapar a un asesino, eso sí se escribirá cuando llegue el momento.

—Oh, pero Uilleam —se apresuró a corregirlo Gabrielle—, te aseguro que la posteridad ve con muy buenos ojos esta época en Escocia y a los valientes hombres que la habitan. —No había terminado de pronunciar la frase cuando se tapó la boca con horror y miró a Aedan.

Él negó apenas con la cabeza, desestimando su preocupación. Quizá Cormag y Uilleam solo culparían a su dominio del inglés y no harían más caso.

Relajada otra vez, Gabrielle se recostó en la silla y escuchó a Cormag y Uilleam discutir sobre el comportamiento indómito de Torcall. Sí, coincidieron, el hombre no había vuelto a ser el mismo desde que enterró el mismo día a su esposa y a su hijo recién nacido, a pesar de los esfuerzos de Lille por lograr un desenlace diferente.

Aedan apenas prestaba atención, ocupado sobre todo en repasar el día, y en particular la manera en que Gabrielle había manejado la situación en la que él la había puesto. Naturalmente, había considerado advertirle de antemano lo que planeaba, pero había acertado al pensar que se habría puesto hecha un manojo de nervios, lo que quizá habría empeorado si le daba demasiado tiempo para pensarlo.

Fuera o no que llegara a descubrir quién había matado a su hermano, no podía reprocharle nada de sus esfuerzos de ese día. Como Cormag, Aedan no estaba seguro de entender la necesidad o la lógica detrás de algunas de sus preguntas, pero solo habían pasado unos minutos desde que ella comenzó con Torcall para que él supiera que era capaz y aguda, la mayoría de sus indagaciones eran reflexivas y productivas.

Su voz y hasta sus preguntas de réplica se habían vuelto más firmes a lo largo del día, conforme iba sintiéndose más cómoda con la situación y con su papel en ella. Había sido bastante meticulosa

con sus anotaciones, sus letras distintas a todo lo que él había visto antes y hechas con un instrumento que no tenía equivalente en su tiempo. Ese artefacto lo había intrigado durante bastante rato, ya que ella nunca necesitaba mojar la punta en el tintero que él le había ofrecido. Y luego todo ese trabajo minucioso registrando lo que escuchaba ciertamente le había servido cuando más tarde interrogó a varias personas.

—Un buen día de trabajo, en resumen —concluyó Cormag después de un rato.

Gabrielle bajó la cabeza, ruborizada por el elogio, y luego dirigió una mirada a Aedan, invitando esencialmente su opinión, con la esperanza de que coincidiera con la de Cormag.

—Lo hiciste bien, lass—le dijo él.

Aunque la admiración había sido parca, Gabrielle le dió una sonrisa radiante en respuesta, y el corazón de Aedan dio un vuelco.

***

Gabby estaba inexplicablemente agotada cuando subió a su habitación del tercer piso después de la comida. No había hecho nada más que participar en aquella asamblea, pero tuvo que disculparse con Ailis en la cena por ser tan mala compañía, ya que no conseguía mantener los ojos abiertos. Ailis no pareció darle importancia, parloteando como si Gabby le hubiera prestado toda su atención.

Su fatiga extrema quedó rápidamente olvidada apenas unos minutos después de llegar a la habitación, cuando alguien llamó a la puerta. Al abrirla, encontró a Aedan de pie con una enorme tina de madera, reforzada con dos aros de hierro.

Al instante, los ojos y la boca de Gabby se abrieron de par en par.

—¿Lo recordaste?

—¿Y tú lo olvidaste? —preguntó él con calma.

Abriendo la puerta de par en par para dejarlo entrar, confesó:

—Sí. Pero lo culparé a mi sueño, que… ¡puf!… se me ha ido ahora que veo que un baño está en mi futuro cercano.

Él dejó la tina frente a la chimenea y, mirando en esa dirección, comentó:

—Te conformas fácilmente.

—Facilísimo —respondió ella con soltura. De hecho, a menudo había pensado que, si más gente en su vida, en su círculo, se hubiera dado cuenta de eso, su vida habría sido mucho más feliz. No necesitaba nada lujoso, ni lo más caro ni lo mejor; solo quería compañía, gente con quien compartir. Claro que ella misma había hecho difícil que los demás lo descubrieran, tan a menudo era un libro cerrado; abrirse no le resultaba fácil. El rechazo constante solía tener ese efecto en las personas.

Se acercó y pasó la mano por el borde de la tina vacía.

—Probablemente voy a terminar con astillas en el trasero, y no me importa —le dijo, exaltada de emoción.

—Aye, quizá quieras esperar hasta que esté llena.

Su broma tomó a Gabby desprevenida, aunque no podía culpar de eso a su cansancio. Promesa de baño aparte, la mera presencia de Aedan despertaba en ella nervios, sentidos y, ¿se atrevía a admitirlo, aunque solo fuera para sí misma?, un anhelo que fingía no comprender, aunque en el fondo sabía muy bien de qué se trataba. De todos modos, todas esas reacciones hacia él resultaban de lo más desconcertantes.

Como se perdió un momento en sus pensamientos, no respondió a la broma y por eso apareció el ceño fruncido que él no traía al llegar. Pasó junto a ella murmurando algo sobre ir a buscar agua caliente.

—Y jabón —le gritó Gabby—. ¡Y toallas! ¡Bien calentitas!

Tardaron media hora en llenar la tina. Aedan había dicho que le indicó a la cocinera que pusiera calderas a hervir en cuanto se sirvió la comida, y esas ya estaban listas. La caldera era grande, y Gabby no podía imaginar que alguien salvo Aedan o Cormag hubiera logrado subirla tres pisos. La verdad, no sentía ni una pizca de culpa por el trabajo que le había dado. El baño era largamente necesario. Y eso le pasaba por lanzarla en aquella escena, *"ahí están, empieza a hacer preguntas"*. Luego llegaron más calderas, llevadas por muchachos de unos catorce años, más pequeñas y, por lo tanto, no

imposibles para esos adolescentes larguiruchos. Y entonces Aedan subió otra caldera enorme, todavía humeante, y la vació en la gran tina. La última, más pequeña, que trajo uno de esos chicos, quedó junto a la chimenea.

Ahora, más que emocionada, Gabby solo quería echar a todos de la habitación para poder disfrutar de su baño. Pero Aedan se arrodilló ante el fuego, añadiendo primero turba y luego un grueso tronco seco, avivando las llamas. Cuando estuvo satisfecho con la fogata, colgó el asa de la caldera que aún no se había vaciado sobre el gancho de la chimenea.

—Quizá quieras eso si el agua se enfría demasiado rápido —le dijo al enderezarse y mirarla.

Uno de los chicos volvió, debió de subir y bajar corriendo las escaleras, y le entregó a Aedan lo que parecía ser una toalla bastante grande. Aunque era de algodón liviano, parecía lo bastante ancha como para cubrir a Gabby por completo. Ella se imaginó envuelta en esa tela, sentada frente al fuego para calentarse y secarse más tarde.

—¿Quieres que Berta o alguna de las lasses te atienda? —preguntó Aedan, desenrollando la toalla.

—¿Atenderme? Oh, no. Yo puedo bañarme sola. —Hacía mucho que nadie la veía desnuda, y estaba bien con eso.

De entre el algodón que Aedan desenrolló, sacó un trozo irregular de lo que ella supuso era jabón y una pequeña vasija de cerámica con un tapón de corcho. Se la entregó a Gabby, encogiéndose un poco de hombros al decir:

—Ailis dijo que quizá te gustaría esto. Aceite de rosas o alguna cosa elegante.

—Esto no hace más que mejorar —dijo ella, tomando el frasquito—. Gracias.

—No has dejado de sonreír desde que llegó el primer balde de agua.

—Eso debería decirte lo feliz que estoy. No sé cómo agradecerte lo suficiente.

—Entonces probablemente quieras que me vaya para que empieces.

—Sí, quiero —respondió ella sin el menor reparo.

Aedan soltó una carcajada, un sonido profundo que llenó la habitación y produjo en Gabby una agradable calidez. Mejor que no lo hiciera todo el tiempo; de ser así, ella ya se le habría echado encima hacía rato. En realidad, al cerrar y trabar la puerta tras él, admitió que las posibilidades de que alguna vez tomara la iniciativa con Aedan Cameron eran casi nulas. Nunca en su vida había dado el primer paso. Y tan pocas veces habían dado un paso hacia ella que podía contarlas con una mano y todavía le sobraban dedos para sostener un bolígrafo.

Al quitarse la léine por la cabeza, Gabby tuvo que admitir que, aunque no era tan audaz ni temeraria como a veces deseaba, si *alguna* vez lo fuera, sin duda sería con Aedan.

Siempre había tenido la costumbre de cepillarse los dientes antes de ducharse o bañarse. Ese orden ya no había sido necesario últimamente, pero la costumbre no había muerto, y usó la jarra de enjuague para sacar un poco de agua de la caldera antes de que se calentara demasiado. Se cepilló los dientes, soñando con volver a tener pasta dental algún día, y enjuagó y escupió el agua en la palangana.

Se quitó los zapatos, se despojó de la túnica y dejó el jabón y el aceite junto a la tina antes de meterse. El agua estaba demasiado caliente, y no le importó, suponiendo que un poco de calor desinfectante no le haría mal.

Con un suspiro de placer, se hundió por completo en la bañera.

Oh, esto es el cielo.

Se lavó primero la cara, antes de que el agua se enturbiara con toda la mugre acumulada durante el último mes sin un baño en condiciones. Ya estaba pensando qué podría hacer, decir o prometer para conocer tal lujo más seguido, al menos una vez por semana.

El jabón no era maravilloso, y sospechaba que le resecaría la piel, pero tenía un aroma ligero y agradable, aunque no sabía identificarlo. Luego se lavó el cabello, tomándose su tiempo feliz de frotarse el cuero cabelludo y dejando que la espuma reposara un poco mientras se recostaba contra la tina. El recipiente era enorme,

pero circular, de modo que tenía que mantener las piernas dobladas y no podía estirarse como hubiera querido. Aun así, ya sabía que era el baño más glorioso que había tenido en su vida.

Cuando terminó de enjuagarse el pelo, tarea que le llevó bastante, lo dejó colgando fuera de la bañera y añadió unas gotas del aceite de rosas al agua, lo que hizo el baño todavía más delicioso.

Pensando que solo un acondicionador para su cabello y una rasuradora lo habrían hecho perfecto, Gabby se lavó todo el cuerpo, usando una esquina de la toalla con el jabón grumoso, ya que no le habían dado una esponja. Y, por mucho que había deseado estar limpia, casi se apresuró en la tarea para poder dedicarse a relajarse en el baño, hundiéndose todo lo posible y cerrando los ojos.

Gabby meditó feliz sobre el día que dejaba atrás, sintiéndose bastante satisfecha aun sin tener la menor idea de quién podría ser el asesino. Pero no rehuía otorgarse un buen crédito por haberse salido por completo de su zona de confort y no haber huido de lo que Aedan le había impuesto. Lamentablemente, tras todas esas preguntas hechas a tanta gente, solo un puñado de nombres habían recibido un signo de interrogación que indicara que quizá debían investigarse más. Pensó en cómo afrontaría el día siguiente, hablando con todas las mujeres, la mitad de las cuales, si se creían los rumores, quizá se hubieran acostado con Arthur.

Somnolienta, su mente divagó más. Llevaba ya una semana en Cairncross. Y aun así seguía sintiendo que vivía al margen de la vida en esa fortaleza, como si mirara todo desde la distancia y no estuviera realmente en medio de ello… Salió de su habitación y atravesó el pasillo sin fijarse en mucho, demasiado ocupada en pasar desapercibida. Pero hoy todo había cambiado. De golpe conocía a tantísima gente. Sabía a qué se dedicaban y con quién estaban casados. Podía saludar y hacer charla con ellos.

¿Pero lo haría? Con demasiada frecuencia hacía planes grandiosos para hacerlo, para exponerse. Pocas veces los llevaba a cabo con satisfacción. Era introvertida, siempre lo sería, y la verdad intentaba no serlo porque incluso los introvertidos se sienten solos. Quizá por eso le gustaba tanto Ailis. Esa relación nueva era sencilla;

solo tenía que sentarse y dejarse entretener. Ailis parecía desear sinceramente su compañía. Y a Gabby se le daba mucho mejor el trato cara a cara.

Su cerebro se detuvo y no lo resistió; se quedó dormida en la bañera.

El crujido de la puerta secreta, un sonido al que ya se había acostumbrado, la despertó. Como se despertó sobresaltada y pensó de inmediato que era Ailis, Gabby no reaccionó al instante; se tensó en atención. Estaba sentada mirando hacia la puerta principal de la habitación, así que solo giró la cabeza para ver detrás, algo sorprendida de que Ailis no hubiese entrado ya; normalmente ella entraba hablando sin filtro.

Se dio cuenta de dos cosas a la vez: debía haber dormido bastante porque el fuego se había apagado y la habitación se había oscurecido; y, más inquietante aún, la figura sombría que se deslizó hacia la habitación no era Ailis.

Incorporándose de un tirón y girándose, a pesar de que eso dejaba ver su desnudez, Gabby plantó cara al intruso. La sombra se detuvo en seco cuando lo hizo y retrocedió con rapidez hacia la escalera secreta justo cuando Gabby gritó como una posesa. Saltó fuera de la tina, o intentó hacerlo, sin levantar lo bastante la pierna y rozó el lateral de madera, y cayó de bruces al suelo.

Maldiciendo en voz alta mientras rodaba un momento por el suelo sujeto la espinilla, supo que debía perseguirlo. Se levantó cojeando, se envolvió la toalla al vuelo y rebuscó en su bolso de playa la linterna. No habían pasado ni treinta segundos desde que el intruso se fue cuando Gabby encendió la linterna y bajó tras él por la escalera tenebrosa. El diseño en espiral de los peldaños le impedía alumbrar todo el tramo de una vez y ver quién había entrado en su cuarto.

Estaba a mitad de escalera, asomándose por la puerta al segundo piso vacío y silencioso, sin oírse ruido alguno en el pasillo, cuando comprendió que no tenía idea de qué haría si atrapaba a la persona. Probablemente la matarían, pensó con un alarmado estremecimiento. Dio media vuelta y subió corriendo los fríos

peldaños de piedra y oyó a Aedan gritar su nombre, segundos antes de que su silueta llenara el angosto dintel de la puerta.

—¡Gabrielle! ¿Qué diablos...

La toalla le trabó el pie y la hizo tropezar cuando quedaba a poco de la cima, cortando el arrebato furioso de Aedan. Se enderezó justo cuando él dio un paso y le agarró el brazo, arrastrándola de vuelta al dormitorio.

La soltó al instante, dando un paso atrás. Nunca habría imaginado la expresión que siguió en su rostro, horror o consternación extrema, o algo que le dejó mirarla con la boca abierta, como si de pronto tuviera dos cabezas y una de ellas fuera un demonio.

Al mismo tiempo que bajó la mirada, ella la apartó con más vergüenza al comprobar que la sábana de algodón que llevaba era muy fina y se pegaba a su cuerpo mojado; Aedan ya no tendría duda alguna sobre cómo era ella sin ropa. A destiempo, cruzó los brazos sobre el pecho, pero él sin duda ya habría notado la forma exacta y el tamaño de sus pechos e incluso el color de sus pezones puntiagudos.

—¿Lass, qué…qué demonios haces? —tragó saliva; Gabby tuvo la impresión de que solo su fuerza de voluntad le permitió apartar la vista de su cuerpo y mirarla a la cara. Estaba absolutamente atónito, como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza sin motivo.

—Alguien estaba en mi cuarto —gritó ella, la ansiedad estallando; le temblaban las extremidades y se le quebró la voz—. Entró sigilosamente por ahí. Pensé que era Ailis y debió creer que estaba dormida. Lo estaba, pero luego la puerta crujió y me desperté, y al girarme vi una figura demasiado alta para ser Ailis, pero más baja que tú o Cormag. Me di la vuelta y, en cuanto vio que no estaba dormida, salió corriendo.

Él no esperó más y volvió a abrir de un golpe la puerta oculta, bajando de un salto por los peldaños. Lo último que Gabby vio antes de que él doblara la primera curva fue que desenfundaba su espada.

—¡Aedan! —llamó, pero él no retrocedió en la oscuridad. Solo quiso decirle que se hubiera llevado su linterna.

Aun sintiéndose vulnerable, fue a la puerta del pasillo, la cerró con fuerza y echó el pestillo. Se tomó apenas un instante para recolocar la gran toalla de modo que no se abriese tan fácilmente, metiéndola bajo los brazos y asegurándola sobre el pliegue de los pechos. Luego se plantó en la entrada de la escalera-túnel y encendió la linterna, manteniendo la luz baja en los peldaños para no deslumbrar a Aedan cuando regresara.

El corazón le latía como si el susto no fuera cosa del pasado. Se llevó una mano al pecho para calmarse. Oh, ¿quién había sido? ¿Con qué intención había ido a su habitación?

Las posibilidades no eran tan ilimitadas como aterradoras.

No oyó a Aedan antes de verlo otra vez; sus pasos fueron suaves en los fríos escalones. Cuando entró y cerró la puerta, Gabby apagó la linterna, dejando solo el débil resplandor del fuego que iluminaba la estancia.

Aedan se volvió hacia ella, enfundando la espada, y le pidió que le contara otra vez lo ocurrido.

Tragando y repitiendo para sí lo sucedido, admitió lo obvio primero.

—En realidad no pasó nada. Pero estaba en el baño, me quedé dormida. Esa puerta cruje si se abre despacio y eso debió despertarme. Cuando me di la vuelta vi una figura demasiado alta para ser Ailis, pero no tan alta como tú o Cormag. Me di la vuelta y en cuanto vio que no estaba dormida, salió corriendo.

—¿Era una mujer?

Ella volvió a negar.

—No. No pudo haber sido. Acabo de recordar, o darme cuenta, de que definitivamente llevaba pantalones.

El ceño fruncido de Aedan, constante desde que la encontró en la escalera, se acentuó.

—Un lad, quizá.

Ella se encogió de hombros, impotente.

—Quién sabe.

Aedan posó su mano sobre la de ella, donde la mantenía extendida, palma arriba, buscando respuestas a tantas preguntas.

No se había dado cuenta de que temblaba con tanta fuerza hasta que miró sus manos y vio que, mientras Aedan mantenía firme la suya, su brazo desnudo vibraba. Y quizá había empezado en la mano y se había extendido hacia arriba, porque los labios le temblaban con un miedo tardío o residual.

Alzando los ojos hacia Aedan, intentó restarle importancia.

—Odio de verdad tu siglo XIV. —Pero la frase salió temblorosa y detestó sonar tan frágil y asustada. Torció la boca justo cuando Aedan la atrajo hacia él.

—Shh —dijo, envolviéndola con sus brazos.

Y ella se dejó. Sujetando la toalla con ambas manos donde la tenía asegurada, escondió la cabeza contra su sólido pecho. Ahora el temblor había comenzado de verdad y no podía detenerlo.

—No sé quién era, Aedan —sollozó contra él con pena—. No vi nada más que una sombra y se fue en cuanto se dio cuenta de que estaba despierta. ¿Crees que era el mismo que mató a tu hermano? Tal vez, como estuve interrogando a tanta gente hoy, piensan que…

—Shh —repitió más suave, estrechándola más, sus brazos cálidos y protectores.

Capítulo Dieciséis

El Poder de la Esperanza

Era un hombre que vivía a veces en un estado casi constante de rabia, pero nunca había experimentado una furia tan grande como la de ahora. Al principio la ira provenía de que alguien se hubiese atrevido a irrumpir en esa cámara, con toda probabilidad con malas intenciones. Luego la rabia se dirigió a lo que ella había hecho: perseguir al intruso. Olvidando su exposición indecente, ¿qué había pensado que haría si llegaba a alcanzarlo?

No hizo gran esfuerzo por contener su enojo y ladró:

—*Oh*, Gabrielle, ¿por qué lo perseguiste? ¿En qué estabas pensando?

No le sorprendió que su brusca pregunta fuera recibida con desafío. Sí, y eso era algo bueno.

Ella alzó el rostro hacia él.

—Estaba pensando que podría ver quién era —dijo, aún con la voz temblorosa pero teñida de una firme defensa—. No puede ser coincidencia que hoy empecemos a interrogar a todos, conmigo haciendo las preguntas, y esta noche alguien se cuele en mi cuarto.

No, no lo era, coincidió Aedan. No permitiría que su mente divagara sobre lo que podría haber ocurrido si ella no se hubiese despertado con el crujido de la puerta, si no hubiera gritado tan fuerte que lo oyó a través de tanta piedra y un piso más abajo. Tampoco debía dejarse arrastrar por lo que ocurría en ese preciso instante: ella en sus brazos, vestida como estaba.

Ella lo seguía mirando, y en su pose y en su expresión había un aire expectante que a él le parecía significativo, pero con lo que no podía hacer nada ahora. Primero tenía que asegurar la fortaleza.

Lentamente, como si sus brazos rechazaran la orden, la apartó de sí. Le costó un esfuerzo supremo no recorrerla con la mirada otra vez; en realidad no le hacía falta, la imagen de su cuerpo delineado bajo el algodón húmedo se había grabado en su

memoria, y sin duda quedaría forjada como hierro en su cerebro para toda la eternidad. Girando, fue hacia el fuego moribundo y se ocupó allí, trayendo más luz a la cámara, espantando sombras.

—Ponte algo seco y abrigado —aconsejó por encima del hombro. Oyó abrir el armario y permaneció arrodillado, tardando más de lo necesario con el atizador hasta imaginar que ella ya se habría quitado la toalla y vestido con capas menos tentadoras. Y no sabía si su corazón latía aún con la furia inicial o con el recuerdo fresco de lo que ella le había mostrado sin querer, de lo glorioso de su cuerpo.

Cuando se levantó y volvió a mirarla, ella estaba sentada en el banquillo, con una camisola y envuelta en un tartán Cameron. Tenía una pierna cruzada sobre la otra con la falda de la prenda subida por encima de la rodilla. No intentaba provocarlo aun mostrando más piel, sino que usaba la toalla desechada para secar un corte en la pierna, que había dejado un reguero de sangre hasta su tobillo delgado.

Una nueva oleada de ira lo sacudió, pero antes de que pudiera preguntar por la herida, ella levantó la vista y dijo:

—Me tropecé al saltar de la bañera. Creo que me lo rasgué más de lo que pensaba.

Miró el suelo, empapado de agua. No lo había notado un momento antes, no había notado nada más que a ella, su cabello goteando, su aroma a rosas fragantes, lo bien que encajaba entre sus brazos.

—Llamaré a Borgach para que te traiga vendas.

—Por favor, no. Estoy bien. Ya es bastante vergonzoso. No quiero que…

—¿Vergonzoso? Lass, alguien entró a tu habitación. Solo él sabe con qué intención. Podrías haber resultado herida. —Arrojó la mano hacia el corte de su espinilla—. Peor de lo que tienes ahí. Así que no vamos a preocuparnos por apariencias ni percepciones. — Con eso, recorrió la habitación con la mirada, tomó una decisión rápida y arrastró el armario desde la pared exterior entre las ventanas hasta la pared contigua, de modo que quedara frente a la puerta del pasadizo oculto.

Cuando terminó, y Gabrielle lo miró con un poco de renovada ansiedad por esa precaución, que delataba que él temía el regreso del intruso, se plantó frente a ella y le indicó:

—Echa el cerrojo tras de mí y no tardaré, pero necesito ver cómo está Ailis y despertar a Cormag para que organice una guardia dentro del castillo.

—¿Crees que fue el asesino? —La probabilidad la golpeó de lleno entonces, llenándole los ojos de lágrimas, doradas a la luz del fuego reavivado.

No le mentiría. Pero tampoco estaba listo aún para revelarle lo que Lilles le había insinuado. Unido a lo ocurrido esa noche, la conjetura del sanador parecía más que probable y significaba que Gabrielle era definitivamente el blanco de alguien.

—No puedo creer que no lo fuera. —Ante su temblorosa aceptación de la realidad, de lo cerca que había estado el asesino de ella, Aedan la aseguró—: No tardaré y nadie podrá entrar una vez que cierres la puerta. No la abras a nadie más que a mí.

Bajándose las faldas sobre las piernas, ella se levantó y lo acompañó hasta la puerta.

—Pon el pestillo, muchacha —le recordó él, y tiró de la puerta para cerrarla detrás de sí. Esperó solo un instante para oír cómo giraba la traba y luego bajó con furiosa determinación por el pasillo y las escaleras hasta el segundo piso, donde él, Ailis y Borgach tenían sus habitaciones. En silencio, se asomó a ambas, encontrando a su hija y a su prima profundamente dormidas, sanas y salvas. Después bajó a la planta baja y salió del castillo por el salón. Sus ojos recorrieron el patio brillante, la llovizna nocturna era resaltada por la media docena de antorchas colgadas en el interior de la muralla. Como si pudiera encontrar algo fuera de lugar, o alguna pista de que un asesino había cruzado el patio.

La puerta de la torre de la puerta se abrió de golpe a su entrada. Atravesó la armería y pasó a otra sala, donde estaban los barracones. Su llegada despertó a varios soldados, pero solo le interesaba llamar la atención de Cormag. El capitán ocupaba la primera litera y se incorporó al verlo, sorprendido de que Aedan visitara el barracón a esas horas de la noche.

—Vístete —dijo Aedan con voz baja.

Luego desanduvo sus pasos hasta situarse en el patio interior, cerca de la puerta principal. No tuvo que esperar mucho. Cormag apareció, nada desaliñado ni somnoliento, con la espada ceñida a la cadera.

—Alguien acaba de usar la escalera oculta para entrar en la habitación de Gabrielle —le informó a su capitán—. La sorprendió en el baño. —Expresando una ira cuyo motivo Cormag comprendería fácilmente, añadió—: Y la insensata lass saltó de la tina y persiguió a esa persona por el túnel.

Con los ojos abiertos de par en par, Cormag solo comentó:

—Entonces, no debe quedarse sola, si esa es su primera reacción.

—No, en absoluto.

—¿Ailis?

—Está bien, duerme. Pero ahí es donde quiero que estés esta noche, frente a su puerta. No hay escalera secreta allí que permita entrar por otro medio. —Cuando Cormag asintió, Aedan continuó—: Pero primero quiero la guardia nocturna doblada, o más, lo que haga falta para que tengamos ojos sobre cada pulgada de este torreón y el patio. Iré ahora al lugar donde el túnel desemboca desde la cámara de Uilleam, fuera de la muralla. Tal vez quede alguna pista, pero necesito una unidad apostada allí en todo momento, tres o cuatro hombres, hasta que esto termine.

—Sí, me ocuparé de eso antes de ir a la puerta de Ailis —dijo Cormag. Inclinó la cabeza y arqueó las cejas hacia Aedan—. Es mucha desesperación, amenazar a quien señalaste como responsable de descubrir al asesino. Pero, lad, no todas las personas que viven en Cairncross o en sus alrededores saben de la existencia de esa escalera. Tenlo en cuenta.

Lo había pensado mientras salía del torreón hacía un momento.

—Sí, lo tendré en cuenta. No tardes. Pon a los hombres a trabajar y ve con Ailis.

—Sí, jefe.

Y se separaron, Cormag regresando a los barracones donde despertaría y ordenaría a unas cuantas docenas de hombres cumplir con sus instrucciones. Aedan caminó hasta la poterna, anunciando en voz baja su presencia a los hombres de la muralla, que vigilaban el acantilado y el mar.

—¿Noche tranquila? ¿Nadie avistado? —les gritó.

Sorprendidos por la pregunta, los dos hombres se consultaron bajo las capuchas improvisadas con sus mantos, intercambiando expresiones de desconcierto antes de negar con la cabeza a Aedan.

—Nadie más que nosotros y la lluvia, jefe.

—Sí. —Se lo había imaginado, o se habría levantado un alboroto—. Estén atentos, lads —les advirtió mientras abría la portezuela bajo donde ellos estaban—. Hay un merodeador esta noche.

No hacía falta decir más. A la mañana siguiente reuniría a todos los hombres que vivían en Cairncross y les daría los detalles completos.

El lugar donde el túnel de la cámara del mayordomo de Uilleam se abría en una pequeña cornisa en una hondonada junto al acantilado no le mostró gran cosa: la oscuridad y la lluvia ocultaban lo que pudiera haber descubierto. Pero no había nadie acurrucado allí, al borde del precipicio, y la playa de abajo, oscura en la noche sin luna, le revelaba aún menos. Nada se movía salvo la lluvia y el lento vaivén de las olas.

***

Ella no sintió miedo mientras Aedan estuvo fuera, segura de que nadie podía entrar, pero sí un alivio cuando regresó, golpeando con firmeza antes de anunciarse. Cuando abrió la puerta, él entró, cerró y volvió a echar el cerrojo.

—¿Está bien Ailis? —preguntó primero.

—Sí, no la molestaron. —Lanzó una mirada minuciosa a la habitación.

—¿Pero escuchaste mi grito?

—No estaba dormido todavía, apenas había llegado a mi cámara.

—¿Y ahora qué?

—Nada por ahora. Aguantamos hasta el amanecer. Me quedaré aquí. Cormag guarda la puerta de Ailis.

Ella asintió. No había parte de sí misma que quisiera que él se marchara.

—Sube a la cama, lass—le sugirió, sus ojos verdes posándose en ella una vez más—. Nos espera una larga noche. Duerme un poco.

—No voy a poder dormir ahora. No es que tenga miedo contigo aquí, pero estoy demasiado alterada. ¿Y cómo voy a dormir sabiendo que tú no lo harás?

—Dormirás, puedes hacerlo —dijo, tomándola suavemente del brazo para guiarla hacia la cama, donde se sentó—. Un susto así te quita fuerzas. Cuando el miedo se asienta, te invade el cansancio. Así pasa siempre.

No respondió a su otra preocupación, así que Gabby insistió mientras se sentaba al borde de la cama.

—Me sentiría fatal durmiendo toda la noche mientras tú permaneces despierto. —Pensó en ello—. Pero en realidad no es necesario. Quiero decir, que te quedes despierto. Nadie puede entrar.

—Ya no confío, lass, no más. El druida vino a mí y luego tú también, ambos moviéndose de formas que no conocía. ¿Cómo sé yo que un asesino no puede atravesar muros o puertas?

—Bueno, ahora sí que me asustaste. Así que ahora tienes que quedarte.

Él le sonrió. Envuelto en sombras junto a la ventana, donde antes estaba el armario, su sonrisa fue poco más que un destello de dientes blancos antes de desvanecerse. Quitándose la espada del cinto, se dejó caer al suelo, apoyó la espalda en la pared y colocó el arma sobre sus piernas.

—No vi nada cuando bajé por las escaleras del túnel —le informó—. Ninguna señal de que alguien hubiera pasado por allí. Fui hasta abajo, crucé la cámara de Uilleam y salí a la noche. No vi a nadie.

—No me lo inventé —declaró ella, algo molesta porque su tono parecía insinuar lo contrario.

Él corrigió sus pensamientos.

—No dije que lo hicieras. Solo te informo que nada estaba fuera de lugar, ni dentro del torreón ni fuera.

—Ah. —Sus hombros se hundieron un poco—. No sé si tengo sospechosos claros después de la reunión de hoy, pero ni siquiera los que parecían dudosos encajan con esa sombra que vi.

—Igualmente, ninguno me llamó la atención esta mañana. Aunque sé que Jasper despertó tu interés, lo sospeché.

Ella se encogió de hombros. No sabía qué pensar de Jasper y no había tenido tiempo de repasar sus notas y reflexionar más sobre sus declaraciones y su comportamiento.

—Definitivamente siento que me mintió, pero no estoy segura de por qué. ¿Te parece alguien capaz de matar? ¿O crees que dijo algo que no era cierto? ¿Tendría algún resentimiento contra tu hermano?

—Muchacha, cualquier hombre es capaz de matar. Y sí, los hombres de armas, Jasper incluido, sin duda han quitado vidas en batalla. No es algo desconocido para ellos.

—Bueno, eso no es muy útil. Pero, aun así, sé que mintió. Dependiendo de lo que sepamos mañana, quizá quiera interrogarlo de nuevo. —Se levantó de la cama y caminó hacia él—. No puedo verte en esas sombras y siento que hablo con un fantasma.

Fue a sentarse a su derecha, esquivando sus largas piernas.

Aedan se inclinó hacia adelante y tomó su mano al acercarse, guiándola hacia su izquierda.

—Más lejos de la puerta —explicó.

Dejándose caer junto a él contra la pared, compartiendo la misma vista, ella se preguntó:

—¿Siempre tienes que pensar en esas cosas? ¿Todo es cuestión de seguridad? ¿Porque en esta época hay tanto peligro?

—¿Acaso en tu lugar, en tu tiempo, no hay peligro?

—En realidad sí. Claro que lo hay. Eso es universal, ¿no? Supongo que no pienso tanto en ello. Pero sí, siempre aparco cerca de una farola, y cierro mis puertas por la noche. Probablemente más que la mayoría, no hablo mucho con extraños. Pero no lo pienso, simplemente lo hago. Es algo automático.

—Sí, y también aquí.

Ella miró la espada, tendida sobre su regazo.

—¿Has… eh, tenido ocasión de usar tu espada a menudo?

—Demasiado a menudo, solía decir mi madre. ¿Cómo te proteges tú? ¿No llevas ningún arma? ¿Ni siquiera una daga pequeña?

Gabby se encogió de hombros.

—Seguro que algunas personas llevan cuchillos. Pero imagino que la mayoría no. El mundo en general no anda armado a diario. No de donde yo vengo, al menos. Y si lo hacen, no lo exhiben con tanta osadía como tú. Normalmente está escondida.

Siguió un silencio, roto solo por la suave lluvia que caía sobre la piedra de la ventana.

—No tienes madre que te llore, y tu padre quizá tampoco lo haga aunque viva —dijo Aedan al cabo de un rato—. ¿Pero tienes otros parientes, gente que sabrá que has desaparecido de tu tiempo y se preguntará por ti? ¿Que se preocupará por ti?

Gabby apartó la cabeza de la pared contra la que la apoyaba, bajó la barbilla y se concentró en los bordes del tartán, en un lugar deshilachado del que empezó a tirar con cuidado.

—Pues eso es lo malo, ¿ves? No se me ocurre una sola persona que siquiera se dé cuenta de que no estoy. Bueno, aparte de mi trabajo, pero no creo que a nadie allí le preocupe. No llevaba mucho tiempo.

Pasó medio minuto entero antes de que Aedan respondiera. Su voz fue baja, más suave de lo que ella jamás le había oído.

—Eso no es realmente vivir, ¿verdad, lass? Y aun así, no puedo creer que no hayas dejado huella en nadie, que tu ausencia no se note.

—Sí, bueno, yo… no sé. No tengo nada en común con la gente de mi edad. Y soy un poco introvertida, por eso estaba tan aterrada esta mañana cuando me lanzaste a esa situación. —Suspiró y explicó un poco más—. Cuando era niña, nunca me dejaban invitar amigos a casa, aunque me habría dado vergüenza de todos modos. No me dejaban salir los fines de semana. No podía tener citas. Y luego… cuando me fui por mi cuenta, no me sentía cómoda con la gente. Supongo que es más fácil estar sola.

—Pero viajaste, dijiste. ¿Fue sola?

—Sí, pero solo para escapar. Aunque supongo que sí hice amigas en Escocia. Conocí a dos estadounidenses, chicas que venían de donde yo, de los Estados Unidos, en la cafetería donde trabajaba, en un pueblito universitario. Quiero decir, éramos amistosas. Salí una vez con Kayla, pero luego… se fueron. Recuerdo que cuando las conocí sentí que era la primera vez que tenía esperanza, que podía… —hizo una pausa, se encogió de hombros, como si revelara demasiado— no sé, como si al fin hubiera encontrado a alguien, dos de hecho —rio— con quienes podía entablar una relación. Eran tan fáciles, tan amables, sin juicios. —Pensando en otros obstáculos que siempre le habían dificultado apegarse a la gente, añadió—. Sin drogas ni dramas.

—Entonces, sí, se preocuparán por ti.

Gabby alzó el rostro y miró al frente, quedándose inmóvil, sorprendida de que nunca se le hubiera ocurrido ese pensamiento antes.

—No, no lo harán —susurró con voz muy pequeña, asombrada por la idea que acababa de surgirle. Se giró del todo hacia Aedan, su rodilla doblada chocando con el muslo de él—. Aedan, ellas desaparecieron —dijo, exaltada con aquella loca idea—. Eloise desapareció del campus o cerca de los senderos en primavera. Cientos de personas y decenas de agencias buscaron y nunca encontraron rastro. —El ceño fruncido de él decía que quizá intuía a dónde iba—. Y unas semanas después, tal vez un mes, Kayla desapareció. Así, de golpe, se esfumó. La policía pensó que debía de haber un asesino en serie suelto. Todo el pueblo y la universidad estaban en tensión. Fue… oh, Aedan, ¿crees que están aquí? ¿Es eso lo que...quién...la bruja quiso decir cuando me dijo que hablara con la otra viajera del tiempo? —La sola idea la dejó atónita, tanto por lo improbable como por no haberla pensado antes—. Tenemos que ir a ese lugar, Breachmont.

—Brechmont —corrigió él, aunque distraído, claramente considerando la posibilidad—. Sí, iremos.

Emocionada ahora de que algo así pudiera ser posible, Gabby se animó, se acomodó, dobló las piernas bajo sí y se giró para

encararlo.

—¿Te imaginas? ¿Y si han estado aquí todo este tiempo? —se llevó los dedos a los labios y dejó que su mente abrazara la idea—. Oh, sería maravilloso —suspiró, con los ojos llenos de lágrimas felices.

Aedan le tomó la mano de la boca y esperó hasta que ella lo miró a los ojos.

—No lo hagas, lass. No respires esperanza. No me gustaría ver tu corazón roto si no fuera cierto. La druida solo mencionó a una, no a dos.

—Pero eso no significa… nada —dijo ella, un poco desesperada por no dejar que la derribara tan rápido—. Pero Aedan, tiene todo el sentido, explica dónde estuvieron todo este tiempo. Oh…

—Lass—repitió él, con un dejo de cautela en la voz.

Gabby sacudió la cabeza.

—No, no me desanimes, Aedan. Déjame tener esperanza un rato. Por favor.

Él inspiró y exhaló lentamente mientras la miraba con esa mirada penetrante suya, y asintió.

—Sí.

—¿Y me llevarás a Brechmont?

—Sí.

Con renovada emoción, Gabby giró su mano dentro de la de él, que aún sostenía, y añadió la otra, enlazando ambas alrededor de la suya.

—Sé que tengo razón. Están aquí. ¿Por qué no se me ocurrió antes? —Y todas sus palabras se escaparon en medio de su sonrisa, tan enamorada de la esperanza en ese instante.

Gabby estaba segura de que la sonrisa que él veía era la más radiante que había mostrado en meses.

Y entonces todo cambió. Él la miró distinto, inmóvil. Tragó saliva y sus aletas nasales se abrieron con fuerza, mientras su boca parecía tensarse, ella creyó que con desagrado hasta que su mirada se deslizó a sus labios y a su sonrisa que se desvanecía lentamente.

En toda su vida, nunca había sentido una mirada tan intensa como la de él ahora.

Oh.

Él levantó los ojos a los de ella, buscando, queriendo hallar algo.

—Sí —imploró ella, con audacia, sin aliento—. Bésame.

Él atrajo su mano hacia su pecho, lo que la acercó, pues ella aún lo sujetaba.

No la besó de inmediato, sino que la sorprendió al alzar la otra mano para tocar su cabello suelto. Ella aguantó, capaz de sostener su oscura mirada solo porque la quietud la mantenía inmóvil ante la cercanía de él, por el calor de su aliento sobre su piel. La mano de Aedan bajó por su pelo hasta la línea de su mandíbula. Gabby cerró los ojos, intensamente consciente del calor de su toque, que le abrasaba la piel tras el rastro de sus dedos.

Por fin, sus labios rozaron los de ella. Gabby no se sobresaltó, aunque tenía los ojos cerrados, sino que suspiró de anhelo y de emoción mientras sus labios se rozaban perezosos contra los de ella. Inmóvil por la esperanza, esperó. La mano de Aedan aún sostenía su barbilla, con apenas la presión suficiente para alzar su rostro hacia él. Movió sus labios despacio de un lado a otro antes de deslizar la mano por su mejilla y más allá, con los dedos hundiéndose en el cabello cerca de su oído, luego sujetando la nuca para acercarla aún más.

Su corazón no se detuvo como habría imaginado, sino que latió tan deprisa que fue consciente del retumbar en su pecho. Y entonces él atrapó su labio inferior entre los dientes, su lengua trazó la suavidad, y Gabby no pudo controlar el pequeño sonido extraño que se le escapó. Antes de Aedan, hacía mucho que nadie la besaba. Y jamás un hombre como Aedan había mostrado interés en ella. Ya sabía que su beso era divino. Pero quería más. Su pequeño gemido lo encendió, y él se movió ágil pero de golpe, apartando la espada de sus piernas y rodeándole la cintura con un brazo mientras con el otro le sujetaba el brazo y la subía a su regazo. Como ya estaba frente a él, resultó fácil acomodarse a horcajadas, lo más sensato dado lo que ella sabía que quería de él, con él.

El beso se intensificó con su nueva posición, con sus pechos aplastados contra su pecho. Ahora su boca se movía con menos dulzura y su lengua la instaba a abrirse para él, y ella lo hizo con avidez, apoyando las rodillas en el suelo a cada lado de sus piernas para impulsarse y acercarse más.

No podía estar segura de que el calor que la envolvía no fuera letal, y no le importaba, mientras su lengua se enredaba con la de él, respondiendo a una necesidad de acercarse aún más, alzando los brazos alrededor de su cuello, enredando los dedos en el cabello espeso y suave de su nuca, sujetándolo fuerte.

Las manos fuertes de él sujetaban sus caderas, los dedos se hundían gloriosamente en su carne a través del fino algodón. El beso alcanzó una intensidad febril, con ruidos húmedos escapándose, Gabby tomó la iniciativa como nunca antes, salvaje, necesitada y sin miedo a mostrarlo, besando su boca, su mejilla, su cuello, apartando el borde de su camisa.

Él ladeó la cabeza contra la pared y exhaló un *Oh* entrecortado en la noche.

Ella percibió asombro, o fingió hacerlo. Le gustaba pensarlo así, pensar en Aedan Cameron tan trastornado como ella lo estaba. Y no pensaba detenerse ahí. Tan audaz como nunca había sido, se despojó del tartán, que apenas cubría ya sus hombros. Alargó la mano hacia el dobladillo de su camisón, subido hasta los muslos, pero dudó, su valor flaqueando ante la idea de exponerse por completo.

—Sí —susurró Aedan con voz ronca—. Quítatelo.

El ruego de su tono ronco fue lo que la desarmó, obligándola a obedecer. Lo hizo despacio, segura de que sus mejillas estaban tan rojas como las brasas del fuego.

Y el valor regresó, de modo que lo miró directamente cuando estuvo completamente desnuda y montada sobre él.

Qué extraño, pensó mientras lo veía fijar la mirada en su cuerpo desnudo, su aprecio era evidente en la lenta apertura de su boca, nunca se había sentido más fuera de lugar en toda su vida que en ese tiempo y en ese lugar. Pero al mismo tiempo, jamás había

conocido tanta libertad: libertad de juicio, de inhibición. Aunque sabía que solo en este aspecto, solo en este momento con Aedan.

El deseo era una fuerza poderosa.

Capítulo Diecisiete

Perdiendo el Control

Gabrielle desnuda era un festín para la vista.

Aedan no recordaba un momento en su vida en que hubiera quedado inmóvil de esa manera. No duró, no podía durar. Alzó las manos, le rodeó los senos, empujándolos hacia arriba y juntos. Ella era enloquecedoramente suave, sus pezones estaban erguidos de necesidad.

La besó, estampó su boca sobre la de ella, robándole el jadeo y lo que quedaba de su aliento. En realidad no fue un beso. Fue brutal la forma en que su boca la poseía. Enredó las manos en el cabello a los lados de su cabeza, consciente de las manos de ella moviéndose, de sus dedos y palmas deslizándose por sus brazos. Sus lenguas danzaron, la de él profundizando, con Gabrielle respondiendo con igual fervor, ladeando la cabeza para acomodar su necesidad y su ansia.

Pero así no podía ser. No allí, en el suelo, de esa manera.

Rompiendo el beso, le ordenó ponerse de pie, y ella lo hizo, quizá con cierta ansiedad ya que él acababa de gruñirle bruscamente que se apartara. Su preocupación se desvaneció enseguida cuando él se despojó de su tartán y de la túnica y la tomó de nuevo, buscando su boca. Ella jadeó en el beso cuando sus pechos desnudos se tocaron y la cabeza de Aedan giró, saturada de sensaciones, abrumada por el deseo. Mientras sus manos lo reclamaban, encendiendo cada centímetro de piel que rozaban, él se descalzó las botas, desató los cordones de los pantalones y los dejó caer donde estaba, apartándolos de una patada.

—Quiero darte placer —dijo, el deseo áspero deshaciéndose en un suspiro cuando su miembro endurecido presionó contra su vientre.

—Oh. Lo haces. Lo estás haciendo.

El alivio y la excitación lo inundaron al mismo tiempo. La guio hacia la cama, con el brazo alrededor de ella bajándola lentamente sobre el blando colchón. Aedan se tomó su tiempo con ella, descubriendo con calma cada centímetro de su cuerpo, con su lengua, su boca y sus dedos. Gabby se retorcía bajo sus atenciones, alcanzando el clímax una vez, con la espalda arqueada y un gemido ronco, antes de que él la penetrara.

Oh, pero qué apasionada era, tan abierta y confiada. Y entregada, con la misma necesidad de conocerlo y complacerlo que él sentía por ella. Sus manos eran suaves y pequeñas, pero de una eficacia exquisita; sus besos, eran dulces y valientes, hasta dejar a Aedan sin razón.

Cuando por fin se unió a ella, no lo hizo con una sola embestida rápida. Entró despacio, y sus paredes se cerraron a su alrededor, envolviéndolo. De algún modo contuvo el impulso, la necesidad, de hundirse con fiereza en su interior. Ella era estrecha, se cerraba sobre él, dándole un tormento delicioso. Con una mano apoyada en la cama a cada lado de su cabeza, se irguió sobre ella, con cada músculo tenso por el esfuerzo de avanzar despacio.

Pero el dolor era real, palpitante, y empezó a moverse, en pequeños y pausados incrementos. Quería que ella se retorciera otra vez bajo su propia necesidad. Le sujetó las caderas, con sus dedos clavándose en su carne, y marcó un ritmo fluido que ella siguió con facilidad. Hasta que dejó de hacerlo, queriendo más, exigiendo con su cuerpo que él se moviera más rápido. Dentro y fuera. La sangre le hervía en cada rincón del cuerpo. Aedan la cubrió y la besó, y ella alzó las caderas contra él hasta que derramó su semilla en su interior y ella se desplomó, aturdida y saciada por su segundo orgasmo.

Y después, cuando la sostuvo contra él y ella acarició el antebrazo que la rodeaba en la cama, demasiado pequeña para los dos, pero que a él le parecía perfecta porque la mantenía tan cerca, Aedan conoció una paz que no había sentido en años, incluso mientras se preguntaba cómo sería capaz de dejarla ir cuando llegara el momento.

***

El próximo desafío de Gabby en el siglo XIV llegó temprano a la mañana siguiente. Cuando despertó, Aedan ya no estaba. Así que ahora se preguntaba cómo se saludaba a un hombre con el que acababas de acostarte, mientras vivías en su casa, en medio de un drama con un asesinato y otros asuntos turbios, y cuando él se había marchado sin despertarte para decir ni buenos días ni adiós.

Durante unos minutos logró apartar esa ansiedad, enfocándose en cambio en el recuerdo de la noche anterior.

Y oh, qué recuerdo.

Estirando los brazos lánguidamente por encima de su cabeza, lo imaginó como había estado, magnífico bajo el resplandor suave del fuego, elevándose sobre ella mientras la llenaba y la complacía. Si cerraba los ojos aún podía verlo, cómo la había mirado. Casi nunca había cerrado los ojos; aquella atención constante había sido tan excitante como gratificante.

Tras esas dulces evocaciones llegaron la duda y la autoinculpación, igual que en las únicas otras dos ocasiones en que había tenido sexo por primera vez con alguien, ninguna de las cuales, por cierto, podía compararse con la forma en que Aedan la había adorado, satisfecho y estremecido la noche anterior. Si nada más, un día volvería a su propio siglo y a su vida con poder en las manos. Ahora sabía cómo se suponía que debía ser.

Pero mientras tanto, *Oh. ¿Qué he hecho?* ¿Acaso esto lo hará todo incómodo? ¿Se comportará él ahora frío y raro con ella? ¿Debería ella interpretar algo en lo que compartieron o asumir que no significaba nada?

Aedan le había advertido contra la esperanza cuando hablaron de lo que Brechmont podría revelar cuando finalmente llegaran allí. Pero durante años, sus terapeutas le habían aconsejado que la esperanza era necesaria para una buena salud mental. Le habían prometido que hacía la vida más llevadera, porque siempre había cosas por las que esperar, y, como su terapeuta favorita le había aconsejado, la esperanza brindaba resiliencia frente a tantas cosas malas en la vida de una persona.

Elijo la esperanza, decidió Gabby.

¿Pero qué esperaba en realidad? ¿Que el hecho de hacer el amor significara para él algo más profundo y grande que solo el acto físico? ¿O que Brechmont aún pudiera contener todas las respuestas para encontrar el camino de regreso a su hogar, lejos de él?

A pesar de su nueva convicción de que realmente podría hallar a Kayla y a Eloise en Brechmont, solo ahora se le ocurrió, por primera vez, pensar qué sería de ella si allí no aprendían ni resolvían nada. Si nunca volvía a casa. Si no podía regresar a su vida real, ¿qué pasaría entonces? ¿Viviría simplemente el resto de su vida en Cairncross, siempre como una forastera? ¿La noche anterior cambiaría en algo lo que su futuro allí pudiera ofrecerle?

Cuando consideró que ya había holgazaneado suficiente esa mañana, sin estar más iluminada que al despertar, a pesar del cúmulo de pensamientos que había tenido, se levantó y sacó ropa limpia del alto armario. Usó el agua intacta de la caldera sobre el fuego, ya fría, para lavarse la cara y cepillarse los dientes. Preguntaría a Ailis cómo debía hacer para que retiraran el agua y la tina de su habitación.

Al salir de su cuarto, casi tropezó con un soldado sentado junto a la puerta.

—Oh —dijo sorprendida, y luego solo le sonrió al joven, comprendiendo ahora su propósito. Le dio los buenos días y siguió su camino, yendo directo al salón, esperando pasar allí el día interrogando a todas las mujeres que quedaban. El joven soldado Cameron la siguió, dejando a Gabby con la suposición de que tendría que acostumbrarse a ello. El salón aún estaba dispuesto para la comida de la mañana, en la que participaba menos gente que en la cena, ya que la mayoría de los arrendatarios se iba a trabajar temprano y no comía nada hasta el mediodía. A su llegada, los presentes se levantaron bruscamente de sus asientos. El primer pensamiento de Gabby fue el temor de que reaccionaran a su presencia, hasta que vio al herrero, Peadair, en la puerta, diciendo algo en gaélico. Una inquietud la invadió cuando vio a la solterona Anna Botsford levantarse lentamente y cubrirse la boca con la mano, atónita ante lo que el herrero había dicho.

Tras un momento de silencio impactado, todos corrieron hacia la puerta, siguiendo a Peadair afuera.

Entonces apareció Ailis desde el pasillo que llevaba a las cocinas, confundida, y su mirada fue a dar con Gabby al otro extremo del salón.

Corrieron la una hacia la otra y se encontraron en medio de la sala. Gabby tomó la mano de Ailis y siguieron a la multitud hacia afuera.

—Peadair estaba en la puerta —le dijo Gabby mientras avanzaban con prisa—, pero no entendí lo que dijo. No era nada bueno, lo que fuera.

—Bien que le gusta ser pregonero —respondió Ailis—, pero cuando la gente deja la comida, nunca es nada bueno.

Afuera, el patio estaba vacío. La gente había salido por la puerta y Gabby y Ailis las siguieron. No se veía ningún soldado sobre el muro de la torre de la entrada.

Persiguiendo a la muchedumbre, giraron a la derecha al salir del muro y Gabby comprendió que lo que pasaba ocurría en la playa. Desde lo alto del sendero del acantilado vio que, además de la gente del castillo bajando por el camino, había un grupo de soldados Cameron reunidos en un círculo suelto en medio de la playa.

—Papá está ahí —señaló Ailis.

Gabby lo había visto, por supuesto, inconfundible con su tamaño y su silueta, con su familiar pose de manos en las caderas. El sol brumoso de la mañana iluminaba su espesa cabellera con destellos dorados.

Antes de que el primer miembro del salón pusiera pie en la playa, Aedan se volvió y comenzó a sacudir la cabeza, señalando la base del sendero del mar. Tres de los doce soldados que estaban con él se apartaron, enfrentando a la multitud curiosa, apartándolos no hacia donde Aedan y los demás estaban, sino hacia el lado oeste de la playa.

Cuando esos pocos despejaron el círculo donde estaba Aedan, Gabby dio un respingo, dándose cuenta de que un cuerpo yacía en la arena frente a ellos. El mar estaba tranquilo ese día, con una rara calma casi sin viento, pero las pocas olas que llegaban a la orilla

lavaban las piernas y pies del cuerpo. Los ojos de Gabby se abrieron enormemente, sabiendo de manera intuitiva, inmediata, que el asesino había reclamado otra víctima. Un destello de cabello rubio casi blanco le llamó la atención y otro jadeo la sacudió al reconocer el cuerpo de Jasper, el soldado al que había interrogado ayer, cuyas respuestas no lo habían descartado, sino que solo habían despertado más sospechas.

Ailis iba delante de Gabby y se adelantó a saltitos, ignorando los intentos de los soldados por apartarla hacia el oeste, rodeándolos para llegar hasta su padre.

Creyendo que eran las últimas en venir desde el castillo y bajar por el sendero, Gabby se sorprendió al oír a alguien detrás de ella. Al volverse, vio a Borgach corriendo pendiente abajo, con el rostro congelado en el horror al ver también el cadáver en la playa. Recordando que la había visto con Jasper, acaramelados, le pareció, a Gabby se le encogió el corazón por la angustia de Borgach. Esperó a que la alcanzara y le pasó un brazo por los hombros para consolarla.

—Lo siento mucho —dijo, dudando si no debería llevarla de vuelta—. Oh, Borgach.

No encontró más palabras de consuelo.

—Quizás deberíamos regresar.

Sacudiendo la cabeza con violencia mientras las lágrimas le corrían, Borgach extendió un brazo hacia adelante, como si quisiera tocar el cuerpo que yacía tan lejos en la arena.

—Está bien, está bien.

Borgach se apoyó un poco en Gabby y siguieron bajando. Cuando dejaron atrás el sendero rocoso y pisaron la arena blanda, Borgach lanzó un grito y se apartó de Gabby, corriendo hacia el cuerpo de Jasper.

Avisado de su llegada por aquel lamento, Aedan se volvió y atrapó a Borgach en sus brazos antes de que pudiera arrojarse sobre Jasper, que parecía ser su intención. La sostuvo contra él mientras ella sollozaba en su pecho, acariciándole el cabello con su fuerte mano.

Gabby no sintió ni un asomo de celos, solo se le rompía el corazón por el dolor de Borgach, por aquella escena tan trágica.

Vueltos ahora hacia los acantilados y el sendero, Aedan vio a Gabby y, por encima de la cabeza de Borgach, cruzó la mirada con ella. Su semblante era tormentoso, como era de esperar tras semejante hallazgo, pero había algo más en su mirada que le heló el corazón a Gabby. Tan pronto como la vio, una nube gélida le cubrió el rostro. Su cara se transformó en una expresión feroz, sus labios estaban apretados mientras sus ojos la atravesaban con tanta furia.

La culpaba, comprendió. Lo sabía. No había descubierto aún quién había matado a Arthur. Si lo hubiera hecho, Jasper no estaría muerto. El asesino no seguiría actuando.

La culpaba, estaba segura de ello.

Su cuerpo reaccionó a aquella mirada ardiente, como solía hacerlo cuando quedaba atónita por un shock terrible. De golpe se sintió hueca, ya no hecha de sangre, huesos y músculos. Solo aire llenaba sus pulmones mientras el corazón le golpeaba con peligro. Eso era todo lo que sentía.

Desolada, Gabby apartó la vista de Aedan, incapaz de sostener la oscuridad de su ira, la acusación en su mirada. No se acercó a él, sino que se quedó atrás, a unos cuatro metros. Vio que Cormag sujetaba la mano de Ailis. Gabby pensó que la niña no debía presenciar aquello, pero era demasiado tarde. Ailis estaba apenas a unos pasos del caído Jasper.

Mientras la multitud del castillo había sido apartada hacia el lado izquierdo de la playa, y Jasper y los que lo rodeaban estaban más cerca del centro, Gabby permanecía sola, junto a la base del acantilado, pero no a más de seis metros del cuerpo. Tenía una vista clara a través del espacio entre Cormag y el soldado Niel, que estaba a la derecha del gigante.

Gabby dedujo casi al instante que a Jasper lo habían apuñalado. Y a pesar de todo lo que había sabido y visto en este violento siglo XIV, incluido el hecho de que ella misma había hecho sangrar a Aedan una vez, la visión resultaba alarmante. Jasper estaba boca arriba, parecía simplemente dormido, su rostro no mostraba señales de dolor ni se había congelado en el horror de

saber que podía morir tras recibir la puñalada. Aun así, era una escena espantosa.

A diferencia de Arthur, que había sido apuñalado varias veces, parecía que Jasper había recibido solo una puñalada. Un charco sorprendentemente pequeño de sangre se había formado en su pecho, justo sobre el corazón. El golpe mortal. Solo uno.

Gabby no tenía nada en qué basarse para decidir qué significaba esto, salvo su vasta exposición a la televisión de crímenes. Muchas puñaladas a menudo indicaban pasión y furia. Pero una sola y precisa estocada, como un único disparo a la cabeza, solía sugerir una ejecución. El asesino pensó que Jasper debía morir. No se trataba de emoción. Era cuestión de supervivencia, de conveniencia, o quizá de atar cabos sueltos.

Apartando su mirada analítica del cuerpo de Jasper, Gabby examinó toda la playa. Había huellas en la arena que se alejaban, no hacia las dunas y el sendero, sino hacia la derecha, alrededor del acantilado de la isla.

Claro que había otras huellas, la mayoría viniendo del sendero del mar y yendo directamente hacia el cuerpo. Había un círculo de arena revuelta alrededor de Jasper, donde la gente había pisado y se había parado.

Pero solo ese rastro se alejaba del cuerpo. Gabby se acercó y miró directamente hacia abajo. Colocó su pie al lado de una de las marcas y lo hundió bien para dejar su impresión, luego lo retiró.

La huella no era grande, no más de un centímetro más larga que su propio talle 37.

Escudriñó el área alrededor de las pisadas. Estaban dentro de la línea de marea alta, el punto más alto al que habían llegado las olas durante la noche, que solían dejar tantos restos marinos a su paso.

Dentro de la línea de marea alta, pensó Gabby. Igual que Jasper.

Se le cayó la mandíbula. Esto había ocurrido hacía poco. Su cuerpo no podía haber estado aquí toda la noche. Lo habría arrastrado el mar. Como mínimo, estaría mucho más empapado de lo que estaba.

Su mente se llenó de todos estos detalles, intentando organizarlos. Empezó con lo poco que sabía de Jasper, todo proveniente de su testimonio, si es que podía llamarse así, del día anterior.

Había estado nervioso, había mentido, pensó ella.

Dijo que conocía a Arthur pero que no tenía disputa con él. Varios lo habían oído, incluido Aedan, y ninguno lo había cuestionado.

Había mirado bastante a Borgach. Gabby no lo había tomado en cuenta. Probablemente estaba enamorado de ella. Ella había aparecido, se había movido después de tantas horas para sentarse.

¿Por qué entonces? ¿Por qué se había movido justo cuando llamaron a Jasper para interrogarlo? Gabby no podía recordar si había notado que se miraran. ¿Era Jasper solo uno más de los que no podían evitar que su mirada se desviara hacia ella?

Apenas empezaba a formarse una idea en la cabeza de Gabby. Enfocada en esto, dio un paso hacia el grupo reunido alrededor del cuerpo. Aedan daba órdenes de traer una carreta. Cormag decía a Ailis que debía volver al castillo. Ailis, naturalmente, discutía, tirando de la mano de Cormag como si cada tirón fuera una súplica para quedarse. El sol brillaba en el pequeño cuchillo de Ailis, sujeto al cinturón de su cintura, el que usaba como utensilio para comer.

Con la ayuda de Aedan, Borgach se puso de pie. Él le susurró algo, inclinando la cabeza para hacerse oír y ver a través de la cascada de su cabello. Intentó darle la vuelta, obligarla a regresar también al castillo. El llanto de Borgach era suave, casi hermoso. Movía la mano frente a su rostro, donde más de una mosca zumbaba.

Gabby recordó lo rápido que habían llegado las moscas al cadáver en el bosque, el día que conoció a Aedan y a los Cameron. Rodeando y pasando detrás del círculo de gente junto a Jasper, Gabby vio que, efectivamente, ya habían llegado moscas, que revoloteaban y se posaban en el agujero del pecho de Jasper, en la sangre misma, igual que una lo había hecho sobre el cuchillo con el que Gabby había herido a Aedan en el bosque aquel día.

Deteniéndose detrás de Davidh, quedó justo enfrente de donde Aedan rodeaba a Borgach con su brazo, habiendo desistido de su plan de mandarla de vuelta al castillo. Hablaba en voz baja con Cormag a su lado mientras Borgach seguía llorando, el rostro hundido en su mano.

Más moscas habían llegado. Zumbaban alrededor de Borgach, cerca de su costado.

Zumbaban y revoloteaban solo cerca de Jasper y de Borgach.

Borgach vestía una léine de color dorado pálido, quizá en realidad solo lino o color cervato, pero parecía oro sobre ella. Gabby no tenía bolsillos en ninguno de los vestidos que había usado desde que llegara a este siglo, pero Borgach sí. Podía ver la abertura en su cadera, donde otra mosca había aterrizado y acababa de desaparecer dentro del bolsillo.

El cuchillo de Borgach no estaba en su cadera. La pequeña funda de cuero tallado que Gabby había notado antes seguía allí, pero no sobresalía ninguna empuñadura.

Quizá sintió la mirada, el escrutinio de Gabby, su observación agitada y sin aliento, porque en el instante siguiente Borgach apartó la mano y levantó el rostro para encontrarse directamente con los ojos de Gabby. Por un brevísimo segundo, su semblante fue neutro, no retorcido por el dolor ni la pena. Parpadeó, hizo un gesto de dolor y reanudó su llanto, pero sin apartar sus ojos negros de los de Gabby.

Si lo había visto una vez, lo había visto una docena: algún policía o detective entrevistado sobre su interrogatorio a un sospechoso. Al mirar aquellos videos granulados, Gabby solía creer que el dolor del sospechoso era real, que parecía auténtico. Invariablemente, el detective decía a cámara alguna versión de lo mismo: "Tanto llanto y alboroto, y ni una sola lágrima".

No había lágrimas en el rostro de Borgach. Sus ojos estaban apretados y fruncidos por el llanto, pero ni siquiera estaban húmedos.

Atónita, Gabby le preguntó:

—¿Dónde está tu cuchillo?

Su pregunta silenció a todos en el círculo. Las miradas iban y venían entre Gabby y Borgach.

—¿Dónde está tu cuchillo? —insistió Gabby cuando nadie respondió.

—Gabrielle —intervino Aedan con brusquedad—, ¿de qué hablas?

—Solo me preguntaba dónde estaba su cuchillo. —La claridad, se dio cuenta, venía con confusión. Creía tener la respuesta, pero con tanta incredulidad que se sentía difusa, desconectada. Su pequeña voz lo expresó así.

Pero las moscas alrededor solo de ella y del muerto. Su cuchillo desaparecido. Una figura de su tamaño entrando en la habitación de Gabby. Su relación con el difunto. Cómo había sido la última en bajar del castillo a la playa, como si hubiera escalado por el otro lado del acantilado de la isla, donde aquellas pequeñas huellas en la arena llevaban. Las lágrimas fingidas.

Mientras Aedan le dirigía un ceño fruncido y peligroso, varios otros, entre ellos Cormag y Ailis, miraban a Borgach, esperando su respuesta.

—No lo sé —dijo Borgach, encogiéndose débilmente de hombros, soltando otra ronda de su llanto fingido—. N...no pude encontrarlo esta mañana.

—¿Está en tu bolsillo? —señaló Gabby, con sincronización perfecta, justo cuando dos moscas más zumbaban alrededor de la cadera de Borgach.

Borgach estaba atónita y su mente ardía. Gabby lo veía en su mirada furiosa. Mientras la enfrentaba con la mirada, pasaba carpetas en su cabeza, buscando una salida, una excusa, una solución a su problema.

—Ya basta —dijo Aedan, con un tono tan feo como cualquiera que hubiera usado con ella—. Todos llevamos cuchillos encima.

Gabby no miró a Aedan, mantuvo los ojos fijos en Borgach.

—El suyo está en su bolsillo, no en su cinturón. Todavía tiene sangre. Sé que tengo razón.

—¡Gabrielle, basta! —rugió Aedan.

—Solo revisa su bolsillo —suplicó.

El rostro de Borgach volvió a cambiar. Tenía su plan. Comenzó a gemir otra vez, con la mano en el pecho mientras empezaba a soltar algo en gaélico hacia Aedan, animada y, para un observador casual, terriblemente afectada por aquella inesperada acusación. Señalaba a Gabby mientras gritaba y lloraba frente a Aedan.

—No significa nada —respondió Aedan en inglés—. No sabe lo que dice.

Volvió a cobijar a Borgach bajo su brazo y, mientras fulminaba a Gabby con sus ojos verdes, le dijo a Cormag:

—Llévatela.

Capítulo Dieciocho

Atrapar a Una Asesina

Seguía enfurecido muchas horas después, cuando llegó la hora de la última comida.

Gran parte de su ira contenida estaba dirigida hacia sí mismo. Debería haber hecho más. No debería haberlo dejado solo en manos de Gabrielle. Eso había sido injusto para todas las partes implicadas: Arthur, Gabrielle, Borgach, obviamente, y todo Cairncross, si consideraba las consecuencias.

Injusto también para Jasper.

Aedan sentía una rara y clara sensación de fracaso. Había fallado a su hermano, había fallado a Jasper. Había dejado quizá la tarea más importante de su vida en manos de una extraña. ¿Cómo podía haberse permitido actuar así? No lograba apartar la idea de que su atracción por Gabrielle, su completa fascinación con ella, había gobernado sus actos y decisiones, lo cual no lo eximía de culpa, trasladándola a ella. Él era el jefe. Las decisiones eran todas suyas. Pero sí, había fallado.

Era difícil tener perspectiva cuando había bajado por primera vez a la playa, al ver el cuerpo de Jasper. Y sí, había descargado su furia en Gabrielle, creyendo que debía enfrentarla con parte de la culpa ya que ella también había fallado. Visto después, aquello había estado mal dirigido. La culpa era únicamente suya, lo sabía.

Pero entonces, ella había empezado con su absurdo señalamiento contra Borgach. Aunque no la acusó directamente, su ridícula hipótesis había quedado clara para cualquiera que hubiese presenciado esa farsa en la playa.

El hecho de que Gabrielle hubiese decidido culpar sin sentido a Borgach lo había irritado enormemente. ¡Cómo se atrevía! ¿Había reaccionado solo al verlo furioso por el asesinato, creyendo que podría salvar su trato de llevarla a Brechmont si señalaba a alguien, a cualquiera? Por más que lo pensara, no lograba comprender a la

Gabrielle que él creía conocer, genuina a pesar del miedo, tan dulce y amable con Ailis, tan apasionada y entregada en sus brazos la noche anterior, con esa mujer en la playa que había señalado falsamente y con tanta vehemencia a otra.

Horas después, la cabeza de Aedan aún palpitaba por el tormento vivido.

Pero cuando vio que Gabrielle no estaba sentada en la mesa principal para la cena, entre la gente solemne y ansiosa de Cairncross, su sangre volvió a hervir y se levantó de golpe de la mesa, decidido a buscarla. Lamentaba tener que decirle que no podía esconderse hoy. Tendría que enfrentar lo que había hecho. Había avergonzado y ofendido a Borgach, y no debía permitírsele ocultarse de esa conducta imperdonable.

Otra consideración lo carcomía: Gabrielle seguía estando en peligro, ya que el asesino aún no había sido descubierto. La guardia que le había asignado seguía en efecto, pero él la quería cerca, para saber que estaba a salvo.

Durante todo el día, cada minuto desde que se había marchado de la playa tras retirar el cuerpo de Jasper, Aedan se había negado firmemente a dedicar tiempo, pensamientos o recuerdos a lo que había compartido con Gabrielle la noche anterior. Solo consideraba la burla que aquello representaba, que, por más feliz que lo hubiera hecho entonces, por primera vez en tanto tiempo, su comportamiento inexplicable de esa mañana, tan indigno de ella, había logrado reducirlo todo a polvo, tan rápido como el chasquido de unos dedos.

Quizá no era más que una lass desesperada usando medidas desesperadas, no la mujer audaz que él había estado tan seguro de haber visto en su interior.

Nada bueno ni verdadero permanecía nunca, eso lo sabía bien.

Golpeó la puerta de la alcoba de Gabrielle con más fuerza de la necesaria, pero acorde a su humor.

Cuando ella apareció, abriendo la puerta con tanta vacilación que él estuvo seguro de que aún sufría por haber desestimado sus acusaciones contra Borgach y por lo que aquello podía significar

para ella, vio que había estado llorando. No solo un poco y no hacía mucho. Sus magníficos ojos azules estaban enrojecidos, al igual que su nariz. De hecho, sus mejillas tenían las manchas características del llanto desbordado.

Y maldita fuera, porque seguía siendo tan encantadora como siempre, y su primer instinto fue consolarla, apartar su preocupación y su miedo.

—La cena es pronto —dijo en cambio, con un tono seco.

Ella negó con la cabeza, pero antes de que pudiera rehusarse, Aedan dijo con voz gélida:

—Vendrás al salón. No tienes permitido esconderte del dolor que causaste.

Alguna otra idea se agitaba en el fondo de su mente: si no se mostraba ahora, nunca lo haría.

Gabrielle era una contradicción. Ya lo sabía. Se había derrumbado cuando su vida estuvo en juego, había sido una amante apasionada y valiente, había sido tan ferviente en sus débiles acusaciones esa mañana en la playa. Y ahora, cuando debería haberse limitado a asentir dócilmente, aceptando lo que le correspondía, no lo hizo. Eligió este momento para echar los hombros atrás y erguirse.

Mientras lo miraba con su desprecio mal dirigido, dijo sin el menor titubeo:

—Bien. Iré a la cena. Pero que lo sepas, Aedan Cameron. Estás equivocado sobre Borgach. Y nunca podré perdonarte por echarme a los lobos así, por no detenerte ni un maldito minuto a darle una oportunidad a la verdad. Quiero mi viaje a Brechmont. Mañana a primera hora. Quiero salir de este infierno de siglo, lejos de ti.

No era precisamente lo que esperaba encontrar, pero sí, esas eran las contradicciones de Gabrielle Noble.

—Después de lo que… hicimos anoche, no puedo creer...

—No traigas la noche pasada a esto —gruñó él—. Creí que eras otra persona entonces.

La mandíbula de ella cayó mientras un velo de angustia la cubría.

—Y yo.

Abrió la puerta de par en par y salió al pasillo con él, diciendo con sarcasmo mientras lo seguía hacia el salón:

—Y solo voy a cenar porque tengo la sensación de que eres lo bastante cruel e ignorante para arrastrarme de los pelos si me negaba.

Poco importaba lo que ella pensara de él cuando su propia opinión sobre ella había dado un vuelco tan drástico.

Había hecho bien todos esos años en resistirse a la emoción, sabiendo lo que significaba cualquier sentimiento por alguien. Porque tan intensas y exaltantes como habían sido sus emociones solo un día atrás, hoy habían sido volteadas por completo.

—Eres un hombre cruel y miserable —susurró Gabrielle, rota, detrás de él.

—Pero, según tu propio relato, ¿no es eso lo único que conoces? La decepción de los hombres: tu padre, tu hermano, un tal George. Podrás sumar mi nombre a la lista, a la del siguiente que cometa el error de creerte inocente y honorable.

Ella no dijo más. Llegaron al salón. El poco murmullo que había entre la gente de luto se apagó de inmediato. Volviéndose hacia Gabrielle, sobre todo para asegurarse de que no huyera, Aedan puso su mano en la parte baja de su espalda, su expresión no menos grave por aquel gesto de moderada cortesía. La condujo hasta la tarima y la sentó en su silla, con la mandíbula tensa al tomar su propio asiento a su lado.

Aedan no solía sentir curiosidad por los matices de la vida y las relaciones, pero sí le interesaba ver cómo reaccionaría Ailis a la llegada de Gabrielle, cómo esta se libraría de la culpa por lo que había hecho. La reacción favorable de Ailis no debería haberlo sorprendido. Su hija nunca había sido defensora de Borgach, pero claramente había quedado prendada de Gabrielle. No era, por supuesto, la única en su inmediata fascinación con la muchacha llegada de un tiempo tan lejano.

—Cormag no me dejó verte —dijo Ailis, creyendo quizá que susurraba, aunque sus palabras se oyeron con claridad para Aedan —. Pero sé que tienes razón. Sé que ella los mató, a los dos. Papá

no quiere verlo. Cormag siempre dice que papá no quiere conocer a la gente lo suficiente como para entenderla. Entonces, ¿cómo podría saber de lo que es capaz Borgach?

Para su crédito, Gabrielle reconoció esto y con habilidad cambió de tema, inclinándose también hacia Ailis y bajando la voz:

—Gracias, Ailis. No pienses ni por un momento que olvidaré tu confianza en mí. Creo que, si tu padre lo permite, deberíamos terminar *Cumbres Borrascosas* esta noche.

Con un pesado suspiro de frustración, Aedan consideró las palabras de su hija, preguntándose si existía la más mínima posibilidad de que hubiera algo de verdad en la acusación de Gabrielle contra Borgach, que hubiese asesinado tanto a Arthur como a Jasper, que Aedan no conociera realmente el alcance de las capacidades de su prima.

La sola idea era absurda. Aparte del hecho de que Aedan había conocido a Borgach toda su vida, jamás había presenciado un arrebato de furia lo bastante grande como para terminar en asesinato. No había motivo alguno para que hubiera quitado la vida a Arthur, a quien quería como a un hermano, aunque no más, para disgusto de Arthur. ¿Y Jasper? Según Cormag, Borgach y Jasper se habían acercado mucho últimamente. Cormag había predicho que Jasper pronto pediría permiso a Aedan para casarse con ella.

De niños, Aedan, Arthur y Borgach habían sido inseparables. Cuando Aedan y Arthur regresaron a fines de verano, después de un año de aprendizaje con el conde de Menteith, los tres, ya adolescentes, habían pasado aquel otoño siempre juntos.

Fue a Aedan a quien Borgach le había confesado tanta culpa y tristeza, por no sentir por Arthur lo que su hermano había esperado de ella.

Más temprano ese día, cuando reflexionaba sobre la misma posibilidad descabellada de que Borgach pudiera estar detrás de los asesinatos, había recordado un beso equivocado que compartió con ella alrededor de un año después de la muerte de Lizzie. Lo había sorprendido, pero respondió a su iniciativa, la besó lo suficiente para saber que, aunque agradable, no habría habido otra emoción más que la fraternal que siempre había sentido por ella, de haber seguido

adelante. Ella se había sentido decepcionada, había intentado seducirlo, incluso había empezado a desvestirse. Él la detuvo antes de que fuera demasiado lejos. Podría haber cedido, haberse dejado llevar por la tentación de su cuerpo joven y apetecible, pero de aquello solo habrían resultado arrepentimiento y agravio, cuando el jadeo se calmara y sus cuerpos se enfriaran.

Nunca se arrepintió de no haber compartido lecho con ella, sabiendo ahora, como entonces, que no sentía nada por ella salvo lo que estaba grabado en él por el vínculo de sangre.

Borgach era una sirena, una coqueta; le gustaba la atención de los hombres. Pero no era una asesina.

Como si sus pensamientos la hubieran invocado, Borgach apareció desde la cocina, jarra en mano, rellenando el vino que acompañaba la cena, como a veces hacía. El vino se reservaba para grandes ocasiones, el regreso de una guerra, un matrimonio o un nacimiento, cuando se hospedaba a nobles o familiares, pero de vez en cuando una ocasión solemne exigía vino, decía Cormag, para ahogar las penas. Habían vaciado dos barriles en los días posteriores a la muerte de Arthur.

Al ver que Gabrielle estaba sentada a la mesa, Borgach se echó el largo cabello hacia atrás y avanzó con paso firme, deteniéndose frente a la mesa.

Aedan contuvo el aliento. Borgach era en general pacífica, pero había demostrado a lo largo de los años que su lengua era afilada y podía cortar con facilidad.

Abrió con una sonrisa, generosa, dirigida a Gabrielle, que se había puesto rígida con su llegada.

—No te guardo rencor —dijo Borgach en gaélico—. Te agradezco tu diligencia en tus intentos de hallar al asesino de nuestro querido Arthur.

Hizo una pausa, llenando con cortesía la copa de madera de Gabrielle, mientras Ailis le susurraba la traducción.

Borgach continuó:

—No eres una Cameron, no nos conoces ni estás hecha como nosotros. No podías saberlo. Cuando te vayas y llegues a otro lugar,

solo espero que pienses más en lo destructivas que pueden ser las palabras.

Tras escuchar esto en voz baja de Ailis, Gabrielle se tensó aún más y levantó la barbilla, lo que enfureció a Aedan, pues no mostró ni una pizca de contrición. No dijo nada en respuesta.

Mientras Borgach seguía con la jarra, Aedan se giró hacia Gabrielle justo cuando ella lo miraba. Dejó que viera toda la magnitud de su furia, ahora intensificada por la descortés recepción que ella había dado al perdón de Borgach.

Ella se mantuvo rígida, con los labios apretados y la postura erguida como un mástil, dispuesta a no ceder nada, renunciando al honor y a la verdad en favor de su maldito orgullo. La ira que le mostró a él era incomprensible, el rencor que ardía en sus ojos azules carecía de fundamento.

Enfurecido, apartó la mirada de ella, enfocándose en Borgach, que rellenaba la pequeña copa de Ailis. Luego pasó a Niel, que estaba junto a Ailis y Davidh al final de la mesa. Aedan abrió la boca, dispuesto a alabar la generosidad de su prima frente a la insolencia de Gabrielle.

Se detuvo al observar cómo Borgach vertía vino en la copa de Niel. Inclinaba la jarra, mantenía la copa pegada al caño, pero nada caía. Borgach miraba la copa y la jarra, con la cabeza inclinada hacia la tarea. Pero no pasaba vino del recipiente al vaso.

Aedan se quedó mirando, paralizado por el extraño hallazgo. Ella habló con Niel y Davidh, tomando luego la copa de este último y llenándola de la misma forma, en apariencia, aunque en realidad no vertió vino.

Mientras continuaba conversando con los muchachos, el cuerpo entero de Aedan se tensó y vibró con el calor de una duda ineludible, mientras los recuerdos lo asaltaban.

Está comiendo, no quiso el té, había contado Ailis cuando Gabrielle enfermó.

En sus ojos azules hallarás la respuesta a cada pregunta, había dicho la bruja, y ¿acaso no había creído él en eso hasta esa misma mañana?

La observación de Lilles volvió a él: *Huelen a veneno, jefe, y tiene usted delante tanto a una lass marcada como un misterio: ¿quién querría hacerle daño?*

Las propias palabras de Gabrielle lo mordieron: No sabía si era un hombre o una mujer, porque no era más alto que yo.

Y lo que Cormag había aportado a esa línea macabra de pensamiento: *No todos en Cairncross conocen la existencia de esa escalera.*

Pero Borgach sí. De niños habían jugado allí, ella, Arthur y Aedan.

No. Imposible. Aedan torció el labio, incapaz de concebir que su propia prima, bajo su techo, pudiera haber actuado de ese modo, como alguien distinto de lo que siempre había creído que era.

Da no quiere conocer a la gente lo suficiente para entenderla.

A su lado, en el rabillo de su visión, Gabrielle alzó la copa hacia sus labios. Sin decir palabra, mientras su mente intentaba dar sentido a sus pensamientos salvajes, Aedan posó lentamente la mano sobre el antebrazo de Gabrielle. La obligó a bajar el brazo, ignorando el gesto atónito que ella le dirigió. Luego tomó la copa de Ailis, descubriendo que no tenía vino, que en realidad estaba vacía.

—Borgach —llamó. Cuando su prima giró la cabeza hacia él, sonrió al instante, radiante—. Por favor —pidió, empujando hacia adelante el cáliz de jefe, tallado en asta de alce hacía un siglo—. Más vino.

—Se acabó ya —respondió alegremente—. Lo rellenaré. —Y se marchó, moviendo caderas y melena.

—¡Borgach! —la llamó otra vez, más fuerte, con la furia en ebullición.

Ella se detuvo, con la mano apoyada en la piedra del pasaje. Tardó en girarse.

Cuando lo hizo, él supo la verdad. La sonrisa radiante había desaparecido, sustituida por un miedo mayor del que su voz alzada podía haber provocado. Una sombra de alarma deformaba su rostro. Tragó con dificultad y regresó a ponerse frente a la mesa, esbozando una sonrisa temblorosa.

Aedan movió la copa de Gabrielle, la única que Borgach había llenado realmente, hacia su prima.

—Bebe.

El salón entero enmudeció.

Se libró una batalla de voluntades mientras quedaba claro que Borgach se debatía entre cuánto sabía él o cuánto creía. Su pecho subía y bajaba, como una liebre atrapada en un lazo.

—Traeré más —dijo, con una sonrisa que se quebraba en un último intento desesperado.

—Bebe —ordenó Aedan entre dientes.

La siguiente sonrisa que le dedicó fue la de la Borgach de siempre, segura de sí. Todo el miedo se desvaneció al enfrentarse a su destino. Y, como siempre disfrutando de ser el centro de atención, tomó la copa con ligereza y sonrió a Aedan.

—¿Cuál es el castigo por asesinato en la casa de Cameron? — Ya sabía que todo había terminado.

—La muerte. —Y no haría concesión alguna, ni por ser su prima ni por ser mujer.

—Que así sea. —Y llevó la copa a la boca, echando la cabeza hacia atrás para vaciarla de un trago. Cuando terminó, sostuvo la mirada incrédula de Aedan, sus ojos negros enloquecidos, y se limpió la boca con el dorso de la mano—. No ves nada que esté justo bajo tu nariz, primo —lo acusó entonces. La voz que pronunció esas palabras ya no era la de Borgach, estaba cargada de desprecio y odio, incluso mientras afirmaba—: Te amé. Solo a ti. Toda mi vida. Nunca me viste. —Se golpeó el pecho con el puño cerrado—. Tú veías a Lizzie, aunque te amara mal, y ahora a esta… ¿y qué es ella? ¡Una extranjera, una inglesa! —escupió con desdén—. Ella no te conoce, no sabe lo que necesitas ni cómo llenarte. Pensaste en endosarme a Arthur. —Bufó—. ¿Arthur? Fingiendo que me amaba, acostándose con todo lo que se moviera. Era débil, no era el hombre que eres tú. Pero incluso tú, Aedan, eres deficiente. Me necesitabas. Pero nunca lo viste, que yo era la única capaz de llenarte, de darte todo lo que te faltaba.

Nunca había estado más sorprendido en su vida. Una nueva y desconocida furia agudizó su voz.

—¿Pero por qué matar a Arthur?

Ella se encogió de hombros e hizo un mohín.

—Porque ganó. Obtuvo lo que siempre quiso. A mí. Me acosté con él. —Con un rodar de ojos, el desprecio por Arthur era palpable —. Creyó que nos casaríamos. Dijo que hablaría contigo en cuanto regresaras. Cuando le dije que no quería casarme con él, sino contigo, se rio. Se rió de mí. —Sacudió la cabeza y torció la boca, como si la incredulidad aún estuviera fresca—. Dijo que en cuanto supieras que me había acostado con él, nunca me tomarías por esposa. Creyó que no tenía elección, que jamás te tendría.

Fue Cormag quien lanzó la siguiente pregunta en el silencio atónito del salón:

—¿Y Jasper?

—Bah. Un necio. Pero hasta un necio puede ser astuto. Me vio salir de los árboles más allá de la cebada después de que maté a Arthur. Fue lento en atar cabos, pero me enfrentó cuando lo hizo. Me acosté con él para forzar su silencio sobre el asunto. Pero entonces ella vino y empezó con sus preguntas —Borgach volvió su rabiosa hostilidad hacia Gabrielle, clavándola con sus ojos negros y malignos hasta que giró de nuevo la mirada hacia Aedan—. Y tú, Aedan, le das plena autoridad, la miras como nunca me miraste a mí. ¿Acaso no soy hermosa? ¿Acaso no te he amado siempre? Y Jasper no fue más que un lad nervioso después de esa farsa de interrogatorio. — Se encogió de hombros de nuevo, descartando el asesinato de Jasper como una simple necesidad que no había temido cometer.

De hecho, parecía casi orgullosa de haber hecho lo que hizo.

Aedan estaba atónito, mirando a Borgach como si no la conociera. Y no la conocía, no a esta mujer venenosa que había recurrido al asesinato cuando no consiguió lo que quería.

Pero aún no había terminado de castigar a Aedan.

—Este será tu pecado para cargar, primo —le escupió con desprecio—. Tendrás que vivir con lo que se hizo por tu... —levantó la mano libre y encorvó los dedos en garras para expresar la fuerza de su indignación— ignorancia y tu constante y enloquecedora ambición de mantener a la gente a distancia.

Había tenido suficiente. Nada de lo que había dicho o hecho, o dejado de hacer, habría empujado a una persona racional al asesinato. Su prima estaba más allá de toda esperanza. Quería que desapareciera de su vista. Lleno de rabia, la miró y dijo a Cormag:

—Enciérrala. Con cadenas.

—No hay necesidad de cadenas —susurró Borgach cuando Cormag se levantó para obedecer.

La siguiente mirada que le dio a Aedan fue otra que él nunca había visto en ella: de repente asustada y desesperada, con la boca abriéndose en una *O* mientras la sangre huía de su rostro. Parpadeó varias veces, incapaz de enfocar la vista.

Y entonces se desplomó. La jarra cayó de su mano y se estrelló contra el suelo de piedra, haciéndose añicos, las últimas piezas rodaron y rebotaron en el suelo, siendo el único sonido en el salón.

Los ojos se abrieron de par en par por todo el salón. Aedan se levantó de un salto para mirar hacia abajo desde detrás de la mesa. Muchos otros también se alzaron, entre el espanto y el horror. Los ojos de Borgach se reviraron mientras empezaba a convulsionar y temblar con tal violencia que parecía imposible que no fuera forzado.

Nadie se acercó a ella, no de verdad. Nadie la tomó en brazos para consolarla.

Como todos los demás, Gabrielle y Ailis también se habían levantado de sus asientos.

Al ver a Borgach siendo destrozada por el veneno, Gabrielle abrazó a Ailis, cubriéndole los ojos. Luego, quizá pensando que eso no bastaba, apartó a Ailis de la mesa, empujándola fuera del salón por el corredor.

Aedan las miró marcharse un momento antes de recobrarse y volver la atención a Borgach, cuyas convulsiones se habían reducido a un leve temblor.

—Busquen una lona. Sáquenla de aquí —ordenó. Alguien obedecería, no importaba quién.

Era grotesca ahora, con su belleza contorsionada por su propia arma.

Una vez había saltado de la rama de un tejo, más alto que cualquiera de los saltos que Aedan o Arthur habían hecho jamás, tan ansiosa por demostrar su valía, por mostrar que no tenía miedo. Se había reído al aterrizar, entonces no más vieja que Ailis, su risita contagiosa. Hizo que Aedan la cargara de vuelta al torreón en su espalda, pues se había torcido el pie al caer.

¿Quién era esta persona frente a él?

No la conocía.

Abandonó el salón, siguiendo a Gabrielle y Ailis, dándose cuenta de que no le importaba lo que fuera a ser de Borgach.

No necesitaba preguntarse adónde podían haber ido. Aedan tomó las escaleras traseras directo al tercer piso y la cámara de Gabrielle.

La puerta estaba abierta.

Gabrielle y Ailis estaban acurrucadas en el suelo junto a la cama, donde uno podría suponer que Ailis había caído cuando sus pies y piernas ya no pudieron sostenerla. Gabrielle la rodeaba con los brazos, dejándola llorar, lo cual hacía con fuerza contra el hombro de Gabrielle, recordándole a Aedan cuán joven era en realidad su hija.

Gabrielle lo vio en la puerta.

—Está bien —le dijo con entereza sobre la cabeza de Ailis—. O lo estará.

Aedan levantó el pie, pensando en entrar, en ofrecer su ayuda para calmar a Ailis.

Gabrielle negó con la cabeza, sus ojos azules tan fríos como el mar de invierno.

—No. Estamos bien. Déjanos.

Aedan se detuvo, apoyó el pie en el umbral y la miró.

Ella no lo odiaba, no que él viera. Pero ella era, y siempre había sido desde que la conoció, un libro abierto. Quizá hubiera sido reivindicada ante los ojos de todos los Cameron, incluido Aedan, pero aún estaba herida. Nunca lo perdonaría por haber creído lo que creyó. Lo había dicho antes.

La mirada helada que le dio ahora lo confirmó.

Oh, ¿qué he hecho?

Capítulo Diecinueve

Lo Siento, Adiós

Gabby llevó a Ailis a la playa por la mañana. Había debatido largo y tendido durante toda la noche si debía hacerlo, decidiéndose al final de que era lo mejor para Ailis, que Ailis no debía ser apartada de la playa, que necesitaban borrar de inmediato el recuerdo de haber encontrado allí el cuerpo de Jasper creando un recuerdo propio antes de que Gabby se marchara.

Ailis había permanecido con ella durante la noche. No había manera de que Gabby la dejara volver a su propia cámara para llorar sola hasta el amanecer.

Por qué lloraba, Gabby no estaba del todo segura. Incluso ahora, tantas horas después de los dramáticos sucesos de la cena de anoche, Gabby no podía decir con precisión qué mantenía a Ailis en ese prolongado estado de miseria. No había ocultado nunca que no era fan de Borgach. Y aunque la visión de Borgach desplomándose y retorciéndose en el suelo había sido horrenda, Gabby habría apostado que Ailis ya había presenciado antes alguna escena espantosa. Y Gabby la había sacado del salón con bastante rapidez. Aun así, solo tenía diez años. Posiblemente, no sabía qué hacer con todas las emociones que rodeaban un hecho tan impactante. Extrañamente, siendo lo habladora que Ailis solía ser, anoche dijo muy poco que diera pistas sobre su extrema reacción. Fue Gabby quien habló la mayor parte del tiempo, asegurándole que todo estaría bien, que el manto de miedo que había cubierto Cairncross desde que su tío había sido asesinado había terminado y desaparecido. No mencionó que por la mañana se marcharía a Brechmont y que, con toda probabilidad, nunca volvería.

Sabiendo que tanta gente, incluido Aedan, desconfiaba de ella, Gabby había dejado la puerta abierta durante toda la noche. Cormag se había presentado poco después de medianoche. Dijo que buscaba a Ailis, que en ese momento ya había agotado sus lágrimas

y dormía hacía más de una hora. Gabby, en cambio, no había podido dormir.

—Seguro que sospechaba que podía estar aquí —susurró él en la oscuridad.

—Supongo que, si estuviera prohibido que ella estuviera conmigo —respondió Gabby—, él ya la habría venido a buscar.

Sin duda, Cormag había captado con acierto el tono de Gabby, una mezcla de amargura y tristeza, todavía tambaleándose por la desconfianza de Aedan hacia ella, por su desestimación de lo que creía solo porque no era una de ellos. La vindicación no ofrecía consuelo.

Él permaneció en el umbral, pero su voz baja se escuchó fácilmente en la habitación.

—Crecieron como hermanos, Aedan, Arthur y Borgach. Todavía no alcanza a comprender cómo ella pudo… —hizo un gesto con la mano como buscando palabras o pensamientos. Negando con la cabeza, continuó—: O, más bien, cómo no lo vio.

—Quizás Borgach tenía razón —sugirió Gabby—, en que él se mantiene cerrado, tan distante, que habría sido imposible que lo viera. Si no conoce a la gente, si no permite que nadie se acerque, ¿cómo podría saberlo?

—Es muy probable que esté pensando en eso ahora mismo.

Como Gabby no dijo nada más, Cormag asintió y se retiró del umbral.

Gabby logró dormir finalmente unas horas. Se despertó con el sol, sin estar del todo segura con qué emoción debía recibir el día. Esperanza y entusiasmo, porque quizá llegara a Brechmont ese mismo día, donde aún creía de verdad que encontraría a Eloise o a Kayla, o a ambas. Sin embargo, Gabby pensaba que quizá se retrasaría, y con razón. La promesa de Aedan de partir ese día hacia Brechmont podía no cumplirse, no después de la muerte de Borgach y con dos entierros que preparar.

También sentiría tristeza por dejar a Ailis atrás. Y siempre, el temor la envolvía con frecuencia en este siglo XIV. Nada era sencillo, rara vez las cosas eran blanco o negro.

Pero era un nuevo día, que al menos ofrecía la posibilidad de esperanza.

La marea era algo hermoso, que cada día dejaba una playa en blanco. Los días de recolección en la playa habían enseñado a Gabby a apreciar eso, que lo que no estaba allí ayer podía estar mañana. De la misma manera, lo que había estado ayer había desaparecido por completo. No quedaba ningún cuerpo ni sangre, nada que mostrara que allí se había cometido un asesinato el día anterior. Ni siquiera había una sola huella en la arena antes de que Gabby y Ailis entraran en la playa.

La línea de restos era particularmente interesante aquel día, llena de algas, conchas y otros desechos del mar, ofreciendo mucho que investigar.

—¿Buscamos tesoros o leemos? —preguntó Gabby, dejando que Ailis decidiera la agenda.

Era tan encantadora como siempre, la pequeña Ailis, con su brillante cabello rubio y sus ojos vivaces, pero todavía no era la Ailis burbujeante y llena de energía que Gabby conocía. Con solo un encogimiento de hombros, Ailis dejó la elección a Gabby.

—Entonces terminaremos *Cumbres Borrascosas*. Vamos.

Hicieron como antes, usaron las suaves dunas de arena como reclinatorio, acurrucadas lado a lado bajo el sol de la mañana y la fresca brisa del mar. Gabby leyó más de una hora, complacida al ver que el interés de Ailis se encendía. Al cabo de un rato empezó a hacer preguntas, con la mente otra vez animada.

—Todo viene de a dos —comentó Ailis—. Dos casas, y dos Cathys. Y Cathy ama a dos hombres.

—Bueno, yo nunca pensé que quisiera a Edgar en realidad. Ella se quiere más a sí misma que a cualquiera, pero supongo que eso también es un par: se quiere a sí misma y a Heathcliff. —Lo pensó un poco más y añadió—: Supongo que hasta se podría decir que hay dos mitades en el libro, antes de que Cathy muriera y después, y por supuesto las dos generaciones principales. Pero no sé qué significa todo eso. —Gabby supuso que habría algún simbolismo allí, pero honestamente nunca lo había considerado. Nunca había

disfrutado mucho diseccionar libros. Solo quería leer y sentir lo que sintiera.

De todos modos, se sintió alentada por la perspicacia y la absorción de Ailis.

Siguió leyendo. Solo quedaban dos capítulos.

Cuando una sombra se alzó sobre ella y Ailis, Gabby giró para encontrar a Cormag y Aedan bajando la pendiente. No cerró el libro. Temiendo que hubieran ido a decirle que era hora de partir, habló primero.

—Tienen que esperar. Ya casi terminamos. —No quería dejarlo inconcluso.

Aedan se detuvo con el sol detrás de él, formando un halo sobre su cabeza y dejando sus ojos en sombras. Pero asintió, y él y Cormag se sentaron en la cima de una duna de arena sin hierba marina y no dijeron palabra alguna mientras Gabby continuaba leyendo.

Lo hizo a pesar de la opresión en su pecho y del nudo en la garganta, sabiendo que probablemente nunca volvería a ver a Ailis. De algún modo, su propio deseo de llegar a Brechmont, y quizá hallar a Eloise y a Kayla, y de regresar al siglo XXI, palidecía en comparación con la pena que sentiría al dejar a Ailis.

***

Él pensó que no habría daño en que Ailis disfrutara un poco más del tiempo con Gabrielle.

Así que se sentó en silencio, a unos tres metros, arrullado por el sonido hipnótico de la voz de Gabrielle. Aunque al principio había leído con cierta vacilación nerviosa al ver que tenían más público que Ailis, su voz se había asentado en una cualidad suave y sedosa, que no dejaba a Aedan indiferente. Solo escuchaba su voz y apenas algo de las palabras o de la historia, lo justo para decidir que un hombre llamado Heathcliff probablemente estaba loco y pronto moriría. Y mejor así, pensó Aedan, con todo el diálogo melodramático de aquel desquiciado.

La paz, en realidad, no provenía solo de la voz hipnótica de Gabrielle, sino de haber resuelto todo el maldito asunto del asesinato de Arthur. Para entonces ya había aceptado la verdad, la

misma que había rechazado cuando vino de Gabrielle: que había sido Borgach, desde el principio. Lo más difícil aún de asimilar era que no lo supiera, que en los últimos seis meses nunca hubiera considerado que su prima fuera un monstruo egoísta capaz de matar.

Habían enterrado esa mañana a Jasper y a Borgach. Al soldado llegado de Edimburgo hacía más de un año y conocido mucho menos en Cairncross que Borgach le habían rendido mayor reverencia y espectáculo que al entierro de ella.

Había pensado en sepultarla lejos de la parcela Cameron en el acantilado de la isla, no merecía tal respeto, pero cedió al imaginar el encuentro en la otra vida con su madre o su tía y escucharlas refunfuñar por toda la eternidad. Cormag le había metido esa idea en la cabeza. Pero más allá de eso, sabía que, fuera lo que fuera Borgach, durante años había actuado con entrega como madre de Ailis. Aunque Ailis no correspondiera a su afecto, Aedan se iría a la tumba creyendo que su prima había amado de verdad a su hija.

Suspiró para sí mismo y contempló el vasto mar azul. Como siempre, le asombraban los distintos colores y rostros que adoptaba: a veces azul oscuro, casi negro, girando de rabia; otras veces solo la superficie se veía agitada por el viento, mientras que debajo el agua azul era un cobalto orgulloso; en menos ocasiones, el sol se reflejaba en un mar verde y en las crestas blancas de las olas; y lo más raro de todo eran los días de mar en calma, cuando el agua se volvía lisa y plana, y solo parecía moverse al deslizarse con gracia hacia la orilla. En esos días, el agua era siempre de un azul brillante, una extensión del cielo, del mismo color exacto que los ojos de Gabrielle.

Él y Cormag no tuvieron que esperar demasiado antes de que Gabrielle cerrara el libro y lo apoyara contra su pecho. Y entonces, como si no tuvieran audiencia, Ailis y Gabrielle comenzaron a hablar del libro, nada de lo cual Aedan entendía. También permitió eso, no con muchas ganas de abordar la razón por la que había ido, aunque no lo dejaría pendiente.

Ailis hizo algunas preguntas directas sobre la narrativa, que Gabrielle respondió lo mejor que pudo, lo que Aedan interpretó por

la forma en que ella meditaba sobre las preguntas y, más de una vez, ofrecía más de una posibilidad como respuesta.

—Supongo que al final —dijo Gabrielle— siempre me quedo pensando en lo que podría haber sido diferente, si Heathcliff y Cathy hubieran sido criados de otra manera, Heathcliff menos maltratado y Cathy no tan egocéntrica.

—¿Qué significa egocéntrica? —preguntó Ailis.

—Egoísta, que solo se preocupa por sí misma. No creo que Cathy no hubiera sido egoísta incluso si no hubiera perdido a su madre siendo joven. Creo que era parte de su personalidad salvaje.

Ailis lo consideró, recordándole a Gabby que ella no tenía madre.

—¿Seré egoísta entonces?

—Oh, no —la tranquilizó Gabby rápidamente—. Ya lo serías si fuera posible, pero no lo eres, en absoluto. Eres perfecta.

Cuando la conversación pareció concluir, Gabby se incorporó de su posición reclinada mientras Ailis se levantaba de un salto. Ambas miraron a Aedan y Cormag, quien también se puso de pie.

—Y probablemente eso es más de lo que jamás querré escuchar sobre el vil Heathcliff —dijo Cormag—. Vamos, pequeña. La cocinera dijo que no has desayunado ni tomado la comida del mediodía.

—Sí comí esta mañana, pan y queso —exclamó Ailis. Posiblemente de manera mecánica, ya que Cormag la guiaba con frecuencia, pero no discutió sobre dejar la playa y tomó la mano del gigante, caminando con él colina arriba—. Y Heathcliff no es vil. Está torturado —afirmó Ailis—. Gabby lo dijo.

—Claro, y la tortura no te hace vil —replicó Cormag.

Quedando solos, Aedan y Gabrielle se miraron a través de las dunas de la isla, el abismo de la cañada que los separaba no muy distinto a todo lo demás que lo hacía.

—¿A Brechmont entonces? —preguntó ella, con los ojos azules fijos en él, tono calmado.

Él asintió.

—Sí, aunque pediría un día más para resolver algunos asuntos urgentes.

—Por supuesto.

—Cormag lo tendrá listo para que podamos partir al amanecer.

—Está bien.

Eso era todo lo que necesitaba saber, lo único importante para ella. Había más cosas que él debía decir, tanto por cortesía hacia ella como porque, a pesar de todo lo que había pasado o no entre ellos, no quería que quedara malentendido alguno entre ellos.

—Te debo una disculpa, lass.

—No en realidad. Lo entiendo. No soy una de ustedes, no soy una Cameron —rio sin humor—. No solo no soy de este lugar, sino que ni siquiera soy de este tiempo. Por supuesto que no confiaron en mí.

—¿Me dejarás ex...

—Y sin duda nunca lo harás —terminó ella, interrumpiéndolo.

Aedan parpadeó, considerando su afirmación, su acusación, por así decirlo.

Sin duda nunca lo harás. Como si se les hubiera dado tiempo suficiente para necesitar "nunca" y "siempre". Como si ella aún estuviera aquí.

Un ceño fruncido cruzó su frente. ¿Había estado eso allí? Antes del asesinato de Jasper, posiblemente antes de que hubiera yacido con ella. ¿Había considerado tal cosa, que Gabrielle Noble podría quedarse en Cairncross, podría quedarse con él? Debía suponer que su último comentario indicaba que ella quizá lo había considerado.

Ella levantó las rodillas hacia su pecho y abrazó sus piernas, con el libro comprimido allí. Dirigió su atención al agua serena, del mismo azul que sus ojos, mientras una brisa, apenas digna de tal nombre, despeinaba unos mechones de su rostro.

Él pensó en todas las Gabrielle que había conocido, asustada, confundida, desnuda y amorosa, sonriente y luego contemplativa, y se dio cuenta de que nunca había conocido a esta, la Gabrielle melancólica. ¿No debería estar impaciente de emoción y esperanza, sabiendo que él la llevaría a Brechmont al día siguiente?

—¿No estás ansiosa por llegar a Brechmont?

—Lo estoy, pero temo decirle adiós a Ailis, devastada ante la idea de no volver a verla.

Eso era lo más cercano a una apertura que él podría tener, supuso, si pensara en sugerirle que podría ver a Ailis de nuevo, cuando quisiera. Pero ella tendría que renunciar a su sueño de regresar a un lugar y tiempo donde él y Ailis no existieran. Y tendría que perdonarle la injusticia que le había causado.

Y, debía suponer, él tendría que aprender a abrirse a la esperanza y las posibilidades.

Volviendo su hermoso rostro hacia él, mostró que sus ojos estaban húmedos otra vez.

—¿Por qué dormiste conmigo? No entiendo esa parte. A menos que fuera solo un encuentro rápido y conveniente.

Aedan frunció el ceño ante su forma de expresarse. *Esa parte* sugería que no era más que un juego. El resto casi resultaba ofensivo, salvo que no era irrazonable dado su comportamiento desde entonces.

No le respondió directamente, no le dijo que se sentía atraído por ella, que su contacto lo encendía como nadie más. No le dijo que se sentía vigoroso y sin aliento cuando ella estaba cerca, o que no había tenido un sueño diurno, no en años, hasta ella. Y no le dijo que había una idea difusa, sin formar pero presente, incluso antes de haber yacido con ella, de que quizá querría renunciar a su voto de amar solo a su hija. Todo era ridículo, y él no lo era.

En cambio, Aedan dijo:

—No debería haber yacido contigo, no cuando sabía que te llevaría a Brechmont. —Si podía llamarse disculpa, entendía que el arrepentimiento estaba ligado a ella, al saber que nunca más yacería con ella.

Sus palabras, al responder, chocaban con la expresión de dolor con los labios apretados que le dirigió.

—Pero yo no dije que no, aunque también sabía que me iría.

Un cruce de caminos, entonces. Esa era la depresión de arena entre ellos, física aquí frente a ellos y luego intangible pero no menos cargada, a lo que eligieron aferrarse: ella, su deseo de irse, y

él, su incapacidad de pedirle quedarse tras el dolor que le había causado.

Mordiéndose el interior de la mejilla, arrancó un corto filo de hierba marina, enterrado en la arena de la duna, y lo arrojó, luego hundió la mano en la arena seca, levantándola, dejando que miles de granos se deslizaran entre sus dedos.

Gabrielle se levantó entonces, de pie en la depresión entre las dunas individuales, casi a la altura de los ojos de Aedan. A ciegas, se sacudió la arena de sus glúteos con una mano mientras sostenía el libro con la otra, manteniendo la mirada de Aedan con sus ojos azul mar sereno. Le ofreció una sonrisa forzada.

—Suponiendo que mañana estaré destrozada por decir adiós a Ailis, te agradezco ahora por lo amable que has sido conmigo. Por traerme a Cairncross cuando muy bien podrías haberme dejado donde me encontraste. Y por abrirme tu hogar con tanta generosidad.

Era cortés, por supuesto, pero dicho sin una pizca de emoción. Se esperaba, supuso.

Pero él asintió, aceptando la apreciación innecesaria, quizá inmerecida.

Una idea se le ocurrió.

—Te vas. Eso es lo que haces, ¿no? —Ella había dejado su hogar, dijo. Había dejado a un hombre llamado George. Había dejado España e Irlanda y ahora Cairncross. Y pronto, a él.

Su respuesta tardó en llegar.

—Esto no es irse. Esto es que voy a casa.

Él asintió y la vio alejarse. Subió por el sendero al costado de la colina y se hizo cada vez más pequeña a medida que se alejaba. Y Aedan quedó reflexionando sobre lo que desde casi el principio había sabido sobre ella: que no tenía un hogar.

***

Con la mañana llegó el temor.

Por mucho que estuviera ansiosa por ponerse en camino, no esperaba con gusto decir adiós a Ailis. Había sido cobarde al no haberle dicho siquiera que planeaba irse. Imaginó que le costaría responder a la inevitable pregunta de Ailis sobre por qué, cuando

había tanto que Ailis no sabía y que Gabby no podía explicar. O no debía explicar, cosas que no debía cargar sobre una niña de diez años.

Tenía la idea de que solo podría despedirse en el patio, y que después de esa desagradable tarea, montaría un caballo con Aedan y se iría. No miraría atrás, ya lo sabía, no quería ver a Ailis llorando a su paso. Y luego, parte de ella imaginaba que quizá estaba sobreestimando su importancia y que tal vez Ailis no derramaría una lágrima, sería práctica, resiliente, y le daría un alegre adiós mientras Gabby se alejaba montada.

Se salvó de la despedida pública en el patio cuando Ailis irrumpió en su habitación, como había hecho en tantas ocasiones.

—Cormag todavía me está fastidiando por el pobre Heathcliff —comenzó a decir, dejándose caer en la cama que Gabby había hecho con tanto esmero—. Sé que solo lo hace para molestarme. Y luego Fi quiso saber quién era Heathcliff y, después de que le conté toda la historia, ¿puedes creerlo? Dijo que Cormag podría tener razón. Pero no debemos confiar en la opinión de Fi sobre estas cosas, ¿verdad? Ella no sabe diferenciar… ¿por qué me miras así? ¿Qué ha pasado?

Incapaz de contener la sonrisa que se dibujó en su rostro ante la historia predecible pero encantadora de Ailis, Gabby negó con la cabeza y se sentó al borde de la cama junto a ella.

—Fi quizá sepa una cosa o dos —dijo—. No la conozco lo suficiente como para decir lo contrario.

—Sí, pero yo sí, y te diré que no.

Abriendo de golpe, la única manera de enfrentar el temor, Gabby preguntó:

—¿Tu padre te dijo que me voy hoy?

—No lo hizo. ¿Y adónde vas? —Antes de que Gabby respondiera, preguntó algo que quizá era más importante para ella —. ¿Y cuándo volverás?

Ella respondería eso, pero solo después de explicar.

—¿Recuerdas que te dije que vengo de un lugar muy lejano? Bueno, tengo la oportunidad, posiblemente, de regresar allí. Al lugar de donde vengo. —Incapaz de mirar los curiosos ojos marrones de

Ailis, Gabby se centró en la falda de su léine, jugando distraídamente con un hilo suelto—. Y no es que quiera irme, aunque ambas sabemos que realmente no encajo aquí, y si pudiera…

—No vas a volver, ¿verdad?

Parpadeando para alejar el dolor, Gabby miró a los bonitos ojos marrones de Ailis. Negó con la cabeza.

—No. No voy a volver. —Y antes de que Ailis procesara eso y reaccionara, Gabby se apresuró a tranquilizarla—. Pero lo haría si fuera posible. Me da mucha tristeza dejarte. Es solo que… no puedo, Ailis. Tengo que ir a donde pertenezco.

Gabby vio que Ailis estaba atónita y luego se sintió doblemente mal por no haberle dado ninguna advertencia al respecto. La intensa sorpresa nubló los pequeños rasgos de Ailis y le quitó el aliento.

—Ailis, siento mucho no haberte dicho nada. Honestamente, no sabía si realmente me iría, pero no… no puedo dejar pasar esta oportunidad de regresar a casa.

Los ojos marrones se llenaron de lágrimas.

—Pero este podría ser tu hogar —sugirió Ailis con un sollozo.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. Los ojos de Gabby también se humedecieron. Bajó la cabeza, torturada por la tristeza en los ojos de Ailis.

—No puede ser, Ailis. Tengo un hogar. Está lejos. No pertenezco aquí.

—Ahora lo harás. Borgach se ha ido. Los asesinatos han terminado. Podrías hacer de este lugar…

Llorando ahora de verdad, con la voz temblorosa, Gabby suplicó:

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. —Los hombros de Ailis cayeron bajos, y el corazón de Gabby se retorció—. Nunca te olvidaré y quiero que sepas que si no hubiera sido por ti, habría sido…

—Nunca te dejaré —gritó Ailis, dejando que la ira dominara su tristeza—. Nunca lo haría.

—No quiero hacerlo, en serio, pero…

—Pero lo harás. Lo harás. —Con eso, Ailis saltó de la cama y salió corriendo de la habitación.

Gabby se levantó para seguirla, pero fue interceptada por Aedan que entraba en la puerta, con la mirada puesta en su hija que acababa de pasar corriendo. Cuando Gabby quiso empujarlo para pasar, él la tomó del brazo.

—No mejorará con más palabras.

Cerrando los ojos, realmente triste por no haber podido abrazar a Ailis antes de que se fuera, se enfureció por dentro ante esta circunstancia insostenible. Esto apestaba. Cada maldita parte. Todo, de principio a fin. Lo odiaba.

Cuando las lágrimas cayeron y su pecho se agitó por el dolor que acababa de causar a Ailis, Gabby se desplomó. Aedan se movió como si fuera a intervenir, pero luego se quedó quieto, solo sosteniéndole el brazo. Pasaron unos segundos más antes de que se moviera nuevamente, esta vez abrazándola. Demasiado abrumada por la tristeza para protestar o incluso endurecerse, Gabby apoyó su mejilla contra su pecho y lloró.

Aedan sostuvo su cabeza contra él, acariciando su cabello con la mano de arriba hacia abajo.

—Ailis sobrevivirá, lo sabes. Cormag se quedará, la mantendrá ocupada los próximos días.

Aunque era lastimoso, y su voz temblorosa lo decía, Gabby tuvo que preguntar:

—¿Pero yo sobreviviré a esto?

Él no respondió. Tras otro momento, Gabby se apartó de él. Se secó los ojos y levantó el mentón, inexplicablemente enfadada con Aedan, como si fuera culpa suya.

No lo era. Pero… sí, reconoció para sí misma que ayer en la playa le había dado una oportunidad, igual que la creada hace un momento, en la que él podría haberla invitado a quedarse. Ella habría dicho que no, por supuesto; no había superado del todo cómo la había tratado respecto a Borgach, cómo había desestimado su intimidad con tanta frialdad. Pero a veces, una persona solo quiere que se lo pidan.

—Vamos a Brechmont entonces —dijo él ahora, inclinando la cabeza para indicar que debían irse.

No fue un rechazo rotundo, pero Gabby conocía suficientemente bien el rechazo como para reconocerlo por lo que era.

Otro rechazo, su corazón marcado de nuevo. No era gran cosa.

Tomó su bolso de playa de donde había quedado apoyado contra la pared junto a la puerta y siguió a Aedan fuera de la habitación.

Capítulo Veinte

El Problema con la Esperanza

Meses y meses atrás, cuando la bruja le había mencionado Brechmont por primera vez, Aedan había preguntado con fingida indiferencia a Uilleam si conocía el lugar. Pasaron unos días hasta que su mayordomo encontró la respuesta, ya fuera en su vasta memoria o entre los cientos de rollos que guardaba en los estantes de su oficina, donde almacenaba información pertinente sobre tantas familias, linajes y castillos de las Highlands.

—Brechmont pertenece a los MacClellan —le había dicho Uilleam tiempo atrás—. Parientes de los MacDonald, señores de las Islas.

Le había dado a Aedan su ubicación aproximada y apenas un poco de historia, sin preguntar nunca por qué quería saberlo. Además de lo básico, Uilleam había compartido un detalle más, una especulación interesante:

—Se dice que el jefe actual desapareció por dos años, y solo regresó la primavera pasada. También se dice —entonó Uilleam, inclinándose hacia adelante como si fuera a revelar un secreto— que fue sepultado en la tierra, ni muerto ni vivo, y que una bruja vino y le devolvió el aliento, despertándolo de un sueño eterno.

Y, como era su costumbre, Uilleam se había encogido de hombros.

—Es lo que se dice, en cualquier caso.

Aedan lo había dejado en el aire, a su imaginación.

No le dio ningún crédito a semejante improbabilidad, no en ese momento. Pero desde entonces, desde que conoció a Gabby y supo de su fantástica historia, sí, tenía que considerar que tales cosas eran posibles.

En los días, semanas y meses que siguieron, Aedan guardó lo poco que sabía de Brechmont, sin haber imaginado jamás que algún día le sería útil.

Y sin embargo allí estaban ahora, él y su grupo de una docena de soldados, cabalgando más de cincuenta millas al noroeste, con Gabrielle en la silla junto a él.

No albergaba demasiada esperanza de obtener algo de alguien en Brechmont, nada que lo ayudara a comprender por qué una bruja había acudido a él, ni mucho menos que hallara respuesta a la premisa aún más inverosímil de que Gabby hubiese llegado hasta él, como estaba profetizado, desde otro tiempo.

No discutió con Gabrielle qué esperaba ella encontrar en Brechmont. Lo sabía: ella albergaba la esperanza de volver a casa, a donde fuera, cuando fuera. Y aunque pensó en llevarla allí y después alejarse o hacer que los druidas con su magia se la llevaran, no había considerado que el propio viaje al castillo de los MacClellan resultaría tan angustiante.

Lo cual era contradictorio, pues una gran parte de él se alegraba de dejar todo atrás de una vez: el asesinato de Arthur resuelto, la seguridad restaurada en Cairncross, brujas y profecías y, sí, incluso Gabrielle, porque tanto de eso estaba ligado a ella.

Pero entonces debía enfrentar la idea de no volver a verla jamás. Para librarse de la frustración de todas esas cosas desafortunadas y molestas, tendría que renunciar a Gabrielle también. Se repetía a sí mismo que lo haría, sin mirar atrás. Era lo mejor. Ella tenía razón; no pertenecía a ese lugar. La había conocido apenas unas semanas. No era suficiente, a pesar de su intimidad, para darle mayor importancia de la que permitía un tiempo tan corto. No estaba enamorado de ella. No amaba a nadie más que a Ailis, y había jurado que jamás volvería a hacerlo. En unos días, una vez de regreso en Cairncross, sería como si Gabrielle nunca hubiera estado allí. No habría nada que se lo recordara. No esperaba sufrir por arrepentimiento ni por "qué pasaría si". Ella había llegado por una razón, aunque seguía sin saber por qué ella y por qué él, había cumplido lo que estaba profetizado, y eso ya estaba terminado. Debía seguir adelante y…

—Estás lleno de… ¿qué? ¿Ira? ¿Disgusto? —comentó Gabrielle.

No podía reprocharle que fuera tan sensible a él como él lo era a ella, capaces de sentir las emociones que se desprendían entre ambos.

—Solo me pregunto qué revelará Brechmont —respondió evasivo—. ¿Tus amigas? ¿Más druidas? ¿Un camino a casa para ti?

—Estoy bastante segura de que una simple conjetura no te pondría tan tenso y enredado —replicó ella, pero lo dejó allí. Con un tono más suave, lleno de esperanza, añadió—: Rezo porque Kayla y Eloise estén allí. Si no, no sé qué… qué hacer o pensar.

—Sí, y lo resolveremos si es necesario, pero no deberías atormentarte con lo que quizá nunca pase.

—Eso implicaría que no pensara en absoluto durante el viaje —admitió Gabby—, y te aseguro que eso es imposible.

Él no lo discutió, porque era cierto que su mente giraba sin cesar con lo que podría ser. O no ser.

Y entonces Gabrielle preguntó:

—¿Podemos detenernos un momento?

—No estamos lejos de Brechmont, lass. Lo que necesites puede esperar.

—Solo quería… desearía…

—¿Qué, lass?

—Nada. Olvídalo. Ya es demasiado tarde de todos modos.

—La tortura, según oí —dijo Aedan tras un momento, suponiendo que tenía algo importante en mente—, vuelve vil a la gente. Imagino que lo no dicho puede constituir una tortura con el tiempo.

Ella emitió un pequeño bufido ante la repetición del juicio de Cormag y carraspeó. Pero pasó otro minuto entero antes de que hablara, Aedan consciente de que luchaba por sacar las palabras.

—¿Por qué no me pediste que me quedara?

Una pregunta verdaderamente pesada. La mandíbula de Aedan se tensó, aun cuando comprendió dos cosas: primero, lo mucho que le había costado a ella atreverse a preguntar, a exponerse; y después, que esa conversación debía tenerse, para deshacer lo que había quedado sin decir. No estaba seguro de qué significaba el nudo en su pecho. ¿Algún deseo de creer que ella se

había sentido decepcionada por su silencio? ¿O qué haría él con esa oportunidad?

—Desde el principio supe que solo querías regresar al lugar del que vienes —dijo, como una apertura suave.

—Como razón, creo que sabes tan bien como yo que es débil.

Él lo sabía. Pero la verdad, repasada en su mente, sonaba igual de endeble, aunque llevaba tanto tiempo dentro de él.

—Yo no… no puedo ofrecerte nada. No lo que alguien como tú necesita.

Hubo un movimiento en su asiento. Había mantenido una postura rígida casi todo el trayecto, pero ahora percibió un cambio, una rigidez mayor.

—¿Alguien como yo?

Ah, y el problema de resistirse a los lazos emocionales tantos años era que ya no sabía cómo hablar con la gente. Soltó un hondo suspiro y dijo:

—Mereces más de lo que yo puedo darte.

El caballo recorrió casi media milla antes de que ella respondiera, ahora en voz baja:

—Quizá me habría conformado con lo que pudieras darme.

Eso lo enfureció, aunque no quería que su respuesta sonara tan áspera.

—Y ahí lo tienes, lass: la raíz de todos tus problemas, la razón por la que necesitas huir —escupió entre dientes—. ¿Por qué te conformarías con algo tan frágil? Vales mucho más, tienes derecho a más. *Oh*, Gabrielle, eso mismo me hace hervir la sangre. ¿Renunciarías a toda esa esperanza a la que te has aferrado y para qué? ¿Por alguien que acabas de conocer, que juró hace mucho que nunca volvería a amar a nadie, con el corazón tan marcado por la pérdida que ya no le queda nada para dar? —Frunció el labio grotescamente, enojado por haber expuesto tanto, tanta debilidad. *Maldita sea.*

Ella no dijo nada, y Aedan ardió de rabia durante la siguiente milla. Probablemente pensaba que se refería específicamente a Lizzie, la madre de Ailis. Y quizás en otro tiempo lo había hecho. Tal vez aún lo hacía. ¿Qué demonios sabía él? Lizzie había destrozado el

amor que le había dado mucho antes de morir. Eso lo había superado hacía tiempo. Pero sí, lo había endurecido.

Avanzaron en silencio, Gabrielle quieta mientras Aedan luchaba con otras cosas aún no dichas. Si alguien podía haber cambiado su decisión, habría sido ella.

Tras otra hora, el castillo de Brechmont apareció ante ellos, si las indicaciones de Uilleam eran correctas. Era una fortaleza imponente, amurallada y elevada, que seguramente había resistido a más de un ejército a lo largo de los siglos.

El camino hacia el castillo se parecía al de Cairncross, con surcos y una línea recta desde un bosquecillo hasta la puerta, atravesando un campo de hierba verde ondeante. Aedan aconsejó a sus hombres permanecer cerca de los árboles, creyendo que un solo caballo con dos personas parecería menos amenaza que una docena de soldados armados.

La puerta estaba abierta, acogedora, incluso mientras la gente se movía con normalidad dentro. Aedan sintió de pronto el impulso de no avanzar más, de tirar de las riendas y llevársela de regreso a casa.

Al acercarse, dos hombres, sin casco, de pie en lo alto del muro llamaron su atención. Solo se inclinaban para observarlos, pero su falta de cascos sugería que no formaban parte de la guardia habitual.

Aedan mantuvo el paso del caballo, avanzando con calma por el sendero sin la rapidez suficiente para causar alarma. Pero Brechmont ya era suspicaz. Uno de aquellos hombres sin casco señaló y gritó una orden, y los soldados se apresuraron a obedecer. Los arqueros en la muralla encajaron flechas y alzaron los arcos en posición.

—Eh… Aedan —empezó a decir Gabrielle, claramente alarmada también.

—No es más que precaución —le dijo él—. Cairncross reaccionaría de forma parecida si se acercaran extraños. No temas.

Gabrielle soltó una risa nerviosa.

—Es fácil decirlo para ti. Yo estoy sentada delante tuyo.

Respondió con un seco:

—Puedo hacer retroceder al corcel si eso te complace —no la complació en absoluto.

Los dos hombres, uno de los cuales Aedan supuso que sería el MacClellan, desaparecieron de la muralla y reaparecieron segundos después, de pie, a varios metros frente a la puerta abierta. Más allá de ellos, Aedan podía ver directamente el interior de la fortaleza de los MacClellan, pues la puerta al fondo del patio estaba completamente abierta.

—Desmontaremos aquí —indicó Aedan—, para disminuir cualquier amenaza que puedan suponer.

Bajó a Gabrielle del caballo y dejó a su corcel en pie, o siguiéndolo, daba lo mismo. Nunca se alejaba demasiado.

Y ahora caminaron la distancia que los separaba de la puerta de Brechmont.

—Quédate detrás de mí —le indicó Aedan a Gabrielle, quien lo hizo encantada, caminando a su sombra.

El corazón de Aedan se aceleraba por las verdades o mentiras que podían revelarse una vez que los admitieran.

—¡Deténganse ahí! —gritó uno de los hombres cuando aún estaban a quince metros—. Digan a qué vienen.

—Hemos venido a ver a la bruja —gritó Aedan, lo que oscureció el ceño del hombre que había hablado.

Ah, definitivamente el MacClellan.

—Aquí no hay ninguna bruja. Márchense.

—Sí la hay —replicó Aedan, con la voz igual de fuerte—. Oí historias de ella, que vino a Brechmont, dando vida al MacClellan.

El MacClellan intercambió una mirada con el hombre a su lado. Y cuando se volvieron hacia Aedan y Gabrielle tras él, el labio del hombre se torció al dar la orden:

—Última advertencia. —Desenvainó la espada y la apuntó recta desde su hombro—. Márchense. O mueran.

Aedan sintió, más que ver, que Gabrielle salía de su sombra, desplazándose a su derecha. Alzó la mano detrás de él, con la intención de empujarla de nuevo a su protección, pero se detuvo al escuchar al MacClellan maldecir:

—¡Maldita sea, Kayla! Vuelve adentro…

Una mujer estaba en la puerta, con la mano en el pecho, el rostro pálido como si hubiera visto un fantasma, con los ojos fijos en Gabrielle. Tal vez dijo algo, pero estaba demasiado lejos para que Aedan lo oyera. Solo escuchó el jadeo de Gabrielle a su espalda y su ronca, incrédula voz:

—¿Kayla?

El MacClellan bajó la punta de su espada al suelo, levantando un poco de polvo, mientras la mujer, presumiblemente Kayla, salía corriendo de la fortaleza.

Al mismo tiempo, Gabrielle estalló en acción, con la intención de correr hacia su amiga.

Si alguien hubiese estado mirando desde arriba, ¿y quién lo haría?, habría visto al MacClellan frenar la carrera de la mujer hacia Gabrielle con un brazo alrededor de su cintura para atraerla hacia atrás, justo al mismo tiempo que Aedan, recuperándose del shock, atrapaba a Gabrielle antes de que se alejara demasiado, también rodeándola por la cintura.

—Quieta —le siseó—. No sabemos si es seguro.

—¡Suéltame! —empujó sus manos.

Al mismo tiempo, las mismas palabras fueron lanzadas al MacClellan por la mujer que retenía.

—¡Quieta! —insistió Aedan a Gabrielle, atrayéndola contra su pecho.

La mujer, Kayla, lo vio y se quedó quieta en los brazos del MacClellan, dejando de forcejear. Gritó hacia Aedan:

—¡Suéltala! ¡Ahora mismo! ¡Michael, haz algo!

—Sí que lo haré —gruñó el hombre—, cuando te apartes y me dejes un momento…

—Gabby no es peligrosa —insistió la mujer—. Michael MacClellan, quita tus manos de mí en este instante.

Él no lo hizo. Y tampoco Aedan aflojó su sujeción sobre Gabby. El otro hombre, que estaba junto al MacClellan, se volvió y señaló a otra mujer en la puerta de la fortaleza. Le agitó el dedo y le advirtió con brusquedad:

—Ni un paso más, Eloise, o haré que lo lamentes mucho.

—¿Eloise? —susurró Gabby—. Oh, Aedan, están aquí. ¡Tenía razón!

—¿Podrías darnos un minuto para facilitar el encuentro con ellas? —Hasta que lo invitaran, no podía avanzar más sobre Brechmont—. Calla dos segundos, ¿quieres? —Aun sujetando a Gabrielle, aunque algo de lado, mientras alzaba la mano libre para mostrar que no llevaba arma, Aedan gritó—: Tengo conmigo a Gabrielle Noble, que afirma conocer a las lasses que tienen ahí, Kayla y Eloise.

—¿Y tú eres? —preguntó el hombre que no retenía a una mujer.

—Cameron, de Cairncross —gritó él.

—¿Cuántos viajan contigo?

—Una docena, al borde de los árboles.

—¿Por quién luchas?

—Por Escocia. Por la libertad —respondió Aedan con orgullo. No mentiría solo para que Gabrielle se reuniera con sus amigas—. En Dunbar y en el puente cerca de Stirling, con Moray y Wallace.

Ante eso, el MacClellan y el otro hombre compartieron una mirada antes de que Michael MacClellan aflojara su fuerte abrazo alrededor de la cintura de Kayla, aunque aún le sujetaba la muñeca.

—Vengan —invitó el MacClellan.

Sabiendo que solo habían actuado con la debida diligencia para la seguridad de Brechmont, Aedan tomó la mano de Gabrielle y la condujo hacia la puerta. Cuando estuvieron a unos seis metros del grupo que los esperaba, Aedan la soltó.

Ella corrió directamente hacia Kayla, que también fue liberada del agarre del MacClellan y corrió hacia adelante.

Prácticamente chocaron, con las bocas moviéndose más rápido que una ardilla sorprendida por el chasquido de una trampa.

—¡Gabby! ¿Qué haces aquí?

—Oh, Supe que eras tú cuando Aedan dijo que había otra.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Kayla, por favor dime que sabes cómo volver.

—Espera. ¿Quién es Aedan y cómo supo que había otra?

La tercera mujer, Eloise, apareció, con un bebé en brazos. Se unió a los abrazos y a la ráfaga de preguntas, ninguna de las cuales se había respondido todavía.

Con la mandíbula caída, Aedan miró a los dos hombres en busca de ayuda para entender.

El hombre que no era el MacClellan extendió el brazo hacia Aedan.

—Nicol, antes de Ayr. Eloise ahí es mi esposa.

Luego aceptó el brazo de Michael MacClellan, quien se presentó por su nombre y como esposo de Kayla, y después le sonrió con suficiencia y supuso:

—Y apostaría a que tienes una historia que contar sobre tu lass.

Él no lo corrigió respecto a que Gabrielle no era su lass, porque estaba demasiado atónito por lo que el MacClellan acababa de insinuar: que lo que Gabrielle había afirmado durante todos esos meses podía ser cierto, que esas mujeres, Kayla y Eloise, podían tener relatos similares.

Lo que dejó a Aedan con una sola pregunta.

—¿Qué diablos está pasando?

***

—No puedo creer que estén aquí las dos —lloró Gabby—. ¿Cómo sucedió esto? —A pesar de todas las cosas fantásticas y nuevas que había presenciado en las últimas semanas, ver esos dos rostros familiares le devolvió de golpe la sospecha de que solo estaba soñando. Tan a menudo en los sueños aparecían personas inesperadas, conocidas, pero no íntimas, o gente a la que no veías desde hacía tanto que despertabas preguntándote qué te había hecho soñar con ellos. Así que, antes de que alguna respondiera, Gabby preguntó directamente—: Esto no es un sueño, ¿verdad? —Su voz estaba teñida tanto de esperanza como de cierta seguridad de que no lo era.

Kayla y Eloise intercambiaron una mirada significativa antes de que Kayla respondiera solo a una parte de la pregunta de Gabby.

—Lamento decir que tenemos pocas respuestas para ti.

—¿Pero cómo salimos de aquí? —preguntó Gabby a continuación.

—No tenemos idea —dijo Eloise en voz muy baja y evitando la mirada de Gabby.

Gabby abrió la boca de golpe.

—Oh. No quieren volver, ¿verdad?

Otra mirada pasó entre ellas.

—Lo quisimos, en un tiempo. Pero ahora… ya no tanto.

—Ni siquiera un poco —dijo Kayla con un pequeño encogimiento de hombros.

Atónita, cuando tanta esperanza se había depositado en que ellas pudieran ayudarla, Gabby preguntó a destiempo:

—¿De quién es ese bebé?

Eloise rio y bajó la vista con adoración hacia el querubín en sus brazos.

—Eh… mío. Ella es Natalie.

—¿Cómo pudiste…? ¿Tuviste un bebé mientras estabas aquí?

—Todas las partes todavía funcionan.

—Pero…

—Está bien —dijo Kayla—. Entremos, lejos de todas las miradas curiosas, e intentemos responder lo que podamos. Ay, pobrecita.

Asintiendo, agitándose con tantas emociones, Gabby la siguió, preguntándose:

—¿Planearon esto ustedes…? Quiero decir, ¿lo hicieron a propósito?

Ni Kayla ni Eloise respondieron directamente. En lugar de eso, Kayla presentó a Gabby con una joven que estaba en la puerta.

—Gabby, esta es la hermana de Michael, Muireall. Muireall, esta es nuestra amiga, Gabby.

Los ojos de Muireall se abrieron de par en par.

—¿Quieres decir…?

Kayla asintió y entraron en la torre, el salón muy parecido al de Cairncross, al que Gabby apenas prestó atención. Eloise susurró algo a la mujer, Gabby creyó oír la palabra traumatizada, y Muireall

entonces tomó con entusiasmo al bebé de los brazos de Eloise y dijo:

—Sí, por supuesto —antes de irse con la criatura.

—Siéntate aquí —dijo Kayla, ofreciéndole una silla frente a la chimenea.

Gabby se dejó caer de manera poco elegante en la silla, pero puso la mirada en cada una de ellas, esperando más información.

Tras una profunda respiración, Kayla dijo:

—No planeamos nada de esto, Gabby. Imagino que lo mismo que tú: simplemente sucedió. Estábamos aterradas y confundidas… ¿igual que tú?

Ante el asentimiento de Gabby, continuó:

—Eloise casi se ahoga cuando cayó en el tiempo, pero afortunadamente Nicol estaba allí para salvarla… ese es el que entra por la puerta ahora. El esposo de Eloise.

Gabby dirigió la atención a la puerta, solo lo suficiente para ver a Nicol, de anchos hombros, cabello largo y ojos oscuros, entrar al salón. Aedan lo seguía, con gesto sombrío, dirigiendo de inmediato la mirada a Gabby, ella no tenía cabeza en ese momento para intentar leer nada más. Tras él llegó el más alto de los tres, aunque no por mucho.

A Eloise le dijo, con gran confusión en la voz:

—Te casaste y tuviste un bebé.

Eloise asintió, con un aire entre avergonzado y feliz.

Gabby se recostó en la silla, soltando un largo y lento suspiro. Miró de un lado a otro entre Kayla y Eloise, que permanecían de pie, sin ocupar la otra silla disponible. Kayla se retorcía las manos, probablemente preocupada por el estado mental de Gabby, y con razón en ese momento. Qué extraño hallarlas allí, incluso después de toda la esperanza de los últimos días. ¿Cómo era posible? No había respuesta simple.

—¿Es todo magia? ¿Entonces existe? ¿La magia?

—De algún tipo —reconoció Kayla.

—¿Y no saben cómo volver?

Ambas negaron con tristeza, reacias a admitirlo.

Tenía más preguntas, por supuesto. Muchísimas. Pero ahora solo podía enfrentarse a esa parte: que probablemente no había forma de salir de allí. Todo su cuerpo temblaba, de decepción, de un miedo renovado. Miró hacia el otro lado del salón, donde Aedan estaba con esos dos hombres, ¡los esposos de Kayla y Eloise, por amor! Él la observaba, pero ella no sacó nada de ello, pensando en sí misma y no en él. Pronto, su imagen se volvió borrosa cuando perdió el enfoque, mientras el peso aplastante de su desilusión caía sobre ella.

Las lágrimas brotaron libres de sus ojos. Estaba, increíblemente por primera vez desde que había llegado a ese siglo, inconsolable.

***

Aedan observaba, escuchando poco de lo que decían las damas por la distancia, y luego tampoco mucho de lo que Nicol y Michael conversaban, distraído como estaba mirando a Gabrielle atentamente.

Estaba destrozada, lo veía, quizá más que en cualquier otro momento desde que la conociera. Al parecer, sus amigas no podían darle ninguna ayuda. Apretó la mandíbula ante lo rota que se mostraba, lo que debía de estar sintiendo.

—¿Cuánto hace que está aquí? —preguntó Michael.

Apartando con esfuerzo la mirada de Gabrielle, Aedan frunció el ceño, intentando recordar.

—Unos meses, creo. Estuvo aquí muchas semanas antes de que yo… la encontrara.

Nicol hizo una mueca.

—El llanto seguirá un tiempo más entonces. Es demasiado pronto para que toda la pena se haya ido.

Aedan no pudo evitar abrir la boca.

—¿Entonces es cierto?

Ninguno de los hombres parecía dispuesto a decir en voz alta algo tan inverosímil. Aedan quería respuestas y gruñó:

—¿Que vienen de otro tiempo? ¿Qué tal vez no haya forma de volver?

Michael y Nicol asintieron.

—Aye, parece que ese es el quid de la cuestión. Pero aún no hemos descubierto cómo ni por qué o…

Impaciente por algo que sí supieran, Aedan interrumpió:

—¿Y es verdad, que estuviste sepultado en la tierra y ella, Kayla, te desenterró? ¿Después de dos años?

Michael asintió con gesto grave.

Aedan se volvió hacia Nicol.

—¿Y cómo encontraste a Eloise?

—Ella me encontró a mí —dijo, hablando con lentitud y reflexión—. Pero yo la vi caer. —Hizo una pausa y agregó—: Directamente de un cielo claro y azul.

—Por la sangre, ¿qué brujería es esta? Una bruja me visitó el día que enterré a mi hermano. Dijo que Gabrielle vendría, que sería ella quien resolvería el asesinato de Arthur. —Miró a Michael—. Me dijo que buscara Brechmont a la que llaman bruja. Esa es la única razón por la que estamos aquí. No habría tenido ni idea. Gabrielle no lo sabía.

Michael frunció el ceño y lo desafió:

—Oí decir a tu lass que tenía razón, que sabía que estarían aquí. Así que sí lo sabía.

—Lo esperaba, nada más —corrigió Aedan—. Le dije que el druida me había dicho que buscara Brechmont y a la otra que viajaba por el tiempo. Recordando que Kayla y Eloise habían desaparecido en su época, estaba segura de que debían de ser ellas.

Michael y Nicol lo miraron como si fuera el recién llegado, apenas mojándose los pies en todo este asunto inexplicable y desconcertante de la hechicería.

—Se hará más fácil —le aseguró Michael.

Aedan levantó las manos a la defensiva.

—Ya no es mi problema. Espero que reciban a Gabrielle con buena disposición, para que se quede con sus amigas. Ella no puede… ella no… —Apretando los dientes, dijo—: No quiere estar en Cairncross.

Michael y Nicol intercambiaron una mirada.

—¿Y vas a dejarla aquí?

—Si la acogen, sí.

—Sí, será bienvenida.

—¿Pero tu plan es marcharte y no mirar atrás? —preguntó Nicol.

Confundido, ya que eso mismo había dicho, frunció el ceño y lo repitió:

—Sí, ese es mi plan.

Michael y Nicol sonrieron. En realidad, lo de Nicol fue más bien una mueca burlona.

Aedan volvió a enfurecerse. El mundo entero se había vuelto loco.

Capítulo Veintiuno

El Largo Adiós

Magaidh estaba tan atónita como los mortales a los que había estado espiando. ¿De dónde demonios había salido esa mujer, si conocía tanto a Kayla como a Eloise, que venían de otro tiempo por completo? Entrecerrando los ojos y dejando la feliz, aunque confusa, reunión en su visión periférica, cerró todos sus sentidos salvo uno y dejó que su mirada recorriera todo el campo de hierba y la imponente fortaleza de Brechmont, hasta que percibió el aura. Casi en cuanto notó otra presencia en su conciencia, supo que no era mortal.

—Muéstrate —exigió con el pensamiento.

Antes de que la dueña del aura blanco cuarzo se revelara, dijo con desafío:

—¿Crees que solo tú puedes mover a los mortales a través del tiempo, Magaidh?

¡Ohhh, Samara!

—¿Qué has hecho?

—Nada que tú no hayas hecho antes. ¿Y por qué no? ¿Por qué deberías tener tú derecho a trasladar humanos entre planos y yo no?

—¡Esto no es para tomarlo a la ligera, Samara! Son las vidas de las personas.

—¿Y acaso no lo sé?

—¿Pero cómo pudiste? —se horrorizó Magaidh—. ¿Y solo lo hiciste para demostrar que podías? ¿Porque yo lo había hecho?

—No fue solo por eso —replicó Samara—. Se había cometido una injusticia, un asesinato. Pensé que ella sería la persona perfecta para decir quién lo había hecho.

Magaidh quedó espantada.

—Eso no justifica lo que has hecho.

—En realidad, era la razón perfecta. Y en el proceso uní a dos almas perdidas.

—No has unido nada —rebatió Magaidh. Ya había leído sus auras; estaban cargadas de tanto conflicto—. Ellos no son…

—Sí lo son. Ya lo verás.

Magaidh y Samara quedaron en silencio al mismo tiempo, al sentir otra conciencia.

Willow se reveló. Le gustaba seguir los hábitos y movimientos de Samara.

—¿De qué están hablando? —quiso saber.

—Oh —bufó Magaidh. Esto se estaba saliendo de control. Willow no debía estar aquí, no debía presenciar esto.

—Magaidh está molesta porque jugué bien su juego.

—No es un juego, Samara. Traje a Eloise aquí por Nicol porque él la necesitaba. Y Michael había sido traicionado, ¡por una de las nuestras, nada menos!, y Kayla estaba justo allí. Podría haber estado enterrado mil años antes de que alguien lo encontrara si no fuera por ella.

Un encogimiento de hombros no se veía, ya que no tenían forma física, pero Magaidh lo percibió en el tono de Samara.

—Así que traje a Gabby al tiempo de Aedan. Y ella hizo exactamente lo que predije. Puse a dos almas perdidas juntas y voilà, magia.

—Esto es un desastre —replicó Magaidh—. No hay magia. Sus pensamientos estaban hechos un lío, y apenas los había notado, pero no hay magia entre ellos, te lo aseguro.

—Sí la hay —insistió Samara—. Solo espera.

—¿La enviarás de regreso si no la hay?

—No tendré que hacerlo, confía en mí.

Con más firmeza, Magaidh insistió:

—¿La enviarás de regreso cuando no la haya?

Samara echó chispas.

—Está bien, pero te aseguro que no tendré que hacerlo.

El daño ya estaba hecho y solo Samara podía deshacerlo. Y Magaidh no pudo evitar preguntar, ya sin frustración:

—¿Sufriste por ello? —Quería saber si Samara había quedado devastada por la magia gastada en mover a una persona a través del tiempo, como le había pasado a ella misma.

—Sí. Es debilitante.

—Yo al principio quedé muy débil, tan débil… Y luego tan temerosa de que me descubrieran porque no podía ocultarme. No tenía energía.

—Lo mismo yo. Pero Circee dijo que te habías agotado, así que lo planeé, para estar oculta cuando fuera visible.

—¡Por el azul del océano! —blasfemó Magaidh—. ¿Ella también lo sabe?

—Fue ella quien me lo dijo.

—Quiero mover a un mortal en el tiempo —se quejó Willow.

—¡No! —gritaron Samara y Magaidh a la vez.

***

Brechmont no era muy distinto de Cairncross, una fortaleza amurallada bien guardada por guerreros entrenados, con un horario similar y todos los edificios necesarios: la herrería, los establos, la panadería y la garita, y todos los sonidos y escenas típicos del siglo XIV: soldados en la muralla, espadas de práctica chocando a lo lejos, largos vestidos y mantas de tartán, el olor a tierra y otras cosas menos agradables.

Una diferencia notable, sin embargo, eran Kayla y Eloise. Destacaban como americanas desubicadas de otro tiempo tanto como Gabby en Cairncross, con una diferencia llamativa: eran felices. Su presencia sin duda había provocado varios cambios, incluido el acogedor espacio que habían armado junto al fuego en el gran salón. Pasaron allí la tarde, intercambiando sus inverosímiles historias. Y aunque Gabby pensaba que ya debería haber llegado a un punto en que nada pudiera sorprenderla, se le quedó la boca abierta cuando Kayla relató cómo había encontrado a Michael enterrado, a decenas de millas de casa, ¡y que había estado enterrado durante dos años enteros!, y cómo lo había devuelto a la vida.

Eloise contó cómo había visitado una y otra vez el lugar que creía era donde había desaparecido setecientos años más adelante,

pero nunca con éxito. Encogió los hombros al final de su relato.

—Y entonces nosotras… bueno, en realidad yo… simplemente dejé de intentarlo.

Gabby también se enteró de que Eloise, Nicol y su hija no vivían dentro de la fortaleza sino cerca de un lago, a muchas millas de allí. Aunque eso estaba por cambiar, le dijeron a Gabby. Se había decidido hoy mismo, justo antes de que Aedan y ella llegaran, que Nicol y Eloise se mudarían a Brechmont. Al parecer, Nicol se había preocupado por la seguridad de su familia, al estar tan aislados. Qué afortunados eran de haber sido acogidos por el jefe MacClellan, Michael.

Pero a pesar de las horas que pasaron juntas, toda la tarde, Gabby no tenía más respuestas al cómo ni al porqué de todo aquello que antes de llegar a Brechmont. Y entonces, una nueva ansiedad la golpeó, al darse cuenta de que ella y Aedan no habían hablado en absoluto de lo que podía pasar *después* de Brechmont. Naturalmente, Gabby no lo había considerado, confiando tanto en la esperanza de que no solo llegaría a Brechmont, sino que pronto volvería a casa. No había pensado en la posibilidad de que no fuera a ninguna parte.

¿Y ahora qué?

Kayla había repetido más de una vez, hacia el final de la tarde, que era bienvenida a quedarse en Brechmont, el tiempo que necesitara, o para siempre. Era bueno sentirse tan calurosamente recibida, y le dio cierto alivio. Aun así, aturdida por las circunstancias de sus amigas, casi se quebraba por la aparente permanencia de aquella pesadilla; Gabby no tenía todavía la entereza para preguntar cuál sería su papel, cómo podría contribuir. Parte de ella asumía que haría lo de siempre en su vida: deslizarse cómo un personaje en silencio, con suerte sin ser notada.

¿Y hacer qué?, se preguntaba Gabby. ¿Simplemente adaptarse a la vida, sumergirse en ella como lo habían hecho sus amigas?

Debería haberse sentido más ligera, menos agobiada, menos desesperada tras encontrar a dos personas que entendían lo que ella

estaba viviendo, pero no sintió nada de eso. Ya no estaba entre el siglo XXI y este, sino entre Cairncross y Brechmont.

Si no podía volver a casa, si iba a quedarse atrapada aquí para siempre, ¿preferiría estar con Ailis en Cairncross? ¿Con Aedan?

No es que no agradeciera la presencia de Kayla y Eloise, pero ¿sería suficiente? ¿Solo sus amigas en otra casa extraña, y ellas tan felices con Michael y Nicol que ella sería apenas un tercer rueda? Quinta rueda, más bien.

En verdad, no había conocido tan bien a Kayla y Eloise en su propio tiempo, solo se había acercado a ellas cuando cenaban en el café porque también eran americanas. En algún momento había pensado que había detectado en ellas almas inquietas como la suya, aunque el origen de esa inquietud fuera distinto.

Fuera lo que fueran entonces, en aquella vida, ahora eran felices.

Se había quedado un poco ida, volviendo en sí cuando Kayla dijo su nombre, quizá por segunda vez.

—¿Perdón? ¿Qué?

Kayla sonrió, mostrando un poco de serenidad y comprensión.

—Sé que es difícil aceptar este destino. Pero, Gabby, no tiene por qué serlo. —Miró a Eloise—. Creo que hablo por las dos cuando digo que una vez que aceptamos solo lo que es y no lo que pudo haber sido o lo que podría ser…

—O incluso lo que debería ser —intervino Eloise.

—Sí, una vez que hicimos eso, sí mejoró —concluyó Kayla—. Puedo casi garantizarte que también lo hará para ti. Quiero decir, se volverá más fácil.

Asumiendo que era lo esperado, Gabby asintió e intentó sonreír.

Para ese entonces, horas después de que ella y Aedan hubieran llegado, Muireall había reaparecido con el bebé de Eloise.

La conversación se reanudó a su alrededor, con Muireall diciéndole a Eloise:

—Juro que es mitad Nicol y mitad tú, Eloise. —Sostenía a la pequeña Natalie cerca y movía juguetonamente su diminuta mano—. Tiene la forma de tu cara y definitivamente tus ojos, pero muchas de

sus expresiones son totalmente de Nicol. Frunce mucho el ceño, la verdad.

Gabby las dejó a lo suyo, su mente vagaba otra vez. Era difícil disfrutar de momentos hermosos como esos, reunirse con gente de su propio tiempo y hacer arrumacos a un bebé precioso, cuando tu vida estaba… Cristo, ¿pero qué era? ¿En pausa? ¿En crisis? ¿Un desastre? Entonces no era tan distinto de lo normal, ya que cualquiera de esas frases podría haber descrito su vida anterior. Pero aun así…

Dirigió la mirada al otro lado de la sala, donde Aedan conversaba con Michael y Nicol y otros dos hombres, todos reunidos en torno a la mesa familiar, con una jarra de cerveza y tazas de peltre en constante uso.

Aedan casualmente miró hacia ella. No le sonrió con ánimo, por supuesto. Aedan casi nunca sonreía. Pero sí mantuvo la mirada en ella unos segundos, tal vez evaluando su estado de ánimo. Completamente desinflada, Gabby tal vez le habría confesado su verdad si él se lo hubiera preguntado directamente.

Antes de apartar los ojos de él, sin saber si fingir que todo estaba bien o dejarlo ver la verdad, Aedan comenzó a estrechar manos con esos hombres, se despidió del grupo y cruzó el salón hacia ella. De inmediato, su corazón dio un vuelco, y no intentó disimular el hecho de que lo miraba directamente. Le gustaba cómo caminaba Aedan, con toda esa energía contenida y la gracia de un felino a la vista.

Hacía el amor de la misma manera: con gracia, con poder, con tanta seguridad. Debería haberse lanzado a sus brazos, al menos una vez más. Todavía estaba en su compañía, ahora se dirigía hacia ella, y aun así, temía que ese único recuerdo no la sostuviera. Podría irse, quizá venía a decírselo ahora, que su tarea había terminado y que se marchaba, y que no lo volvería a ver jamás. Ay, cuánto lo iba a extrañar. ¿Sobreviviría a eso?

Cuando llegó a su lado, solo inclinó la cabeza educadamente hacia las damas antes de clavar esos ojos verdes en Gabby. Extendiendo su mano hacia ella donde estaba sentada, la invitó:

—Salgamos un rato.

Así que aquí estaba, la despedida. Ella puso su mano en la de él y se levantó, ignorando la sensación de que el estómago se le hundía hasta los pies. Su instinto fue entrar en pánico, pensar que él se marchaba. No estaba lista. No mostró nada de eso, o al menos esperaba no haberlo hecho, y salieron juntos al sol del patio, su mano aún en la de Aedan. Él no se detuvo justo afuera de la puerta para decirle lo que tuviera que decirle, sino que giró su mano de modo que quedara entrelazada con la suya, como hacen las personas cuando caminan tomadas de la mano. Gabby cerró los ojos y respiró hondo, grabando en su memoria la sensación de su mano en la de él.

Voy a ser un desastre llorón, supuso. Tal vez él se alegrara de marcharse.

Caminaron solo por el sendero liso que los había traído desde los árboles a lo lejos hasta la puerta principal de Brechmont, en dirección al lugar donde esperaban invisibles los soldados Cameron.

—Pensé que el aire fresco te haría bien —dijo Aedan—. En verdad lass, no esperaba encontrar a nadie que conocieras aquí en Brechmont. Pero así fue, y sé que no soy más sabio por lo poco que eso me dice. Y quizá ya lo percibiste, que esa gente no sabe más que nosotros.

—No lo saben —coincidió ella—. Pero quizá no lo necesitan o no lo quieren, son felices aceptándolo tal cual.

—Estoy de acuerdo. Y tal vez ellos ya superaron eso, las preguntas, la duda, la incredulidad, y ahora llegamos nosotros, llenos de todas esas cosas, y ellos solo se sientan y nos dejan averiguar lo que ellos tuvieron que averiguar. Es más fácil simplemente aceptar lo que es.

—Kayla me dijo lo mismo. La verdad, no lo hace más fácil.

—¿Y estás molesta? —preguntó él—. Porque aunque encontraste a tus amigas, nada se ha revelado. Aún no puedes volver a tu hogar.

Gabby asintió. Probablemente no hacía falta añadir nada. Él lo había resumido. Añadir sus propios pensamientos solo contaría como queja.

Pero Aedan continuó:

—Hace un momento, cuando te miré desde el salón, pensé que cargabas el peso de todo el mundo y no solo de tu propio dilema. Pero, lass, me han asegurado que se vuelve más fácil, como dices. Sí mejora.

Como parecía esperar una respuesta, ella respondió débilmente, sabiendo que mentía:

—Estoy segura de que sí. —Y apretó más su mano, deseando no soltarla nunca.

Aedan se detuvo y la enfrentó. Estaban en el sendero, a medio camino entre la fortaleza de los MacClellan y los árboles que ocultaban a los soldados y el caballo que lo llevaría lejos.

A Gabby le encantaban sus ojos a la luz del sol, tan claros y verdes, no tan oscuros como las esmeraldas ni tan claros como para llamarlos jade, sino en algún punto intermedio.

—Te estás yendo en este momento —aventuró ella, con la garganta apretada al pronunciar las palabras.

Aedan asintió, decidido, pensó ella, quizá incluso un poco impaciente, tal vez aún molesto con ella por lo que había osado hacer en el camino hasta allí.

Por triste que fuera que la dejara, estaba orgullosa de sí misma, de lo que había hecho.

Hasta ese momento de su vida, estaba convencida de que muchas de sus decisiones habían sido solo reacciones, fruto de razones inadecuadas. Había practicado deportes en la escuela para poder salir de casa. Había rechazado y apartado a sus amigos de niña, demasiado avergonzada de que conocieran a su padre. Había sido callada y poco habladora, esperando no llamar nunca la atención dentro de la casa que era su hogar. Se había marchado de casa después de la secundaria para escapar. Nunca había perseguido a ningún chico que le interesara, demasiado temerosa de exponerse al rechazo. Se había ido de Estados Unidos después de una ruptura fea, pero sabía en el fondo que era otra huida mientras buscaba un lugar al que llamar hogar. Había abandonado Irlanda y España cuando no le sirvieron, incapaz de encontrar lo que necesitaba cuando ni siquiera había reconocido que lo estaba buscando.

Todo eso lo había considerado necesario. Pero habían sido reacciones, no elecciones basadas en lo que quería o necesitaba.

Ella había cambiado eso. No había funcionado, pero había roto el molde de Gabby. Aedan lo había valido. Lo habría valido, si él hubiera estado inclinado de la misma manera. Oh, estaba casi con el corazón roto. Pero también era, como Aedan y la bruja habían dicho, feroz.

Quizá no le habría preguntado lo que le preguntó esa mañana, quizá no habría sido tan valiente, de no ser porque la noche anterior, sin poder dormir, se dio cuenta de que realmente no tenía nada a lo que regresar, o más específicamente, no tenía a nadie a quien regresar. Empezaba a creer que solo el estrés de ser lanzada a otro tiempo la hacía anhelar lo que le era familiar, pero al pensarlo mejor, se dio cuenta de que, en cierta medida, regresar al siglo XXI solo mostraría que actuaba como en la cita famosa sobre la locura: hacer lo mismo una y otra vez esperando un resultado diferente.

Tal vez si hubiera podido quedarse en Cairncross, las cosas serían distintas. En cierta medida, ella era distinta de la chica que había llegado al siglo XIV meses atrás. Creía que podría vivir mejor de ahora en adelante; era más audaz y valiente. Quizá habría vivido en Cairncross sin esperar nada de Aedan. Pero estaría con Ailis.

Pero no. No podía.

Se quedaría allí con Kayla y Eloise, y sobreviviría a este corazón roto, igual que a todos los demás.

Adoptando una sonrisa radiante, que no era del todo falsa, Gabby le tendió la mano. Cuando él la estrechó, Gabby anunció:

—Sin caer en sentimentalismos ni provocar más drama, me despido aquí. No hay necesidad de alargar esto.

Mierda. Parecía que iba a flaquear y llorar de todos modos.

Él buscó sus ojos, pareciendo llegar a una decisión con la mandíbula apretada, y dijo:

—Pero estarás bien aquí, cuidada. El jefe MacClellan dijo que eras bienvenida.

—Sí. Estaré bien —dijo ella, sabiendo que nunca había pronunciado palabras más falsas.

Su expresión no cambió; tenía la boca tensa y un músculo le palpitaba en la mejilla. Mientras sostenía su mirada, comenzó a asentir, lenta y pensativamente, como si hubiera esperado algo más de ella, pero ahora pensara que no debía.

—Sí, y que te vaya bien, Gabrielle Noble —dijo, prestando bastante atención a sus labios.

Ella sacudió la cabeza en un rápido asentimiento, esperando que él se marchara antes de que las lágrimas cayeran, mientras rezaba para que no la dejara. Finalmente, él asintió y soltó su mano, y Gabby le dio la espalda y se alejó, soltando el aire contenido.

Al final, su corazón sí se rompió. No significaba nada para él, ni siquiera había merecido un beso de despedida.

***

Kayla y Eloise caminaban tranquilamente junto a la muralla exterior, Eloise con un brinco en su andar mientras acunaba a su hija en brazos. A veces disfrutaban de una breve escapada del torreón e incluso del patio, este último demasiado seco y polvoriento cuando llevaban tanto tiempo sin lluvia. Esta salida, claro, tenía un propósito. Sin duda, como Michael y Nicol aún consideraban a todos los efectos a Aedan Cameron un desconocido, esos dos estaban apostados en la muralla, vigilando a Kayla y Eloise.

—Míralos —dijo Kayla, con la mirada fija en Gabby y Aedan que paseaban por el sendero—. Ella asegura que no pasa nada entre ellos… y Michael dice que Aedan prácticamente dijo lo mismo… pero, maldita sea, esa es la despedida más larga que he visto en mi vida.

—Nicol dijo que Aedan quería estar de regreso en su torreón antes de que se pusiera el sol —dijo Eloise, besando la frente de su bebé mientras también mantenía los ojos clavados en la pareja alejándose—. Aunque ya debería haberse ido.

—Me parte el corazón —dijo Kayla—. Ya fue bastante difícil hacer lo que nosotras hicimos. Imagínate hacerlo sola. Quiero decir, claro que nos tiene a nosotras y puede vivir aquí toda su vida si quiere. Pero no es lo mismo que tener una verdadera pareja, ¿verdad?

Eloise asintió y luego comentó:

—Sabes, las primeras veces que la vi en aquella cafetería, siempre me impresionaba lo triste que parecía. Naturalmente, tuve curiosidad por ella cuando descubrí que era americana, pero esa tristeza a veces era abrumadora. Era como ver a alguien pensando en cosas tristes, tanta emoción se le cruzaba por el rostro incluso cuando solo estaba trabajando, sirviendo y demás.

—Una vez salimos, almorzamos juntas —dijo Kayla—. Honestamente, era tan callada y tímida que me sorprendió cuando me lo pidió. Yo quería, me parecía divertido, pero sentí que ella misma también se había sorprendido de haberlo hecho. No creo que haya tenido una vida fácil. No dijo demasiado cuando salimos, pero dejó en claro que solo trataba de escapar de su pasado.

—¿No tenía familia?

—Ninguna que importara, fue lo que respondió cuando le pregunté.

—Eso es triste.

Kayla se animó.

—Y ahora ya no lo es. Ahora nos tiene a nosotras. —Tomó a la despierta bebé de los brazos de su madre—. Mi turno.

Eloise alzó el rostro al sol.

—Kayla, ¿te preocupa que puedan venir más?

—¿Más qué?

—Más de nosotras.

—Oh. Gracias por eso, Eloise. No se me había pasado por la cabeza. Ni una sola vez. Ay, por favor. ¿Por qué me pones esa idea ahora?

—Primero una, luego dos, y ahora tres. ¿Quién dice que no vendrán más?

A estas alturas, lo inimaginable era cada vez más difícil de descartar. Kayla se encogió de hombros.

—Tendremos nuestra propia comuna, supongo… oh, cielos, se han detenido.

—Él le está tomando la mano.

—Sigue caminando —urgió Kayla—. No quiero que piensen que los espiamos.

—Pero lo estamos haciendo —señaló Eloise.

—Ellos no tienen por qué saberlo.

—Aunque ninguno de los dos parece muy feliz —dijo Eloise justo antes de que dieran la vuelta en la esquina de la muralla, desandando sus pasos hacia el frente—. Te juro que la manera en que él observaba casi cada movimiento que ella hacía, incluso en el salón, me hizo pensar que sí pasaba algo.

—Claro que pasa algo —afirmó Kayla—. Si no, ¿por qué les cuesta tanto despedirse?

—Tal vez él no pueda dejarla —ofreció Eloise.

—Probablemente sea uno de esos cascarrabias del siglo XIV, que nunca sonríen porque creen que es signo de debilidad. —Kayla miró por encima del hombro y notó la postura cabizbaja de Gabby y la rigidez de Aedan mientras se enfrentaban.

Eloise asintió.

—Seguro que está anteponiendo todo lo demás a lo que claramente siente por Gabby porque ya sabes, honor, libertad, el clan, bla, bla, bla.

—Pobre Gabby. Quizá él entre en razón.

Eloise se encogió de hombros.

—Quizá no. No es que ella lo necesite. Y vamos, ¿qué sabemos nosotras? Es guapo, pero tal vez sea un imbécil.

Kayla gimió dramáticamente.

—Oh, no. Ahí viene ella.

Eloise se tapó la boca con la mano, como para contener la tristeza.

—Y ahí se va él.

***

No disfrutó del viaje de tres horas de regreso a Cairncross, no con su humor tan volátil. Debería haber mandado a los lads adelante. No estaba en condiciones de hacer compañía a nadie, ni siquiera a sus propios hombres.

Pasó el tiempo en la silla de montar asegurándose a sí mismo que había tomado la decisión correcta, para después reprocharse por la decisión que había tomado.

Sabía lo que ella había intentado en su despedida, proyectar valentía para su beneficio. Por supuesto, él había visto a través de su

farsa. Había tenido una vaga idea de que, si ella le hubiese preguntado una vez más por qué no la invitaba a quedarse, o si se lo hubiese pedido abiertamente, quizá habría flaqueado, quizá habría cedido.

Quizá habría sido lo mejor.

Tenía que imaginar que sería atormentado por esos ojos azules vidriosos, conteniendo las lágrimas que ella no le permitió caer. No merecía menos.

Pero maldita sea, debió haberla besado en la despedida. Un beso más.

Y debería haber sentido alivio al dejar todo atrás, pero no fue así. Solo conoció el miedo y una abrumadora sensación de pánico: la de no volver a verla jamás.

Murmuró más maldiciones en la primera hora de ese viaje que en el último año entero, hasta que, cuando ya no pudo soportarlo más, dio a Davidh permiso de llevar al pequeño ejército a casa. Que él los alcanzaría, dijo.

Davidh sonrió con malicia justo cuando Aedan giró su caballo.

Espoleó al corcel hasta ponerlo al galope y recorrió veloz la distancia que lo separaba de Gabrielle.

Aun así, ya era de noche cuando llegó, con la muralla iluminada por antorchas. Anunció su presencia y, afortunadamente, algunos que habían presenciado su partida lo dejaron entrar sin demora.

Dentro del patio, desmontó, notando recién entonces que la bolsa rayada de Gabrielle seguía atada a la silla. Soltando rápidamente la correa que la sujetaba, cruzó el patio corriendo y abrió de golpe la puerta del torreón de los MacClellan, sobresaltando a Michael y Nicol, que se pusieron de pie y desenvainaron sus espadas al instante.

Instintivamente levantó las manos mientras escaneaba los rostros presentes.

No podría decir si la cena estaba por comenzar o ya había terminado. El mismo grupo que había ocupado el salón más temprano estaba ahora reunido alrededor de una de las mesas largas. Kayla, Eloise y aquella mujer, Muireall, estaban con Michael y

Nicol. Y la verdad, ninguno parecía demasiado sorprendido de verlo. Pero Gabrielle no estaba a la vista.

Antes de que pudiera exigir verla, Kayla saltó de su asiento.

—Ya se ha retirado, no hace mucho —se apresuró a asegurar —. La traeré de inmediato. —Levantó las faldas y salió corriendo del salón.

Él asintió, sin aliento, y no se dio cuenta de que aún mantenía las manos levantadas hasta que Michael le sonrió y notó el peso de la bolsa en su propia mano. Aclarando la garganta mientras lo miraban con una percepción uniforme y socarrona, dijo:

—Ella… ah, olvidó su bolsa.

—Sí, y qué considerado de tu parte cabalgar de regreso solo para entregarla —dijo la hermana de Michael, Muireall.

Las sonrisas en los rostros frente a él se ensancharon.

Sí, entonces lo sabían, estaban al tanto de la verdad, de ahí la falta de sorpresa ante su llegada.

No le importaba.

El nudo en su pecho se deshizo en cuanto la vio, cuando apareció al otro lado de la mesa ocupada, con Kayla tomándole la mano y tirando de ella hacia el salón.

Era de noche y el salón apenas iluminado, así que no podía decir si había llorado después de que él se fuera o desde entonces. Pero en ese momento solo leyó cautela en la expresión pálida y de ojos muy abiertos de ella.

—Aedan, ¿qué haces aquí?

Kayla intentó animarla a avanzar, pero Gabrielle no se movió. Kayla hizo una mueca y volvió al banco con Eloise y las demás.

Él levantó el brazo, mostrándole la bolsa.

—Sé que podrías querer esto.

Ella lo miró, parecía atónita.

Era razonable, teniendo en cuenta lo que él acababa de hacer, acusar a la bolsa de ser la única razón de su llegada.

—Eso no es todo. —Echó un vistazo a todos los rostros atentos fijos en él—. Quizá podríamos caminar otra vez. Y hablar.

Ella quería decir que sí. Él podía verlo claramente. Pero todavía se resistía a atribuir alguna esperanza a su llegada.

Comprensible.

—Creo que puedes decir aquí mismo, delante de mis amigas, lo que… eh… necesites o quieras decir.

—Sí. Está bien. —Inspiró hondo—. Si no vas a volver a casa, entonces tienes que estar conmigo. —Por el rabillo del ojo, vio a Kayla llevarse la mano al pecho, pero solo tenía ojos para Gabrielle, y ella ni siquiera parpadeó—. No será fácil, y quizá eso es justo lo que merezco, por todo lo que hice mal contigo. No puedo prometer lo que no estoy seguro de poder dar. Pero puedo comprometerme a intentarlo. Sé que la druida tenía razón. Dijo que no debía rechazarte, que tú liberarías mi corazón. No sé…

—Has venido aquí —lo interrumpió Gabrielle con voz rígida—, has vuelto, mejor dicho, ¿por algo que te dijo la bruja?

Él dio un paso adelante apresuradamente, queriendo disuadirla de esa idea.

—No. Oh, no. —Se detuvo a tres metros de ella, con la mesa de curiosos a su izquierda—. He vuelto por ti.

—No estoy segura de que no sea culpa o… no sé qué es lo que te ha traído de vuelta.

Él apretó los labios brevemente antes de soltar, con un chasquido:

—Piensa en eso un momento y dame tu respuesta cuando sepas lo que sabes de mí, que la culpa no aconseja ninguna de mis decisiones.

Los ojos de ella se humedecieron. Aedan dio un paso más, pero ahora lo movía la rabia. ¡La conocía, maldita sea! Sabía que estaba hecha de una pasta más firme.

—¿Me *rechazas* y ahora vas a llorar?

—Tengo miedo de que…

—Sí, lo sé —dijo él, acercándose hasta quedar justo frente a ella—. Viviste una vida que te hace imposible imaginar que alguien podría amarte.

—No estoy siendo melodramática, solo digo un hecho… lo que he sentido… que nadie nunca lo ha hecho. Y tú básicamente has dicho que… no puedes.

Él la tomó por el cuello de la prenda y la atrajo suavemente hacia él, ignorando el revuelo a su espalda, que supuso serían Nicol y Michael reaccionando a su modo de agarrarla, y luego Eloise y Kayla deteniéndolos.

—¿Me amas, Gabrielle?

—N...no lo sé.

—Ni yo. Y no lo sabremos si no estás conmigo en Cairncross. Ven conmigo, Gabrielle —rogó en voz baja—. Descubrámoslo juntos. No quiero estar sin ti. Sabes que aquí hay algo prometedor, ¿verdad?

Sus bonitos ojos azules se desbordaron mientras ella asentía.

—¿Y que sería un error ignorarlo?

Otro asentimiento.

—Entonces dímelo.

Sus labios temblaron mientras susurraba las palabras:

—Quiero irme a casa contigo.

Aedan sonrió.

Epílogo

Mi Verano Eterno

Tres meses después
Abadía de Cairncross

No podía decir en qué momento lo supo con certeza, ni si podría aislarlo con precisión. Quizá cuando ella alzó por primera vez esos sorprendentes ojos azules hacia él, hace ya tantas semanas, el mismo día que la conoció. Tal vez cuando la encontró leyendo para Ailis en la playa, con el sol en su rostro y brillando en su cabello, cuando ella le sonrió tan dulcemente. Podría haber sido aquella noche en que hicieron el amor por primera vez, cuando ella, sin aliento, lo miró con algo de asombro y dijo: Sí. Bésame. No podía contar cuántas veces el recuerdo de esas palabras lo había estremecido.

Pero claro, ¿quién recuerda el minuto exacto en que se enamoró? Solo esos pequeños recuerdos, uno por uno, de las cosas de las que te enamoras.

Incluso ahora, Aedan no comprendía del todo qué le hacía ella ni cómo lo lograba tan rápido. No necesitaba entenderlo; solo necesitaba saber cómo se sentía dentro de él. Ella lo era todo. Podría decirle mañana: Quiero mudarme a Inglaterra, quiero tener diez hijos, quiero que todos vayamos al siglo veintiuno, estoy harta del jabalí y del faisán y quiero salmón todos los días, el resto de nuestras vidas.

Sí, lass. Lo que quieras.

Ella decía diez palabras por cada una de él… demonios, quizá veinte, pensó. Lloraba en los momentos más tontos: con cualquier pequeña alegría, en la boda de Davidh, durante un clímax realmente bueno. No era ningún secreto, casi una broma dentro de Cairncross, que su manejo del gaélico, bajo la tutela de Uilleam, no iba nada bien. Y ni siquiera sabía cómo describir lo que ella había preparado

con tanto entusiasmo en la cocina el día anterior, algo que llamó pastel pero que ciertamente no lo era, ni siquiera Ailis encontró palabras de elogio para su persona favorita ante semejante monstruosidad. Y dos veces en los últimos meses ella había despertado su ira de las maneras más asombrosas: primero, pasando a su lado a toda velocidad en una yegua frenética, obligándolo a perseguirla y rescatarla, ella había querido sorprenderlo aprendiendo a montar. Su corazón aún latía con fuerza al recordarlo. Y después, cuando la sorprendió nadando en el mar, con el agua hasta el cuello, a pesar de las olas. Ese día le gritó diez minutos seguidos y se enfureció otras diez horas, hasta que ella lo sacó de su malhumor y su miedo con sus besos y su cuerpo.

No se había adaptado del todo. Pero maldita sea, le encantaba cómo lo intentaba. Cada día, con algún plan nuevo, algún esfuerzo por integrarse. Estaba seguro de que ella estaría bien allí con él, en esa época, sin ninguna duda.

Se pasó la mano por el pecho, mirando al oscuro techo sobre él. Mantenía inmóvil el otro brazo, pues Gabrielle dormía acurrucada en su hombro.

—Puedo sentir que tu corazón late algo rápido —dijo ella, no dormida, después de todo—. ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que estoy enamorado de ti.

No era la primera vez que se lo decía. Y no había sido ella quien pronunció las palabras primero. Y cuando él por fin se dio cuenta y compartió el sentimiento, no fue mientras estaban desnudos amándose. Estaban en la playa, simplemente sentados en la arena practicando su desastroso gaélico bajo un cielo gris. Ella lloró, por supuesto, cuando él se lo dijo. Fue la primera vez que oyó la expresión *"lágrimas de felicidad"*.

Y nunca se preguntó por qué a ella le tomó otra semana convertirlo en el más feliz de los tontos sobre la faz de la tierra, diciéndole que lo amaba. Incluso ahora, le quedaba un largo camino para ganarse su confianza y conservar su corazón.

—Oh, menos mal —dijo ella ahora contra su pecho—. Estaba preocupada de que estuvieras torturándote por el desastre que hice con ese pastel.

Él contuvo la risa, aunque seguramente ella sintió el temblor en su interior. No tenía sentido fingir entonces.

—¿El resultado final fue lo que pretendías? —preguntó.

—Oh. Para nada. Juro que aquí la harina es diferente, o los huevos. Solo necesita un poco de trabajo. Prometo que saldrá mejor la próxima vez.

Él lo dudaba. Pero lo sobrellevaría y pondría la misma sonrisa rígida que le dio en su primer intento, cuando ella lo miró con tanta alegre expectativa.

—Claro que sí —le dijo.

—¿Ves? Por eso te amo. Ni siquiera parpadeas, solo asientes y dices: "Está bien, sufriré otro experimento de repostería fallido".

—Por favor, lass, dime que hay otras razones por las que me amas.

Ella levantó la cara hacia él, con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que las enumere?

—Sí —era pasada la medianoche, ambos deberían estar durmiendo. Pero él estaba dispuesto a entretenerse.

—¿Las quieres cronológicamente o por orden de importancia?

Aedan sonrió somnoliento, sabiendo que no le sorprendería si ella realmente las tenía separadas así.

—Empieza por las más importantes.

—Esa es fácil…

—¿Una? ¿Las razones importantes son solo una?

Ella rio. Aedan esperaba que algún día, muchos, muchísimos años después, ese fuera el último sonido que oyera en la tierra.

—No. Solo las voy a decir como me vayan viniendo —dijo ella —, si no, tú vas a hacer preguntas sobre cada cosa, en qué puesto está y por qué. Bien, empiezo por tu pene, porque siempre me viene a la cabeza.

—Otra vez, ¿esto no está en ningún orden?

—No, señor. Completamente al azar. ¿Ya mencioné tu pene?

—Lo hiciste.

—Entonces está tu voz. Tal vez no sabes lo sexy que es porque no estoy segura de que nuestra propia voz suene igual para otros que dentro de nuestra cabeza. ¿En nuestros oídos? Bueno, tu

voz, especialmente la que usas durante el sexo, me excita mucho. También amo lo paciente que eres conmigo. Solo frunces el ceño la mitad de lo que lo hacías cuando nos conocimos.

Últimamente había muy pocas razones para fruncir el ceño.

—Oh, y la semana pasada volví a enamorarme completamente de ti cuando te sentaste y escuchaste por más de una hora a Ailis practicando su lectura. Fuiste tan dulce, intentando no quedarte dormido mientras ella se esforzaba. Pero ya está mucho mejor. En fin, sé que fue una hora larga y que probablemente sí te dormiste con los ojos abiertos la mitad del tiempo, pero ella estaba tan feliz con tu atención, y eso hizo que yo te amara aún más.

Gabrielle dio un enorme bostezo y Aedan decidió que ya era suficiente. La mañana llegaría pronto. Ya la había amado esa noche, pero no le importaría hacerlo de nuevo. Se inclinó sobre ella y le apartó el cabello del rostro. La besó suavemente.

—Termínalo, lass. Sé en qué más podríamos estar ocupados antes de que vuelvas a dormirte.

—Mm. Puedo resumirlo diciendo simplemente: me encanta cómo me amas. Pero eso no le hace justicia, no abarca cuánto ni por qué ni exactamente qué…

Otro beso la silenció.

—¿Importa? ¿El qué o el por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Pero se siente bien, Aedan. Me encanta que me ames. Siento que estoy viviendo en un verano precioso, con el sol siempre brillando sobre mí. Aquella otra vida era solo una primavera lluviosa interminable o un invierno cruel —acarició su mejilla con la mano—. Eres mi verano eterno, Aedan.

—Tú eres todo para mí, Gabrielle.

Fin